

Clara Usón

Corazón de napalm



Lectulandia

En 1984 Fede acaba de cumplir trece años: ya no es un niño, aún no es adulto, sólo es un problema. Se ha escapado de la casa de su padre y su madrastra, dispuesto a vivir intensamente emulando a su héroe Sid Vicious. Pronto entiende que su lugar está junto a su madre, de la que nada sabe desde hace un año. Su aventura transcurre en paralelo con la de Marta, una pintora alocada de hoy, que ve con ironía y escepticismo la trastienda del mundo del arte y la posibilidad de ser feliz.

Galardonada con el Premio Biblioteca Breve, *Corazón de napalm* es la conmovedora historia de amor de un niño por su madre, una novela contemporánea con resonancias clásicas, un Edipo de nuestro tiempo salpicado con pequeñas dosis de comedia de enredo.

Clara Usón mantiene al lector en vilo con estas dos narraciones enlazadas en un final sorprendente. La dosificación de la ternura, el uso del humor en las situaciones más duras, el ritmo ágil y la originalidad son ya señas de identidad de Clara Usón, pero su mayor logro literario es, sin duda, la creación del memorable personaje Fede, un niño que elabora su propia interpretación del mundo para sobrevivir al caos familiar y la lleva hasta sus últimas consecuencias.

Lectulandia

Clara Usón

Corazón de napalm

ePub r1.0

Titivillus 17.01.2016

Título original: *Corazón de napalm*
Clara Usón, 2009

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Tomás Moliner, experto en títulos

Tiresias: ¡Ah, qué terrible es saber en los casos en que no aprovecha al que sabe! Yo, aunque claramente había visto este asunto, lo olvidé. De lo contrario, no habría venido aquí.

Edipo rey, SÓFOCLES

Los niños empiezan queriendo a sus padres.
De mayores, los juzgan. Rara vez los perdonan.

OSCAR WILDE

*Oh Lord God have mercy
All crimes are paid.*

SEX PISTOLS

Una gaviota se posó sobre la arena de la playa, a poca distancia de donde él se había echado. Se irguió y buscó con los ojos una piedra o un palo para tirárselo, pero a su alrededor sólo había arena, así que se levantó, hinchó el pecho y dio un par de pasos amenazadores en dirección al ave, que lo observaba con indiferencia, pero cuando Fede, acercándose más y envolviendo al pájaro en su sombra, apretó el puño e hizo ademán de propinarle un puñetazo, vaya si se asustó. La gaviota dio un salto hacia atrás, desplegó las alas mostrando toda su envergadura y se empinó sobre sus finas patas, haciéndole frente en un falso desafío, pues en el instante en que Fede levantó un pie para darle una patada, alzó el vuelo y se alejó.

Él se dejó caer sobre la arena, las manos todavía crispadas y, rodeando las rodillas con sus brazos, se quedó mirando sin esperanza el mar de plomo de la playa de los Peligros. Todo era gris en Santander: el cielo, las gaviotas, el mar... Le dolía la cabeza y eso acentuó su mal humor. Para distraerse, decidió investigar el contenido de la bolsa de plástico verde de Mantequerías Rosario, que había usado como almohada el rato que se quedó dormido. El peso de su cabeza había chafado las bragas. Con una pulcritud en él insólita fue extrayéndolas de la bolsa, una a una; las desplegó ante sí sobre la arena y las ordenó en hileras, como si fueran soldados en formación, dispuestos a la batalla. ¡Qué riqueza, cuántas bragas! Las contó: en total poseía cuarenta y tres, de las cuales, treinta y seis pertenecían a Natalia (¿para qué querría tantas esa mujer?) y el resto (*culottes* infantiles, con estampado de ositos y flores), a Anzulia. Las había exquisitas, de seda transparente, o de un tejido que se le parecía, con encajes delicados, rojas, blancas, negras y moradas, de color marfil... Acercó una a su nariz e inspiró hondo. Se sintió decepcionado; sólo olía a jabón y suavizante.

—¿Las vendes?

Volvió los ojos a su izquierda. El rostro hirsuto y abotargado de un borracho le devolvió una mirada turbia. Era un vagabundo y estaba muy sucio. De pie en la arena, a escasos metros de Fede, lo observaba con expresión reconcentrada, la quijada colgante, la boca abierta. Absorto en la contemplación de su tesoro, Fede no lo había visto acercarse.

—Digo que si las vendes, chaval —repitió el mendigo—. Las bragas —precisó, señalándolas con un dedo temblón.

—No —contestó Fede—. No las vendo.

—¿Y para qué las quieres? —preguntó el hombre, pero, sin darle tiempo a responder, volvió a inquirir, al tiempo que se aproximaba y se ponía en cuclillas frente a las bragas—: ¿Me dejas tocarlas?

—No —decidió Fede, torciendo la boca en una mueca de desagrado—. Las vas a manchar, tienes las manos llenas de mierda.

Un amago de ira endureció la expresión del hombre, pero enseguida relajó sus

facciones, como si se lo hubiera pensado mejor.

—Sólo con la punta del dedo, por favor —suplicó con una sonrisa blanda y beoda—. Con la punta de este dedito —insistió, mostrándole el rocoso dedo índice de su mano derecho, la uña larga y picuda, ribeteada de mugre.

A modo de respuesta, Fede meneó la cabeza.

—Son de mi madre —dijo—. Si las ve sucias, me matará.

Al mendigo le gustó su explicación. Se sentó junto a Fede y le informó, con semblante complacido:

—Mi madre también tenía muy mala leche, ¡qué hijaputa era mi vieja! Menos mal que se murió de... Ahora no me acuerdo, luego te lo digo. ¿Tienes un pito?

—No fumo —mintió Fede.

—¡Qué jodida suerte! Hoy no es mi día, chico, ¡no es mi día, no! —suspiró el mendigo y sacó una colilla apagada de un bolsillo de su ajada zamarra. Iba muy abrigado, como si no se hubiera enterado de que era verano—. ¿Llevas lumbre?

Fede le dio fuego con el *zippo* que le había quitado a su padre.

—No sé qué pensará hacer tu vieja con tantas bragas, pero yo que ella me las puliría en el mercadillo de los viernes, en la Plaza Mayor de Santillana. Le pueden dar por esto, no sé..., mil o dos mil pesetas, por lo menos —ponderó el mendigo, rascándose la cabeza y entornando los ojos en el esfuerzo del cálculo—. ¿Me prestas veinte duros? Mañana te los devuelvo.

—No tengo veinte duros, pero si los tuviera, tampoco te los daría —le contestó Fede—. ¡Cómo apestas! —añadió, arrugando la nariz—. Debe hacer años que no te bañas.

—Me lavo en la fuente, cuando puedo —se disculpó el vagabundo; era un hombre inofensivo—. ¿Y unas bragas? ¿Por qué no me das un par?

—¿Qué vas a hacer a hacer tú con ellas? No te sirven, te vendrán pequeñas —se burló Fede.

—¡No las quiero para mí! —protestó el mendigo—. Se las regalaré a la Antonia, mi chavala. La van a volver loca —añadió con una sonrisa de felicidad.

—Te doy una si te abres y me dejas en paz —le propuso Fede.

El mendigo apretó la boca, ofendido. Pero no pudo evitar que se le encendieran los ojos y observó con avidez el surtido de bragas. Arrojó la colilla humeante sobre la arena y tendió la mano derecha hacia unas bragas muy finas, de desvaído color salmón; Fede detuvo su brazo con una mano.

—¡No las toques! —le advirtió—. Te las daré yo. —Con la mano que tenía libre escogió unas bragas negras, sin encaje, las más sencillas de la colección—. Éstas le irán bien a tu novia porque si se ensucian, no se notará.

—¡La Antonia es muy limpia! —protestó el mendigo—. No necesita unas bragas negras, no lleva luto —rezongó, aunque aceptó a regañadientes las que Fede le ofrecía. Hecha un rebujo, se metió la prenda en el mismo bolsillo del que había sacado la colilla. No hizo ademán de moverse, al contrario, estiró las piernas y se

quedó callado, contemplando el horizonte.

—Lárgate —le dijo Fede, que empezaba a impacientarse.

—Ya me acuerdo de qué la palmó mi vieja —le informó el hombre sin mirarle, haciendo caso omiso de su orden—. La mató mi viejo, de un garrotazo. ¡Qué carácter! Pero yo lo rajé con un cuchillo jamonero, lo dejé seco —añadió jactancioso—. Era una mala puta, pero era mi madre —se justificó—. ¿No me crees? —preguntó con aire retador, sin duda molesto por la indiferencia de Fede, que ahora le daba la espalda y miraba hacia el mar—. ¿No me crees capaz de eso? ¡Mira! —le exhortó. Fede volvió la cabeza; la hoja plateada de un cuchillo brillaba con la mano derecha del mendigo.

—Guarda eso y vete —le dijo Fede, el semblante impasible, como si nada que hiciera ese vagabundo pudiera impresionarle.

—Regálame otras bragas —exigió—. Esas rosas tan elegantes que no me has querido dar —y señaló con la punta de la navaja la prenda deseada—. Luego me iré.

Fede bajó la cabeza, en ademán pensativo, y miró de refilón al borracho. Finalmente, en el rostro una expresión de fastidio, le lanzó las bragas de color salmón. El hombre las recogió en el aire con una agilidad asombrosa y se apresuró a esconder su botín en su zamarra, dejando la navaja sobre la arena en un mudo gesto de confianza. Empezó a ponerse en pie trabajosamente, para agacharse de nuevo y recuperar su arma, que cerró con un chasquido e introdujo en el misterioso bolsillo donde lo guardaba todo, tras lo cual se irguió con aspecto digno.

—Me largo —le dijo a Fede—. Pero no porque tú lo digas; no me gusta estar contigo, me aburres, tío.

Se alejó, avanzando con dificultad sobre la arena. Cuando hubo dado tres o cuatro pasos se detuvo, como si acabara de recordar algo. Volvió el rostro y añadió:

—Desde que soy huérfano las cosas me van mejor, mucho mejor. ¡Te joden la vida papá y mamá! Acuérdate, chaval, ¡que no se te olvide! —le advirtió, agitando en el aire un dedo admonitorio—. ¡Gracias por las bragas!

El vagabundo meneó la cabeza, se sonrió y, hablando solo, continuó su camino.

Conseguimos entrar en el MACBA después de una hora de cola, tanta era la gente deseosa de visitar la exposición aquel domingo por la mañana.

—Parece mentira que tú tengas que hacer cola —comentó con disgusto mi amiga Cheles. Yo me encogí de hombros, resignada, y esboqué una sonrisa que quería decir, llevas razón, pero no me importa, soy una mujer modesta. Quería aparentar calma y afabilidad, aunque estaba nerviosa. En múltiples ocasiones había visto mis cuadros expuestos en galerías de arte, pero era la primera vez en que mi obra se exhibía en un museo. Noté una punzada en la boca del estómago y una aguda sensación de vértigo cuando divisé *Las tres Gracias*, que ocupaba el espacio más destacado de la pared frontal, un lienzo de más de cuatro metros de largo por dos de ancho, en el que tres amebas gigantescas flotaban sobre un fondo de color añil. Fue el último cuadro que pinté y me dio mucho trabajo, tardé más de una semana en acabarlo, aunque lo rematé un poco de cualquier manera, pues lo que me pagaban no justificaba tantas horas de dedicación, pero al numeroso público que se arracimaba a su alrededor no parecían molestarle la premiosidad del trazo, los bastos grumos de color: lo admiraban extasiados. Una ola de orgullo invadió mi pecho, para abandonarlo de inmediato, en cuanto Roser Requena me preguntó, casi gritando:

—¿Es tuyo ese de los tubos negros que interactúan? ¡Es precioso!

—No —le respondí secamente—. Ese cuadro no lo he pintado yo y, por favor, baja la voz, que se va a enterar todo el mundo.

Era algo que me venía inquietando desde que nos reunimos en la entrada del museo. En un principio, yo había quedado sólo con Víctor y Cheles, pero ésta, que no sabe callarse, se lo dijo a Roser, la cual se apuntó entusiasmada junto con Francesc, su novio, y Víctor, por su parte, apareció acompañado por un desconocido, un chico alto y moreno que se llamaba Juan y quien, según me dijo, era un amigo del colegio. En mi delicada circunstancia, la discreción era esencial; cuantos más fuéramos, más peligraba mi secreto. Además, Roser Requena me exasperaba. Nunca me había caído bien. La soportaba porque era la novia de Francesc, un buen amigo, en la esperanza de que éste acabara por percatarse de lo estúpida que era y rompiera con ella. Se las daba de entendida en arte porque tenía un empleo de funcionaria en la sala Santa Mónica; su tío, un concejal del ayuntamiento, la había enchufado. Lo suyo, como decía Roser con énfasis y aire severo, era el arte contemporáneo, las videoinstalaciones y el *computer art*. Por supuesto, no sabía nada de nada. Prueba de ello era que acababa de alabar una de las peores obras de la exposición, un ejemplar tardío, pintado por mi rival medio año antes de la muerte de Maristany.

—¡Qué emocionante debe ser esto para ti! —vociferó a mi izquierda Roser, buscando congraciarse conmigo después de su metedura de pata—. ¡Tanta gente contemplando tu obra! Es el sueño de todo artista —me informó muy seria, la enteradilla. Hubiera podido matarla, la estaba escuchando media sala. Me aparté de

mis amigos a grandes zancadas, había sido muy imprudente por mi parte llevarlos conmigo, pero la vanidad, la maldita soberbia, como diría mi madre, había soplado en mi oído el consejo equivocado, arrastra a tus colegas, me había susurrado, que vean de lo que eres capaz de hacer, o lo que hacías, antes de ser guía del Museo del Prado.

Me detuve a una distancia prudencial de la escandalosa, frente a uno de mis primeros lienzos, *El sueño de Euclides*, cinco planos triangulares de distintos tamaños pintados en una gama de ocre y marrones, sobre un fondo poroso de color tierra. Abstracción geométrica limpia y depurado, un clásico de Maristany que figuraba en casi todos sus catálogos, un ejemplar que reafirmaba mi dignidad de artista. Di unos pasos hacia atrás y recorrí con los ojos la enorme sala; tres cuartas partes de sus blancas paredes estaban cubiertas de cuadros míos, pintados por mí con paciencia y esmero durante los diez años que duró mi fructífera colaboración con el maestro.

—¡Vaya chorrada! —exclamó una voz infantil detrás de mí—. Esto es muy fácil, yo sé pintar mejor —añadió el niño (¿o era una niña?), sin duda refiriéndose a *El sueño de Euclides*, y un adulto (¿su padre?) le rió la ocurrencia. Yo, sin pensármelo dos veces, me volví.

—No digas tonterías —le espeté al niño (era un varón mofletudo, con gafas y una gorra de Pokémon). Al oírme, su padre enarcó las cejas y abrió la boca, pero antes de que me pudiera reprochar nada, una mano me tomó del brazo y me condujo a la otra esquina de la sala. Era el tal Juan, el amigo de Víctor.

—Son unos ignorantes —me defendí—. No saben de lo que hablan, parece fácil pero no lo es, ¿tú sabes el trabajo que me dio ese cuadro? —le pregunté, todavía sulfurada.

—Puedo imaginármelo —respondió Juan en tono apaciguador—. Las cosas aparentemente simples a menudo son las que entrañan más dificultad. No debes tomártelo a pecho, el arte abstracto suele ser mal comprendido por el gran público. ¿Te vienes conmigo a la cafetería a tomar algo? —me propuso. Parecía ansioso de sacarme de allí. Caí en la cuenta de que, en mi indignación, me estaba poniendo en evidencia: la que acababa de gritar era yo. Noté la boca seca, el pulso acelerado y, de pronto, muchísimo calor.

—Sí, sí, vamos —le dije—, me muero de sed.

Nos escapamos a la cafetería del museo. Nos sentamos a una mesa y me bebí un botellín de agua de un trago. Al dejar el envase vacío sobre el tablero, me fijé en la copa de cristal que Juan, solícito, me había traído junto con la botella para que vertiera el agua en ella. Para terminar de arreglar las cosas, me sequé la boca con el dorso de la mano y, luego, en un acto superfluo, extraje una servilleta de papel del dispensador metálico e hice una bola con ella. Seguía nerviosa, esa visita mía a la antológica de Maristany no era inocua; había sido como echar un vistazo a mi pasado y encontrarme de golpe con la joven que fui, la pintora en ciernes llena de proyectos e ilusiones, que se decía a sí misma que ese trabajo era un mero expediente que le permitiría pagar el alquiler de su diminuto estudio y financiar sus futuras obras. ¿Y

dónde estaban, transcurrida una década, esas futuras glorias? Nada quedaba, salvo la treintena de cuadros expuestos en el MACBA, firmados por otro. ¿Había perdido el tiempo? ¿Se lo había regalado a Maristany, a cambio de un magro sueldo? Mi afán quedaba enterrado bajo su firma. Me sentí tan triste, que a punto estuve de echarme a llorar. Para evitarlo, me puse a hablar, como hago en los aviones cuando pasan por una zona de turbulencias, como si la actividad incesante de mi lengua fuera un talismán que previniera catástrofes o desengaños. Quizá porque no lo conocía apenas, le conté todo a Juan.

Lo primero que hice fue aclarar que yo no falsificaba cuadros: yo pintaba Maristanys. Cuando el famoso pintor valenciano, afincado en Barcelona, me contrató, a finales de 1994, tenía más de ochenta y dos años y las manos deformadas por la artritis. Su cabeza seguía bullendo de ideas, pero sus dedos no podían ponerlas en práctica, así que yo hice eso, prestarle los míos para llevar a cabo de sus proyectos. Siempre trabajábamos del mismo modo. Yo acudía a su estudio, en los bajos de su torre de la Avenida del Tibidabo, y allí él me mostraba los croquis, los esbozos que había hecho con lápiz sobre papel, de la obra que me quería encomendar. Eran simples esquemas de líneas temblorosas (Maristany se dedicaba únicamente a la abstracción geométrica). En el margen derecho del papel aparecían indicados los colores, los tonos. Me había cedido el uso de un pequeño cuarto sin ventanas contiguo a su estudio y allí trabajaba yo. Él me proveía de pinturas, caballetes y demás instrumentos del oficio, aunque el caballete lo usaba muy poco: la mayor parte de los cuadros de Maristany eran de grandes dimensiones, propios del artista consagrado que ya casi sólo pinta para museos. Yo extendía los lienzos sobre el suelo y pintaba en cuclillas, como había visto hacer a Miquel Barceló en fotos; terminaba la jornada con la espalda molida. De cuando en cuando (no todos los días), el maestro aparecía en el umbral de mi cubículo, daba unos golpecitos a la puerta que yo siempre tenía abierta (no tanto a modo de permanente invitación, como para disipar la sensación de claustrofobia que me asediaba cuando mi cuchitril estaba cerrado) y, con delicadeza extrema, como si no estuviera en su propia casa, me pedía permiso para entrar. Inspeccionaba con interés el *work in progress* y me hacía algún comentario sobre el color, las proporciones, la pincelada... Era meticuloso pero no sin motivo; debíamos a la posterioridad (y a los ricos clientes) una calidad elevada y los dos lo sabíamos. No me pagaba por obra, sino por mensualidad, un sueldo que actualizaba anualmente con el IPC, como si yo fuera una funcionaria o una oficinista y, de hecho, yo cumplía un horario, más o menos flexible (no empezaba a trabajar hasta las diez de la mañana, hora de artista), aunque nunca inferior a las ocho horas diarias. Era una pintora asalariada y esa comodidad, la del sueldo mensual, aunque escaso, me apoltronó, me acostumbré a ello, como si Maristany no fuese mortal o no pudiera separarse de su mujer.

Fue eso lo que me hizo perder el empleo: su segunda mujer. La primera, María Antonia, una señora mayor, culta, que vestía con mucha elegancia, apenas molestaba.

Rara vez visitaba el estudio y, cuando lo hacía, era por alguna causa justificada (ella se ocupaba del aspecto comercial del trabajo de su marido, se relacionaba con marchantes y galeristas y tenía fama de feroz negociadora). A mí me trataba con amabilidad y hasta con respeto, lo único que me disgustaba de ella era ese prurito mezquino que tenía de pedirme la devolución de todos los esbozos de Maristany, una vez concluido el cuadro, como si yo fuera a venderlos o algo peor. Y si, por supuesto, de haber podido los habría vendido, valen dinero los bocetos de un pintor consagrado, pero yo era pobre y ellos eran ricos y, gracias a mi trabajo mal pagado, cada día más ricos, podían haberse permitido ese rasgo de generosidad, regalarme los croquis.

La segunda mujer, Solange, no me exigía la devolución de los esbozos, porque no me daba los originales, sólo fotocopias. Era muy desconfiada. Cuarenta y tres años más joven que la primera, más joven incluso que yo. Era la encargada de una de las principales galerías de Barcelona, una trepa que había ascendido de su puesto de dependienta mediante el socorrido truco de ligarse al jefe, pero eso no le bastaba, aspiraba a más, a convertirse en una señora pudiente, exonerada del enojoso deber de trabajar, y Maristany, un viejo chocho, pero millonario y prestigioso, le brindaba esa posibilidad. Lo sedujo (no me explico cómo, el hombre no estaba para muchos trotes), lo obligó a divorciarse y se casó con él. A diferencia de María Antonia, Solange se pasaba las horas en el estudio, haciendo fiestas a su maridito y controlándome. Me pedía cuentas de mis avances en el trabajo, me señalaba plazos incumplibles; era consciente de que, dada la avanzada edad de su consorte, le quedaba poco tiempo de chollo y quería exprimirlo, obligarlo a producir cuadros a mansalva, para lo cual dependía de mí y me apremiaba.

Yo me rebelé; hasta entonces se me había permitido trabajar con cierta holgura. Los dos, Maristany y yo, estábamos de acuerdo en que la calidad de la obra era lo principal y más de una vez, a requerimiento mío, el maestro había retrasado una entrega o una exposición. Ahora esa arpía pretendía que sacrificáramos la bondad de los cuadros a su proliferación, que los pintara como churros, deprisa y corriendo. No sé por qué, supuse que en esa contienda Maristany se pondría de mi parte; al fin y al cabo, su relación profesional conmigo era anterior a su relación amorosa con la galerista, y yo creía que él apreciaba mi trabajo, que, al igual que yo, estaba convencido de que sin mí no podría seguir pintando. Me equivoqué. Ni siquiera tuvo el valor de decírmelo él. Una mañana llegué al estudio y me encontré a la bruja esperándome. Me sorprendió; ella solía dormir hasta el mediodía, ¿qué podía haberla inducido a madrugar? Las ganas de echarme. Me comunicó que Maristany estaba en cama con un resfriado y que por eso me notificaba ella el despido. Me dijo «recoge todas tus cosas y devuélveme la llave antes de irte, hoy es tu último día». No obtuve indemnización, ni paro; yo había cobrado en negro todos esos años, no había contrato escrito. ¿Cómo podía haberlo, si lo que yo hacía era ilegal, pintar cuadros cuya autoría se atribuía Maristany?

—Si ahora sacara a la luz las circunstancias reales de nuestra colaboración, si

fuera a la policía, o los tribunales de justicia, y les confesara que la verdadera autora de casi toda la obra firmada por Maristany en su último período soy yo, se armaría un escándalo. Me temo que iríamos a la cárcel las dos, la arpía y yo; el maestro se libraría porque ya está enterrado —le confié a Juan en la cafetería del MACBA. Habían pasado dos años desde mi despido, en abril de 2004, pero no podía olvidar mi resentimiento.

—Y tú —le pregunté, de pronto consciente de haber monopolizado la conversación—, ¿a qué te dedicas?

Juan me sonrió. Le brillaron los ojos, tan oscuros que parecía que todo el iris fuera pupila. Me fijé en sus pestañas, largas y curvadas, como las plumas de un abanico.

—Soy juez —respondió.

¿Qué hora sería? Era difícil conjeturarlo, la luz tenía esa tonalidad apagada, metálica, que igualaba las tardes a las mañanas. La omnipresente calima difuminaba el contorno de la playa. Desde donde Fede estaba sentado, apenas se podían adivinar las rebabas de espuma que a intervalos regulares vomitaban las olas. El mar Cantábrico era como una fiera irritable, exasperada por el encierro de sus orillas, que abría la boca y enseñaba los dientes en señal de amenaza, como diciendo, cuando me harte de verdad, vais a ver la que armo, os vais a acordar. Nada hubiera complacido más a Fede en ese momento que una buena tormenta, una tempestad con rayos y truenos, vientos huracanados y olas de diez metros de altura que engulleran las barcas de pesca. Era como una jaula Santander, como esas campanas de vidrio o plástico transparente que encierran un paisaje congelado y, si les das vuelta, ves cómo cae, blanca y persistente, la nieve. Y era como si él, Fede, estuviera atrapado en el interior de uno de esos pisapapeles. Por eso deseaba que el mar rugiera y rompiera con su furia y su violencia ese envoltorio de niebla que le oprimía como un peso. «Aunque si llueve se van a mojar las bragas», pensó, «mejor haría en guardarlas». Sin embargo, no se movió.

Era el día de su cumpleaños y nadie le había felicitado. 23 de agosto de 1984. Ya era un hombre, o casi: tenía trece años. Había pasado toda la mañana esperando que le llamara su madre. No lo había deseado de forma consciente, aunque al regresar del barbero confiaba en que alguien, Natalia o su padre, le dieran la noticia: «te ha llamado tu madre», aún sabiendo que eso era imposible, que no le iba a llamar, ni ése, ni ningún otro día. Pero ¿se habría acordado de su cumpleaños? ¿Habría sentido la tentación aguda de hablar con él? ¿Estaría entristecida por no poder hacerlo? De pronto, se le ocurrió que tal vez su madre sí le había llamado, aunque, por descontado, Natalia no iba a decírselo, se lo tendría bien callado. Lo había recibido con un grito al regresar del barbero.

—¿Cómo te has atrevido a hacerme esto?

¡Hacerme!; daba por supuesto que todos los actos de Fede guardaban exclusiva relación con ella y no tenía nadie más en quién pensar. Lo contempló horrorizada, tapándose la boca con una mano, como si viera con la lengua. «¡Gabriel!», reclamó al instante con voz imperiosa, «ven a ver lo que ha hecho tu hijo». Y su padre había bajado del piso de arriba, cabizbajo, preparado para la escena que se avecinaba. Obediente, observó con consternación el cráneo pelado de Fede.

—Federico... —musitó su padre a modo de reproche y volvió su rostro preocupado a su iracunda mujer, anticipando el estallido. Pero éste no se produjo. Natalia arrugó el ceño, inspiró hondo y declaró con firmeza:

—Federico no puede ir así al bautizo. Tendrá que llevar sombrero.

¿Sombrero? ¿Qué sombrero?

—Yo no se lo puedo prestar, no tengo —anunció su padre—. ¿Por qué no se pone

una gorra de béisbol? —propuso, siempre conciliador.

—¡Tú estás loco! ¿Cómo va a ir a la iglesia con una gorra de béisbol? Sería una falta de respeto. Le pediré a mi padre que le deje uno de sus sombreros, él tiene varios. Y te lo pondrás —advirtió Natalia a Fede, amenazándole con un dedo—. ¡Vaya si te lo pondrás! Ahora corre a tu cuarto a cambiarte. Hemos de estar en la iglesia dentro de veinte minutos.

Pero él se había negado. No estaba dispuesto de ninguna de las maneras a enfundarse el traje oscuro, con la camisa a rayas rojas y blancas y la corbata gris, que le había comprado Natalia. La americana y el pantalón se los hizo acortar por una modista, pues no había encontrado trajes de niño de su tamaño.

—¡Con lo caro que me ha salido ese traje! Y ahora no quieres ponértelo —se escandalizó Natalia.

—No me voy a cambiar —se reafirmó Fede, sosteniéndole la mirada—. Iré así. A mí me gusta lo que llevo, me parece elegante.

A Natalia le salían los ojos de las órbitas. ¡Elegante! Una camiseta amarilla, con la leyenda «*Never mind the bollocks, here's the Sex Pistols*», en letras rosas y negras, y un pantalón vaquero demasiado grande, desteñido, con agujeros... Para no hablar de las mugrientas zapatillas deportivas. Natalia no daba crédito. Su inmensa tolerancia se veía recompensada con semejante deslealtad. Tenía que morderse los labios para no prohibir a Fede que saliera de su casa y se paseara por Santander (¡su ciudad, donde la conocía todo el mundo!) con esa facha. Lo hacía por evitar una pelea, ya habían tenido varias por ese motivo y siempre acababa cediendo ella, en aras de la paz familiar. ¡Pero ese desplante insólito en el mismo día del bautizo de su hijo!

Fede disfrutaba sacándola de sus casillas; era una lucha encarnizada entre los dos, a la que su padre, testigo mudo, asistía impotente. Natalia le había exigido que se cortara la cresta que llevaba en la cabeza para el bautizo de Gabi, el recién nacido, su hermano pequeño. Él, Fede, era punk, por eso llevaba la cresta, era un signo de identidad, afeitársela era perderla, aunque naturalmente eso a Natalia no le podía importar menos. Pero había transigido, fue al barbero. Y una vez allí, sentado en la butaca reclinable de escay granate, le vino la inspiración. Y se hizo cortar el pelo a cero. Para joderla, claro, ¿para qué, si no? Lo había conseguido, estaba furiosa. Esa mujer era muy tonta, mezquina y tonta; Fede la manejaba como quería. ¡En castigo, le había prohibido ir al bautizo, como si eso fuera a afligirlo!

—Y cuando volvamos de la iglesia con los invitados, te vas a quedar encerrado en tu cuarto, no vas a comer con nosotros. ¿Está claro? —le había dicho Natalia—. No le pasará nada porque ayune un día. Con lo gordo que está, incluso le conviene —había añadido, a modo de explicación dirigida a su padre, como si a éste le quitara el sueño la alimentación de su orondo hijo mayor. Su padre se había pasado una mano nerviosa por el pelo engominado, se había ajustado, en un tic frecuente, el nudo de la corbata, había chasqueado la lengua con contrariedad, como para dejar constancia de

que él también desaprobaba el comportamiento del díscolo Fede y, tomando del brazo a su mujer, había mascullado, «bueno, ya está. Vamos, Natalia, que se está haciendo tarde».

¡Mariconazo!

Era tanto el desprecio que le inspiraba su padre, que Fede no pudo reprimir un escupitajo. Con el dorso de la mano se limpió el hilillo de saliva que le quedó colgando del labio y lanzó una mirada furtiva a la izquierda, hacia la playa de la Magdalena, en dirección a la cual había desaparecido el mendigo. Sacó un cigarrillo del paquete de Nobel que le había robado a Natalia y lo encendió con su *zip*po. Al inspirar, el humo le sabía a sal, a gaviotas y a mar. Se puso a recordar. La mañana de la catástrofe, el día en que todo cambió. Para peor.

Haría de eso cerca de un año. La noche anterior hubo juerga en su casa de Barcelona. Sus padres no habían cenado con él, habían ido a una fiesta; les gustaban mucho las fiestas, no se perdían una. Él los había oído regresar en algún momento de la madrugada. Armaron bulla. Pusieron música y conversaron en voz alta con sus invitados. El clamor de las voces exaltadas atravesó las paredes, se filtró por las rendijas de la puerta de su cuarto y penetró en el oído de Fede, en su cama, desvelándolo. Estaba acostumbrado al follón, así que no tardó en volver a dormirse. Secretamente, le gustaba saber que ya no estaba solo en casa. Cuando se levantó por la mañana, todo estaba en silencio. Era como si el piso se hubiera contagiado de sus dueños y también tuviera resaca. El salón, a oscuras, olía a tabaco y alcohol y a sudor humano. Dio la luz y vio el desorden de vasos y copas sucios, sobre la mesa baja y las estanterías, junto a una pata de la alacena, en precario equilibrio contra el soporte del televisor... Los ceniceros llenos de colillas de cigarrillos y canutos. Los almohadones tirados por el suelo. Lo normal después de una noche movida. Levantó un poco la persiana y permitió que la luz entrara a rajadas, con cautela, en el salón, iluminando el polvo que recubría los muebles. Encendió la tele y se tumbó en el suelo, la cabeza sobre un almohadón. Se puso a ver una carrera de motos. El volumen del televisor impidió que oyera entrar a su padre. Éste venía de la calle. Tenía muy mal aspecto, debía de haber pasado la noche en vela.

—¡Hey! —dijo su padre a modo de saludo. Fede ni contestó, siguió mirando la tele.

—¡Eh, tío, saluda! —exigió su padre—. ¿Has desayunado? —le preguntó. (En aquella época su padre no se llamaba Gabriel, sino Chino, y a él no lo llamaba «hijo mío» o Federico, como ahora, sino colega, tío o, simplemente, tú. Fede, por su parte, lo trataba de viejo o Chino; lo de papá era de niño pijo).

Como tenía hambre, decidió contestar «No», sin desviar los ojos de la pantalla. Su padre le propuso acompañarlo a desayunar fuera, al Loro Verde, y él accedió; le gustaban los bares.

—Voy a ver si Carmen tiene algo de pasta —le informó su padre—. Yo estoy pelado, no sé qué coño ha pasado esta noche, no llevo un duro.

Y su padre se adentró en el pasillo. Fede pudo oír cómo abría la puerta de la habitación que compartía con Carmen, su madre, porque había quitado el sonido de la tele; disfrutaba viendo esas potentes motos deslizarse en silencio por la pista, en un *ballet* pesado e hipnótico. Al poco, su padre salió del cuarto y se encaró con él, el semblante alterado.

—¿Quién es ese que está con tu madre en mi cama? —le preguntó.

Fede se encogió de hombros; no tenía idea. Observó con fijeza a su padre, esperando su reacción. Con poca ilusión, era cierto; sabía que su padre no iba a hacer nada ante ese ultraje; no iba a retar a duelo al intruso, ni a repudiar a la adúltera. No iba a armar ningún escándalo, entre otros motivos, porque él, su padre, siempre tenía algún pecadillo propio que ocultar. Y Fede no se engañaba. Su padre arrugó el entrecejo, hundió los puños de las manos en los bolsillos de su cazadora marrón de cuero, movió la cabeza a uno y otro lado, como un animal perseguido y, después de reflexionar, le dijo:

—Oye, ¿por qué no entras en mi cuarto y miras si ese pavo lleva algo? Su chupa está colgada de una silla. Píllale un par de billetes para el desayuno.

¡Siempre tan cobarde! ¿Por qué no lo hacía él mismo? Al fin y al cabo, era su habitación. Pero a Fede la idea no le desagradaba. Era lo mínimo que se merecía ese individuo que había osado meterse en la cama de su madre. Le desasosegaba sobremanera que Carmen hiciera esas cosas, compartir el lecho con desconocidos, hubiera querido prohibírselo, pero ¿con qué derecho? Si esa piltrafa que tenía por padre hiciera valer lo suyo... Se levantó del suelo y, tal como iba, descalzo y en pijama, entró de puntillas en la alcoba cuya puerta el Chino había dejado entornada. Era un ladrón habilidoso; tenía fama. Le gustaban los desafíos. Es sabido que el Corte Inglés está plagado de detectives de paisano, pero eso a él no lo amilanaba, al contrario. Jamás había salido del Corte Inglés sin llevarse algo por lo que no había pagado. Sostenes para su madre, calcetines de tenis, galletas, chocolate... Tenía manos de prestidigitador. Ya en la calle, disfrutaba rebuscando en los bolsillos y debajo de la chupa y extrayendo objetos robados, para rendida admiración de sus amigos. Su madre le reñía, «Fede, ya sabes que no me gusta que robes, un día de éstos te van a coger», pero de todas formas se ponía los sostenes.

Para deslumbrar a su padre con su pericia, esa mañana consumó la hazaña de sacar la cartera del bolsillo de la cazadora del hombre dormido, llevara al salón, examinar su contenido, sustraer dos mil pesetas y volver a entrar en la habitación conyugal para reintroducir la cartera, aligerada, en el bolsillo. Vano empeño, porque su padre no le prestó ninguna atención. Sentado de través sobre un brazo del sofá, una pierna sobre la otra, fumando un cigarrillo, fingía contemplar la silenciosa carrera de motos de la televisión, como si lo que estaba haciendo Fede le fuera ajeno y nada tuviera que ver con él. Aunque no perdía detalle, porque cuando Fede regresó al salón por segunda vez, le preguntó con avidez:

—¿Cuánto?

—Dos talegos —repuso Fede.

—Dámelos —le dijo su padre—. Los guardaré yo.

Fede se negó. Él había corrido el riesgo, el dinero era suyo; invitaría a su padre al desayuno en el Loro Verde y se quedaría con el cambio. Su padre rezongó.

—No tienes edad de andar con tanto dinero —dijo—. No es formativo. Espérame un momento, que tengo que ir al baño.

Pero la puerta del baño estaba cerrada. Solía suceder; el usuario, al salir, olvidaba poner en posición vertical el pitorro que accionaba el mecanismo de cierra y luego la puerta no se podía abrir. La noche anterior, la casa se había llenado de desconocidos que ignoraban esa particularidad, cualquiera de ellos podía ser el causante del contratiempo. Fede era un avezado abridor de puertas, al menos de ésa. Cogió una varilla de alambre que guardaban en un cajón de la cocina con ese propósito e introdujo la punta por el agujero circular del pomo metálico de la puerta del baño. Lo removi6 con destreza y consiguió desactivar el mecanismo. Cuando abrió la puerta, descubrió que el baño no estaba vacío.

Y ése fue el principio del fin.

El hombre estaba sentado sobre la tapa del váter, el tronco inclinado a la izquierda, la cabeza apoyada en la pared, los ojos cerrados. Tenía una jeringuilla clavada en el antebrazo. Fede sabía quién era, aunque tardó en reconocerlo. Era el Pils, un tío que estaba muy pirado, amigo o conocido de sus padres. Chaparro y cabezón, lucía una gran mata de pelo negro con tupé, que le daba aire de rocker. Era simpático. Fede pensó que muerto parecía un muñeco.

La palidez súbita del rostro de su padre le hizo darse cuenta de la magnitud del acontecimiento.

Lo primero que hizo el Chino fue despertar a su madre. Ésta apareció en el pasillo, vestida sólo con una camiseta que pertenecía al Chino y que, por fortuna, le tapaba el culo, los ojos legañosos, su larga cabellera castaña enmarañada. A su lado, un chico menudo y flaco, en calzoncillos, que no debía de tener más de veinte años, se rascaba la cabeza y los contemplaba aturdido.

—¿Qué coño pasó aquí anoche? —le espetó el Chino a su madre, sin dignarse a mirar al chico.

—¿Qué pasó? ¡No pasó nada, que yo sepa! Y no grites, que acabo de levantarme —replicó su madre.

—¿Qué te metiste, eh? ¿Qué hiciste en cuanto yo cogí la puerta de la calle? —insistió su padre, furioso.

—No me metí nada. Me bebí unas copas, me fumé un par de porros y luego me fui a dormir, con éste —respondió su madre, poniendo una mano en el brazo del desconocido, para apartarla de inmediato—. Había mogollón de gente en casa, no hubo manera de que se fueran. Yo creí que ibas a volver. Saliste sólo a por unas bolsas de hielo, o eso dijiste. ¿Ya no te acuerdas?

—¡Claro que me acuerdo! —respondió su padre y, por el énfasis y el aplomo de

su voz, Fede comprendió que no recordaba nada—. He vuelto, yo siempre vuelvo. Y mira con lo que me he encontrado.

Con un gesto teatral, su padre invitó a su madre a entrar al baño.

Como siempre, fue su madre quien se hizo cargo de todo. Despachó al jovenzuelo con el que había pasado la noche, después de que éste, muy impresionado por el espectáculo del retrete, manchara de vómito el parqué del pasillo, que Fede se apresuró a limpiar con el mocho para darle a ese individuo una lección de templanza y coraje, así como para transmitirle a su madre un mensaje cifrado: «puedes contar conmigo, estoy a tu lado, no soy un cagado como el Chino». Su padre, sentado en el sofá del salón, la mirada perdida en la pantalla del televisor, se mordía las uñas y fumaba un cigarrillo tras otro. Mientras tanto, su madre se ocupó de llamar por teléfono a Marilis y a la policía (pese a las protestas de su padre: «¿A los maderos? ¿Cómo que vas a llamar a los maderos? ¿Quieres que se nos lleven para adentro?»), y, después de vestirse, con la ayuda de Fede, puso un poco de orden en el salón, ya que iban a recibir visitas. Recogieron deprisa y en silencio, evitando mencionar al intruso del cuarto de baño, como si allí no hubiera ningún cadáver y, tras la limpieza, fueran a desayunar en familia como cualquier otro domingo al despertar de una farra. Aún no habían terminado cuando su madre le dijo: «Ya está bien, Fede, déjalo. Ven aquí».

Se acercó su madre y vio que estaba asustada. Él tenía una mano ocupada con el cepillo y otra con el palo del recogedor, por eso no la abrazó. Era algo a lo que después dio vueltas mil veces en su cabeza, para arrepentirse en cada ocasión. ¿Por qué no lo hizo? Porque había perdido la costumbre, quizá. Cuando era pequeño, flaco y escurridizo, era algo que hacía sin pensar, sin dudarlo. Su madre y él estaban como imantados, Fede enseguida encontraba un lugar sobre sus rodillas, entre sus brazos. Se pasaban el día pegados. «Sois como amantes», decía su padre. Pero luego todo cambió: él engordó, se hizo mayor y le pareció impropio y poco varonil acariciar a su madre. Aunque no fue eso tampoco, o no sólo. Los picos tuvieron mucho que ver, la heroína puso distancia entre los dos. Bajo sus efectos, su madre se replegaba en sí misma. Su expresión ausente, el ronroneo de su voz, denotaban un bienestar que no quería compartir con nadie. Se rascaba una y otra vez los brazos, con una media sonrisa beatífica, las pupilas contraídas al tamaño de cabezas de alfiler. Cuando estaba ciega, tenía un aliento especial, olía a almendras amargas. Al regresar del colegio, lo primero que hacía Fede era escudriñar los ojos de su madre; según la dimensión de sus pupilas, sabía a qué atenerse.

Pero la mañana en que murió el Pils, su madre no estaba colocada. Desde ese día Fede no la había vuelto a ver, por eso recordaba cada gesto, cada palabra de su madre aquella mañana. Carmen le puso las manos sobre los hombros y le informó, seria, de que él se iría con Marilis, a quien había avisado y que estaba al caer, porque no quería que se hallara en el piso cuando llegara la policía. A él eso le preocupaba, no en vano había visto en la tele decenas de películas y series criminales: tenían un muerto en el

váter. ¿Iban a meter a su madre en la cárcel?

—No te extrañe —llegó desde el sofá la voz ominosa de su padre. Pero su madre lo desautorizó.

—No nos va a pasar nada —le aseguró a Fede—. Vete tranquilo, todo irá bien. Nadie tiene la culpa, ha sido un accidente. Cuando esto haya acabado, te iré a recoger a casa de Marilis.

Todavía la estaba esperando.

Un perro se acercó corriendo por la arena desde la orilla, la lengua afuera, meneando el rabo. Se detuvo en seco ante la impresionante exposición de bragas y con timidez, casi con respeto, se puso a husmear una braga de puntilla blanca. Detrás, avanzando con esfuerzo, venía su dueña, una mujer mayor, con el pelo cubierto con un pañuelo estampado y ataviada con una falda larga y oscura que el viento le enredaba entre las piernas. Miraba a Fede y luego a las bragas, una y otra vez, con el semblante cada vez más inquieto, buscando entender el significado de ese espectáculo. Él no se movió de donde estaba. Siguió fumando con tranquilidad, disfrutando del embarazo de la mujer, quien sin duda deseaba intervenir, decir algo, mostrar de algún modo su oposición tajante a esa impúdica escena: un niño gordo y calvo fumando en la playa, rodeado de bragas. Pero no se atrevió a decir nada, Fede la cohibía. La mujer apretó la boca en un gesto de reproche y volvió la cabeza hacia el mar.

—Vamos, Blanquita —urgió a la perra sin mirarla y empezó a alejarse deprisa.

—¡Tss! —le chistó Fede, envalentonado—. ¡Oye, tú! —le gritó al ver que no le hacía caso.

La mujer se dio vuelta y lo observó medrosa.

—¿Tienes hora? —le preguntó Fede, deleitándose en su miedo.

Con un gesto brusco la mujer acercó la muñeca izquierda a sus ojos y le respondió con sequedad:

—Son las cinco y diez de la tarde.

—Gracias —le dijo Fede con educación, pero la mujer no contestó «no se merecen», como solían decir en Santander. Continuó caminando hacia la orilla con rapidez, escoltada por la perra, que, a diferencia de ella, no temía que Fede la siguiera para ponerle una navaja en el cuello y exigirle el relojito de oro de su muñeca, sus pendientes, sus pulseras... Infundir temor le hacía sentirse bien, aplomado, seguro de sí mismo. ¡Relajado! Cuando llegaba a un colegio nuevo, siempre repetía el mismo proceso. El primer día permanecía taciturno, mirando a los demás alumnos y a los profesores con ojos hostiles, sentado indefectiblemente en la última fila. Si algún profesor incauto osaba obligarlo a sentarse delante, pronto se arrepentía y le permitía sentarse donde él quisiera, cuanto más atrás, mejor. Al principio se limitaba a observar, a reconocer el territorio; quién sería el empollón, quiénes los gallitos de la clase. Jamás, por ningún concepto, bajaba la vista, sostenía desafiante todas las miradas, incluida la del director. No hacía el menor esfuerzo por confraternizar con

nadie. Se comportaba con altivez, incluso con cierto desprecio, a la espera del primer incauto que decidiera burlarse de él por su gordura o por su bisoñez. Ése era su momento: ¡menudas palizas les daba! En dos días corría la voz, tenía el colegio a sus pies y era el alumno más temido, admirado y respetado, si bien no por el claustro. Era indescriptible la sensación de euforia, de júbilo y poder que le proporcionaba sentarse a horcajadas sobre su rival vencido; retorcerle el brazo y, contemplando su rostro lloros, amoratado, preguntarle con fruición: «¿Quieres más?».

—¡Eres una bestia! —le había dicho Natalia recientemente y él había recibido ese insulto como un cumplido. Esa mujer maligna estaba empeñada en que adelgazase para que perdiera su fuerza, para sojuzgarle, reducirle y domarle como había hecho con su padre. Se imaginaba a sí mismo luchando cuerpo a cuerpo contra Natalia sobre la alfombra persa del salón de la casa de Santander, propinándole un derechazo certero en el pómulos insolente, en su estúpida naricilla respingona, rompiéndole tres dientes de un puñetazo, largándole una patada a la sien que le abriría una brecha de la que manaría a borbotones sangre, roja y caliente... Y cada vez que se entregaba a ese ensueño, tenía una erección. Era extraño, porque Natalia no le atraía en absoluto.

Después de lo del Pils, pasó un mes y medio viviendo en casa de Marilis, la íntima amiga de su madre. Siguió acudiendo al colegio de todos los días (o bastantes) y ni siquiera cambió de barrio. Marilis era vecina, vivía en Sarrià, como ellos. La casa de Marilis estaba en la calle Benedicto Mateo, la de Fede, unas manzanas más allá, en Río de Oro, pero pese a la proximidad, no le permitieron regresar a su casa, ni siquiera a por ropa, fue Marilis a buscársela. No podía ver a sus padres, lo tenía prohibido por su abuelo, el padre de su padre, el sostén de la familia. Su madre era tan pobre que, por no tener, no tenía ni padres. Procedía de Bujaraloz, un pueblo de Los Monegros, una región perdida de Aragón que, según le había explicado a Fede, era como un desierto, sólo que sin camellos. Su abuela materno murió al poco de dar a luz al hermano pequeño de su madre, el tío Mariano, más conocido como «el hijoputa de Marianito» en su pequeña familia. Tras enviudar, su abuelo materno se había vuelto a casar con una hermana de su difunta mujer, quien crió a su madre, Carmen y a su hermano, Marianito. La tía y madrastra, quien no tuvo hijos propios, adoraba a Marianito y detestaba a Carmen, o eso alegaba su madre, quien a los dieciséis años abandonó el domicilio paterno y el pueblo de Los Monegros para no regresar jamás.

Su abuelo paterno, en cambio, era millonario. Tenía una fábrica de rodamientos. También tenía una mujer del Opus, que se negaba a conocer a Fede hasta que su hijo Gabriel (alias el Chino) y la madre del niño estuvieran casados. Si el Pils no hubiera tenido la mala idea de meterse un pico en el baño del piso de Río de Oro aquella noche infausta, su padre no estaría casado con Natalia, sino con Carmen, su madre, y él no estaría pasando frío, rodeado de bragas, en la playa de los Peligros.

Pocos meses antes del incidente, sus padres, presionados por su abuelo, que amenazaba con cortarles el grifo del dinero, accedieron a contraer matrimonio, previa

desintoxicación. Y a trancas y barrancas, estaban cumpliendo su compromiso. Hacía más de ocho semanas que su madre tenía las pupilas normales y su padre no desaparecía durante días, ni estaba siempre pendiente de misteriosas llamadas telefónicas. En su casa, el ambiente se había vuelto festivo, porque desde que no consumían heroína, sus padres habían descubierto el alcohol y tenían de continuo una copa de vino o de cerveza en la mano, y eso a Fede le llenaba de gozo, que se hubieran vuelto, de algún modo, tan convencionales, como los demás padres. Incluso le hacía ilusión que se casaran. No por él, por su madre: ella lo deseaba. Eso le sorprendió, no lo imaginaba, aunque no le indignó, como a Marilis.

—No sé cómo puedas capitular de esa manera —le había reprochado Marilis a su madre—. ¡Casarte por la iglesia! ¡Qué retrógrado!

—A mí no me importa —había musitado su madre, bajando la cabeza, como avergonzada.

—¿Que no te importa? ¡El matrimonio es una institución burguesa absolutamente caduca, una farsa! Es una cuestión de valores, de principios morales, ¡no se puede contemporizar con el sistema! —Marilis se sulfuró tanto, que arrojó la ceniza del porro que se estaba fumando sobre el contenido de su taza de té, lo que agudizó su enfado.

—¡Qué más da, Marilis! —había terciado su madre—. Mira, tengo un catálogo de trajes de novia —dijo, buscando apaciguarla—. No me gusta ninguno, pero... Los padres del Chino esperan que vaya vestida de blanco y... No pienso llevar velo, ni cola, eso por descontado... ¿Qué te parece éste?

—Demasiados volantes —había sentenciado Marilis y, olvidados sus principios morales, juntó su cabeza a la de su madre y las dos se pusieron a hojear el catálogo, comentando los distintos modelos con espíritu crítico.

Una vez casado como Dios manda, su padre se iba a poner a trabajar en la empresa del abuelo, que algún día sería suya, o eso decía el Chino; el abuelo callaba. Era el abuelo quien pagaba el colegio de Fede, los Escolapios, un colegio privado, religioso. En ese colegio, Fede siempre se sintió un bicho raro; se comparaba con los demás niños y, sobre todo comparaba a sus padres con los de sus compañeros y veía una brecha insalvable.

—¿Por qué no vamos a misa los domingos? —le preguntó una vez a su madre cuando era pequeño, tendría seis o siete años.

—Porque nosotros somos modernos —le contestó su madre y esa explicación le satisfizo, le hizo sentirse especial, por encima del vulgo. Puesto que eran modernos, sus padres iban de juerga y fumaban porros, su madre vestía minifaldas, se ponía pelucas y, una vez, se tiñó la melena de color azul. Al abuelo esa modernidad lo exacerbababa, era el hombre más convencional del mundo. Iba siempre vestido con traje y corbata, incluso los domingos (aunque Fede nunca lo había visto en domingo; alguna vez un sábado, por lo regular, entre semana). Era alto, como su padre, y corpulento (su padre era muy flaco). Caminaba muy erguido, un poco envarado, con

pasos lentos y pesados, que se podían oír y dejaban huella, como corresponde a un hombre de cierta importancia. Era serio, con el entrecejo permanentemente fruncido, como si todo en este mundo fuera merecedor de su más rotunda desaprobación, aunque tal vez, cuando no estaba con ellos, con Fede y sus padres, seres tan reprobables, el abuelo desarrugara la frente y hasta se permitiera una broma o una sonrisa. Hablaba poco, aunque con una voz tan estentórea, que cuando llevaba a Fede a merendar a una granja La Catalana, al pedir su café con leche y su cruasán, la camarera que les tomaba nota daba un respingo. Era un hombre imponente, que cohibía con su sola presencia, a diferencia de su hijo Gabriel, quien no inspiraba respeto a nadie.

Fede temía a su abuelo, pero lo disimulaba, porque mostrar miedo es de maricones. A su madre, Carmen, de ordinario tan aplomada, se le trababa la lengua en presencia del viejo y se ponía colorada cuando éste le dirigía la palabra. Fede sabía, porque el Chino no se había privado de explicárselo, que su abuelo opinaba que su madre, forastera, pobre e ignorante, era indigna de su hijo, catalán, de buena familia y tan ignorante como ella (aunque esto último jamás lo mencionó su padre). Le constaba que a él le habían puesto el nombre de pila de su abuelo por decisión de su madre, que buscaba congraciarse a su hijo con el viejo y ponerlo bajo su amparo. Por alguna razón, ese nombre no cuajó y todos, su madre incluida, lo llamaban Fede, por *Federico*, un gato que tuvieron sus padres antes de que él naciera y que murió atropellado por un coche, tras haberse escapado (según las malas lenguas —sus padres lo negaban— después de que le hubieran metido en la boca una anfetamina, a ver qué pasaba).

Las relaciones de su madre con su abuelo eran tensas y el abuelo hablaba con Carmen sólo lo imprescindible. Acudía a la casa de Río de Oro (que era suya, del abuelo) una vez al mes, a buscar a Fede, en teoría para llevarlo a merendar, en realidad para controlar sus calificaciones escolares. Al principio, esas meriendas eran muy dolorosas; las notas de Fede eran malas, incluso pésimas, y el abuelo, al confrontarlas, se sumía en un mutismo acusador hasta que lo devolvía a casa. Pero Fede pronto espabiló y las últimas meriendas, antes de la catástrofe, fueron distendidas, casi cordiales. En una ocasión en que Fede obtuvo tres Excelentes, uno de ellos en Matemáticas, el abuelo lo felicitó y hasta le dio una palmadita amistosa en el hombro. Esa noche, al volver a casa, Fede tuvo una escena con su madre.

Lo recibió furibunda. La habían convocado con urgencia al colegio de Fede para comunicarle que su hijo llevaba tres meses suspendiendo todas las asignaturas y faltando a la mitad de las clases. Su madre estaba disgustada, pero también preocupada, porque para ella la educación tenía una importancia desmedida. Quizá porque dejó la escuela a los catorce años, tenía ilusión en que Fede estudiara una carrera universitaria y fuera médico, abogado, arquitecto, o algo igualmente estúpido pero respetable, que ostentara un título que le permitiera mirar de frente y sin cohibirse a seres campanudos y solemnes como su propio abuelo. Pero no era sólo el

futuro de Fede lo que peligraba; también la subvención mensual del abuelo. Esa noche Fede compadeció a su madre. La vio tan apurada, que casi deseó haber estudiado.

—¿Por qué lo has hecho? —le preguntó su madre una y otra vez—. ¿Por qué nos has mentido? ¡Con lo feliz que me sentía por tus buenas notas! Y resulta que las has falsificado...

Se sintió muy culpable, pero al mismo tiempo extrañamente complacido, incluso halagado. No esperaba ese interés, le sorprendía que su madre se preocupara por él. No supo qué decirle, ni siquiera atinó a contestar que lo de mentir era una tradición familiar. Bajó los ojos para esquivar la mirada de reproche de su madre y notó cómo se le enrojecía el rostro, ¡se estaba ruborizando, como cuando no era gordo! Empezó a aducir, a media voz, que no estaba a gusto en ese colegio de curas, para niños pijos, «es que yo... Nosotros somos modernos, mamá, preferiría ir al instituto», argumentó, arrepintiéndose al instante de haberla llamado mamá, era un gesto de blandura imperdonable. Sin embargo, de algún modo, eso lo envalentonó, lo empujó a franquearse. Le explicó a su madre, despacio y con paciencia, como el adulto que habla con un niño, que él no tenía ningún interés en aprender nada de lo que le enseñaban en el colegio («a mí me importa un huevo dónde está el esófago, ¿entiendes, Carmen?»); si accedía a ponerse el ridículo uniforme de los Escolapios todos los días y acudía a ese lugar donde se aburría atrozmente y nunca pasaba nada, era por ella, para tenerla contenta. Y no debía temer las consecuencias, porque el abuelo no se iba a enterar de la realidad de su situación escolar, él iba a seguir falsificando las notas el tiempo que hiciera falta, por lo menos hasta el día de la boda. Fue una conversación delicada, llena de sobreentendidos; le confesó a su madre que hacía cosas por ella, dio por sentado que ella iba a ser su cómplice y lo iba a encubrir ante su abuelo y ante el colegio. Carmen protestó, hizo amago de enfadarse, pero terminó por aceptar que, dadas las circunstancias, lo que Fede proponía era lo más conveniente.

Fue la última conversación a solas que tuvieron los dos y la primera en la que hablaron como iguales. La recordaba con un punto de orgullo; su madre se hallaba angustiada, sobrepasada por los acontecimientos y él supo y pudo tranquilizarla. Se comportó como un hombre; asumió el problema y lo resolvió, disipó el miedo de los ojos de Carmen y le hizo comprender que podía confiar en él, que no todos los tíos eran tan manguis como el Chino. Por eso le desazonaba su torpe actuación el día de la muerte del Pils. No atinó a reaccionar. Permitió que su madre tomara la iniciativa y...

Estaba empezando a llover. Unos goterones gruesos y sorprendentemente cálidos le martilleaban la calva. Se puso a recoger las bragas y las metió deprisa, a puñados, en la bolsa de plástico. Se levantó y escudriñó el horizonte, como si esperara una señal procedente del mar de acero, una indicación, dónde ir, qué hacer. Pensó que lo que le diferenciaba del mendigo con el que se había topado hacía un rato era que éste, casi con toda seguridad, sabía dónde iba a pasar la noche. Luego se preguntó qué

haría Sid Vicious en su lugar.

Fue el primer juez que conocí en mi vida, lo cual no deja de ser sorprendente, considerando que yo ya había cumplido los treinta y cinco años cuando me topé con Juan. Al decirme éste su profesión, me quedé helada. Maldije mi imprudencia, mi locuacidad desatada; le explico mi vida al primero que veo, sin preguntar ni indagar nada, dando por sentado que todo oído que me presta atención es neutral o, al menos, está bien dispuesto hacia mí. Ya no tengo edad para ser tan ingenua. Mira por dónde, le acababa de confiar, nada menos que a un juez, que me dedicaba a falsificar cuadros. Y en la cafetería del museo donde se exponían en esa fecha todos los cuerpos del delito, por llamar así a las obras de Maristany (y mías). Al enterarme de su oficio, miré a Juan consternada, incapaz de articular palabra. A punto estuve de tenderle las manos para que me las esposara. Pero él se rió al percibir mi azoramiento. Me dijo que era juez de menores, me aseguró que los delitos y faltas cometidos por adultos no eran de su incumbencia y añadió, «no me gusta trabajar los fines de semana. En lo que a mí respecta, no me has contado nada». Le agradecí que fuera, ¿cómo decirlo?, tan generoso con mis pecadillos y decidiera pasarlos por alto con esa elegancia. Por si acaso, cambié de tercio y le pregunté de dónde era, de qué conocía a Víctor, dónde vivía, cuánto tiempo hacía que trabajaba de juez, ¿por qué de menores? Y por la forma seca, casi monosilábica en que contestó a mis preguntas, comprendí que no le gustaban los interrogatorios o, mejor dicho, los interrogatorios ajenos, que tenían su persona o su vida privada por objeto.

No obstante, respondió por orden mi retahíla de preguntas: me dijo que era de Calatayud y que había conocido a Víctor en un colegio de Zaragoza, en el que estuvo interno. Hacía apenas seis meses que le habían destinado a Barcelona, antes ocupaba plaza de magistrado en Sevilla. Vivía en la calle París, esquina con Muntaner. «Me extraña que no me hayas preguntado si soy soltero o estoy casado», observó cuando hubo contestado todas mis preguntas y yo me volví a ruborizar. En mi afán por echar tierra sobre los cuadros falsificados, me había excedido y había pecado de inquisitiva; no es que no suela hacerlo, preguntar demasiado, me refiero: soy curiosa, tirando a cotilla, pero esa pregunta precisamente omití formulársela para que no sospechara en mí un interés indebido. Aunque claro que quería saberlo, así que aproveché la coyuntura y se lo pregunté: estaba divorciado. «Y tengo treinta y cuatro», me informó de regalo. A continuación, me preguntó él, «¿tú te llamas Marta, verdad?». Eso me puso en mi sitio, me hizo percatarme de hasta qué punto éramos dos desconocidos y de pronto me sobrevino la timidez (¡a buenas horas!) y me quedé callada, en un silencio embarazoso. Por una vez agradecí la aparición inesperada de Roser Requena.

—¡Hace media hora que os estamos buscando! —nos regañó—. No sabíamos dónde os habíais metido. Francesc y Víctor han salido a la plaza, por si estabais allí. ¡Ya podíais habernos dicho algo! Aunque sólo fuera mandarnos un mensaje con el móvil —se quejó, al tiempo que tomaba asiento en nuestra mesa (sin que nadie se lo

hubiera ofrecido) y, los codos apoyados sobre el tablero, frotándose las manos como si anticipara un placer inesperado, le preguntó a Juan con una sonrisa (Roser Requena estaba convencida de tener una gran sonrisa y la prodigaba)—: ¿Qué opinas de la exposición? ¿Te ha gustado? A mí los cuadros más recientes, los del último año, me han impactado, pero los anteriores, ¡qué quieres que te diga!, me han parecido sosos, muy convencionales, un poco *déjà-vu*, no sé si me explico.

Se explicaba demasiado. ¿Era tan tonta como aparentaba, o fingía serlo para zaherirme afectando inocencia? Sin embargo, eso último no podía pretenderlo, sabía muy bien, porque hacía sólo un rato yo se lo había dicho, que los cuadros del último año eran los pintados por mi sucesor en el puesto de asistente de Maristany y los otros, los «sosos y convencionales», eran los míos. Supongo que, simplemente, estaba siendo sincera; así era ella, espontánea y sincera, sobre todo en cuestiones de arte, que, como le gustaba decir, le «tocaban muy adentro». No esperé a la contestación de Juan, me levanté de la mesa y me fui. «Voy a buscar a Víctor y a Francesc para decirles dónde estamos», anuncié. Roser Requena me observó de refilón con sus enormes ojos azules, de perpetua expresión asombrada, meneó sus rizos rubios (una de sus picardías), murmuró con distracción, «Ah, muy bien», y, afirmando aún más los codos sobre el tablero, dedicó al magistrado su intensa mirada.

—Entonces dime, de verdad, con el corazón, ¿qué te ha parecido?

Me exasperan las mujeres que son incapaces de hablar con un hombre sin coquetear, degradan a todo el género, pero en esa ocasión, mientras bajaba deprisa las escaleras del museo, pensé que, con un poco de suerte, Roser se ligaría al juez, dejaría en paz a mi amigo Francesc y yo podría recuperarlo. A través de la pared acristalada del vestíbulo pude ver a Víctor y a Francesc, fumando y charlando de pie en el exterior, junto a la entrada del museo. «¿Así es como me buscan?», me indigné, y casi me tropiezo con un individuo muy alto, que llevaba un vistoso traje cruzado de rayas grises y blancas, sin corbata, en la mano derecha un bastón con puño de plata, sobre la nariz ganchuda unas llamativas gafas de montura blanca que recordaban el marco de una televisión, el pelo negro y lustroso peinado hacia atrás, el pico bien planchado de un pañuelo escarlata asomando del bolsillo superior de la americana; un tipo extravagante. Me excusé, no sé por qué, puesto que era él quien casi me había arrollado por caminar de frente mirando al costado, a su acompañante, pero yo soy así, de natural humilde. El hombre bajó la vista desde la cima de sus casi dos metros (por añadidura, era corpulento) y dijo, magnánimo, «no tiene importancia». Entonces la mujer delgada a la que él daba el brazo que no portaba el bastón, exclamó, «¡Pero si es Laura!», y eso me hizo mirarla: era Solange, la viuda de Maristany, la última persona a quien hubiera deseado encontrarme en ese lugar. Me dedicó una sonrisa radiante, como si fuéramos viejas amigas.

—¡Qué casualidad, Laura! ¡Tú por aquí! Qué alegría me da verte —me aseguró—, el otro día estaba pensando en ti precisamente.

—Me parece que te equivocas —le dije—. Me llamo Marta.

La tuteé a propósito y le hablé con sequedad, porque me irritaba no sólo que no me reconociera (¡después de lo que me había hecho!), sino que encima me confundiera con otra.

—No, no, no me equivoco —afirmó con vehemencia—, sé perfectamente quién eres, ¡Marta, claro! No sé por qué te he llamado Laura... ¡Se me ha ido el santo al cielo! ¿Has venido a ver la retrospectiva de Paco? Ha quedado magnífica, ¿verdad? Yo estoy muy contenta, a Paco le hubiera entusiasmado. Todo se lo debemos a Ricard —declaró, poniendo una mano de uñas largas y picudas, sorprendentemente oscuras, sobre el antebrazo de un joven desgarbado, con el pelo muy corto, vestido con una camisa parda y unos tejanos, que tenía a su izquierda—. ¿Supongo que conoces a Ricard Gómez-Farriol, el director del MACBA?

Tuve que admitir que no y Solange hizo las presentaciones. El tipo relamido con el que yo casi había chocado se llamaba Turpin y era marchante de arte. Solange no me dijo su nombre, sólo su apellido, o quizá Turpin era un apodo, o incluso el nombre, hay nombres muy raros en el mundo del arte. El gigante trajeado se inclinó hacia mí, en un gesto de muda cortesía y me pareció vislumbrar un brillo de interés en sus ojillos marrones, parapetados tras los gruesos cristales de sus estrafalarias gafas, al informarle Solange de que yo era «una joven pintora muy prometedora. Paco la apreciaba mucho. El otro día te hablé de ella, ¿te acuerdas?». Fue tras esta pregunta cuando Turpin concentró su atención en mí. «¡Ah! ¿Ésta es aquella chica...?», preguntó a su vez, sin terminar la frase. Solange hizo un gesto afirmativo con la cabeza y ahí terminó el diálogo; nadie me aclaró de qué y por qué habían estado hablado de mí. El joven que había resultado ser el director del MACBA consultó su reloj, nervioso, y apremió a Solange. Por lo visto, les estaban esperando para una rueda de prensa, o eso me dijo la viuda de Maristany, quien antes de despedirse de mí con dos besos muy afectuosos en las mejillas (jamás me había besado esa odiosa mujer), me pidió el número de mi móvil, prometiendo llamarme «pronto, muy pronto, uno de estos días», porque teníamos muchas cosas sobre las que charlar.

El inesperado encuentro y la conversación que le siguió me dejaron muy intrigado. Era increíble hasta qué punto podía ser hipócrita esa mujer. En vida de su marido, cuando nos tratábamos diariamente, nuestras relaciones eran tensas, hostiles sin disimulo, y terminaron con mi despido del taller de Maristany. Y un año y medio después, no sólo me adulaba (debo admitir que eso me sorprendió, lo que yo hubiera esperado de ella era el más absoluto desprecio, ningún signo de reconocimiento), sino que por primera vez se mostraba simpática y atenta conmigo, ahora que en apariencia ningún beneficio o provecho podía obtener de mí, expulsada del taller y muerto su marido. No sólo eso, sino que había estado hablando sobre mí con aquel lechuguino que respondía al extraño nombre de Turpin... Me satisfizo notarla avejentada. Pese a las varias capas de maquillaje que se había endosado en el rostro, se le marcaban las arrugas en torno a los ojos y a las comisuras de la boca; aparentaba unos cuarenta años y no tendría más de treinta y tres o treinta y cuatro. Quizá la ropa de marca hace

mayor. Iba muy bien vestida, desde luego; desnuda debía de valer unos 6.000 euros menos, pero no era elegante como María Antonia, la ex mujer del maestro. Aunque guapa, Solange no dejaba de resultar vulgar, y los estampados de colores chillones con los que había decidido ataviarse (imagino que un aire atrevido y moderno era el que en su opinión correspondía a la viuda de un gran artista), acrecentaban esa impresión; hacía buena pareja con Turpin, menudo par de excéntricos. Pensé que Solange debía de estar viviendo un período glorioso, esa época de esplendor que justificaba las noches pasadas en el lecho de un viejo decrepito y desdentado (Maristany llevaba dentadura postiza; lo sé, porque en una ocasión se la olvidó en el baño de un hotel de Cartagena y se armó un tremendo revuelo). Ése era el gran momento con el que ella había soñado, para el que se había adiestrado durante años: la rueda de prensa en la que comparecía como gran estrella, la viuda del maestro. ¿Sobre qué tenía que conversar conmigo, cuando nunca habíamos cruzado más de dos palabras seguidas? ¿Seguro que se acordaba de mí? Es decir, ¿recordaba que yo era la asistente que pintaba los cuadros de su marido? ¿Sabría eso Turpin? ¿Se lo habría confesado?

Reparé en que la sorpresa me había privado de una buena venganza. Hubiera sido espléndido mencionar, en presencia del flamante director del MACBA, la razón por la cual me apreciaba tanto su difunto marido: porque yo era la verdadera autora de los cuadros que él firmaba y que ahora colgaban de las paredes de las principales salas del museo. Pensé eso a sabiendas de que nunca osaría; soy demasiado cobarde. Pero hay más; me sucede que no me dura el rencor, el paso del tiempo lo desvanece. Mis propósitos de venganza eterna se extinguen en dos meses, en cuanto cambian mis circunstancias y el rostro de la persona a la que he jurado aborrecer hasta la muerte se desdibuja en mi memoria. Quizá por eso me llevo bien con todos mis ex novios. Opino, como Heráclito, que nadie se baña dos veces en el mismo río y la persona con la que nos encontramos al cabo de un año es otra distinta de la que conocimos, el tiempo la ha transformado y, si una es caritativa (y cuando se ha tenido una educación tan cristiana como la mía, la caridad está siempre rondando los pensamientos como una mosca zumbona), debe admitir la posibilidad de que el cambio experimentado haya sido para bien, y que aquella cretina que perdimos de vista el año pasado se haya metamorfoseado en un ser cándido y bondadoso. Mis expectativas para con Solange no llegaban a tanto: era una arpía y nunca dejaría de serlo, pero, como todas las arpías, no lo era sin justa causa o motivo, no despilfarraba sus energías, y ahora que yo ya no era un obstáculo en su vida, me veía con simpatía. ¿Era eso? Soy de talante agradecido, como el perro al que su amo hace olvidar una patada con una caricia; que de repente Solange fuera amable conmigo me enternecía y estaba dispuesta a perdonárselo todo. ¿Para qué quería verme? Recordé que alguien de fiar (una persona muy próxima al maestro y a su mujer), a quien yo había expresado mi extrañeza de que una mujer joven y tan guapa accediera a acostarse con un nonagenario, me había informado de que Solange era lesbiana. ¿Debía preocuparme

esa súbita efusividad, que me sonriera tanto? Estaba imaginando lo que debían de hacer Solange y el maestro en la cama (un espectáculo indecente, rozando la necrofilia), cuando una voz que empezaba a conocer me sacó de mi ensueño.

—¿Qué haces ahí parada? —me preguntó Juan, el magistrado—. ¿Y los otros?

Debo admitir que durante una semana esperé con impaciencia la llamada de Solange. Mi intuición me decía que la reaparición intempestiva de esa mujer en mi vida podía significar dinero. Como persona impulsiva, me suelo fiar de la intuición, o quizá sucede que me gusta disfrazar de intuición a los impulsos que soy incapaz de resistir, para perdonármelos. El caso es que en esa época, en abril de 2006 (pronto hará un año), yo estaba muy necesitada de dinero. Andaba trampeando desde que me despidieron del taller de Maristany, no acababa de encontrar una ocupación que me satisficiera, o ni siquiera eso: prescindiendo de mi contento o agrado personal, no había hallado el modo de ganarme la vida. En un par de ocasiones me había visto obligada a pedir prestado a mis padres para pagar el alquiler de mi estudio del Raval, lo cual me incomodaba y me hacía sentir culpable, pues a mis padres no les sobraba el dinero y yo ya tenía edad de ser autosuficiente. Acababa de regresar de Madrid, de una desdichada experiencia laboral como guía del Museo del Prado. La hermana de una amiga, que tenía ese empleo, estaba a punto de dar a luz y me surgió la posibilidad de hacerle de sustituta.

Recién separada de mi último novio, deseaba poner tierra por medio. Las grandes crisis personales requieren cambios, o eso pensé; las calles estrechas y malolientes del Raval me recordaban demasiado mi desventura sentimental, la desazón del rechazo; eran el escenario de mi último fracaso y quería perderlas de vista, dar ocasión a mis olvidadizas neuronas para que empezaran a borrar de sus archivos el timbre de esa voz de la que estuve pendiente durante meses, esa forma especial de caminar, sacando pecho y con las piernas arqueadas, como un vaquero del oeste o el dueño del mundo, que caracterizaba a mi último verdugo. Quería llenar mi mente de nuevas impresiones y permitir que los marchantes y galeristas de Madrid descubrieran mi escondido talento, esa oportunidad que con tanta frecuencia había brindado a los galeristas catalanes y que éstos, temerariamente, habían rechazado. Algún día se arrepentirían, estaba segura de ello. Y el Museo del Prado... Velázquez y Goya son dos de mis grandes devociones, podría examinar y analizar sus telas todos los días, a la búsqueda de la fórmula secreta del genio. Anuncié a bombo y platillo que me iba a vivir a Madrid, esperé en secreto y hasta el último día que mi ex, inquieto ante la inminencia de mi partida y hondamente arrepentido de sus actos, me llamara para suplicarme la reconciliación, si eso aún era posible (lo era), y una mañana espléndida de febrero, cargada con todos mis bártulos, me fui en tren a Madrid, puede que para siempre. A las tres semanas estaba de regreso.

A mí un cuadro me gusta, o no me gusta, y eso es todo; detesto los análisis de las

obras de arte, son como autopsias, pero la tarea del guía de museos consiste en diseccionar pinturas y explicar con precisión machacona cada detalle del cuadro que examina a su rebaño de turistas, ávidos de cultura, a menudo limitándose a observar lo que es evidente, «como podéis ver, este cuadro representa un campo de batalla. Spínola, el militar que comanda el ejército vencedor, se inclina al poner su mano sobre el hombro del general vencido. Ese gesto simboliza la grandeza y la compasión en la victoria...».

—¿Qué simboliza? —pregunta, interrumpiendo, la sorda de turno, pues siempre hay una sorda en todo rebaño de turistas.

—La grandeza y al compasión en la victoria —repite la guía, alzando la voz y de carrerilla (se ha empollado cien folios de explicaciones artísticas antes de lanzarse al desempeño de sus funciones).

—¿Qué victoria? —pregunta la sorda, que además es distraída y medio ciega.

—La rendición de Breda —le sopla, oportuna, la empollona del rebaño que tampoco falta nunca.

—¡Ah! —exclama con alivio la sorda, como si eso lo aclarara todo—. Ya. ¿Y qué están bendiciendo?

Así todo el rato.

La mañana en que perdí mi nuevo trabajo amaneció sombría; caía a raudales una lluvia ventosa, la noche anterior yo ya había trasnochado de la manera más tonta, por lo que me sentía cansada e irritable y, antes de irme al museo, corriendo, porque llegaba tarde, mi compañera de piso, una vieja amiga de Valladolid, me había dicho que iba a necesitar mi habitación ese fin de semana, pues acudían a visitarla su hermana y su cuñado. No había podido negarme, ya que era su casa y yo vivía allí de prestado. De manera que, en cuanto acabara la jornada laboral, debía tirarme a la calle, bajo la lluvia torrencial, a buscar una pensión o un hotelucho donde instalarme unos días. Estaba de mal humor y, por primera vez, la visión de los magníficos lienzos que llenaban las paredes de las enormes salas de mi museo preferido no despertaba mi pasmada admiración, sino envidia y celos. Me hubiera gustado que toda esa gente estuviera viendo mis cuadros. Que esa guía repelente, con gafas de sabihonda y un lazo negro en la coleta, que adoctrinaba a gritos a su nutrido rebaño (más numeroso que el mío), ponderando meticulosamente el *Menipo* de Velázquez, se dedicara a loar en público, con idéntica envidia, una de mis últimas obras, *Naturaleza muerta*, un cuadro, aunque figurativo, innovador y osado, en el que aparece en primer plano una caja de tampones abierta (con la etiqueta amarilla y la marca muy visibles), apoyada contra un secador de mano, roto, junto a una palangana de plástico verde que desborda un revoltijo de bragas, medias y calcetines sucios; una naturaleza muerta muy contemporánea, a la vez personal y urbana. Podía imaginar a esa chica vociferando ante la absorta concurrencia:

«Ese secador con la boquilla partida, situado en primer plano, tiene un significado muy especial para la artista. Es el mismo secador de mano que arrojó a la cabeza de

su novio cuando éste le confesó que, aparte de ella, tenía otras dos amantes. Por fortuna (para él), el agredido agachó la cabeza y el secador se estampó contra la pared, quebrándose por la embocadura, como ustedes pueden percibir. Hay rabia contenida, furia y desesperación en el trazo negro y retorcido del cordón eléctrico del secador. Es un cuadro que tiene mucha fuerza y múltiples lecturas. En términos de historia del arte, este secador tiene una relevancia parecida a la navaja de afeitar con la que Van Gogh se cortó la oreja, para que se hagan ustedes cargo. En cuanto a la caja de tampones, representa obviamente la condición femenina y la secular opresión sufrida por la mujer a manos del sexo masculino. La palangana...».

—¿Por qué lleva un bocado en el pico? —una irritante vocecilla nasal interrumpió mi delectación.

—¿Qué bocado? —repliqué, molesta.

—El bocado, o panecillo, como prefiera llamarlo, que lleva el cuervo en el pico —me contestó, paciente pero no por ello menos enojosa, la vocecilla, que pertenecía a un hombre de unos sesenta años, con el pelo blanco, extremadamente delgado y muy atildado (digámoslo: afeminado), que formaba parte de mi rebaño. Nos hallábamos ante el óleo de *San Antonio Abad y San Pablo, primer ermitaño*, de Velázquez (mis rebaños sólo pastoreaban en las salas destinadas a Velázquez y Goya, los pintores favoritos de su pastora). Es un cuadro que no me despierta gran interés. Bajo un peñasco en tonos grises y ocre, San Antonio Abad y San Pablo, dos ancianos vestidos con amplios ropajes y dotados de las consabidas largas y venerables barbas, sentados uno junto al otro sobre sendas piedras, parecen contemplar extasiados a un pájaro que desciende volando hacia ellos con una cosa redonda y blancuzca en el pico.

—No es un cuervo, es un grajo —corregí al impertinente—. Y no lleva un panecillo.

—¿Ah, no? ¿Entonces, qué lleva? —insistió el listillo.

Me quedé en blanco. ¿Qué llevaba el maldito bicho en el pico? ¡Un panecillo, claro! Llevaba razón el mariconcete, era un panecillo y yo lo sabía. ¿Cómo había podido olvidarlo? Estaba en un aprieto. Las ovejas de mi rebaño, formadas ante mí en un cortés semicírculo que me cerraba toda posibilidad de escape, aguardaban mi respuesta en expectante silencio. De pronto caí en la cuenta.

—¡Usted no es de nuestro grupo! —incredulé al hombre, furibunda—. ¿Qué pretende, ilustrarse gratis? Las visitas guiadas se pagan —le informé, quizá en un tono de voz un poco elevado, pero a mi juicio con suma corrección. Todos los guías de museo hemos padecido esa lacra: los advenedizos que se cuelan de rondón. Inicias la visita con un grupo de doce personas y, para cuando llegas a la sala sexta, te sigue una comitiva de más de veinte. Por regla general, yo hacía la vista gorda. Si a mis ovejas legítimas no les incomodaba la compañía de ese puñado de intrusas, no era yo quién para reprocharles su cara dura y privarlas de mis alocuciones. En cierta medida, no dejaba de ser halagüeño que me persiguieran por todo el museo sin perder palabra

de lo que yo decía. Pero hasta ese día ningún advenedizo había tenido la jeta de hacerme preguntas, por lo común procuraban pasar desapercibidos; en cambio ese hombre me había puesto en un brete de forma humillante y pública. Y ni siquiera había pagado. De modo que yo tenía motivo para sulfurarme e incluso soltar algún exabrupto. Fue una discusión agria y subida de tono, que propició la aparición de varios vigilantes del museo y escenas de pasmo y consternación entre los componentes de mi rebaño; algunas ovejas se pusieron de mi parte, otras (traicioneras) apoyaron al insolente. La guía del lazo negro, en un acto de flagrante insolidaridad laboral, decidió intervenir en la disputa para defender al hombrecillo y reivindicarlo como suyo. Acabamos insultándonos a voz en grito ella y yo, y aún seguiríamos peleando si uno de los guardas del museo no me hubiera ordenado, con poca educación, que abandonara la sala. (A ella no le dijo nada).

Yo ignoraba que el vejete fuera el teniente de alcalde de Salamanca y un alto cargo del PP. Tuve muy mala suerte. Resultó que el rebaño que acompañaba a la guía repelente estaba integrado por reses del partido y del consistorio, concejales y políticos de Salamanca. El hombre se quejó a la dirección del museo y me quedé sin trabajo. Lo cierto es que no me importó, detestaba ese trabajo. Y si he de ser sincera, cualquier otro trabajo. Soy artista y no puedo remediarlo.

Me indigna el sentir general que dispone que sólo merece el título de artista quien obtiene dinero a cambio de su obra. Según ese criterio, Van Gogh no fue artista hasta después de muerto, porque en vida sus cuadros no se cotizaban. Y Picasso fue más artista en su senectud que en sus inicios, pues en su última época le pagaban mucho más por sus lienzos, y no estoy de acuerdo: el Picasso de las postrimerías ya no era un artista, sino un vendedor de objetos de arte, que perpetraba una y otra vez el mismo cuadro, como el tocinero produce, una tras otras, sus ristras de salchichas.

Ser artista es una actitud, una disposición, un estado de ánimo, con independencia del resultado. Es una búsqueda perpetua que no lleva a ningún lado, porque en cuanto parece que has encontrado una salida estás perdido, dejas de indagar, ya no regresas al laberinto. Yo soy tan artista como Picasso, sólo que menos rica. Y menos reconocida. Aunque...

Vamos a ver: yo lo que hago es dibujar muy bien y eso nunca me lo ha discutido nadie. A los siete años gané un concurso de pintura, en conmemoración del día de la madre, que convocó una confitería de Valladolid. Y desde entonces me presenté a todos los concursos municipales y provinciales de que tuve noticia y los gané, con alguna salvedad: poco después de cumplir doce años, quedé segunda en un concurso nacional, «El Coche de Mi Padre», que celebró la marca de automóviles SEAT (según me dijeron fuentes bien informadas, el ganador era sobrino del director general de la compañía; huelgan comentarios). Cuando cursé Bellas Artes, obtuve sobresaliente en la asignatura de Dibujo. Tengo mucha facilidad, tengo mano... Pero me falta, me faltaba algo. ¿Qué? ¡Lo desconocía! Ése era el problema. Por eso me pasaba horas en el Prado, delante de los lienzos de Goya, de Velázquez, de Rembrandt... Para

adivinar qué tenían esas pinturas de lo que carecían las mías, más allá de la destreza técnica. Y mi nefasta experiencia como guía del museo no fue en vano. Al regresar a Barcelona, al cabo de unas semanas, ya lo había averiguado.

Los buenos cuadros reflejan la mirada de sus autores, su forma de sentir y ver el mundo: tienen vida. Y ése era el problema, mis lienzos estaban muertos. Eran de correcta factura técnica y eso agravaba su deficiencia, un poco a la manera en que su estado de perfecta conservación pone aún más de relieve la falta de vida del león disecado. Como me dijo una amiga «tus cuadros están bien pintados, pero son fríos». Mi mirada era como la del ojo del pescado expuesto en el aparador de la pescadería.

En mi afán por remediar esa carencia, me puse a copiar con escrupuloso detalle obras de grandes pintores. Soy testaruda y perfeccionista. Capto y reproduzco la mirada del autor del cuadro original con la misma fidelidad que un buen actor remeda la inflexión de una voz, una manera especial de expresar sorpresa o enojo. Para ello, el actor prescinde de su individualismo (algo que ningún pintor consagrado, ese ser soberbio por definición, está dispuesto a hacer), se mete en la piel de otro, oye por sus oídos, ve por sus ojos. Y yo eso también lo puedo hacer; soy una magnífica ejecutora, una buena intérprete de obras ajenas. Por algún motivo que se me escapa, eso en pintura está mal visto, el copista es despreciado. Sin embargo, en música, hay grandes cantantes e instrumentistas (sin lugar a dudas, los mejores) que nunca han entonado o interpretado composiciones propias. Y no por eso se les regatea el mérito. Mis peculiares aptitudes hicieron posible que, de mi colaboración con Maristany, en la que él ponía la idea o el plan y yo la ejecución, surgieran algunos de los mejores cuadros de su obra. No me lo invento, lo dijo la crítica, sorprendida de que un artista hubiera alcanzado la plenitud a los ochenta y pico años. Yo soy su plenitud, fue a mí a quien Maristany tuvo la ventura de encontrarse a dos pasos de la tumba. Lo que me fastidia es que en pintura se prime la idea sobre su puesta en práctica, no entiendo por qué. Al fin y al cabo, el número de ideas es limitado; en cambio, son infinitas las diferentes ejecuciones posibles de un mismo concepto. Se concede a la autoría un valor exagerado. Pongamos el caso de un cuadro atribuido a Rafael del que se averigua que en realidad era obra de uno de sus discípulos. ¿Qué sucede? Que ese lienzo, alabado durante siglos, de repente cae en desgracia: se deshonra. Es hijo putativo, su padre no es el gran Rafael, sino un oscuro discípulo. Y el museo de cuya pared colgaba, se apresura a esconderlo en la bodega. Ese cuadro, antes tan ponderado, ya no tiene valor. Lo cual hace pensar que la causa principal de su anterior apreciación no era el cuadro en sí, sino la firma de su autor. No estoy descubriendo nada nuevo, pero resulta evidente que el juicio estético es falaz. No es la representación lo que se admira, si no el apellido de la mano que la plasmó. Y eso es absurdo. Si un cuadro es bueno, no importa quién lo haya pintado, o no debiera importar. Y hay algo más: ¿por qué resignarnos a un solo ejemplar?

Esa veneración del objeto único está ligada al culto insensato de la originalidad. Si tanto se aprecia *La Gioconda*, ¿por qué hay una sola? O, mejor dicho, ¿por qué

sólo se considera admirable el original y no sus múltiples copias? Admitamos que la mayoría de ellas sean deleznable, pero alguna habrá que esté tan bien ejecutada, que al ojo más experto le resulte difícil diferenciarla del original. Entonces, ¿por qué no se aplaude el virtuosismo del copista?

En esa época, concebí una ambición: realizar una copia de uno de mis lienzos fetiches de Velázquez, la *Vista del jardín de la Villa Medici, en Roma* (Pabellón de Ariadna). Mi sueño era que mi reproducción fuera colgada en la sala del Museo del Prado junto al original y que, al comprobar ambos cuadros, el espectador (incluso el más exigente) se viera obligado a admitir: «Prefiero el de Marta Valdés, tiene más calidad». Me proponía mejorar a Velázquez, sí. ¿Por qué no? ¿Acaso una ejecución de una idea, cualquier ejecución, no es mejorable? Nadie pone en duda que la interpretación que hacía Rubinstein de los *Nocturnos* de Chopin era superior a la del propio compositor, libre de su empalagoso sentimentalismo, con más fuerza y vigor. ¿Por qué en pintura no se puede suceder lo mismo? ¿Quién ha dispuesto que la versión del jardín de la Villa Medici de Velázquez sea la única y la definitiva? Me sentía capaz de hacerlo, superar al gran Diego. Lo que me atrae de ese pequeño óleo, *Vista del jardín de Villa Medici*, es el trazo moderno, casi impresionista, con que fue pintado. Pues bien; ¡yo sé mucho más sobre el impresionismo que Velázquez! Él murió varios siglos antes de que ese estilo pictórico alumbrara; yo soy tan posterior, que estudié el impresionismo en la facultad, con libros y diapositivas. Además, estaba dispuesta a dedicarle a esa empresa todas las horas del mundo; la copia de ese cuadro habría de justificar mi vida. Si su ejecución me llevaba años, no tenía inconveniente; yo era obsesiva, Velázquez no. Y tenía la ventaja adicional de ser desconocida, no me atosigaban reyes y cardenales con múltiples encargos, como le sucedía a él; yo disponía de mucho tiempo, ¡demasiado! Era consciente de que mi pretensión, mejorar una obra maestra, de saberse, causaría risa y escándalo, por mojigatería y pura convención. «Velázquez es inmejorable», dice la común opinión; y yo sólo pido (pedía), «permítanme que les demuestre lo contrario, concédanme el beneficio de la duda».

Pero entretanto tenía que vivir, y vivir es muy caro.

John Ritchie o Simon Beverly, más conocido como Sid Vicious, nació en Londres, el 10 de mayo de 1957, y murió en Nueva York, el 2 de febrero de 1979, a los 21 años. Poco después de su nacimiento, su padre, un granadero del ejército británico, abandonó a su familia. John y su madre se trasladaron a Ibiza, donde se ganaban la vida trapiqueando con drogas. Al cabo de un tiempo, regresaron a Inglaterra. En 1965, su madre se casó con Christopher Beverly y los tres se fueron a vivir a Kent. (A partir de entonces, John Ritchie empezó a llamarse también John Beverly; que empleara uno u otro apellido dependía del capricho de su madre). El padrastro de John murió a los pocos meses y madre e hijo volvieron a Londres, instalándose en el barrio de Hackney. Dice la leyenda que a los catorce años John vendía LSD en los conciertos. A los dieciséis, ya se inyectaba heroína y anfetamina con regularidad, en compañía de su madre, a la que siempre estuvo muy unido. Incurría en autolesiones y mostraba tendencias antisociales; se le atribuyen atracos a jubilados.

Su nombre artístico de Sid Vicious tuvo origen en un incidente con el hámster de su amigo John Lydon (Johnny Rotten), líder de los Sex Pistols; el animal le mordió, por lo que fue calificado de *Vicious* (Maligno). En su vida privada, aunque su primer nombre era Simon, se presentaba a sí mismo como John.

Hizo su debut tocando el bajo con el grupo The Flowers of Romance y más tarde se unió a Siouxsie & the Banshees. Cultivaba la estética punk y era un gran fan de los Sex Pistols. Circula una anécdota según la cual, en el 100 Club Punk Festival, Sid tiró una jarra de cerveza a una chica, quien como consecuencia perdió un ojo. También se rumorea que en el mismo evento atacó a un periodista y a un DJ.

En 1977, Johnny Rotten (con quien compartió casa una temporada) le propuso que se uniera a los Sex Pistols, el famoso grupo de música punk. Sid fue contratado sobre todo por su actitud y su carácter punk; su habilidad musical era dudosa. De hecho, en las grabaciones de los discos de los Sex Pistols, era sustituido por otro bajista, y en las actuaciones en vivo su amplificador solía estar apagado. En noviembre de ese mismo año, Sid conoció a Nancy Spungen; se enamoraron. Nancy era adicta a la heroína y Sid no tardó en compartir con ella, además de la cama, la dependencia. Su turbulenta relación sentimental provocó la separación de los Sex Pistols en 1978. A partir de esa fecha, Sid inició una carrera como solista, tocando con otros músicos, pero a lo que se dedicaba con más ahínco era a otra cosa.

Al despertar el día 12 de octubre de 1978, Sid se tropezó con el cadáver de Nancy en el suelo del baño del hotel donde se alojaban, el Chelsea de Nueva York. Nancy había recibido una sola y certera puñalada en el abdomen y se desangró hasta morir. Sid fue detenido y acusado de asesinato, aunque él declaró no recordar nada. La noche anterior, como todas las noches, se había dormido completamente intoxicado.

Virgin Records pagó una fianza de 30.000 dólares y Sid Vicious fue puesto en

libertad. El proyecto de Malcolm McLaren, el *manager* de los Sex Pistols, era que Sid y sus antiguos compañeros de los Pistols grabaran un álbum, con cuyos beneficios sufragarían la defensa jurídica del bajista. El 2 de febrero de 1979, se celebró una fiesta para festejar la liberación de Sid, en la casa que su nueva novia tenía en Nueva York. Sid llevaba un año sin probar las drogas. Durante la fiesta, su madre le proporcionó heroína. A la mañana siguiente fue hallado muerto, por causa de una sobredosis.

Pocos días después de ser incinerado, su madre encontró una nota de suicidio en el bolsillo de su cazadora. Pedía que lo enterrasen junto a Nancy con sus botas y su cazadora puestas.

Una noche en que Natalia y su padre salieron a cenar afuera y dejaron a Fede de canguro, al pedirle Anzulia que le contara un cuento como condición para irse a dormir, él le narró la vida de Sid Vicious, no se acordaba del argumento de la Caperucita Roja. Sid Vicious era su ídolo. Le hubiera gustado conocerlo más que nada en el mundo. Tenían mucho en común; una buena madre, ningún talento musical, dos nombres intercambiables y un hámster que se cruzó en sus vidas.

El hámster de Fede se lo había regalado su padre. Según Marilis, era una rata que el Chino había sacado de alguna cloaca. Su padre protestaba que era un hámster legítimo, comprado en las Ramblas. Algunos domingos, el Chino montaba a Fede en su Vespa, de paquete, y se lo llevaba con él a comprar costo, a la calle San Jerónimo. Solían ir al bar Pitirítí y, mientras Fede se bebía una Coca-Cola y se zampaba un par de bolsas de patatas fritas, su padre se retiraba a un rincón y negociaba con el camello hermafrodita, que tanto podía ser un hombre lampiño, de rostro abotargado y rasgos femeninos, como una mujer calva, corpulenta y varonil; era un enigma que fascinaba a Fede. Una vez comprado, su padre le pasaba con disimulo el hachís a su hijo, quien se encerraba en el váter del bar y se lo escondía dentro de los calzoncillos. Así su padre iba tranquilo, o eso decía; si al salir del Pitirítí los paraba algún madero o un secreta (y en esa zona abundaban), no se le ocurriría registrar al niño. Cada vez que volvían del Pitirítí, su madre montaba en cólera; no aprobaba que el Chino fuera a comprar drogas con Fede. Su padre se defendía alegando que nunca lo había acompañado a pillar jaco, sólo costo, que en realidad no era droga, sino una especie de hierba machacada, completamente natural e inocua. Para evitar disputas, Fede y su padre solían ocultar a Carmen esas excursiones, que a Fede le gustaban, entre otras razones, porque, invariablemente, el Chino le daba una propina a cambio de su complicidad y su custodia. El hámster, con su jaula, fue el precio de una de esas escapadas.

Sólo hacía cinco días que Fede lo tenía cuando sucedió aquello; ni siquiera le había puesto nombre, dudaba entre varios. En esa época (estaba por cumplir los diez años) aún no sabía de la existencia de Sid Vicious, de haber tenido noticia, ¡Sid Vicious, qué buen nombre para un hámster! El hecho de que un ser vivo fuera de su propiedad, suyo y sólo suyo, le complacía, pero al tiempo lo abrumaba con un nuevo

sentido de responsabilidad. De él dependía que el hámster estuviera bien alimentado y provisto de agua. Su madre había dejado muy claro que no pensaba ocuparse del repugnante roedor. Fede disfrutaba jugando con él. Lo extraía de la jaula, donde el hámster pasaba las horas haciendo girar una rueda metálica o afilándose los colmillos en los barrotes, y se lo ponía en la palma de una mano, mientras con la otra lo acariciaba, despacio. Era curiosa esa sensación, el roce del pelo sedoso del animal, que le cosquilleaba la yema de los dedos, el peso cálido y vivo en el cuenco de su mano. De haber tenido un hijo, no lo hubiera querido más.

Ocurrió un sábado por la tarde. Fede y su madre estaban enfrascados en un *puzzle* gigante, de más de quinientas piezas, que armaban sobre la mesa grande del comedor. La imagen del *puzzle* era un puerto de mar ya habían reconstruido casi todo el muelle; les faltaba la parte más difícil, el agua turbia con los cascos de los barcos y sus sombras, y el entreverado de los palos de los mástiles destacando contra el cielo azul, de un azul uniforme y esmeralda. En el piso de la calle Río de Oro, el sol en declive estaba retirándose del comedor y retrocedía hacia la ventana; la penumbra se apresuraba a ocupar su espacio. Pronto tendrían que encender la luz, pero se hallaban tan absortos en su tarea, Fede y su madre, que demoraban hacerlo, aunque cada vez tenían que inclinarse más sobre la mesa y guiñar los ojos para distinguir las piezas. Entonces sonó el timbrazo. Un timbre intempestivo, prolongado, que les hizo sobresaltarse y mirarse con alarma el uno al otro. ¿Quién podía ser? El Chino, a quien no veían desde hacía días, tenía llave, y si la había perdido u olvidado (no sería la primera vez), no osaría llamar con esa impertinencia; el suyo sería un timbre tímido y arrepentido. ¿Marilis...? Marilis tampoco haría eso. Por si acaso, no abrieron. Pero el desconocido volvió a llamar, pulsando el timbre con tal insistencia que su madre acabó por levantarse y abrir la puerta para dejar de oírlo.

No hubiera debido hacerlo.

El individuo que irrumpió en el piso era malencarado; no se afeitaba desde hacía días y llevaba el pelo desgreñado. Su camisa blanca estaba muy sucia, con manchas de sangre o de pintura y sus pantalones azules tenían un siete en la rodilla izquierda y los bajos descosidos; al andar, se los pisaba con sus mugrientas botas camperas. Nada más entrar, preguntó por el Chino. Parecía enfadado. Su madre le respondía que no tenía idea del paradero de su marido (a veces hacía eso, decir que el Chino era su marido, aunque no estuvieran casados). Le informó de que llevaba dos días fuera de casa, se había ido de marcha el jueves por la noche y todavía no había regresado. El intruso decidió no creerla. Exigió a gritos la presencia del Chino. Estaba muy alterado; le temblaba el cuerpo, tenía sudores y una mirada tan enloquecida que obligaba a volver los ojos. El hombre afirmó que el padre de Fede le debía 50.000 pesetas y pretendía que se las reintegraran en ese instante. Su madre, que no perdió su compostura, intentó razonar con él, le explicó que no tenía tanto dinero en casa, como mucho le podía dar 1.200 pesetas. Se las ofreció y le rogó que se fuera, comprometiéndose a transmitir su reclamación al Chino tan pronto lo viera. «Volverá,

eso es seguro, y yo me ocuparé de que te lo devuelva todo», le prometió, pero el individuo arrojó al suelo el billete y las monedas que Carmen le había dado. A continuación, de un manotazo barrió el *puzzle* de la mesa, frente a la cual Fede seguía sentado.

—¡Si tengo que romperte la casa, te la rompo! —gritó a su madre—. ¡Y si tengo que partir las piernas, te las quiebro! De aquí no me voy sin mi guita, mira si está claro.

Otra, en su lugar, se habría echado a temblar pero su madre no se inmutó, al menos en apariencia. En tono calmado le pidió al hombre que tomara asiento y le invitó a tomarse una cerveza y a fumarse un peta «mientras esperas». Luego ordenó a Fede que se metiera en su cuarto. «Aprovecha para hacer los deberes», le dijo con voz animosa, como si la escena que estaban presenciando no tuviera nada de particular y perteneciera a la rutina de todos los días. Él obedeció y eso que por entonces ya estaba gordo, nada hubiera debido temer. Pero el intruso lo intimidó y se portó como un cobarde; se escondió. Pese a que cerró la puerta de su habitación, pudo oír con claridad los golpes, los gritos y las amenazas del hombre y, por debajo, tenue y constante, el murmullo pausado de su madre. Estaba claro quién tenía las de perder. ¿Le estaría pegando? Esos golpes sordos, ¿los descargaba ese hombre sobre la mesa o sobre la cara de su madre? ¿No debería salir a defenderla? ¿Pero cómo? ¿Con qué? La discusión se prolongaba. Por distraerse y aliviar la tensión, Fede sacó al hámster de su jaula y, como siempre, lo envolvió con las dos manos para notar su calor. Al cabo de un rato, que se le hizo muy largo, las voces cesaron y pudo oír el chasquido de la puerta de entrada al cerrarse. Prestó atención; no se había quedado solo en el piso, un taconeo familiar resonaba en el pasillo, se dirigía a su habitación.

—Ya está, Fede. Puedes salir, ese tío se ha largado —le dijo su madre al entrar. Se la veía pálida y seria, pero su rostro seguía intacto, nadie la había golpeado. Sólo entonces, al relajar el cuerpo y exhalar un gran suspiro, se percató Fede de lo crispado que estaba. Abrió las manos que todavía acunaban al hámster, vigilando que el animal no saltara al suelo, como ya hizo una vez, pero no había peligro, el hámster no volvería a saltar nunca, lo había acariciado demasiado fuerte. Ocultó lo sucedido a su madre, a quien rara vez escondía nada; jamás se lo confesó a nadie.

A su madre le sorprendió que no le afectara la desaparición del televisor, el objeto de la casa máspreciado para Fede, quien se pasaba horas pasmado ante la pantalla. Según le explicó Carmen, el intruso se lo había llevado prestado. Fede aceptó esa desventura con estoicismo; de algún modo, era un justo castigo. Al día siguiente, anunció con voz desolada que acababa de descubrir al hámster, muerto, en su jaula, como Sid Vicious encontró al despertar el cuerpo de su novia Nancy. No se perdonaba la muerte del hámster y no haber sido capaz de defender a su madre. Ésta no lamentó la defunción de su mascota, al contrario, pero eso no cambió nada.

Ahora le hubiera gustado llevar al hámster consigo. Se lo pondría en el hombro, como hacían con los loros los marineros de los dibujos de los libros infantiles. Lo

habría domesticado de tal manera, que a una palabra suya, el hámster saltaría de su hombro y se le metería en el bolsillo. Detestaba Santander, esa puta ciudad donde siempre llovía. La lluvia, azuzada por el viento, caía en ráfagas oblicuas, le empapaba la camiseta y los vaqueros y se le metía en los ojos, impidiéndole ver. Estaba bordeando la punta de los Peligros, la inercia conducía sus pasos por la vereda de la costa, hacia la dársena y el Club Marítimo, como si hubiera emprendido el camino hacia la calle Castelar. La lluvia lo empujaba a buscar un refugio, pero no podía volver a casa de Natalia después de lo sucedido. De pronto, comprendió que ya no tenía ningún sitio al que regresar, del que poder decir, «ésa es mi casa», «allí es donde vivo»; no tenía más remedio que apretar los dientes, soportar la lluvia y seguir avanzando.

Desde la noche en que Fede le confió la vida ejemplar de Sid Vicious, Anzulia sufría pesadillas. No quería quedarse sola en su habitación, temía que se le apareciera Sid o, peor aún, el cadáver sangrante de su novia Nancy. Natalia decidió que era otra prueba de la inconmensurable perversidad de Fede, meterle miedo a su hija con historias terroríficas. «Te pasas el día haciéndole la vida imposible a la pobre niña», le acusaba, «la odias, como me odias a mí y a toda mi familia». Eso último no era cierto, en parte. Por supuesto que odiaba a Natalia, con todas sus fuerzas, pero a Anzulia no. No podía negar que la pinchaba y amedrentaba constantemente, pero más por sentido del deber que por elección. En realidad, esa niña abúlica le inspiraba lástima. La compadecía por tener semejante madre, que le había puesto ese nombre ridículo, del que se mofaban sus compañeras del colegio. Anzulia era una niña rechoncha. Estaba a régimen desde que Fede la conocía y, probablemente, desde mucho antes. A Natalia la gordura la horrorizaba, luchaba de forma denodada contra la grasa. Ella, tan rubia y esbelta, no se merecía una hija rolliza. Para colmo, Anzulia no era guapa, no como Natalia, es decir, carecía de la perfección aséptica de sus rasgos de muñeca de plástico y no tenía sus ojos cerúleos; los de Anzulia eran pequeños y renegridos, como olivas. Sí, Anzulia era más humana que su madre: tenía nariz de patata. Algunos fines de semana, el padre de Anzulia, el ex marido de Natalia, se la llevaba, y a su vuelta Natalia examinaba con celo policial los calcetines de la niña, el pijama, las bragas, «¡ya se ha vuelto a olvidar de ponerte las bambas en la bolsa! Tu padre es una calamidad», sentenciaba, y Anzulia, que sentía adoración por su madre, asentía. «Papá es una calamidad», coreaba, «también se ha olvidado mis leotardos rojos». Ella a veces olvidaba de temer a Fede y le hacía confidencias. Le contó que cuando fuera mayor la operarían y tendría la misma nariz recta de su madre, quien se hizo la cirugía estética en cuanto cumplió dieciocho años. Sin duda, Natalia abrigaba el propósito de convertir a Anzulia en una réplica suya, pero Fede le hacía labor de zapa. En secreto convidaba a Anzulia a donuts, chocolate y caramelos, esos manjares que en la casa de Santander estaban prohibidos. Se juntaban los dos, Fede y Anzulia, en el garaje y se ponían morados.

Estaba harto de pasar hambre y comer verdura. Él no quería adelgazar, se sentía a

gusto y conforme en su piel de gordo. Mientras fue delgado, era un niño medroso. Si sus padres lo dejaban solo, en casa, de noche (y empezaron a hacerlo en cuanto Fede cumplió los seis años), los temores lo atenazaban. No podía dormir por miedo a los ladrones, los vampiros, los muertos vivientes, los terroristas... Pero desde que empezó a acumular grasa y adquirió esa reconfortante corpulencia, el miedo disminuyó. Se sentía fuerte, poderoso, capaz de enfrentarse a cualquier adversidad. Ya no le preocupaba quedarse solo, su barriga le hacía compañía. Los michelines le conferían seguridad: los niños de su edad sólo por eso le temían y respetaban, los mayores le trataban casi como a uno de los suyos, un niño gordo parece menos niño. La única desventaja de su obesidad era que hacía que su polla pareciera pequeña, en comparación con la abundante curva de su abdomen. Era una impresión engañosa: la había medido regla en mano, con testigos, y su polla, estirada, era medio centímetro más larga que la del compañero de clase que había cuestionado su tamaño. Quizá, en el futuro, cuando fuera mayor de edad y no tuviera que defenderse de fuerzas malignas, como Natalia y su abuelo, se permitiera adelgazar. (Las niñas de su edad, esos seres pretenciosos y crueles, que se creían superiores a él sólo porque ya les apuntaban las tetas, solían reírse de su gordura y no podía vengarse de ellas con una paliza; está mal visto pegar a una niña). Su madre, Carmen, siempre había respetado sus kilos y eso que ella estaba muy delgada, más que Natalia. Cuando se enteró, por la madre de uno de sus compañeros de clase, de que Fede merendaba en casa de su amigo todas las tardes, alegando que Carmen no le preparaba merienda (lo cual era falso), no se enfadó, como hubiera hecho en su lugar Natalia; se rió con ganas, le pareció graciosa la treta de Fede para merendar dos veces. Si su propia madre era comprensiva, ¿con qué derecho lo obligaba a adelgazar esa mujer extraña?

Sid Vicious era escuchimizado; los punks, en general, estaban flacos. Apenas comían, se alimentaban de cerveza y drogas. De estar en el pellejo de Fede, Sid Vicious probablemente hubiera sacado del bolsillo de su pantalón vaquero la navaja suiza (magnífica navaja; su posesión le enorgullecía, se la había ganado al mus a un chaval de Izarra) y le habría pinchado en el culo a la vieja del perro, sólo para descojonarse ante su expresión espantada. Era un gran hombre, Sid Vicious. Fede compuso un *collage* con sus fotos (él, que siempre se había negado a hacer trabajos manuales en clase), y lo clavó con chinchetas en una pared de su habitación del piso de Barcelona. En una de sus fotografías se ve a un Sid niño, sonriente y bien peinado, con la corbata rayada del colegio. En otra tiene el pelo de punta, la cabeza ladeada y hace una mueca divertida con la boca. En una en blanco y negro, un primer plano, se le ve de perfil: se está metiendo un pico. Y en la foto preferida de Fede, Sid Vicious, el torso desnudo, está tocando el bajo; tiene la nariz, la boca y la barbilla manchadas de sangre, que también le salpicaba el pecho y le cae en surcos sobre los brazos; algún fan del público ha debido de tirarle una botella de cerveza durante el concierto. A Fede le hubiera encantado asistir a uno y lanzarle una lata a Sid Vicious. «*I was born to lose / I was born to lose / I was born to lose*», repetía Sid Vicious, y él se

identificaba con su letanía. Él, Fede, sin la menor duda, también había nacido para perder, estaba perdiendo desde el primer día. «*Soy el chico olvidado del mundo / con el corazón lleno de napalm / El que está buscando / buscando qué destruir...*», amenazaba Sid Vicious en otra canción, aunque la mejor era *My Way*. Cada vez que la oía, se le erizaba la piel. Empezaba lenta, se desgranaban perezosos los acordes de una guitarra, una voz histriónica y burlona cantaba alargando las sílabas, pero de pronto hacían su entrada las guitarras eléctricas y el ritmo se volvía frenético; era ese frenesí lo que lo arrebatava, destrucción, parecía decir, caos, destrucción y velocidad, de eso se trata. Se había ocupado de conseguir la traducción de su letra al español, al igual que hizo con las demás canciones de su ídolo. Se molestó en ir una tarde a clase de inglés (la profesora, Miss Gladys, no le reconoció y se opuso a que se sentara al pupitre; hacía cuatro meses que Fede faltaba a su aula); a su término, Fede le pidió a Miss Gladys que le tradujera la letra de *My Way*. No le costaba nada, puesto que era inglesa, pero la mujer puso pegas, «esta canción no es adecuada para ti», le dijo, después de leerla, y, añadió, «francamente, no me gusta, es obscena». Fede porfió y durante tres semanas no se perdió una clase de inglés. No llegó a hacer los deberes (por no sentar un mal precedente), pero parecía prestar atención y permanecía en silencio, lo cual, viniendo de él, era un homenaje. A la vieja, Miss Gladys, esa deferencia le conmovió y accedió a traducir la canción, quizá como estímulo para retener a ese alumno esquivo.

*Y ahora el final está cerca
Me enfrento a la última cortina
Escucha, vulva, no soy ningún invertido...*

decía la versión de Miss Gladys, que dejó a Fede perplejo. ¿Qué tipo de insulto era «vulva»? ¿Qué quería decir «invertido»?

Ian, un amigo escocés de su madre, poeta y peluquero supermoña, que llevaba quince años viviendo en Barcelona, se lo aclaró, si bien a regañadientes: no apreciaba a los punks, tan ruidosos y vulgares (y absolutamente pasados de moda, como le recalcó varias veces), y menos aún a Sid Vicious, ese esquizoide homofóbico. No obstante, acabó por traducirle, pero bien (no como Miss Gladys), la letra de *My Way*, que en su nueva versión rezaba así:

*Y ahora que se acerca el final
Y está a punto de caer el último telón
¡Hey, chocho, que yo no soy maricón!...*

Una traducción mucho más satisfactoria. Fede se sabía la letra original de corrido. Solo en su cuarto, atravesado sobre la cama con los ojos cerrados, la entonaba a media voz, como una oración. «*And yet, much more than this / I did it my way*». «Sí, lo hice a mi manera», pensó Fede, «todo lo hago a mi manera, aunque se cabree

Natalia, para que se joda esa gilipollas». Aquella mujer, que todo lo mancillaba, también había intentado llenar de barro ese recuerdo. La otra noche, en el salón de la casa de la calle Castelar, Fede escuchó con indignación creciente un disco que su madrastra había puesto en el tocadiscos y que Natalia incluso se permitió tararear, con visible deleite (le encantaba escuchar su propia voz). Él reconoció con horror los acordes de *My Way*. Un tal Frank Sinatra arruinaba con violines y un tonillo empalagoso esa estupenda canción. No tenía respeto por nada, Natalia.

¿Qué hubiera hecho Sid Vicious con ella? Dejarla tuerta, como mínimo. Ese pensamiento le hizo empalmarse de nuevo. Le irritaba no poder controlar esa polla caprichosa, que rara vez le obedecía y decidía manifestarse en el peor momento. ¡No se iba a hacer una paja enfrente del Museo Marítimo, a la vista de todo el mundo! (Aunque lo cierto era que bajo esa lluvia torrencial, el mundo en el muelle de San Martín se reducía al mar gris, envuelto en brumas, y a un barco lejano del color del óxido, alargado y chato, que navegaba cabeceando rumbo al embarcadero). Además, le aburría hacerse pajas. Se excitaba y excitaba y nunca llegaba a nada. Los dedos de la mano se le agarrotaban de tanto frotar, le escocía la piel de la polla, se le ponía encarnada, le dolían los huevos, que parecían a punto de explotar, pero no conseguía eyacular, ¡ni siquiera tenía pelos en los cojones! Estaba impaciente por verlos crecer, porque le cambiara la voz y la polla le escupiera semen: quería ser un hombre inmediatamente.

Solía encerrarse en su cuarto, con el pestillo de la puerta corrido; se echaba sobre la cama, se tapaba con la manta y se ponía a trabajar, pensando en ella, fantaseando... Que la besaba en la boca, por ejemplo, un beso largo y extático, como los de las películas, mientras su mano le acariciaba el cuello, su largo cuello esbelto y pálido; era inevitable entonces bajar la cabeza y lamerlo, mordisquearlo, como en un juego, mientras la mano, su mano, resbalaba por el hombro de ella y le tocaba las tetas. Tenía unas tetas preciosas, ni grandes ni pequeñas, del tamaño adecuado. Se las había visto muchas veces. Como mujer moderna, ella se desnudaba nada más llegar a la playa. El Chino también. Al principio, él, Fede, correteaba en pelotas por la orilla con toda inocencia, pero en cuanto tuvo uso de razón, con cinco o seis años, le asaltó el pudor y se negaba a quitarse el bañador por más que ella se lo ordenara y se mofara su padre, «¿De qué tienes vergüenza? ¿De que te vean el pito? ¡Pero si eres un niño!», le recordaba el Chino, un supermacho, orgulloso propietario de una polla larga y robusta que a Fede le daba envidia. Luego, cuando empezó a redondearse su contorno y los pliegues de grasa le derrumbaron la cintura, se volvió reacio incluso a quedarse en bañador. La gordura, descubierta, pierde su majestad, se rebela monstruosa. No quería llamar la atención, que le mirara la gente. Prefería esconderse en la sombra y fundirse con ella, sin quitarse la camiseta más que cuando el calor insoportable lo obligaba a remojarse en el mar; entraba y salía deprisa, para que nadie tuviera tiempo de reparar en su silueta.

Una vez sí se desnudó en público, sin embargo. En una cala de Menorca, una

calita pequeña y recogida donde la desnudez de sus padres aún era más notoria; el resto de los bañistas vestía decorosamente sus cumplidos trajes de baño. Una familia de menorquines, molesta por la impudicia de esos turistas, se dedicó a insultarlos. El Chino, hombre timorato, abrumado por tanta hostilidad, acabó por ponerse el bañador, pero su madre no. Ella continuó tomando el sol, sin ropa, a la vista de todos, fingiendo no oír las invectivas de los bañistas (por más que éstos redoblaran su saña y de cochina y guarra catalana, pasaran a tildarla de puta), hasta que llegó una pareja de la guardia civil. Fue Fede quien los vio acercarse. Bajaban corriendo desde lo alto de una duna, ataviados con toda su indumentaria: el uniforme verde, las botas altas y las escopetas. Venían con la lengua fuera. Era un mediodía de agosto de un calor tan intenso que parecía sudar hasta el aire. Pese a que los dos guardias llevaban puestas sendas gafas de sol, Fede adivinó enseguida adónde miraban y a por quién iban.

—¡Que vienen los picoletos! —gritó (Así era como los llamaba el Chino, que era un experto en materia de policía).

Antes de que llegaran hasta ellos, su madre se metió en el agua, desnuda como estaba. Le asomaba sólo la cabeza y, desde una prudencial distancia (aunque sin llegar a perder pie; apenas sabía nadar, chapoteaba como un perro), la cara vuelta hacia la playa, observaba con una sonrisa despectiva a los dos guardias, los cuales, el semblante serio y marcial, se apostaron en la orilla, enfrente de ella, las manos en las escopetas, por si esa peligrosa terrorista de la desnudez emergía súbitamente del agua y los atacaba. El Chino, lívido, le suplicó a su madre que saliera de una vez, pero ésta replicó, con voz clara y sonora, para que se enterara toda la playa: «No saldré hasta que esos dos no se vayan». Fue entonces cuando él, Fede, se desnudó. Se despojó de la camiseta y del bañador, haciendo caso omiso de las protestas de su padre; pasó en cueros, desafiante, por delante de los dos guardias civiles y se reunió en el agua con su madre. Los picoletos no le hicieron ni caso; la desnudez de un niño no es motivo de escándalo público, pero eso no impidió que esa mañana él se sintiera heroico. Estuvieron casi dos horas metidos en el agua, él y su madre, ¡qué aguante tenían los guardias! Al salir, a Fede les castañateaban los dientes y tenía arrugada y púrpura la piel de los dedos. Su madre se apresuró a secarle con una toallita; lo restregó con fuerza para que entrara en calor, como cuando era pequeño. Era su manera de darle las gracias. Y Fede merecía ese agradecimiento. A él le ofendía que su madre se mostrara desnuda, le causaba vergüenza ajena. ¿Y si la veía algún compañero de clase? («¡Tíos, este verano le he visto el chumino a la madre del Fede!»). No quería ni pensarlo. Incluso que su padre la viera sin ropa tan a menudo le provocaba celos. No parecía una madre, era demasiado joven para eso; a él lo tuvo cuando aún era una cría. En aquella ocasión, en Menorca, Carmen aún estaba por cumplir los treinta años.

Le gustaba imaginar que se desnudaba sólo para él.

Los dos tumbados, uno junto al otro, los cuerpos tocándose sobre la cama de matrimonio de la habitación de sus padres, en la casa de Río de Oro, con la persiana bajada, pero no del todo, de modo que la luz iluminara tenuemente sus pezones, su

viente, su ombligo... y más abajo también, la maleza tupida que ocultaba una cueva misteriosa... Era consciente de que no debía fantasear con esas cosas, pero no lo podía evitar, su imaginación era muy incorrecta. De ordinario, en el gusto momento en que el Fede de su fantasía estaba a punto de descubrir el último secreto de ese cuerpo perfecto, una voz gangosa le devolvía bruscamente a la realidad. «¡Federico, abre la puerta! ¿Por qué te encierras? ¿Qué estás haciendo?». Sacaba con fastidio la mano de debajo de la manta y suspiraba; por supuesto, jamás se molestó en contestar a Natalia.

Una vez intentó follarse a su gata, a la vieja gata de Natalia. La idea se la dio Marilis, indirectamente. Durante la temporada que estuvo viviendo con ella, la íntima amiga de su madre le contó muchas cosas. Era muy charlatana, no callaba. Le explicó que los pastores de su pueblo, un villorrio perdido de Galicia, tenían por costumbre joderse a las ovejas. «Es natural», decía Marilis, mujer comprensiva que a todo encontraba disculpa, «¿qué van a hacer los pobres, si se aburren?». La gata se resistía. Creyó que Fede quería jugar y no hacía más que saltar, maullar y retorcerse. Se vio forzado a inmovilizarla, se la acomodó en el regazo; con la mano izquierda le sujetó las patas delanteras y con el antebrazo le levantó la cabeza, para que no le mordiera, mientras tanteaba a ciegas con la mano derecha, investigando dónde estaba su coño. Porque... ¿las gatas tenían coño, no? Por primera vez en su vida le fastidió su ignorancia. Cuando al fin se decidió a intentarlo, no estaba seguro de apuntar al coño o al ano; en realidad, no apuntaba a nada, porque en el forcejeo, la polla se le había destrempado. Para colmo, en el instante en que, pese a los indignados maullidos del felino, acercaba el glande de su pene flácido al orificio rosado que tenía la gata debajo del rabo, ésta le soltó un zarpazo. No le llegó a arañar, pero se asustó: podía haberlo castrado. Desistió de su empeño. Sin duda, era más fácil follar con ovejas que con gatas, pero ¿cómo conseguir ovejas en Santander? Quería entrenarse con animales, para estar preparado y no hacer el ridículo cuando diera el paso a las mujeres, aunque también para perder el canguelo. Un chaval del internado de Izarra le había contado una historia terrorífica sobre un amigo de su padre, cuya polla quedó atrapada en la vagina de una mujer. Estaban en plena faena cuando a la mujer le dio un ataque, la palmó y, ¡zas!, se le cerró el coño. Se le quedó bloqueado de tal manera que para liberar a su pobre amante tuvieron que cortarle la polla. Era una historia verídica, aquel compañero de Izarra le aseguró que conocía en persona al desventurado. Sólo de pensarlo, se le quitaban a uno las ganas de follar aún antes de haber empezado. El del sexo era un mundo lleno de misterios. El sexo oral, por ejemplo. Es evidente que los coños son peludos. La mera idea de que se le llenaran de pelos la boca y la lengua le revolvía el estómago. Sin embargo, algún día tendría que hacerlo... Pero no: él no iba a llegar a viejo.

Lo sentía por su madre, que se entristecería, pero tal como estaban las cosas, cuanto antes se muriera, mejor. Si uno naciera ya con dieciocho años... Sería todo más fácil, indudablemente. Ser niño tanto tiempo, estar a merced de los padres, de los

abuelos... Era una mierda pinchada en un palo. «*There's no future*» / «*No hay futuro para ti*», cantaban los Sex Pistols, y Fede no podía estar más de acuerdo. Librarse para siempre de Natalia, del abuelo, del Chino... era como un sueño. Precisamente porque sabía que iba a morir joven, no tenía sentido que lo mandaran a la escuela a perder el tiempo. Él no iba a ser un empresario, como su abuelo, ni un vendedor de coches, como su padre, ni abogado, médico o arquitecto como fantaseaba Carmen; no necesitaba aprender nada porque él iba a ser un muerto. Y esa certidumbre le permitía pensar en el futuro con menos miedo.

Esa mujer lo quería meter en otro internado. De nada había servido que él consiguiera que lo echaran de Izarra. «Un internado suizo que es como un cuartel militar», aseguraba Natalia con entusiasmo. «Allí no podrás fumar ni quemar el colchón de la cama, como hiciste en Izarra». «Practicarás deporte todos los días y te pondrán a régimen. Te van a atar muy corto en ese internado. Hay mucha disciplina». La famosa disciplina consistía en que cada vez que un alumno cometía una falta (y tirar un chicle mascado al suelo ya era una infracción, según Natalia), le arrastraban tres días en una celda de castigo, con un catre por todo mobiliario, sin luz y sin ventana, para que recapacitara. Nada más llegar al nuevo colegio, le advirtió su madrastra, los profesores se iban a incautar de su pasaporte, aunque huir de ese lugar era imposible; el edificio estaba protegido por altos muros, con alambradas eléctricas, cámaras y perros guardianes. «De allí nunca se ha escapado nadie», le había asegurado Natalia, muy ufana. «Nos va a costar una fortuna, espero que nos lo agradezcas». ¡Como si él no supiera que los gastos de esa cárcel suiza los iba a pagar su abuelo! Su viaje a Ginebra estaba fijado para principios de septiembre, en una semana. Su padre lo iba a acompañar en el avión y no lo soltaría hasta entregarlo a las autoridades del internado, en Suiza. Todo estaba previsto por Natalia, esa mente maquiavélica que no tenía nada más que hacer que organizar bautizos y buscarle una prisión a su hijastro. Pero él siempre iba a poder más que ella. Confiaba en que esa vez escarmentara. La había dejado sin bragas.

En un inicio, su intención era coger su pasaporte, con el fin de esconderlo y así frustrar su reclusión en el internado suizo. La feliz idea se le pasó por la cabeza al quedarse solo en casa, cuando los demás se fueron al bautizo. En su vida solía suceder así; cuando parecía que todas las puertas se cerraban y no había escapatoria posible, se le encendía una lucecita en la mente y hallaba una solución. Sus soluciones eran de tipo drástico, no consistían en abrir una pequeña hendidura en el muro y colarse por ella, sino en tirar el muro abajo. La armaba gorda, como cuando quemó el colchón de su cama en el dormitorio del colegio de Izarra, en el que Natalia y su abuelo (su padre no contaba) lo habían inscrito el invierno anterior, porque Natalia no lo soportaba en su casa. «¿Te haces cargo de que podías haber provocado un incendio y podían haber muerto tus compañeros?», le habían preguntado (retóricamente) una y otra vez el director del colegio, los profesores, su padre, esa tonta del culo... Y él, en cada ocasión, respondía: «No, porque apagué el fuego». Y

era cierto. En cuanto vio reptar las lenguas amarillas de las llamas sobre la colcha gris de su cama, desprendiendo un humo espeso y acre que hacía toser, se alarmó y, con la ayuda de los otros chicos que estaban con él se puso a echar agua al fuego con rapidez. Primero vació las botellas de agua que tenían en la habitación y, cuando acabó con éstas, empleó un cubo de fregar que encontró en el baño. Era un fuego pequeño, se extinguió enseguida, pero eso no se lo tuvieron en cuenta: de todas formas lo expulsaron por intentar quemar el internado. Él dio la cara; los otros chicos callaron y él no los delató, porque no era un chivato.

Sucedió por la noche, después de que pasara el celador por el dormitorio comunal para apagar la luz y asegurarse de que todos los internos estaban en sus camas. Como muchas otras ocasiones, en cuanto el vigilante se fue, algunos chavales (Fede entre ellos) saltaron de sus camas e, iluminados con linternas, se pusieron a jugar a las cartas. Bebieron colonia con Coca-Cola, un mejunje nauseabundo pero que colocaba mucho, y se fumaron un porro.

No se había atrevido a confesárselo a nadie, porque era un secreto vergonzoso, pero a Fede no le gustaban los porros. Lo dejaban atontado, inerme y vulnerable y eso le provocaba ansiedad; tenía la desagradable sensación de que, bajo los efectos de un porro, estaba indefenso y cualquiera podría prevalecer sobre él. En el tipo de vida que él llevaba, no podía bajar la guardia. Pero fumar petas en el dormitorio del internado era una cuestión de prestigio; sólo los manguis y los empollones se abstendían. Fue Marilis quien le enseñó a liar canutos. Cuando *hippy* que era (según su madre, la última *hippy* de Barcelona), Marilis se pasaba el día fumando porros. Afirmaba que eran medicinales. «El chocolate relaja y da buen rollo. Si los políticos fumaran canutos, no habría guerras», pontificaba. «Los gobiernos lo saben; por eso lo prohíben. Al poder establecido le interesan las guerras», añadía misteriosamente. El tiempo que Fede vivió con ella, fumó muchos porros. Después de cenar, se sentaban los dos en el sofá del salón-comedor del diminuto ático de Marilis y se ponían a ver la tele, mientras fumaban canutos, uno detrás de otro; para cuando terminaba la peli o la serie que fuere, él se sentía incapaz de articular palabra. En la casa de Río de Oro su madre no le dejaba fumar, ni beber alcohol, aunque ella se ponía hasta arriba de todo. «Cuando seas mayor de edad, harás lo que quieras», le decía, «pero ahora no». Esa actitud le parecía injusta, aunque, a la vez, le conmovía; Carmen, a su manera, se preocupaba por él. Ella jamás se metió un pico en su presencia, a diferencia del Chino. Para esos menesteres, su madre siempre se encerraba en el baño, costumbre que en más de una ocasión obligó a Fede a mear en el fregadero (Carmen podía eternizarse en el váter). De algún modo, en casa de Marilis él fumaba porros (que no le gustaban), para castigarla, para que Carmen se sintiera culpable por haberlo abandonado, cuando se enterara.

Esa noche, en el dormitorio del internado, mientras compartían el canuto (a la americana, una calada cada uno), Rafa Cortés, un chaval de Sevilla, les explicó que si prendes fuego a un mechero de plástico y lo observas fijamente, se te acaba

apareciendo la Virgen: el mechero derretido adopta la forma de la madre de Dios. Les pareció interesante comprobar el fenómeno y pusieron manos a la obra. Quemaron un mechero sobre la repisa de piedra que había debajo de la ventana. El milagro no se llegó a producir: el mechero se consumía tristemente, con un olor muy desagradable, mientras los cuatro chavales que jugaban al mus lo miraban con impaciencia. Y de pronto a Fede le vino la inspiración. Arrojó el mechero en llamas sobre su cama, en torno a la cual se había organizado la timba. Ver cómo ardía la colcha era mucho mejor que esperar la aparición de la Virgen. Y algo iba a pasar. Era un acto tan brutal, provocar un cambio en la situación. Lo consiguió; se libró del internado, lo expulsaron. Siempre, siempre lograba lo que se proponía, ya era hora de que Natalia lo comprendiera y lo dejara en paz.

Él sólo quería su pasaporte, pero se llevó también las 45.000 pesetas que, buscando el pasaporte, halló escondidas dentro de un sobre blanco, debajo de las bragas, en un cajón de la cómoda de la habitación de Natalia. Como broche artístico y para redondear la faena, arrambló también con esa impresionante colección de bragas. ¡Qué simples eran las mujeres! Seres primarios de escasa inteligencia y poca imaginación: todas ocultaban dinero entre su ropa interior. Eso hacían su madre, Marilis, y esa hijaputa que tenía por madrastra. Hasta esa mañana nunca le había quitado dinero a Natalia. Tabaco sí, pero no pasta; prefería mangársela a su padre, que era más tolerante. «¡Coño, Fede!», rezongaba el Chino (cuando estaban a solas lo llamaba Fede, como antes). «¡Esta vez te has pasado, tío, tres castañas! ¿Te crees que me sobra la guita?», pero callaba y aceptaba lo sucedido sin más escándalo, para que no trascendiera el hecho. Su padre temía la cólera de Natalia tanto o más que Fede. A éste no le quedaba más remedio que robar, porque no le daban semanada. Según Natalia, una asignación semanal era un premio al buen comportamiento que Federico no merecía en absoluto. Por otro lado, para persuadir a su padre, esa mujer inicua aducía que no era conveniente que el niño dispusiera de dinero: podía gastarlo en chucherías, con lo que engordan o, peor aún, en alcohol o en drogas. «Todo lo que necesita se lo proporcionamos», argumentaba. «No precisa dinero para nada».

Cuarenta y pico mil pesetas era un pastón, en su vida había tenido tanto dinero junto. Cuando el mendigo le sacó el cuchillo, Fede temió por su tesoro. Pero no dejó traslucir su miedo y no salió mal parado; únicamente perdió unas bragas, que no le podían importar menos. Aunque serían un bonito regalo para su madre, ¡cuarenta y tres bragas! («¿Para qué quiero tantas bragas?», protestaría Carmen. Y las vendería para comprar caballo. O no; ya no, su madre se había curado). Había algo que Fede no podía sacarse de la cabeza: se había dejado amedrentar por el mendigo, no le había hecho frente con su navaja suiza, como sin duda hubiera hecho Sid Vicious. Eligió pensar que no fue por cobardía, sino por prudencia; quería evitar más líos en Santander, ya tenía bastantes. Además, durante el encuentro con el mendigo, recién despertado de su siesta, aún estaba algo borracho. Antes de salir de casa de Natalia, había engullido diez canapés y tres bocadillos (que había sacado de las fuentes que

integraban el banquete del bautizo, descomponiéndolas y llenándolas de migas) y, en un último gesto dramático de desafío, se había bebido de un trago media botella de vino.

La lluvia arreciaba. Se refugió bajo la marquesina del Museo Marítimo, a fumar un cigarro y esperar que amainara. Echó mano al bolsillo trasero de su pantalón, para sacar el tabaco y, al hacerlo, junto a la cajetilla extrajo inadvertidamente un papel arrugado: la carta de su madre.

Querido Fede: como estas? Te hecho mucho de menos, me muero de ganas de verte. Seguro que as crecido mogollón todo este tiempo que note visto, ya debes ser un pedazo tio. Espero que no hallas adelgazao, ¡por favor! A mi me gustas muy gordo, no te olvides de comer mucho...

Natalia se la había interceptado. Había registrado las cosas de Fede sin su permiso. Como estaba en su propia casa, creía que podía hacer lo que le viniera en gana. La excusa que había puesto para espiarle era que buscaba su paquete de tabaco, que le había desaparecido, y sospechaba de Fede. Era una mala excusa, pues él jamás le había cogido un paquete entero; sólo le mangaba cigarros sueltos. Natalia había descubierto la carta en un bolsillo de su chupa tejana, que estaba colgada de una percha en el armario ropero de su habitación. Esa mujer había leído su carta sin ningún derecho y, no contenta con eso, lo anunció *urbi et orbi*: bajó las escaleras de la casa con gran estruendo, blandiendo la carta en su mano derecha como si fuera un trofeo y llamando a gritos a su marido:

—¡Gabriel! ¡Esto es el colmo! Carmen le ha escrito una carta a Federico.

—No puede ser —había dicho su padre, muy sorprendido—. Todos los días recojo el correo del buzón y no ha llegado ninguna carta para él, salvo un par del internado suizo. Además, Carmen sabe que no debe escribirle. No entiendo...

—¡Aquí está la carta de marras! —había replicado, furibunda, Natalia—. Llena de faltas, por cierto, tu ex novia es una analfabeta.

Su padre, incrédulo, le arrancó la carta de la mano a Natalia y se puso a leerla. Antes de terminar, se echó a reír a carcajadas.

—¡Esta carta no es de Carmen! —explicó a su mujer—. La letra es de Fede, de Federico. Se la ha escrito él mismo.

Fede creyó morir de vergüenza al oírlo. Lo peor fue la sonrisa de lástima en la cara de Natalia cuando le devolvió su carta. Esa mujer era la culpable de todo. No le dejaba ver a su madre, ni hablar con ella, ni siquiera que le escribiera cartas. Quería borrarla de su vida, como si no hubiera existido nunca, y sustituirla. Eso era lo más increíble; deseaba adoptarlo pese a que lo detestaba. «Me gustaría ser una madre para ti», le había dicho al principio, cuando aún no estaba casada con su padre, sólo era su novia. «Sé que no será fácil, pero poco a poco... Tú estás muy necesitado de afecto, Federico», le había informado con un insoportable tonillo de conmiseración. Y luego había mirado radiante a su padre, a quien tenía cogido de la mano, como diciendo: «¿Has visto lo buena que soy? ¡Estoy dispuesta a adoptar a este niño gordo!».

La fatalidad dispuso que Natalia fuera psicóloga; en calidad de tal conoció al

Chino. Después de la muerte del Pils en el váter, cuando a él lo mandaron al exilio de casa de Marilis, su abuelo intervino y obligó a su padre y su madre a separarse. Una experta, una jodida experta en drogas había dicho que la única forma de recuperarse que tenían sus padres era por separado; juntos el uno por el otro, acabarían recayendo de forma inevitable. Sus padres no tuvieron opción; su economía dependía del subsidio mensual del abuelo. Así que la boda planeada se canceló para siempre. A su madre le permitieron seguir viviendo («gratis, de bobilis-bobilis», como subrayaba la imbécil de Natalia), en la casa de Río de Oro. Su padre regresó temporalmente a casa de sus abuelos, a la mansión familiar del Paseo de la Bonanova (en la que Fede, nieto bastardo, nunca había estado; su religiosa abuela sólo admitía a los nietos legítimos). Sometieron al Chino a tratamiento con una experta en drogas, una psicóloga... ¡Menuda experta, que no sabía distinguir el speed de la farlopa! Natalia se había formado como psicóloga infantil, pero aunque «adoraba a los niños», después de una corta experiencia con ellos, decidió rápidamente cambiar de campo; los niños «son muy ingratos», alegaba, «los toxicómanos, como pacientes, resultan más gratificantes». El Chino, su padre, era uno de sus grandes éxitos profesionales; desde que Natalia lo trató, hacía casi un año, no había vuelto a probar las drogas, aunque para curarlo había tenido que recurrir a un procedimiento radical: se lo había ligado.

El Chino era muy guapo. Alto, moreno y delgado, provisto de grandes ojos castaños y unas pestañas curvadas como plumas de pavo real, con su aire de príncipe indio, vulnerable y un poco despistado, causaba estragos. En cuanto lo conocían, las mujeres querían salvarlo. ¿De quién? De sí mismo, por descontado, pero, sobre todo, de las malas compañías (otras mujeres), a quienes suponían las verdaderas causantes de todos los males de ese hombre simpático y encantador, aunque un poco desastre. Pensaban, indefectiblemente, «yo lo haré cambiar, mi amor lo transformará en un hombre íntegro, sobrio y responsable. Yo soy la mujer que necesita a su lado. Conmigo será feliz, feliz y abstemio». ¡Pardillas! Su apodo era el Chino, no porque tuviera los ojos rasgados, sino por su conocida debilidad por la heroína quemada sobre papel de aluminio e inhalada, también llamada «chino». Eso lo decía todo sobre su padre, pero las mujeres, al verlo tan apuesto y desvalido, no querían creerlo, se lanzaban sin pensar a redimirlo. Fede disfrutaba cuando oía a su madrastra llamar por teléfono a la oficina del concesionario de coches donde había puesto a trabajar al Chino, que era propiedad del padre de Natalia, uno de los hombres más ricos de Santander, buen amigo de Don Emilio. «¿Cómo que no está? ¿Y dónde está? ¿Ha dicho adónde ha ido?», indagaba histérica Natalia. Porque el Chino, por supuesto, ya había empezado a desaparecer y su mujercita sufría agonías. «He ido al banco», o «estaba probando un coche con un cliente», se excusaba el Chino cuando decidía volver a dar señales de vida. (Uno de los temores de Fede era que un día su padre se largara de verdad y lo dejara a él allí, en la casa de Santander, prisionero de Natalia).

La primera medida terapéutica que tomó Natalia, la famosa experta, en el tratamiento de su padre, fue prohibirle que volviera a ver a Carmen, la manzana

podrida, esa mala influencia. Incluso ahora, después de su victoria, con el Chino tan domesticado que había renunciado a su apodo, se echaba gomina en el pelo, se ponía traje y corbata, ya no soltaba tacos e incluso madrugaba e iba a trabajar (o lo fingía), y le había dado un hijo, el pequeño Gabi, rubio y con los ojos azules, como Natalia, quien no cabía en sí de gozo al haber parido un niño de anuncio, esa mujer no perdía ocasión de ensañarse con su madre.

—¡No me extraña que esté deprimida! —le dijo Natalia a su padre una noche—. Todo el día mano sobre mano, sin nada que hacer, ¡cómo no va a deprimirse! En su lugar yo también me deprimiría, pero es que yo no puedo permitirme ese lujo porque estoy muy ocupada, no tengo un minuto libre. Lo que debería hacer Carmen es ponerse a trabajar. De lo que sea, de dependienta, de secretaria, lo mismo da, pero ha de hacer algo productivo y no estar todo el día mirándose el ombligo. La culpa la tenéis tu padre y tú —acusó al Chino—, ¿por qué le dais dinero? ¿No es bastante que viva en un piso de tu padre, gratis, de bobilis-bobilis? ¡Ni siquiera estaba casada contigo! Tuvo un hijo tuyo, sí, pero de Fede me estoy ocupando yo. Afortunadamente, porque menuda es... Con la enfermedad que tiene, se ha acostado con media Barcelona, ¿a cuántos hombres no habrá infectado? Es una asesina, para decirlo con todas las letras. ¡Menos mal que a ti no te ha contagiado! ¡Si lo hubiera hecho...! No quiero ni pensarlo.

Su padre intentó apaciguarla alegando la enfermedad de Carmen («¿cómo va a trabajar, en esas condiciones?»), y luego le explicó, en tono didáctico, como el que emplea un profesor con un niño, que él se salvó del contagio porque le daban grima las jeringuillas, de manera que era Carmen quien le inyectaba la... «tú ya sabes», así que siempre era el Chino quien estrenaba las chutas. Y Fede, que escuchaba cada inquietante conversación oculto detrás de la puerta que comunicaba la cocina con el comedor, se desasosegó. Su madre estaba enferma, tenía una depresión, una enfermedad por lo visto muy contagiosa, y nadie se ocupaba de ella. Así eran las cosas. Todos los mimos y los cuidados eran para el Chino, porque era hijo de un rico. Se sintió tentado de abandonar su escondite, entrar en el comedor y aclararle a esa estúpida que si su madre se acostaba con hombres era por dar celos al Chino, que siempre andaba enredado con otras pavas. Fue él, su padre, quien empezó con el juego, Carmen no hizo más que seguirle el rollo para no perderlo, aunque de todas formas lo había perdido, el Chino se había casado con Natalia. Recordaba muy bien el día que se enteró. Su padre lo recogió de casa de Marilis y lo condujo a La Oca, la cafetería de la Plaza Calvo Sotelo, donde le presentó a Natalia. Cuando ésta se fue («tengo miles de recados que hacer»), el Chino le preguntó:

—¿Qué te parece?

—Una gilipollas —contestó Fede.

—Me voy a casar con ella —le informó su padre y se pasó una mano nerviosa por el pelo.

Desde que Fede estaba en Santander, había intentado llamar a Carmen por

teléfono desde cabinas telefónicas, en varias ocasiones, y nunca obtuvo respuesta. Las primeras veces, el teléfono sonaba y sonaba, pero nadie lo cogía. La última, una voz relamida de mujer le informó: «Este abonado ha cambiado de número». ¿Cómo podía su madre resignarse a eso, a no verle ni hablarle nunca más, a borrarlo de su vida, como si nunca lo hubiera parido? No lo entendía. ¿La había sobornado su abuelo? «Tendrás casa gratis y una paga mensual si renuncias a mi hijo y a mi nieto». ¿Era eso? No podía, no quería creerlo. Todos los días esperaba en vano que Carmen apareciera para llevárselo. Iba caminando por las calles de Santander con la ilusión de oír esa voz con leve acento aragonés, un poco ronca de tanto fumar. «¡Fede! ¡Eh, Fede! He venido a por ti, he venido a buscarte». ¿Era la depresión lo que le impedía hacerlo? ¿Era una enfermedad grave? Imaginaba a su madre, consumida y temblorosa, presa de la fiebre, bañada en sudor, en la cama matrimonial de la casa de Río de Oro, demasiado grande para ella sola, muriendo de depresión... Y deseó contagiarse para morir con ella. Pero Carmen no se acordaba de él, era su cumpleaños y no lo había llamado. Había dejado de verlo hacía más de un año y no lo había buscado. Había renunciado a él por dinero, ésa era la verdad. Estrujó con rabia la falsa carta y luego le prendió fuego con el *zip*po. No soltó el papel hasta que las llamas le quemaron los dedos. Miró con fijeza las cenizas ardientes que la lluvia se apresuró a extinguir, pero la Virgen María se negó a aparecer; tal vez le preocupara la lluvia. Encendió un pitillo y se puso a fumar con avidez. La certidumbre de que el alquitrán y la nicotina eran perjudiciales para su salud le tranquilizaba. «El tabaco es fatal para los niños», no se cansaba de repetirle Natalia. «Todavía no tenéis los órganos formados. Puede provocarte un cáncer de pulmón». Mejor. Cuanto antes.

Estaba escampando, la cortina de agua raleaba, podía divisar un buque que se adentraba en el mar, en dirección al norte. Y entonces comprendió que no estaba caminando sin rumbo. Ya tenía un destino y un futuro. Se embarcaría en el *ferry* que hacía el trayecto de Santander a Plymouth y, una vez en Inglaterra, se iría a Londres, la meca del punk. Viviría en un squat, como todos los punks. No se lavaría nunca; los punks no se duchan. Se colgaría dos imperdibles de los lóbulos de las orejas y una anilla metálica de la nariz; ceñiría sus muñecas con pulseras de metal erizadas de pinchos. Se dejaría crecer de nuevo la cresta, que teñiría de color rosa o lila o puede que verde fosforescente. Se metería muchas drogas, incluso caballo, para compartir con su madre el secreto de ese bienestar que inducían los picos. Tal vez una mañana ya no despertaría, como Sid Vicious, pero hasta entonces follaría sin parar con chicas punk, grandes folladoras. Sacaría pasta atracando a jubilados con su navaja suiza y tocando la batería en grupos de música punk. No había tocado la batería en su vida, pero lo bueno de la música punk era que se podía tocar sin saber nada. Según Ian, el amigo escocés de su madre, ya casi no quedaban punks en Londres. Estaban en 1984, lo del punk era un fenómeno de los años setenta. Ahora lo que se llevaba era la música New Wave, esas mariconadas que escuchaban sus padres, Human League, Heaven 17, Spandau Ballet... Canciones pegadizas, con melodía marcada por el

sintetizador, interpretadas por jóvenes peripuestos, de aspecto ambiguo, con el pelo ahuecado a base de laca y los ojos y los labios pintados... ¡Para vomitar! Recordó con un estremecimiento que su padre también se pintaba los ojos y la boca cuando vivían en la calle Río de Oro. Se apostaba junto a su madre ante el espejo del baño y le robaba las pinturas. «¡Chino, eres un bruto! Ya te me has vuelto a cargar el rímel...», se quejaba Carmen. Pero en vez de indignarlo, ese recuerdo le hizo sentir un nudo en la garganta. Se prohibió volver a recordar. Él también iba a borrar a su madre de su vida; sólo pensaría en el futuro. Confiaba en que Ian estuviera equivocado y aún quedaran algunos punks en Londres... Le bastaría con tres o cuatro algo de peña para no sentirse solo, su soledad empezaba a pesarle. Arrojó al suelo el cigarrillo antes de terminarlo y reanudó su camino. Ahora que sabía adónde dirigirse, tenía prisa por llegar cuanto antes. ¿De dónde salían los barcos que iban a Plymouth? Tenía que enterarse, preguntaría en la dársena. Quizá zarpara un *ferry* esa misma noche; mañana por la tarde podía estar en Londres. Apretó el paso. En la calle Gamazo, a la altura de la caseta del práctico, un Alfa Romeo nuevo se detuvo ante él; el conductor tocó el claxon un par de veces y le hizo señas para que se acercara. Algún turista desorientado que querría saber cómo ir al palacio de la Magdalena. Que preguntara a otro, él llevaba prisa. Fingió no haberlo visto y siguió caminando.

—¡Eh! ¡Espera! ¡Para te digo! —le gritaba el turista, que había salido del coche y le perseguía—. ¡Coño, Fede, espérame!

Su padre lo alcanzó y le agarró por el cuello de la camiseta.

—¿Dónde coño te crees que vas? —lo cogió por los hombros y lo zarandeó con rabia; tenía fuerza, pese a lo flaco que estaba. Aún iba vestido de bautizo, pero sin la corbata, y el flequillo oscuro le caía en desorden sobre la frente, como antes de reformarse. Lo miraba iracundo.

—Llevo horas dando vueltas por esta puta ciudad, buscándote. ¡La que has liado! ¡Cómo...! —estaba tan furioso que se le trababa la lengua. Sólo una vez había visto al Chino tan exaltado, cuando un listillo le pasó una papela que, en vez de jaco, contenía aspirina pulverizada—. Te podría matar —afirmó su padre con voz neutra.

—No quiero que me adopte —le soltó Fede.

—¿Qué?

—No quiero que Natalia me adopte, no quiero ser hijo suyo, yo ya tengo una madre.

—¡Adoptarte! —explotó el Chino con una risita sarcástica—. No hay peligro, te lo aseguro. Quiere llamar a la policía para que te metan en un centro de menores, a ver si te enteras. Me ha costado un huevo convencerla de que primero me dejara buscarte. Escucha, tío, se acabaron las gilipolleces. Sólo quedan siete días para el viaje a Suiza. Tienes que portarte como un santo, ¿comprendes? Y si has de ponerte un sombrero, te lo encasquetas, y si te mandan a misa, irás a misa. Sólo siete putos días, Fede...

Si Natalia estuviera delante, su padre no se hubiera atrevido a emplear ese

lenguaje. Continuaba sujetándolo, notaba la presión de sus dedos haciendo pinza sobre sus hombros; el Chino se erguía amenazador ante él, todavía le pasaba más de una cabeza.

—¿En esa bolsa que llevas están las bragas de Natalia? —le preguntó.

Fede asintió.

—¡Menos mal! Cuando se ha dado cuenta de que le has quitado las bragas, se ha echado a llorar —le dijo su padre—. Está como loca, le has jodido el bautizo, ha tenido que mandar a los invitados a sus casas... Dame la puta bolsa —le ordenó. Fede se la tendió en silencio y, en el momento en que el Chino cogía las asas, echó a correr. Pero los gordos son malos corredores, a las seis zancadas lo rebasó su padre. Lo asió por un brazo y se lo retorció con saña.

—Ahora no te suelto hasta que te meta en el coche. ¡Qué hijoputa eres...! Dame también la pasta de Natalia, las cuarenta y cinco mil pelas que le has mangado.

Fede, sumiso, bajó la cabeza y se llevó la mano que tenía libre al bolsillo trasero del pantalón. Pero no sacó el dinero. El resorte de la navaja funcionó a la perfección, la hoja se desplegó con un chasquido limpio. A la luz del crepúsculo la hoja brilló, nueva y plateada. Fede le puso a su padre la punta en el cuello.

—Suéltame —le dijo—, o te pincho.

El Chino retiró la mano que agarraba el brazo de Fede y tragó saliva; su prominente nuez de Adán subió y bajó por el cuello, desplazando un milímetro la punta del cuchillo, que le arañó la piel e hizo asomar una gota de sangre. Desde lo alto de su metro ochenta y cinco de estatura, su padre lo miraba con asombro y miedo.

—Devuélveme las bragas —le exigió Fede, apartando la navaja del gaznate del Chino, pero sin dejar de amenazarlo con ella, cada vez más dueño de sí mismo. Su padre le entregó la bolsa de plástico; estaba temblando.

—Ahora lárgate y déjame en paz —le dijo Fede—. ¡Vete!

No guardó la navaja hasta que no perdió de vista el coche, ese impresionante Alfa Romeo que su padre había sacado del concesionario. Con la excusa de probarlo, cada día aparecía con un modelo nuevo. Venderlos no los vendía, pero ¡cómo lucía los coches de su suegro! El cielo se había aclarado, una tonalidad cálida y rosada bañaba las copas de los árboles, celebrando la despedida del sol. Pronto sería de noche. Sintió frío. Se restregó los brazos con las manos para darse calor, no llevaba puesta más que la camiseta de los Sex Pistols. La calle, que hasta hacía un minuto estaba desierta, se llenó de transeúntes y de coches que circulaban en las dos direcciones. Pensó que había tenido suerte de que nadie le hubiera visto sacándole la navaja a su padre. Cayó en la cuenta de que hasta entonces sólo la había usado para entretenerse haciendo muescas en los troncos de los árboles o debajo del tablero de la mesa de caoba, en el comedor de la casa de Natalia.

Los sábados y los domingos me apostaba en la parte baja de las Ramblas, cerca del Paseo de Colón, con una silla de tijera y un caballete y trazaba retratos rápidos al carbón a los turistas que tenían el capricho de ser immortalizados. (Mis retratos eran siempre favorecedores, si no salían guapos, los retratados se negaban a pagarlos). Entre semana, impartía clases de dibujo en un colegio de niñas del Opus Dei, en la zona alta de Barcelona. Había conseguido ese empleo gracias a la recomendación de una tía mía, hermana de mi padre, que era socia numeraria del Opus y ostentaba un alto cargo en la jerarquía interna de la Obra. Tía Olvido tenía más de sesenta años y estaba soltera. Iba vestida de monja de paisano, en tonos marrones, grises, o azul marino, con largas faldas plisadas y zapatones de batalla. Llevaba el pelo corto y sin teñir. Siempre la veía acompañada de correligionarias jóvenes y agraciadas; sospechaba que era lesbiana, pero nunca se lo pregunté, porque no me hubiera vuelto a recomendar para nada. Mis padres son cristianos, muy católicos, aunque progresistas, de esos cristianos de izquierda, amigos de los curas obreros, que pululaban en el ocaso del régimen de Franco. A menudo, cuando digo que soy de Valladolid, la gente del resto de España me responde con la famosa bromita, «¡Ah!, de Fachadolid», y yo replico: «Sí, de la familia más roja de Fachadolid», para dejar las cosas claras.

Tuve mis dudas antes de aceptar el trabajo que me ofreció mi tía; en mi familia detestamos a los católicos reaccionarios, el aborrecimiento al Opus Dei me fue inculcado desde que me quitaron los pañales. Tanto mi padre, como mi madre, se dedicaban a la enseñanza, ambos eran profesores de instituto y fervientes partidarios de la escuela pública, de modo que no les gustó que yo fichara por un colegio del Opus, pero me pagaban bien y los alumnos contemporáneos de la escuela pública, según tengo entendido, son muy díscolos. Hace poco me contaron el caso de una infortunada profesora de un instituto de Mataró, a la que una alumna segó un dedo de un portazo, dado con toda intención, como prueba el hecho de que la perversa niña se apresurara a recoger del suelo el dedo cercenado y a lanzarlo por una ventana, para impedir que le fuera reimplantado a la profesora. Bueno, pues eso es algo que una niña de un colegio del Opus no te hará nunca. No te sacará un cuchillo cuando la reprendas, ni te pinchará las ruedas del coche en venganza por un castigo; la pusilanimidad y la mojigatería tienen sus ventajas. Mi único temor era que algún domingo, una de mis alumnas, paseando por las Ramblas en compañía de sus progenitores, se topara conmigo y me descubriera pergeñando un retrato a una guiri gorda con sombrero. Mi reputación profesional resultaría muy malparada, aunque las familias del Opus no suelen pasear por las Ramblas. De modo que así era cómo, mal que bien, me sacaba unos euros, sin embargo, apenas me alcanzaba para pagar el alquiler de mi estudio de la calle Joaquín Costa, el agua, el gas (la electricidad me la ahorraba, porque un amigo mañoso me había hecho la trampa del contador) y los

alimentos. Como buena castellana, tengo la virtud, o el vicio, de la parsimonia; me duele desprenderme del dinero, enseguida le cojo cariño; pese a mi frugalidad, vivía a dos velas. Me devanaba los sesos intentando hallar la fórmula que me permitiera conseguir mucho dinero con rapidez, para poder dedicarme el tiempo que fuera preciso a perfeccionar a Velázquez.

Hace unos años, el artista inglés Damien Hirst compró un tiburón tigre muerto, lo introdujo en una enorme vitrina o urna de acero y cristal, lo bañó en formol, le dio el pomposo título de *La imposibilidad física de la muerte en la mente de un ser vivo* y lo vendió por más de un millón de euros. Cada vez que pienso en ello, me tiro de los pelos. ¿Por qué no se me ocurrió a mí eso?

A mi juicio, el arte conceptual está basado en meras ocurrencias, ideas chocantes o provocativas, que sorprendan, escandalicen y, con un poco de suerte, asqueen (una de las primeras obras de Hirst era una caja de cristal que contenía una cabeza podrida de vaca, devorada por moscas y gusanos vivos). Que sea nuevo y diferente es lo único que importa. En el siglo XXI, la vieja consigna de *épater le bourgeois* sigue funcionando, ricos y ricas enjoyadas y cargadas de pieles, se dan de tortas por tener el privilegio de adquirir una de esas estúpidas obras. De modo que sí, desdeño el arte conceptual, me parece una inmensa tomadura de pelo; al fin y al cabo, su inventor, Marcel Duchamp, el artífice del famoso orinal, lo concebía como una gran broma, jamás se lo tomó en serio. Pero es una buena manera de ganar dinero.

Así veía yo el asunto: se trataba de embaucar a un coleccionista, como el celeberrimo Charles Saatchi, el primer mecenas de Hirst, y de persuadirle de que mi proyecto (el que fuere) era genial. La idea... ¡Ya surgiría alguna!

Una tarde me hallaba en casa de mi amiga Mireia, celebrando el quinto cumpleaños de su hija Laia. Me puse a jugar con la niña, no porque me divierta la infancia, sino porque me pareció obligado prestar un poco de atención a la pequeña, dada mi condición de madrina suya. En vez de entusiasmarse con el juguete didáctico que yo le había regalado, Laia se entretenía vistiéndose de princesa a una rata de plástico. *Es la rateta que escombrava l'escala*, me explicaba mi ahijada, haciendo alusión al personaje de un cuento infantil. Yo me quedé mirando a esa rata disfrazada... y tuve una visión. Una de esas que dan pie a una obra de arte conceptual que puede reportar pasta gansa. Una rata disecada vestida de Virgen María, nimbo incluido. Ya puestos, todo un belén integrado por roedores momificados; una rata San José, una ratita niño Jesús, unos ratones pastores, Reyes Magos, camellos... ¡Qué gran símbolo religioso! Como arte conceptual, no se podía pedir más; un belén ratonil se prestaba a múltiples lecturas de todo orden: religioso, filosófico, ético, zoológico (artístico también, *of course*)... Y constituiría un espectáculo sorprendente y, sobre todo, repulsivo, muy asqueroso. ¡Era una idea magnífica! ¡Cómo se pondría la iglesia! Con un poco de suerte, en la radio de la COPE me llenarían de insultos, el arzobispo haría declaraciones quejasas contra mi obra, me despedirían por blasfema del colegio del Opus... ¡Tendría eco, se hablaría de mí en la prensa, en la radio, en

Internet, quién sabe si incluso en el telediario! Y eso podía ser el principio de una serie: tras el belén, el parlamento ratonil, el ejército de ratones (cada soldado valorado en 20.000 euros)... Me puse a soñar despierta con tal embeleso, que cuando apareció mi amiga en el cuarto de jugar y me preguntó por su hija, no supe qué responderle. No me había dado cuenta de que la niña se había ido. La encontramos en el baño, echándole a la rata el perfume de su madre.

Durante días le di vueltas en mi cabeza al proyecto. Lo primordial era procurarme una rata. No escasean en mi barrio, muy al contrario, pero soy medrosa y femenina, los ratones me horrorizan. En las paradas de animales de las Ramblas venden ratoncitos tipo cobaya, blancos, asépticos, casi enternecedores, pero necesitaba una rata inmunda para mi obra, porque causaría más impacto. Lo peor que me podía suceder era que mi rata Virgen María, en lugar de repulsión, inspirara ternura. Podía imaginarme a Roser Requena en el *vernissage*, exclamando con su vocecilla aguda «¡qué mona es!»... Pero había más; comprar una rata en una tienda de animales para luego matarla me parecía un acto vil, por la premeditación. Lo idóneo sería encontrar una rata muerta por la calle y aprovecharla. Durante una semana caminé por el barrio con la cabeza baja, al acecho de algún cadáver reciente. Pero las brigadas de limpieza recorren las calles con demasiada frecuencia, no encontré nada, salvo una paloma despanzurrada. Pensé que Damien Hirst lo había tenido más fácil, él se había limitado a encargar a un pescador que le consiguiera un tiburón muerto... Y al hacerme esa reflexión envidiosa, caí en la cuenta de que era una necia; obtener un tiburón muerto en el Raval es imposible, pero una rata... Conocía a unos cazadores muy eficientes. Solían jugar al fútbol en la calle, debajo de mi estudio. Yo acostumbraba bajar al portal a regañarles, porque con sus gritos y sus pelotazos no me dejaban trabajar. Más de una vez les quité el balón y me lo llevé a mi casa. Esos chavales (eran tres niños) me odiaban, por lo que no fue fácil iniciar las negociaciones. En cuanto me vieron aparecer, recogieron la pelota y echaron a correr. Me puse a perseguirlos y aceleraron. Al llegar a la esquina de Joaquín Costa con la calle del Carmen, estaba jadeando; eran más rápidos que yo, nunca lograría alcanzarlos. Les grité:

—¡No voy a quitaros la pelota, sólo quiero pedirlos un favor!

Adrián, el mayor, se detuvo y me observó con recelo.

—¿Qué favor? —me preguntó, guardando las distancias.

—Es un favor..., un encargo, —contesté, alzando la voz para hacerme oír pese al ruido del tráfico—. Os daré dinero —añadí, para tentarlo. Un ciudadano que pasaba por mi lado me miró con reproche. Mi oferta sonaba mal, me hacía cargo, pero conseguí despertar el interés del adolescente, que por fin se acercó y me observó expectante.

—Se trata de... —empecé a decir—. Lo que necesito es... ¿Cómo explicarlo?... Una rata.

Me miró estupefacto.

—¿Una rata? —me preguntó incrédulo.

—Para un proyecto artístico —le aclaré—. Soy artista y... estoy preparando una obra, bastante compleja, que entre otros elementos incluye a una rata... Os pagaré bien —le aseguré.

—¿Cuánto? —quiso saber.

—Mmm... No sé... ¿Diez euros?

—Es muy difícil coger una rata. No se dejan —me informó.

—Bueno, pues... ¿veinte euros? Si este encargo sale bien, puede haber otros. Quizá más adelante precise unas... veinte o cuarenta ratas —exageré, para persuadirle.

—Si necesita tantas, lo mejor es que las críe en su casa; con un macho y una hembra, en unas semanas tiene mogollón. Le sale más barato —me propuso el chico con una honradez encomiable.

—Sí... Bueno, eso no... no entra en mis planes, prefiero que las cacéis vosotros. La pasta no es problema —fanfarroneé.

—¿Le da igual macho o hembra?

—Me da lo mismo le contesté con alivio; parecía que el proyecto al fin se ponía en marcha.

—Guay —dijo Adrián—, mañana o al otro se la llevamos a casa. Y si quiere otra cosa —añadió, acercando la cara y bajando la voz—: costo, farla, maría, speed, ketamina, éxtasis... ¡Tengo de todo! —me informó orgulloso.

—Lo tendré en cuenta para otra ocasión —le dije muy fina. Hecho el trato, el niño me dejó y fue a reunirse con sus amigos, que nos espiaban intrigados desde la acera contraria. Y en el preciso instante en que me daba la vuelta para enfilar la calle Joaquín Costa, alguien me llamó por mi nombre. Miré hacia atrás y me topé con Juan, el magistrado.

No lo veía desde el día del MACBA, ni esperaba volver a verlo, digamos que nos movíamos en distintos círculos sociales. Me pareció más atractivo que cuando lo conocí, quizá porque iba vestido con un traje oscuro, bien cortado (aunque sin corbata; no se me escapó ese detalle) y porque era de noche y el alumbrado público le favorecía. Era un tiarrón, ya no me acordaba, debía de medir casi metro noventa de estatura y tenía un cuerpo atlético, fibroso y delgado, una buena mata de pelo castaño y unos ojos oscuros, grandes y penetrantes, que parecían traspasar la piel y leerte los pensamientos (lo cual no dejaba de inquietarme). Tenía buenos dientes, una sonrisa muy blanca, de anuncio de dentrífico. Era un tipo bien plantado en su género, el de los hombres formales con quienes yo no solía relacionarme. Me había pillado desprevenida. Estoy tan cómoda en mi barrio, que más de una vez he bajado al quiosco a comprar la prensa en pijama, y en ese momento iba vestida con un chándal desparejo (la sudadera de color naranja, con rayas azules, y el pantalón lila: un azote para los sentidos). Esa mañana no había tenido tiempo de lavarme el pelo y lo llevaba recogido en una coleta mugrienta. Me contrariaba que ese chico guapo me hubiera pescado con esa pinta.

—¡Juan! ¡Qué sorpresa! ¿Cómo estás? —le saludé, efusiva, en cuanto me repuse de la impresión y le di dos besos sin estar muy segura de que fuera adecuado. ¡Apenas lo conocía y era un magistrado!

—Estoy bien, gracias —me contestó muy sonriente—. Acabo de salir del Ateneo, me he puesto a caminar un poco por el barrio y te he visto. Ese muchacho con el que estabas hablando, ¿es amigo tuyo? —inquirió, interesado, y sólo entonces caí en la cuenta de que él era juez de menores y me había sorprendido conferenciando con un macarrilla del barrio.

—Eh... En cierto modo, sí... Yo colaboro con la parroquia del Raval en algunas actividades artísticas y ese niño, Adrián, un chaval estupendo, es uno de mis alumnos del taller de dibujo —improvisé con apuro. Le di la respuesta que le hubiera gustado oír a mi madre (de alguna forma, los asociaba a los dos, a Juan y a mi madre, ya que ambos pertenecían al mundo de las personas decentes y convencionales). Juan enarcó una ceja y me miró escéptico.

—Me sorprende lo que dices. Este chico ha pasado por mi juzgado por lo menos cuatro veces desde que me he incorporado. Se dedica al trapicheo —me informó en un tono quizá un poco frío.

—¿De verdad? —me apresuré a escandalizarme, para disipar toda sospecha—. ¡Qué disgusto me das! Se lo comentaré a mossèn Jaume, se va a llevar una decepción. Adrián suele oficiar de monaguillo en misa los domingos —intentar tapar un embuste con otro suele ser una mala estrategia y la expresión del rostro de Juan pasó del escepticismo a la sorna; no me creía en absoluto—. ¿Y a qué has ido al Ateneo? ¿A alguna conferencia? ¿Ha sido interesante? —le pregunté, para cambiar de tema.

Me contestó que había acudido a la presentación de un libro de poemas de un oficial de su juzgado, literato aficionado, y se había dormido durante la lectura de los versos. Lo grave del caso era que estaba sentado en primera fila. Se sentía tan abochornado que, al acabar el acto, se había escurrido hacia la salida sin saludar a nadie, ni siquiera se había atrevido a felicitar al poeta.

—Llevo varias noches sin pegar ojo y luego me quedo dormido en cualquier sitio —se lamentó—. ¿Tienes un rato para tomarte algo conmigo? —me preguntó a continuación. Mi primer impulso fue mentirle de nuevo y decirle que estaba muy ocupada, no me gustan los imprevistos, pero me dio la sensación de que él veía a través de mis mentiras y ya le había soltado demasiadas en los pocos minutos que llevábamos conversando, de modo que reconocí que no tenía apremio alguno. Me pidió que le hiciera de cicerone y eligiera el local. Se me ocurrió llevarle al Boadas, la célebre coctelería, muy adecuada para un juez, pero me dijo que ya había estado allí un par de veces y que era demasiado ruidosa, así que lo conduje al bar Raval, en la calle Doctor Dou. Es un local de estilo antiguo y techos elevados, con un altillo de madera donde también hay mesas y se cena. Tiene un aire decadente, de *cabaret* de segunda, con sus muebles desgastados y su decoración de otra época, que es la antítesis de los bares de diseño que imperan en Barcelona. De ordinario, cuando se lo

enseño a alguien, lo contempla admirativamente y exclama «¡qué sitio más auténtico!», o algo parecido, pero Juan no se fijó en nada. Mejor dicho, sólo se fijaba e mí, lo cual no dejaba de ser halagador, pero también embarazoso; era yo quien no sabía dónde mirar.

Nos sentamos a una mesa, frente a la barra, cerca de la entrada. Yo pedí un agua con gas y él una cerveza sin alcohol. Soy abstemia, a mi pesar, pues no tolero el alcohol, me pongo enferma sólo de beber una copa de vino. Envidio a los que beben, porque a la que llevan unas cuantas copas encima, alcanzan ese estado de alegre inconsciencia e irresponsabilidad que yo desconozco. Nunca he bailado descalza encima de una mesa y, si alguna vez he coreado *La puerta de Alcalá*, u otra canción popular, con un grupo de beodos, ha sido con una aguda conciencia de estar haciendo el ridículo. En las fiestas y en las noches de juerga, tengo que hacer verdaderos esfuerzos para resistir más allá de las dos o las tres de la mañana, cuando la mayoría de la gente ya está bastante ebria y te cuentan el mismo chiste por enésima vez, esperando que te rías, o se ponen babosos o sentimentales, o te hacen confidencias que no te conciernen. El novio que me dejó poco antes de conocer a Juan bebía mucha cerveza y se metía de todo. Cuando salíamos de bares, las noches no se acababan. A mí ya no me cabía más agua con gas en el cuerpo, me entraba el sueño y el hastío y deseaba irme a casa, pero no quería parecer una aguafiestas y aguantaba el tipo con una sonrisa muy forzada, hasta que conseguía que mi borracho novio capitulara y entonces me tocaba llevarlo a rastras. Es muy desagradable meterte en la cama con un tío que está completamente colocado y que, a la que te descuidas, te vomita encima. Son desventajas de la abstinencia y que Juan bebiera cerveza sin alcohol, me parecía alentador. Pero estaba incómoda bajo su insistente mirada. Imagino que las mujeres guapas están acostumbradas a que las admiren sin disimulo y que eso quizá las canse o irrite, pero no se azaran, como me sucede a mí. No es que sea fea, tengo una cara agradable, graciosa como dice mi madre, y un cuerpo menudo pero bien proporcionado, aunque lo que más destaca de mí son mis tetas, erguidas y abundantes. Quizá, si yo fuera alta y tuviera mayor envergadura, el tamaño de mi pecho no se notaría tanto; sin embargo, tal como están las cosas la mayoría de los hombres miran a otro sitio antes de reparar en mi cara y, en aquel momento, dentro de mi rubor, no dejé de agradecerle a Juan que se fijara en mis ojos y no en mis tetas. Le dije, por romper el hielo:

—¿A cuántos niños has metido hoy en la cárcel?

Los castellanos a veces somos un poco bruscos, pero Juan se rió. «Hoy, a ninguno», me respondió y dijo, poniéndose serio: «los menores no van a la cárcel. En ocasiones, cuando no hay más remedio, son ingresados en centros de internamiento, pero yo personalmente procuro evitarlo. Eso de que la prisión rehabilita es un sarcasmo». Palabras significativas viniendo de un juez. Comprendí que allí había una veta que convenía explorar: a la mayoría de los hombres les complace hablar sobre su trabajo, a mí me revienta, tal vez porque lo único que puedo decir es que soy

profesora de dibujo y retratista de las Ramblas, quizá si fuera médico, o catedrática, se me llenaría la boca al explicarlo.

Le pedí permiso para fumar y me lo dio (dijo que, como ex fumador, disfrutaba aspirando el humo de los pitillos ajenos) y, después de encender un cigarro, le pregunté cómo se le había ocurrido hacerse juez de menores, una diría que los asuntos de enjuicia son los protagonizados por los adultos. Me explicó que había trabajado durante años de oficial en un juzgado de instrucción en Colmenar Viejo, mientras preparaba las oposiciones, y que le desazonaba comprobar cómo las mismas caras se repetían una y otra vez. La delincuencia era una profesión y, a lo largo de la carrera, todo delincuente iba acumulando detenciones y condenas, salía de la cárcel y a los poco meses (o semanas) ya estaba de regreso en ella. La reinserción del delincuente en la sociedad era una quimera. Se salvaban muy pocos, los que habían delinquido sólo en una ocasión, casi por azar, y tenían una familia estructurada y ajena al mundo de la delincuencia en la que apoyarse. Me dijo que era muy triste ver a un chico de veinte años con treinta detenciones y seis condenas en su currículum, y saber que para él ya era demasiado tarde: estaba abocado a morir en prisión, o de un tiro, o de un navajazo, más temprano que tarde. Las cárceles sólo servían para aislar, para proteger de los delincuentes a la sociedad, y él no quería convertirse en un cancerbero. Sopesó la posibilidad de dedicarse a la justicia de lo civil, pero comprendió que eso no lo iba a satisfacer, ocuparse principalmente de asuntos de dinero, quién debe a quién y a quién pertenece esto o aquello. Él consideraba la judicatura como una vida de servicio a los demás; no quería limitarse a ejecutar y hacer cumplir las leyes, su sueño era paliar, de alguna forma, con su trabajo, la injusticia inmanente en la sociedad (ésas fueron sus palabras; a mí también me parecen rebuscadas) y por eso decidió dedicarse a los jóvenes, aquellos que todavía son maleables y pueden ser rescatados de unas circunstancias o un entorno que los empujan al delito.

Yo lo escuchaba mientras trazaba volutas de humo con los labios (sé que es de mala educación, pero a veces se me olvida) y pensaba: verdaderamente este chico haría las delicias de mi madre: serio, idealista, trabajador, lleno de buenas intenciones y dispuesto a cambiar el mundo. A mi anterior novio, mi madre lo conoció fugazmente en una visita que hizo a Barcelona y le desagradó sobremanera. Lo calificó de pisaverde (mis padres se deleitan en el uso de arcaísmos; consideran que su origen vallisoletano les da patente de corso para emplear los vocablos más anticuados) y, en cierta medida, llevaba razón, Marc parecía un petimetre (al verlo tan compuesto y repeinado, más de una amiga me preguntó si era maricón), pero no era culpa suya ser guapo y actor. Su profesión le obligaba a cuidar su aspecto, eso aduje ante mi madre en su descargo, callándome lo presumido que era; pasaba más horas que yo ante el espejo, desordenándose estudiadamente el pelo o probándose distintos modelitos antes de salir a la calle, aunque fuera sólo a comprar al colmado, pero esa debilidad suya, su inmensa vanidad, contribuía a que yo le tuviera aún más cariño.

Era joven, también, y los hombres jóvenes son muy gallitos (Marc y yo nos llevábamos ocho años, lo conocí la noche en que él cumplía los veintiséis; yo ya tenía treinta y cuatro). Desempeñaba un papel destacado en una serie de moda de la televisión de Catalunya, y a menudo, cuando iba con él por la calle, los fans (ellas, casi siempre), le paraban para pedirle autógrafos y él no se hacía de rogar; era coqueto y flirteaba con toda mujer de menos de cincuenta años que no fuera un espanto. Me temo que a mi madre, Marc le pareció frívolo; en cambio, Juan... Mi padre podría mantener con él sesudas conversaciones sobre asuntos de peso, relacionados con la política, la educación, la justicia... ¡El yerno soñado! ¿Será verdad que las mujeres, inconscientemente, buscamos a un hombre que se parezca a nuestro padre?

Juan, los ojos brillantes, me explicaba con entusiasmo que el objetivo era, justamente, descriminalizar, desjudicializar la justicia de menores (parecía un trabalenguas), por la vía de la conciliación o de la mediación, es decir, de la confrontación del menor con la víctima y con el daño que le ha causado, al estilo de las iniciativas que se desarrollaban con éxito desde hacía tiempo en países punteros como Suecia o Noruega, y yo asentía con la cabeza y lo miraba enternecida, sin prestar atención a sus palabras. Tan enfrascado estaba Juan en su discurso, que aún tenía toda la cerveza en su jarra. Me parecía conmovedor que hubiera venido al Raval a buscarme. No me creí ni por un momento que se hubiera topado conmigo por casualidad; si al salir del Ateneo, situado en la calle Canuda, había cruzado las Ramblas para internarse en el Raval, era con una intención: encontrarse conmigo. Él sabía que yo vivía en la calle Joaquín Costa, porque se lo dije en la cafetería del MACBA, el día que nos conocimos. Me hizo ilusión que Juan, todo un señor magistrado, deseara tanto verme, que se lanzara a deambular por el Raval en mi busca. (Un día se lo pregunté, meses más tarde, y se hizo el sorprendido. Me aseguró que nuestro encuentro en la calle del Carmen había sido casual, que él no se acordaba ni por asomo de dónde vivía yo, si en efecto se lo había dicho, y que sólo a alguien con mi imaginación se le podía ocurrir una idea tan peregrina, ¡pero yo nunca he tenido imaginación)!

Un clavo arranca otro clavo, dice el refrán, y lo cierto es que cuando acabas de ser abandonada por un hombre, nada gratifica más que recibir las atenciones de otro. De modo que mientras Juan me exponía con todo detalle la angustiada y precaria situación de la justicia de menores en España, yo me preguntaba: cuando nos acostemos (lo daba por hecho), ¿le pido o no le pido que se ponga un condón? Era un asunto delicado. La prudencia aconsejaba exigiárselo, pero, por otro lado, ¡cómo iba a tener hongos en el pene o ser seropositivo un magistrado tan serio! La mera sospecha podía ofenderlo. (Como mujer hipocondríaca, solía ser muy cuidadosa con eso; durante una época llegué a pedirle a mi *partenaire* de turno que se pusiera dos preservativos, por si se rompía uno; no quería correr riesgos y, en efecto, no los corrí, no conseguí que ningún hombre me concediera el capricho). Me lo imaginaba en la

cama. ¿Sería muy peludo? Marc tenía el pecho lampiño; los hombres con pelo en la espalda me producen escalofríos. Decidí enseguida que Juan sería un amante convencional. Marc, quizá porque era actor y estaba influido por el cine (en el que los protagonistas suelen fornicar en las posiciones más inverosímiles), me proponía audacias a las que yo accedía sólo para hacerme la jovencita; me aterraba que creyera que me negaba a follar de pie, en el portal, por haber rebasado la treintena. Una noche, en el fragor del revolcón, me caí al sueño desde la mesa del comedor y Marc me tuvo que acompañar a urgencias. Casi me quebré la espalda y me salió un cardenal en el lomo que tardó meses en desaparecer. Así que la perspectiva de un amante cauto y morigerado me confortaba. Un novio cariñoso, que leyera junto a mí una revista jurídica en el lecho conyugal, antes de apagar la luz, un abrazo tierno y un polvo tradicional, a una hora prudente, ¿qué más podía desear? Porque sí, aunque no quisiera reconocerlo y afirmara con frecuencia y sin venir a cuento, que sola era como se estaba mejor, estaba buscando novio. Tengo miedo a la soledad. Si paso más de veinticuatro horas sin ver a nadie, acabo dudando de mi propia existencia. Necesito que alguien se acuerde de mí todos los días (alguien que no sea mi madre), que por lo menos haya una persona que me llame por teléfono y se interese por mi estado de ánimo, por las minucias de mi rutina diaria, por mis agravios o mis dolencias, pero mucho mejor, que se reúna conmigo al acabar la tarde y me ayude a ocupar las horas de ocio, y que me dé calor y compañía en la cama, mientras duermo. Sola, se me cae la casa encima, por eso, cuando estoy soltera, no paro en el estudio; no me pierdo una fiesta aunque me fastidien los borrachos, apenas duermo, trasnocho y salgo sin parar, a la caza... de un novio. Y, cuando lo consigo, dura lo que dura, así es mi vida.

Lo que no entendía era por qué Juan se había encaprichado conmigo, no podíamos ser más distintos. No había más que comparar cómo íbamos vestidos. A él lo que le correspondía era una novia notaria, o abogada, enfundada en su traje de chaqueta, con su muñeca cargada de pulseras buenas, su Visa Oro y su piso de propiedad en Sant Gervasi o en Sarrià, no una pordiosera como yo, que para sobrevivir tenía que hacer la trampa del contador. Sin embargo, no me cabía la menor duda de que yo le atraía, aunque no me hablara más que de estadísticas criminales. De pronto, se interrumpió y me dijo:

—Te aburro, no me estás escuchando en absoluto, ¿en qué piensas?

—Estaba pensando en que, desde luego, es muy triste que haya tantos menores en situación de desamparo —me defendí— y también en que ya es hora de que me vaya a casa, Vienen Cheles y otra amiga a cenar y aún no he preparado nada. No te invito porque no tengo comida para tantos —me apresuré a añadir, sin darme cuenta de que, buscando disculparme, estaba siendo grosera, pero Juan era un buen hombre, no me lo tuvo en cuenta. Me dijo que si yo hubiera estado libre, me habría invitado a cenar, para intentar compensar con un buen plato el latazo que me había dado. ¿Podíamos quedar otro día? Tenía muchas ganas de ver mis cuadros.

¿Mis cuadros? Yo nunca le había hablado de mis cuadros, me guardaba mucho de hacerlo, porque me daba vergüenza mostrarlos, eran meros simulacros, pálidos reflejos de las ideas geniales que yo tenía en la cabeza antes de pintarlos. Me explicó que Víctor le había dicho que yo pintaba unos cuadros muy bonitos, que por modestia me negaba a exponer o vender. Víctor era de los pocos admiradores de mi obra, pero su aprecio, lejos de reconfortarme, me preocupaba; también le gustaban los cuadros de Dalí y las figuritas de porcelana de Lladró. Balbucí alguna excusa débil, alegué que no tenía ningún cuadro terminado, pero él insistió y comprendí que su aparente interés en ver mis pinturas embozaba un interés real en ver otra cosa; mi amigo Jaume (pintor como yo), siempre liga de la misma manera: proponiendo a sus víctimas enseñarles su obra.

Quedamos citados ese sábado para cenar en el restaurante Amaya.

Al día siguiente por la tarde, recién regresada al estudio de mis clases en el colegio del Opus, cuando me disponía a cambiarme de ropa y enfundarme mi horrendo chándal de estar por casa, sonó el timbre de la puerta. No suele suceder; vivo en un quinto piso sin ascensor, nadie sube hasta allí sin haberse asegurado previamente de mi presencia llamando al interfono. Antes de abrir, eché un vistazo por la mirilla, temía que se tratara de un vendedor de pisos o de un evangelista: era Adrián, el cazador de ratas. Me saludó muy sonriente, exhibiendo una bolsa de plástico amarilla que llevaba en la mano y que contenía algo que se movía; era un espectáculo extraño, una bolsa de plástico viva.

—Le traigo dos ratas por si se le muere una —me dijo muy ufano—, pero no le cobraré el doble, sólo quince euros por cada rata, en total treinta. ¿Quiere verlas? Son muy gordas.

Decliné el ofrecimiento con poca prudencia; hubiera debido asegurarme del contenido de la bolsa, pero el temor a que, al abrirla, una rata saltara y me mordiera la nariz, me contuvo. De pronto, reparé en que estaban vivas.

—Las quería muertas —protesté.

—¿Muertas? ¡No me lo dijo! Si lo llego a saber... Con lo jodido que es agarrarlas vivas... Una casi me muerde el dedo, la muy hija puta —se quejó el niño. Llevaba razón; en mi mente, yo esperaba un cadáver de rata, pero a él le encargué un espécimen, sin precisar que lo prefería difunto. Las ratas se agitaban en la bolsa, furiosas, y emitían unos chirridos desasosegantes. Adrián, al otro lado de la muerta, me observaba con preocupación; yo desde el umbral, reflexionaba. Me sentía incapaz de matar a las ratas con mis propias manos. Le pedí al niño que lo hiciera. Le ofrecí quince euros más por el asesinato; el precio total de los dos cadáveres de rata serían cuarenta y cinco euros. Asintió muy contento, para él era un buen negocio.

Como si se olieran lo que tramábamos, las ratas arreciaron sus chillidos y sus brincos en el interior de la bolsa. Me apresuré a darle treinta euros al niño, on la

promesa de completarlos con quince más cuando me trajera los cuerpos. Se fue, bajando las escaleras con un trotecillo alegre, y yo cerré la puerta y me quedé pensando en lo que acababa de hacer.

Era una asesina. Una asesina pusilánime. Había contratado a un matón para que cometiera el crimen por mí. Esas ratas... ¿qué derecho tenía yo a quitarles la vida? No era un acto gratuito, cierto, tenía un fin elevado, ¡artístico! Si las cosas salían bien, yo podía conferir la inmortalidad a esos roedores que, sin mi intervención, nunca saldrían del anonimato de las alcantarillas. Pero... ¿eso a ellas qué les importaba? El tipo de inmortalidad que yo podía proporcionarles, como momias, como ratas disecadas, difícilmente les podía satisfacer. Si tuvieran conciencia, si esas ratas pudieran elegir, ¿abrazarían entusiasmadas mi proyecto de futuro para ellas? No. Huirían corriendo para meterse en la cloaca y no volver a salir nunca más. No creía (no creo) en Dios, ni que esos bichos inmundos fueran sus criaturas, con un lugar y una misión en el orden inescrutable de todas las cosas. La evolución es ciega, el implacable principio de la selección natural lo rige todo. Unos animales se alimentan de otros, el débil perece bajo los embates del más fuerte, es la naturaleza, la ley de la vida. Si esas ratas pudieran, se me comerían. Yo ni siquiera me había atrevido a echarles una ojeada, por miedo y por asco, sí, pero también por un tremendo sentido de culpa, que no me iba a poder quitar de encima. Y eso que era sólo mi primer crimen; mi proyecto final, un belén completo de ratas disecadas, entrañaría una masacre. ¿Estaba dispuesta a hacerme rica sobre tantos cadáveres?

Salí al rellano, bajé a saltos las escaleras, de tres en tres, como cuando era niña, y me lancé a la calle. Reconocí a Adrián, apostado contra el muro de una casa, en la acera de enfrente, varios números más arriba, conferenciando con un chico que yo desconocía y fumando lo que bien podía ser un porro. A sus pies, junto a sus zapatillas deportivas, estaba la bolsa amarilla. Mi corazón dio un vuelco. ¿Ya habría cometido el acto? La bolsa amarilla dio un par de botes sobre el asfalto. Sentí una inmensa alegría: había llegado a tiempo, ¡las ratas seguían vivas! Reclamé imperiosa la atención del niño.

—¿Qué pasa? —me preguntó Adrián, contrariado, al reunirse conmigo, una mano a la espalda, ocultando el porro (sí, lo era, me llegaba el tufo).

—Nada —le dije—. Hay contraorden. No quiero que mates a las ratas.

Me miró estupefacto.

—¿Las quiere vivas? —me preguntó.

—No. Es decir, sí: quiero que las sueltes.

—¿Qué las suelte?

El chico no daba crédito. Debía de estar empezando a dudar de mi salud mental. Le expliqué atropelladamente que había cambiado de planes; las ratas ya no iban a figurar en mi proyecto artístico, no las necesitaba.

—¿Entonces qué hago con ellas? —me preguntó.

—Lo que te he dicho; las sueltas —le repetí con impaciencia. Ya se lo había dicho

dos veces, ¿acaso el porro le había nublado el entendimiento?

Adrián me observaba en silencio. Ese silencio me exasperó; parecía un reproche.

—Te pagaré igual los quince euros —ofrecí, para convencerlo—. Al fin y al cabo, tú no has fallado, he sido yo que... un cambio de planes —mascullé y a toda prisa saqué mi cartera del bolso y le di un billete de cinco euros y otro de diez, para acabar con el asunto lo antes posible.

Pero los cazadores de ratas tienen su dignidad: el chico rechazó mi dinero, se negó a aceptarlo por más que le insistí. Me pareció advertir conmiseración en su mirada. Me iba a costar mucho librarme de la reputación de loca que acababa de adquirir; ya no me harían caso cuando bajara del estudio a pedirles que se fueran a otro sitio a jugar al fútbol. Me quedé en el portal, a ver cómo soltaba las ratas (me temo que soy un poco desconfiada). Adrián abrió la bolsa de plástico bajo la atenta mirada de su amigo, al tiempo que las dos ratas salían a trompicones y echaban a correr calle abajo, despavoridas. Eran realmente enormes, ¡qué par de bestias! ¡Menudos bigotes! Por un instante me arrepentí de no haberlas matado. Una se desvió hacia la izquierda y claramente venía a por mí. De un salto traspuse el umbral y cerré la puerta de entrada de la casa, el corazón a punto del colapso. A Damien Hirst no le había temblado la voz cuando encargó a un pescador que le consiguiera un tiburón muerto y, una vez tomada la decisión, no dudó, ni se retractó. Él sí que era un artista y no yo. Por añadidura, mi conciencia de mujer frugal me reconcomía: «Te has gastado treinta euros en hacer que ese niño cace a unas ratas para luego soltarlas. Eres una idiota». Subí las escaleras meditabunda y vencida, arrastrando las zapatillas. Si un minuto después de que mi misericordia les salvara la vida, el camión de la basura atropellaba a las ratas o un gato las capturaba con sus zarpas, ¿lo sentiría? ¿Las lloraría? Por supuesto que no; incluso me alegraría, creo que la tierra estaría mejor sin ratas ni ratones, unos bichos repugnantes que no sirven para nada, salvo para difundir la peste y otras plagas. No era la compasión por los roedores, ni el respeto a sus bestiales vidas, lo que me había impedido matarlas: era mi maldita conciencia cristiana, que aún después de muerta seguía azuzándome; se trataba de no tener culpa, de mantener impolutas las manos, sin mancha.

Cuando llegué al estudio, me percaté de que tenía una llamada perdida y un mensaje nuevo en el móvil. El número me resultaba desconocido. Llena de curiosidad (me entusiasma que me llamen por teléfono, supongo que porque recibo muy pocas llamadas que no sean de mi madre), escuché el mensaje. Una voz nasal que no tardé en identificar me informó de que tenía urgencia en hablar conmigo: era Solange, la viuda de Maristany. ¡Ya casi la había olvidado! La llamé enseguida. Me respondió un hombre. Supuse que me había equivocado y ya iba a disculparme y colgar, cuando pude oír a Solange, que preguntaba: «¿Sí? ¿Quién es? ¿Quién llama?». Cuando supo que era yo, se puso muy contenta, o eso me dijo. Quería hacerme una propuesta de colaboración profesional, porque me valoraba muchísimo (era propensa a los superlativos). ¿Cuándo podíamos vernos? ¿Podíamos quedar para cenar ese mismo

sábado? Le dije que sí, ilusionada con la idea de un posible trabajo. Quizá fuera cierto aquello de que la virtud siempre se ve recompensada. La viuda de Maristany me citó el sábado, a las diez de la noche, en un restaurante de moda del Born, del que yo había oído hablar, pero al que nunca había ido, porque era muy caro. (Di por sentado que Solange me invitaría). Sólo después de colgar, recordé que ese sábado, precisamente, me había comprometido para cenar con Juan, el magistrado.

Fede se despertó con el cuerpo dolorido, era muy incómodo dormir en un banco. Tenía frío, pese a la chaqueta gruesa de punto con que se había cubierto para combatir el relente. Se la había procurado la noche anterior con suma habilidad. Entró en una tasca, a mear, y al salir reparó en una chaqueta beige de hombre que colgaba del respaldo de una silla vacía, frente a una mesa donde se podía ver una bandeja con aceitunas, un vaso mediado de vino, un cenicero y un paquete de Ducados, hecho una bola, junto al vaso. El propietario de la chaqueta debía de estar en la barra, pidiendo algo, o tal vez fuera el hombre canoso y corpulento que había entrado en el baño cuando él se iba. Limpiamente retiró la prenda de la silla y salió a la calle. Nadie se fijó en él, la gente no suele fijarse en los niños. Esa chaqueta le serviría para ocultar su llamativa camiseta de los Sex Pistols que, si lo estaban buscando, lo haría fácilmente reconocible; además, empezaba a notar el fresco, en Santander, en cuanto se iba el sol había que ponerse jersey, incluso en agosto. (En Barcelona, en las noches de verano hacía tanto bochorno, que Fede solía dormir en pelotas y se despertaba empapado en sudor). Como si fuera un premio a la osadía, al investigar los bolsillos de la chaqueta, halló un billete de mil pesetas, más dos de quinientas (y un *kleenex* arrugado, que no conservó). Dos días atrás, ni se le hubiera pasado por la cabeza despojar de su chaqueta a un desconocido; había iniciado una nueva vida en la que los límites de lo permitido eran diferentes, elásticos. Después de ponerle un cuchillo en el gaznate a su padre, nada de lo que hiciera podía ser peor, reflexionó.

Abrió por fin los ojos, se incorporó y se sentó en el banco de madera sobre el que estaba tumbado, restregándose los párpados más por costumbre que por necesidad; la luz del amanecer en Santander era tenue, lechosa; la bruma, que no dejaba ver el sol, seguía pegada a la línea del horizonte, difuminándola. Hacía frío, tenía la piel de gallina. Se puso la chaqueta, que le venía muy holgada. Por fortuna, estaba gordo, si no, habría desaparecido en ella. Le picaba la garganta y notaba un regusto desagradable en la boca, como si tuviera un cenicero lleno de colillas en el paladar. El día anterior había fumado demasiado, por lo menos ocho o nueve pitillos, en su vida había fumado tanto. Después del inesperado encuentro con su padre, se había dedicado a caminar por las calles con despreocupación, convencido de que era un problema resuelto. Al sacarle la navaja, el Chino se acojonó, ¡y cómo! Era un cagao. Confiaba en que, tras ese acto drástico, su padre y Natalia lo dejarían en paz. Cuando se cansó de dar vueltas, se metió en una bolera y se puso a jugar a las máquinas hasta que lo echaron, porque cerraban. Primero jugó al millón y a las máquinas de coches; más tarde, varias partidas de fútbolín con unos chavales; él les invitó, como un señor. Pidió una birra al dueño del garito, pero éste se negó a servirle alcohol y se tuvo que contentar con una Coca-Cola, aunque en verdad no le importó, había pedido cerveza sólo para impresionar a los otros chicos. Se dejó una pasta en la bolera, casi dos mil pelas. Al salir del local (ya eran más de las diez de la noche) recordó que no tenía

dónde ir. Debía pasar la noche en alguna parte, el barco que iba hasta Plymouth no zarparía hasta la mañana siguiente, lo supo por uno de los chavales del fútbolín. Se sentía hambriento, no había probado bocado desde que abandonó la casa de Natalia al mediodía. En un puesto callejero se compró un hot-dog. Cuando se lo hubo zampado, regresó a por otro. ¡Si supiera Natalia lo que estaba engordando! Con la tripa llena, se percató de que estaba agotado. Decidió que iría a un hotel, podía pagarlo. Se alojaría ni más ni menos que en el hotel Real, como un millonario. Siempre había observado de lejos y con respeto ese gran edificio señorial, que se alzaba sobre una elevación del terreno, exhibiendo a los cuatro vientos su interminable fachada blanca y sus cúpulas en tonos grises, como una inmensa mona de pascua. Ahora lo iba a conocer desde dentro. Él ya había pernoctado en otros hoteles, tenía cierta experiencia. Hacía dos o tres años (no lo recordaba con precisión), pasó una semana entera con sus padres en un apartotel de Villa Carlos, en Menorca, y, en otra ocasión, durmió una noche en un hostel de Olot, durante una excursión que hizo con el colegio, de manera que no tenía por qué sentirse cohibido. Un pavo que había amenazado a su padre con una navaja, ¿cómo iba a tener miedo de entrar en un hotel? Pero no se atrevió. Recorrió todo el camino hasta el Paseo de Pérez Galdós, convencido de que iba a dormir en ese hotel de lujo; sin embargo, se quedó parado junto a los postes de entrada al amplio jardín, incapaz de avanzar. Las luces del gran hotel le deslumbraron. No sólo estaba iluminados los balcones y las decenas de ventanas de la fachada; también la enorme extensión de césped del jardín, con sus cuidados arriates, sus setos ingleses, la marquesina acristalada de la entrada... Tanto relumbrón le intimidó. Comprendió que en ese edificio de otra época, apropiado para ricos y marqueses, él iba a desentonar. En cuanto lo vieran entrar con la chaqueta que le venía grande y claramente no era suya, su cabeza pelada y la camiseta de los Sex Pistols, los porteros de guantes blancos, tocados con una chistera negra y ataviados con un uniforme gris, lleno de botones dorados, lo echarían sin contemplaciones. Reflexionó con amargura que su padre, en cambio, no se lo pensaría dos veces: se internaría con aplomo en el vestíbulo, saludaría con indiferencia y algo de altivez a los dos porteros, que se inclinarían a su paso, se apoyaría en el tablero de la recepción con aire de dueño y les diría un par de cosas a las recepcionistas, que les haría reír y mirarlo arrobadas, deseosas de servirle en lo que fuera.

Dio media vuelta y regresó por donde había venido, con una sensación creciente de fatiga y algo peor, la comezón del desasosiego, la acometida del desaliento. No se podía permitir dejarse llevar por la desesperación. De ahora en adelante estaría solo, más le valía acostumbrarse, aunque, en realidad, ya lo estaba desde hace mucho antes, desde que lo expulsaron de la casa de Río de Oro. Llevaba un año solo, rodeado de gente; bien pensado, nada había cambiado, o sí: se había librado de Natalia y de su padre, ya no tenía que dar cuentas a nadie. ¡Que le dieran por culo a ese hotelucho! Él se iba a Londres, a vivir en un squat, con otros punks, con gente guay. La perspectiva de su inminente escapada a Inglaterra confirió un renovado brío

a sus pasos. En Londres hablaban inglés, eso le preocupaba, él había conseguido aprender tan poco en las clases del colegio, que únicamente sabía decir *thank you*, *fuck you* y *God save the Queen*, por la canción de los Sex Pistols, pero Marilis, que había ido a Londres infinidad de veces, le había contado que esa ciudad estaba llena de españoles («no hay manera de evitarlos, son una plaga»). Una vez estuviera allí, pensó con esperanza, se espabilaría, siempre se apañaba.

De pronto se encontró en los jardines de Pereda, sin darse cuenta había recorrido todo el paseo del muelle. Ese lugar que de día tanto le disgustaba, por el orden simétrico de sus parterres, con sus cursis flores de colores, su pulcro estanque en el que nadaban cisnes blancos, el recargado tiovivo rococó, los árboles tan bien podados, muy civilizados, como los peripuestos burgueses santanderinos que gustaban de pasear por su pavimento inmaculado de piedra clara, de noche le pareció acogedor. El alumbrado público no era apabullante, como el del hotel Real, sino discreto; había islas, rincones de oscuridad, donde uno podía guarecerse hasta que la luz del alba devolviera forma y relieve a las calles y a la bahía, la ciudad recobrara vida y el buque que unía Santander con Inglaterra embarcara el pasaje, Fede el primero. Se echó como pudo sobre un banco de madera, tapado con la chaqueta robada y usando de almohada la bolsa con las bragas. Creyó que no lograría dormirse al aire libre, bajo el molesto resplandor de las farolas y con el rumor de fondo de los coches, pero durmió de un tirón.

Y ahora allí estaba. Ya era por la mañana. Se desperezó. Era hora de ponerse en marcha, no quería perder el barco de Plymouth. Se puso de pie, hizo ademán de peinarse y se sonrió cuando la palma de su mano alisó su cráneo pelado, se estiró la camiseta y se subió el pantalón hasta la cintura para tener un aspecto decente, puesto que iba a viajar al extranjero, comprobó por enésima vez que su pasaporte y su dinero seguían en el bolsillo de sus vaqueros, dudó un instante si fumarse un pitillo, pero sólo de pensarlo sintió náuseas, y echó un último vistazo a la línea de edificios nobles que se erguían a su izquierda, dando frente al paseo, el gran arco del Banco de Santander en el centro. Todas las casas estaban provistas de miradores, Santander era una ciudad de cotillas. Las serias fachadas de piedra parecían contemplarlo con reprobación. Se le ocurrió una idea, un regalo de despedida para esa ciudad tan bonita que se diría sacada de una postal.

Empezó a extraer bragas de la bolsa, les sacudió la arena que se les había pegado en la playa y, a la luz mortecina del amanecer, se puso a colgarlas de las ramas más bajas de los árboles, de las orejas de los caballitos del tiovivo, de la brandilla de hierro del pequeño puente, de las figuras de bronce que adornaban el monumento a Pereda... No tenía ni puta idea de quién sería ese Pereda. Un banquero, con toda probabilidad, tratándose de Santander. ¡Qué monumento más feo! ¿A quién se le habría ocurrido colocar una paloma de bronce en la cabeza del banquero? Le hubiera gustado adornar esa cabeza con una braga de atrevido estampado floral, pero no era capaz de trepar hasta tan alto por el enorme y rugoso bloque de piedra. Tuvo que

conformarse con suspender una braga roja, y otra de color malva, de las dos manos abiertas de la figura de un campesino, al pie de la escultura, que parecía contemplar extasiado al prohombre de la banca, como diciendo, ¡qué maravilla que seas tan rico! Diseminó las bragas por todas partes, tenía un montón. Cuando acabó, contempló satisfecho su obra. El surtido de bragas, estratégicamente desperdigado, daba una nota de color y variedad a los jardines. El monumento a Pereda había mejorado mucho, las bragas de Natalia le conferían un aire moderno, muy punk, que merecería la aprobación de Sid Vicious. La gilipollas de su madrastra sufriría un ataque cuando se enterara de que su ropa interior estaba expuesta al público en los jardines señeros de su preciosa ciudad, porque se iba a enterar, sin duda, esa proeza suya daría que hablar...

Abandonó a toda prisa el lugar del delito.

Desayunó un bollo y un vaso de leche en una cafetería cercana al puerto, donde le informaron de que el buque hacía la ruta de Plymouth saldría en tres cuartos de hora. Podía conseguir un pasaje en las taquillas del muelle. La bruma se estaba levantando y una tenue luz dorada, que se abría paso entre las nubes, hacía presagiar un día despejado. En cuanto terminó de desayunar, se acercó al puerto con paso ligero, impaciente por subir al barco. No contaba con la guardia civil. ¿Qué hacían ahí? Una pareja de picoletos bigotudos, uno gordo y el otro flaco, uno alto y el otro bajo, tocados con sus tricornios, charlaban con un joven, vestido con un uniforme blanco, en la cabeza una gorra de plato, que debía de ser un oficial del buque. Los tres hombres se habían apostado junto a la pasarela que unía el barco con el muelle y que todavía estaba cerrada con una cadena. Le asaltó la certidumbre de que los picoletos lo esperaban a él. Su padre podía encogerse de hombros y olvidarlo para siempre, pero Natalia... Quería encerrarlo en un centro de menores, se lo había dicho el Chino y él la sabía muy capaz de hacerlo, su madrastra era una mujer obstinada, no se daba por vencida con facilidad. No le cabía duda de que habría denunciado su desaparición y sus múltiples delitos, robo de bragas incluido; toda la policía de Cantabria debía de estar persiguiéndolo. Sintió tal pavor, que se quedó paralizado. Uno de los guardias, el alto y robusto, movió la cabeza en su dirección. ¿Lo habría visto? Retrocedió espantado y echó a correr, a sabiendas de que eso era lo peor que podía hacer, estaba llamando la atención. Por suerte, era tan temprano que había poca gente en la calle y los escasos transeúntes circulaban como en trance, todavía adormilados. Cuando llegó a la estación de tren, sentía punzadas en el costado. Sin aliento, el hablar entrecortado, se acercó a la taquilla y pidió un billete para el primer tren que saliera de Santander. La taquillera lo miró con recelo.

—¿Pero tú dónde quieres ir? —le preguntó.

—¿Adónde va el próximo tren? —preguntó él.

—A Reinosa. Sale en siete minutos, a las siete y quince.

—Quiero ir a Reinosa —afirmó Fede, muy seguro.

—¿Ya lo saben tus padres? —inquirió la mujer, suspicaz.

—¡Claro que lo saben! Mi madre está allí, esperándome. Además, yo ya tengo dieciséis años, puedo ir donde me dé la gana —declaró con jactancia. La taquillera enarcó una ceja y lo miró con franca hostilidad; era evidente que no lo creía y que le molestaba que la tomara por tonta. Abrió la boca para decirle algo, pero una voz de hombre, desde detrás de Fede, la interpelló:

—¡Véndale el billete al chico de una vez, haga el favor, que voy a perder el tren!

La mujer torció el gesto y le preguntó a Fede con sequedad:

—¿Sólo de ida, o de ida y vuelta?

Se metió en un vagón que iba casi vacío, avizorando con nerviosismo por la ventanilla la posible presencia de algún guardia civil. Se sentía tan ansioso de dejar atrás Santander, que hasta que no llevaban unos minutos de viaje no se le ocurrió preguntarse dónde coño estaría Reinosa, en su vida había oído hablar de ese lugar. El traqueteo del tren lo adormeció. Lo despertó, zarandeándolo por el hombro, un revisor. Fede le mostró su billete y el hombre le informó de que Reinosa era la siguiente parada. El sol se había apoderado del cielo, no había rastro de nubes ni de niebla, esa novedad le hizo sentir un inexplicable contento. Debían de hallarse muy lejos de Santander, si hacía tan buen tiempo. Pero cuando se apeó del tren en Reinosa, el reloj de la estación marcaba sólo las nueve y cuarto de la mañana. Hacía calor. Se quitó la chaqueta, le sobraba. Se sentó en un poyo del andén, sacó un cigarro del paquete y se puso a fumar, mientras decidía qué hacer. Un soldado imberbe y larguirucho que estaba de pie, a su izquierda, apoyado contra la pared de la estación, el petate tirado a sus pies, se acercó a él con paso perezoso, arrastrando el petate, y le pidió un pitillo. Era el último que le quedaba, pero Fede se lo dio. El soldado se sentó junto a él. Visto de cerca, tenía la cara llena de granos.

—¿Para dónde vas? —le preguntó.

—A Londres —contestó Fede.

—Pues no vas nada bien, chaval, de aquí lo más lejos que puedes ir es a Palencia, y allí empalmar con el expreso que va a Madrid —le informó el soldado—. ¿Lo dices de cachondeo, no? ¡Londres está en el quinto coño!

—No, lo digo en serio —respondió Fede, arrugando el entrecejo y dando una profunda calada a su cigarrillo, para parecer más interesante—. Conozco peña ahí, tengo colegas en Londres, viviré en un squat, ¿sabes? Tocaré la batería en un grupo punk.

El soldado no sabía lo que era la música punk. ¡Cómo se podía ser tan ignorante! Era de Reinosa, ésa era la explicación. Regresaba al cuartel de un permiso especial. Se lo habían concedido porque su hermana se estaba muriendo. Tenía cáncer, un tumor cerebral del tamaño de un huevo.

—Lleva la cabeza tan lisa como tú —le explicó—, de los tratamientos de quimioterapia, son tan fuertes que se le ha caído el pelo, pero no le han servido para nada. ¡Me ha dado una lástima verla así, calva! Tenía una melena negra, toda rizada, preciosa... No se la había cortado nunca, le llegaba hasta el culo.

El recluta se quedó callado, mirando pensativo a las vías, el cigarro humeando entre sus dedos (lo tenía cogido entre el pulgar y el índice, al estilo masculino, como Fede). Lo vio alzar el rostro y parpadear, nervioso. Se dio cuenta de que el chico estaba a punto de llorar y eso lo hizo sentirse incómodo.

—Se va a morir y yo estaré en el puto cuartel, aguantando el Cetme —continuó diciendo el soldado—. Un día de estos vendrá el sargento y me dirá: «Eh, tú, Vencejo, que tu hermana la ha diñado. Prepara el petate, que te vas de entierro». Al despedirme de ella, la Angelines me ha dicho, «cuando vuelvas de permiso, que yo ya estaré buena, ¿me llevarás al pantano?». La vuelve loca el jodido pantano y no sé por qué, si nunca se mete en el agua, no sabe nadar... Ni falta que le hace, ¡para lo que le queda! La próxima vez que la vea, estará en una caja de madera. Bueno, colega —concluyó el soldado, poniéndose en pie—, me voy, que ya viene mi tren. Gracias por el piti. Cuídate.

Un viejo tren de cercanías, con sólo tres vagones, engulló al soldado triste. ¡Pobre tío! Le había gustado esa conversación, hacía tiempo que no hablaba así con nadie, de un modo tan amistoso. Ese soldado lo había tratado como a un adulto. Incluso le había hecho confidencias y no se había metido con él por fumar, como solían hacer las personas mayores cuando lo veían con un cigarrillo, aunque no lo conocieran de nada y sus pulmones les importaran un huevo. «¡No fumes, que no crecerás!». Le entraron unas ganas tremendas de volver a fumar, pero se había quedado sin tabaco. Al entrar en la estación, reparó en que no sabía cómo se llamaba el soldado, que no le había dicho su nombre, él tampoco el suyo. Lo más probable era que no se volvieran a encontrar. ¡Qué extraña era la vida! Le molestaba notarse tan sentimental, era impropio de él. Arrugó la frente para ofrecer un aspecto severo, y procuró conferir a su voz un tono grave y varonil al pedir al taquillero un billete de tren para Palencia. Se había esforzado sin necesidad; el hombre le tendió el billete con aire indiferente, la cabeza vuelta a la izquierda, sin dejar de hablar con una mujer mayor, de rostro hinchado y pelo rubio mal teñido, que trajinaba con unos papeles, sentada a una mesa, al fondo del cubículo.

Se iría de Reinosa sin saber dónde estaba ni si era un pueblo o una ciudad, le había dado vergüenza preguntárselo al quinto o, mejor dicho, no había querido poner en evidencia su propia ignorancia, después de la ventaja que había conseguido por su conocimiento de la música punk. En cualquier caso, ya sabía adónde ir: a Palencia, y de ahí, a Madrid. Y una vez en Madrid, cogería un taxi y se iría al aeropuerto de Barajas (del que en la tele hablaban constantemente), donde se embarcaría en un avión rumbo a Londres. Nunca había ido en avión, era por el único motivo que lamentaba, en cierto modo, haber frustrado su viaje al internado suizo. Se moría de ganas de volar. Hacía un año y medio estuvo a punto de subirse a un avión, para ir a Londres, precisamente, a un concierto de los Talking Heads, un grupo de música que le gustaba a sus padres (a él le parecían unos muermos). Estaba todo organizado desde hacía meses, iba a saltarse el cole dos días por el puto morro (sus padres

estaban de acuerdo), pero a la hora de la verdad, no fueron porque no tenían dinero, el Chino se lo había gastado. Su madre se agarró un gran cabreo. Pero no quería pensar en ella.

Se subió al vagón de cola del rápido que iba a Palencia y se sentó en la última fila de asientos, confiando en estar solo. Se tumbó de través, ocupando dos asientos, las rodillas levantadas sobre el brazo de separación, y cerró los ojos, deseando dormirse de inmediato, la noche pasada en el banco de los jardines de Pereda lo había dejado exhausto. Una vieja estúpida dio al traste con sus planes; decidió sentarse justo enfrente de él pese a que había varias filas de asientos libres. La mujer jadeaba en vez de respirar, sus bronquios sonaban como un fuelle roto. Despedía un intenso tufo a ajo, sudor, y a algo rancio, que Fede no supo identificar. Era voluminosa, incluso más que él, y le hizo sentirse atrapado en el estrecho espacio delimitado por las dos filas de asientos, encaradas la una frente a la otra. La mujer, que sin duda era de pueblo, el pelo graso y canoso recogido en un moño en lo alto de la cabeza, completamente vestida de negra, una cadena con una cruz de oro colgando del cuello, iba provista de un hatillo liado con un gran paño marrón a cuadros, así como de una cesta de mimbre y de una bolsa raída de la que enseguida sacó un ovillo y dos agujas de punto; sólo le faltaba una gallina. «Buenos días», saludó a Fede al acomodarse, después de haberse persignado, al tiempo que se encasquetaba las agujas bajo las axilas, dispuesta a la faena. Él le devolvió una mirada hosca, gruñó algo que podía ser un saludo, se dio vuelta, hundiendo la cara en el respaldo del asiento y cerró los ojos, inútilmente, porque no consiguió dormirse. Llevaban un rato de camino, cuando un penetrante aroma a naranja le hizo abrir los ojos. La vieja había guardado las agujas, para extender un gran pañuelo azul celeste sobre sus rodillas y se había puesto a pelar una naranja, que sin duda procedía de la cesta de mimbre, que ahora descansaba en el asiento contiguo, y que, destapada, resultó estar repleta de provisiones; esa mujer sabía viajar. Aunque a él no le gustaba la fruta, el efluvio de la naranja recién cortada le hizo recordar que tenía hambre. Cambió de posición, se sentó en el asiento, de cara a la mujer, las rodillas muy juntas, el tronco echado hacia delante, como un niño bueno, lanzando a la cesta miradas de refilón. La vieja captó de inmediato su deseo.

—¿Tienes hambre? —le preguntó con amabilidad.

Fede asintió con un gesto de cabeza. Como si le leyera el pensamiento, la mujer no le ofreció un gajo de naranja, sino que, dejando la fruta a medio pelar sobre el pañuelo, metió mano a la cesta y sacó una hogaza de pan y un buen trozo de chorizo. Con una esquina del pañuelo limpió el cuchillo que había empleado para pelar la naranja y luego cortó una generosa rebanada de pan y varias rodajas de chorizo, que ofreció a Fede, quien no se hizo de rogar.

—¿Y cómo es que vas rapado al cero? ¿Tenías piojos? —le preguntó la vieja, sonriente, buscando entablar conversación (¿para qué, si no, se le había sentado enfrente?).

—No —respondió Fede, con voz ahogada, pues tenía la boca llena de pan—.

Tengo cáncer.

La mujer lo miró con alarma. Se santiguó de prisa y exclamó, «¡Qué desgracia!», sin dejar de observarlo con ojos pasmados.

—Tengo un tumor cerebral del tamaño de un huevo —le informó Fede, muy contento—. Me he quedado calvo de la quimioterapia, pero no ha servido para nada.

La vieja meneó la cabeza, con expresión consternada. «¡Qué desgracia más grande!», repitió, «¡si no es más que un crío!», añadió a media voz, como si él no estuviera delante.

—¿Cómo es que viajas solo? ¿Y tus padres? —quiso saber.

—Murieron. Los dos, cuando yo era pequeño, en un accidente —contestó Fede sincopadamente, entre mordisco y mordisco (a punto estuvo de añadir «de avión», pero se contuvo, hubiera sonado demasiado exótico).

La mujer se sostuvo la cara con las dos manos, como si no diera crédito a tanta desventura.

—¿Y quién cuida de ti? —preguntó, preocupada.

—Mi abuela —improvisó Fede, que no había conocido a ninguna de sus dos abuelas—. Vive en Palencia, y ahora que me han dejado salir del hospital, voy a verla, porque tiene una depresión muy mala.

—¡Vaya, por Dios! —exclamó la anciana—. ¡Desde luego, hijo, te llevas la palma, cuántas calamidades! ¿Quieres un poco más de pan con chorizo? —le invitó, buscando paliar con comida tanto infortunio. Fede aceptó enseguida, aunque todavía tenía media tajada de pan en la mano, pues la conversación le impedía dar cuenta de ella. La mujer se afanó con el cuchillo y, después de cortar otra rebanada de pan (más fina que la primera), la emprendió con el chorizo.

—Me voy a morir pronto —le informó Fede, para que no fuera cicatera. Sus palabras tuvieron el efecto deseado: la mujer corrigió su primer impulso y cortó el chorizo desde más atrás, tendiendo a Fede un espléndido pedazo.

—¡No digas eso! —le recriminó la vieja—. No te vas a morir. Te curarás, la medicina moderna hace milagros. Cuando yo era chica, la gente se moría de una pulmonía, pero ahora, si se te para el corazón, te ponen otro y listos. Tú eres demasiado joven para morirte. Y no se te nota la enfermedad, se te ve... hermoso, no estás en los huesos, a Dios gracias. A mi nuera, cuando perdió el hijo que esperaba, la agarró una depresión, como a tu abuela, ¡y se quedó...! Seca como una mojama. No comía nada. Todo el tiempo decía que se quería morir. Ella, que era tan presumida, ni se peinaba. Tiene una peluquería, muy buena, aquí en Reinos, y no le daba la gana de ir a trabajar. No se levantaba de la cama. Llorando y durmiendo se pasaba los días, durmiendo y llorando, no hacía nada más, ni se ocupaba de su marido, ni de la casa, ni nada.

—¿Y... se murió? —preguntó Fede, con un hilo de voz.

—¡Qué se va a morir! Mala hierba nunca muere. Se volvió a quedar preñada y se le pasó la pena. Ahora lo que tiene es mala uva, es muy agria —se quejó la vieja; era

evidente que no sentía ningún cariño hacia su nuera—. Fíjate que a veces me dan ganas de que le vuelva la depresión. ¡Es tan resabiada! Ella todo lo sabe y no hay quien le tosa. Lo que dice mi nuera, va a misa. Mi hijo no pinta nada en su casa. Pero cuando estaba enferma, era más humilde, se dejaba hacer. Me acuerdo que le poníamos un disco con villancicos para alegrarla, en un aparato que le compró el niño. Cuando lo oía, le cambiaba la carita y hacía como que cantaba... Ahora ni canta ni baila, sólo manda, ¡hasta a mí, que soy su suegra y tengo sesenta y seis años! La aguanto por mi hijo y por mi nieta, que si no, ya le habría cantado las cuarenta. ¡Un poco de respeto me tendría que tener, digo yo!

Fede estuvo de acuerdo, decidió que la nuera de esa mujer debía de ser una bruja, como Natalia. Ahora era un ferviente partidario de la vieja. Incluso le complacía su particular hedor; significaba que era una guarra, que no se lavaba, como él, y eso les unía. Pensó que le hubiera gustado tener una abuela como ella, que lo cuidara, lo compadeciera y le diera de comer sin parar. Por un instante, hasta deseó llevársela con él a Inglaterra. Cuando terminó con el pan con chorizo, la mujer le puso en la mano un pedazo de tarta de nata y él se lo zampó encantado.

—¡Qué buen apetito tienes! Da gusto verte —ponderó la vieja, apreciativa—. Tú sigue comiendo así, con esas ganas, y ya verás como te pones bueno. Y a tu abuela, cuando te vea sano y lozano, se le pasará la depresión. La ha debido coger de la tristeza que le da que tengas cáncer, ¡claro! Lo que has de hacer es darle alegrías, para que se ponga contenta, y decirle que rece, que rece mucho, el Señor todo lo cura. Tú también has de rezar, por ti y por ella —le recomendó. A Fede no le gustó el giro que estaba tomando la conversación. Volvió a tenderse sobre los dos asientos, dispuesto a dormir. Cuando se despertó la mujer ya no estaba. Por un momento, tuvo la impresión de que la había soñado, pero su lengua guardaba el sabor del chorizo y múltiples migas de pan, esparcidas sobre el asiento donde se había sentado la mujer, y dos papeles de periódico, arrugados, con manchas de grasa, que habían cubierto sus viandas y que la vieja había tirado al suelo con despreocupación, le confirmaron su paso por el tren. Reflexionó que Natalia, en su lugar, no hubiera dejado rastro; era una obsesa de la limpieza, no permitía que nadie, en su presencia, arrojara un papel a la calle, ni variara un cenicero por la ventanilla del coche (como solía hacer el Chino, cuando su mujer no estaba con él). Cuanto más lo pensaba, más le gustaba la vieja: era superpunk. Recordó la conversación mantenida con ella y comprendió algo muy importante: su madre estaba deprimida porque lo echaba de menos. ¿Cómo no había caído en ello antes?

Pasó dos horas, que no se acababan nunca, en la estación de Palencia, aguardando al expreso que lo condujo a Madrid. Llegó a Chamartín a las siete de la tarde. Al bajar del vagón sintió que el suelo oscilaba, como sucede al abandonar un barco después de una travesía; su cuerpo se había acostumbrado al traqueteo del tren y lo añoraba. La estación de Chamartín era enorme, la más grande que había visto nunca. Andenes interminables, un vestíbulo tan amplio y alto que semejaba el interior de una

catedral, un alboroto infernal de gente que entraba, salía y bullía por todas partes, cargada de niños y maletas. Era un espectáculo mareante. Vio bastantes maderos y guardias civiles, pero no se inquietó, porque dudaba que lo estuvieran buscando tan lejos de Santander, él no era lo bastante importante, ni Natalia tan poderosa, como para que lo persiguiera toda la policía de España. No conocía Madrid y le hubiera gustado darse un garbeo por la capital, pero no salió de la estación, ni fue al aeropuerto de Barajas: había cambiado de plan.

Antes de ir a Londres, viajaría a Barcelona, a visitar a su madre. Se imaginaba lo contenta que se iba a poner cuando lo viera. Sentiría una alegría inmensa. Lo abrazaría con todas sus fuerzas y exclamaría: «¡Qué feliz soy! Ya se me ha pasado la depresión». Y él podría irse a Londres tranquilo, sin el temor del soldado de Reinosa, de no volver a verla salvo en una caja de madera. Pudiera ser que su madre decidiera acompañarlo a Inglaterra, para no seguir sola y deprimida. Se preguntaba hasta qué punto era punk irte a vivir a un squat con tu madre. No era habitual, le constaba, pero se habían dado casos, el más notorio, el de Sid Vicious, que iba con su madre a todas partes y cuyo talante punk nadie podía poner en duda; por otro lado, Carmen no era la típica vieja plasta, era una tía enrollada, a los punks de Londres les parecería muy guay, incluso demasiado. Ya estaba debatiendo interiormente cómo pedirle a su madre que no se exhibiera desnuda por el squat. Compró un billete para el tren Estrella, que salía de Chamartín a las diez de esa misma noche y llegaría a las siete de la mañana del día siguiente a la estación de Sants, en Barcelona. Primero pidió un coche-cama, pero cuando le informaron del precio, se conformó con un asiento ordinario en un compartimiento de tercera; con tanto viaje, su capital disminuía a marchas forzadas, era menos rico de lo que suponía. Además, en el futuro iba a tener que compartir ese dinero con Carmen. En vez de ir en avión, que era muy caro, viajarían a Londres en autocar, como solía hacer Marilis, quien todos los años, para primavera, se desplazaba a Londres, a vender en el mercadillo de Portobello los trapos indios que le traían sus amigos *hippies* de Delhi y de Goa. Se arrepintió de haber regalado a la ciudad de Santander su cargamento de bragas; podía habérselas pulido en Portobello y sacarse una pasta. Tal como estaban las cosas, no tendría más remedio que dar palos a los jubilados nada más llegar a Londres.

Llegó a la estación de Sants demasiado temprano. No podía ir a su casa a las siete de la mañana, su madre se enfadaría, ella nunca madrugaba y Fede no quería que el menor contratiempo enturbiara la felicidad absoluta que iban a sentir los dos al encontrarse después de tanto tiempo. Estaba molido; llevaba dos noches durmiendo mal, una en un banco de un parque, la otra, en un asiento de un vagón de tren y el día anterior no había hecho más que viajar. Pensó que en cuanto llegara a su casa, en la calle Río de Oro, se pegaría un gran baño y luego se metería en la cama. Se sentía sucio, algo en él inusual: la higiene no era una de sus prioridades y estaba mal considerada en el ambiente punk. Sin embargo, se metió en el servicio de la estación y se lavó la cara y las manos; de haber tenido cepillo, incluso se habría lavado los

dientes, tantas ganas tenía de agradar a Carmen. Pese al cansancio, se sentía nervioso y excitado, como cuando era pequeño al despertarse por la mañana el día de los Reyes Magos. Iba a ver a su madre. Era lo que más deseaba en el mundo, mucho más que ir a Londres, ésa era la verdad, aunque hasta ahora no hubiera querido admitirlo. Tras limpiarse un poco (seguía oliendo a tren, la peste del vagón había impregnado la camiseta de los Sex Pistols), desayunó en una cafetería de la estación. Se tomó un vaso de leche, un cruasán, una palmera y una ensaimada (no pudo con ella; la dejó a medias). Sabía, por experiencia, que no debía contar con que estuviera llena la nevera de la casa de Río de Oro, la comida le importaba poco a Carmen, quien a menudo parecía vivir exclusivamente de humo y de aire.

Hizo a pie el camino hasta Sarrià, casi todo cuesta arriba; tardó más de una hora en llegar a Río de Oro. Debían de ser las nueve y media de la mañana cuando se plantó ante la portería de su casa. Estaba sudando, pero no del calor (aunque al bajar del tren, en la estación de Sants, había sentido como una bofetada la asfixiante calina del agosto en Barcelona), o no sólo del calor, porque la alta temperatura no podía justificar los salvajes latidos de su corazón, ni el hormigueo en el estómago. Cuando apretó el botón del piso tercero segunda en el panel del interfono del edificio, notó que le temblaba el dedo. La primera vez pulsó con timidez, pero como nadie contestó, en la segunda ocasión mantuvo el dedo apretando el botón durante unos segundos que se le eternizaron. ¿Y si su madre no estaba? ¿Y si ya no vivía allí? La mera sospecha lo dejó anonadado. Volvió a insistir una y otra vez y, cuando ya estaba punto de dejarlo correr, alguien descolgó el auricular del interfono en su casa y una voz ronca y malhumorada (la voz de su madre recién despertada) preguntó:

—¿Sí?

Por alguna perversa razón, se quedó mudo.

—¿Quién es? —preguntó de nuevo su madre, irritada.

—Soy yo —respondió Fede, con una voz débil que a sus propios oídos sonó estúpidamente infantil—. Soy yo, mamá —se le escapó, pero enseguida se corrigió y habló con aplomo—. Soy Fede, Carmen.

Se hizo un prolongado silencio al otro lado del interfono. ¿No le habría oído? Ese jodido aparato distorsionaba la voz, que llegaba envuelta en un molesto zumbido.

—¿Carmen? —quiso cerciorarse de que ella seguía escuchándolo—. ¿Me abres?

Pero su madre no pulsó el botón de apertura de la puerta de entrada, ni dijo nada. Sin embargo, aún estaba ahí, pendiente del auricular, Fede podía oír su respiración agitada. ¿Por qué no le abría?

—¡Ábreme! —reclamó—. ¡Por favor, que me estoy meando! —argumentó, a la desesperada, pero su madre, en lugar de obedecerle, se echó a llorar.

Eso le desconcertó. Nunca había visto, ni oído, llorar a su madre, era una mujer que solía contener sus emociones; como mucho, podía morderse el labio inferior o fruncir el ceño cuando se enfadaba o, si algo la entristecía, se le nublaban los ojos, pero... ¡llorar así, con esos gemidos y esos sollozos salvajes, desgarradores! El

interfono parecía duplicar la furia torrencial de ese llanto, le dio la impresión de que todo el vecindario se estaba enterando de que su madre, Carmen, lloraba con desconsuelo.

—No llores, por favor, ¡no llores! Ábreme, Carmen, ¡ábreme! —le imploró, él también, a su pesar, llorando. De pronto, cesaron los gemidos y el interfono enmudeció: su madre había colgado. Volvió a llamar varias veces, pero fue en vano.

Su madre no quería verle. La emprendió a patadas con el grueso cilindro metálico de un buzón, abollado y lleno de pintadas, que se erguía como un monstruoso champiñón gris a la derecha del vado que había enfrente de su casa. Se lastimaba los pies a cada patada, pese a la suela de goma reforzada de sus zapatillas deportivas, pero eso aún lo acicateaba más. Sintió de forma vaga que una muchedumbre de curiosos se agrupaba a su alrededor, oyó crecer un murmullo a sus espaldas, estaba dando un escándalo... ¡Que se jodieran! Nada ni nadie lo habría detenido, si un portero de alguna casa vecina, enfundado en una larga bata azul de faena, no le hubiera trabado los brazos por detrás, levantándolo en vilo e inmovilizándolo, dando muestras de una fuerza extraordinaria (Fede pesaba más de setenta kilos).

—¡Suélteme! —exigió Fede, pataleando en el aire, doblemente furioso porque estaba llorando delante de la gente y eso lo humillaba—. ¡Que me suelte, coño! —y de un golpe brusco del codo derecho consiguió desasirse. Dio la espalda al portero, que lo miraba con incredulidad, una mano en el costado que había recibido el impacto de su codo, así como al corro de cotillas que intercambiaban comentarios, agrupados a una prudente distancia. «¡Qué loco! ¡Menudos golpes!»; «Puede ser peligroso; habría que avisar a la guardia urbana»; les dio la espalda a todos y, sorbiéndose las lágrimas con rabia, echó a correr, cojeando, pues con la tanda de patadas se había machacado varios dedos de un pie. Estaba tan exaltado que no veía nada. Una chica de servicio, con un uniforme a rayas y una cofia blanca en la cabeza, que empujaba un cochecito de niño y le salió al encuentro en el cruce con la calle Santa Amelia, tuvo que bajar rápidamente el vehículo de la acera para evitar que Fede lo arrollara y, un poco más adelante, en la calle Capitán Arenas, al pasar como una tromba por su lado, empujó con el hombro a una anciana que llevaba un capazo en la mano derecha y casi la tiró al suelo. La mujer se enfadó y lo tildó de gamberro, pero él no se detuvo a escucharla, sino que siguió corriendo en dirección a la Diagonal, aunque con menos ímpetu, se cansaba. Al llegar a la altura del Paseo de Manuel Girona, hizo un alto y miró hacia atrás: nadie lo seguía, ¿por qué iban a hacerlo? Se sentó en el umbral de un edificio a recuperar el resuello. Estaba indignado, ¿cómo podía haberle hecho eso su madre? ¡No le había abierto la puerta de su casa! Pensó con amargura que la madre de Sid Vicious jamás le habría hecho eso a su hijo. Pero por detrás de la furia latía una preocupación: su madre estaba llorando y él no podía consolarla.

Un espectáculo callejero lo distrajo de su tormento; dos gitanas, una mayor, cuarentona, con una desordenada melena rubia y una desfachatez inaudita, y otra más joven (quizá de la edad de Fede), morena y muy guapa, se dedicaban a acosar a un

hombre trajeado, con aspecto de ejecutivo, una cartera de piel en una mano y *La Vanguardia* debajo del brazo. Habían conseguido arrinconarlo contra la pared de cristal de un quiosco de prensa, con la pretensión de venderle unas rosas.

—¡Que me dejéis en paz, que no quiero nada! —protestaba el hombre, intentando apartarlas.

—¡Guapo, bonito, cómprame unas rosas! ¡Mira qué preciosas! No hay otras iguales en Barcelona. Te doy seis, media docena, sólo por veinte duros, para que se las regales a tu novia o a tu señora esposa y, si no quieres flores, a lo menos cómprame un mechero —insistía la gitana rubia en tono plañidero, con el sonsonete cansino de una letanía, al tiempo que estrechaba aún más el cerco en el que ella y su compañera lo tenían aprisionado.

—¡Qué pesada eres! ¡Déjame, te digo! —gritaba el ejecutivo acorralado, haciendo inútiles aspavientos con las manos y, mientras la gitana rubia distraía su atención, dándole la tabarra y paseando las rosas por sus narices, la morena, con gran pericia y sin que el hombre se percatara, deslizó una mano en el bolsillo derecho de la americana gris del individuo y sacó una cartera, que rápidamente escondió en su escote, fue visto y no visto. Fede observó la jugada con admiración, ¡qué manos! La gitana joven tocó el brazo de la rubia, que seguía con su cantinela, sin duda para indicarle que el trabajo estaba hecho y podían marcharse. De pronto, volvió la cabeza hacia Fede y lo sorprendió mirándola. La chica le guiñó un ojo con una sonrisa en la que relucía un diente de oro y volvió a tomar del brazo a su compinche, al tiempo que le decía: «Venga, paquí, deja ya al caballero, que no quiere na», y la arrastró calle abajo. Las dos mujeres descendían por la acera cogidas del brazo, cantando y jugando entre ellas, como si no tuvieran una inquietud en la vida. Su víctima quedó con el semblante lívido y el traje arrugado. De pie en la acera, junto al quiosco, las observó alejarse con expresión rencorosa, mascullando algo entre dientes y tentándose la ropa. No tardó en reparar en la desaparición de su cartera. Lanzó un juramento y echó a correr en su persecución, pero las gitanas ya habían doblado la esquina.

Esa escena puso a Fede de buen humor. Le halagó que la gitana morena hubiera buscado su complicidad con un guiño, no estaba acostumbrado a recibir atenciones de las chicas guapas; era evidente que empezaba a parecer un hombre. Se puso en pie, animoso y recuperado, con un nuevo propósito: la escaramuza de las gitanas le había sugerido algo.

Bajó caminando con paso tranquilo (ya no cojeaba) hasta el Corte Inglés de la Diagonal. Entró en el inmenso edificio gris y se dirigió por las escaleras mecánicas a la planta de señoras. Al llegar, le abrumó la abundancia y variedad de la oferta, ¿cómo orientarse entre tanta ropa? Deambuló al azar entre los pasillos de expositores, examinando faldas, blusas, vestidos, camisetas... De cuando en cuando, entresacaba una percha de una barra atestada de ropa y escrutaba con ojos indecisos la prenda que colgaba de ella. No tenía idea de cómo iban las tallas de señora. Esa falda verde y gris, ¿le cabría? Tenía que decidirlo a ojo, no estaba dispuesto a probársela, le habría

dado demasiada vergüenza. Una dependienta, alta, escuálida y levemente chepuda, con tanto maquillaje encima que su rostro parecía una máscara, las finas cejas depiladas en un inquietante signo de interrogación, se dirigió a él.

—¿Buscas algo? —le preguntó. Su expresión era más suspicaz que solícita, sin duda recelaba de Fede. ¿Qué hacía ese niño gordo y calvo, ataviado con una camiseta astrosa, revolviendo el género en la planta de señoras? Le ofendió la sospecha: él no era un ladrón, o no en ese momento, estaba más que dispuesto a pagar por su compra. Dedicó a la dependienta una sonrisa inocente. Le explicó que quería regalarle algo de ropa a su hermana para su cumpleaños. La dependienta lo miró escéptica.

—¿Cuánto te quieres gastar? —le preguntó.

No lo había pensado.

—No sé —respondió—, dos o tres mil pesetas...

—Por ese precio sólo te puedes llevar una camiseta —le informó, desabrida, la mujer. Entonces él se mostró dispuesto a gastar más, lo que hiciera falta y, en prueba de su buena intención, sacó de su bolsillo un puñado de billetes y se los enseñó, para que comprendiera que no se hallaba ante un ratero. Ese gesto podía haber ofendido a la dependienta, pero surtió el efecto contrario, la dulcificó. La mueca tensa de su rostro se relajó en una sonrisa.

—Vale, hombre, ya te creo —le dijo—, pero guarda eso, que lo puedes perder. Acompáñame a la sección de saldos. Tenemos muy buenas ofertas de final de temporada, podemos encontrar algo que esté bien y no sea caro —ese plural era alentador, la dependienta se implicaba en su proyecto, le iba a ayudar. Le preguntó por la edad de su hermana y él le dijo que tenía dieciséis años.

Las preguntas siguientes fueron más peliagudas.

—¿Qué talla gasta? ¿Cuál es su estilo de ropa?

Él tenía en la cabeza a la gitana morena que le había guiñado el ojo.

—Le gustan las faldas largas —le explicó— y las blusas sin mangas.

La dependienta mostró su extrañeza. Lo que se llevaba era la minifalda.

—¿Estás seguro de que no preferiría una faldita corta? —insistió—. Es más a la moda y una niña de dieciséis años con una minifalda estará monísima.

—Es que... no le quedan bien las minifaldas a mi hermana —improvisó Fede—. Está gorda, como yo, y nunca enseña las piernas porque así tiene morcillonas.

La dependienta ni se inmutó; era una profesional. A esa hora de la mañana, la planta tercera del Corte Inglés de la Diagonal estaba casi desierta. Aparte de Fede, no había más que cuatro o cinco posibles clientas; era muy superior el número de vendedoras ociosas que hablaban entre ellas o se miraban las uñas, a falta de otra tarea. Teresa (así se llamaba su dependienta, lo llevaba escrito en una chapa que llevaba prendida a su camisa de uniforme, de color verde pálido o verde moco), parecía más que dispuesta a prestar a Fede todo su tiempo y su atención. Lo guió al otro extremo de la sala, «donde tenemos las rebajas» y, una vez allí, se puso a rebuscar con energía en los estantes y en los expositores. Amontonó sobre un

mostrador las prendas que le parecían adecuadas. Tras honda reflexión, Fede escogió una falda larga, entallada en la cintura y acampanada en los bajos, de fondo negro, con estampado de amapolas de un furioso carmesí, y un corpiño amarillo, con un generoso escote en forma de uve, pese a las protestas de Teresa, quien le aseguró que esas dos prendas «no pegaban en absoluto». Estaban muy rebajadas, le costaron menos de cinco mil pesetas. La dependienta se las envolvió para regalo con pulcritud y esmero, adhiriendo al papel una etiqueta dorada que decía «Feliz cumpleaños» y, al cobrarle, le recordó que si las tallas no le iban bien a su hermana o, por lo que fuera, ésta deseaba cambiar alguna de las prendas (lo dijo con énfasis que parecía implicar: seguro que las cambia), podía hacerlo mostrando en caja el resguardo de compra y siempre que no les hubiera quitado las etiquetas.

Eso fue lo primero que hizo Fede al introducirse en un váter del servicio de caballeros de la planta baja, arrancar a dentelladas las etiquetas de sus compras. También le quitó la etiqueta, con el detector antirrobo, a un pañuelo de seda estampado de Hermés que había conseguido escamotear, pese a la celosa vigilancia de Teresa. Se desnudó en el estrecho cubículo, dejándose sólo los calzoncillos y las bambas, y se vistió con la ropa de mujer que acababa de adquirir. Llevaba razón la dependienta, la falda le venía ancha, la talla 46 era excesiva incluso para él. Dobló la cinturilla para que no se le cayera y se percató de que pisaba el extremo de la falda con las zapatillas deportivas, le quedaba un poco larga. El corpiño, en cambio, le venía apretado, la culpa la tenía su prominente barriga, a la altura del abdomen los botones dorados amenazaban con estallar. No supo de qué forma colocarse el pañuelo en la cabeza. Su intención era llevarlo al modo de las señoras, como una especie de capota con las puntas anudadas por debajo de la barbilla, pero no acertaba a hacerlo y optó por ponérselo al estilo pirata, con las puntas cogidas por la nuca. Vació los bolsillos de sus pantalones y guardó su dinero y su pasaporte dentro de los calzoncillos. Cuando metió su ropa usada en la bolsa del Corte Inglés, se percató de que había perdido la chaqueta robada. Al salir del retrete, se encontró con un hombre que estaba meando de pie, sobre el mingitorio y que, al verlo, se sobresaltó de tal modo que empezó a mojar el suelo. Fede se escabulló del baño a toda prisa y corrió a mirarse a un espejo largo, de cuerpo entero, que había en un entrepaño de la planta, entre dos stands de perfumería. Se observó con espíritu crítico. Desde luego, tenía una pinta rarísima, no era extraño el asombro del hombre del váter. De cintura para abajo, parecía una mujer gorda, de cintura para arriba... faltaba algo. La blusa, de un escandaloso amarillo canario, se le escurría sin gracia sobre los hombros. ¡Las tetas! Eso era lo que se echaba de menos. Contempló con desolación su pecho plano; una mujer sin tetas despierta sospechas. Por otro lado, el pañuelo en la cabeza no le quedaba tan mal como temía, se veía más favorecido que con el cráneo pelado al descubierto.

De esa guisa bajó por el ascensor al semisótano de los grandes almacenes y en el departamento de floristería compró un gran ramo de flores; le costaron más las flores

que la falda. Salió a la calle por la puerta que daba a la parte de atrás de la Diagonal, las dos manos ocupadas con el enorme ramo, la bolsa con su ropa colgando de un antebrazo. Con el ímpetu de sus zancadas, a punto estuvo de desgarrarse la falda. Le costó adaptarse al ritmo lento de pasitos cortos que le imponía el tubo de tela que le ceñía las piernas. Ahora comprendía por qué las mujeres caminaban así, contoneándose y moviendo el culo, como si lo tuvieran en venta. Se sintió incapaz de recorrer a pie todo el camino de regreso hasta la calle Río de Oro. Con su nuevo paso insinuante se dirigió a la parada y cogió un taxi; era la primera vez en su vida que tomaba uno sin ir acompañado de un adulto.

—¿Adónde vamos, señora? —le preguntó el taxista cuando Fede cerró la portezuela, pero rectificó al punto—. ¡Perdón! ¿Señorita, no? —y le lanzó una mirada inquisitiva desde el espejo delantero. Fede se apresuró a taparse la cara con las flores y masculló la dirección.

Nada más bajarse del taxi ante la puerta de su casa, apareció la señora Minguell, la mujer del dentista jubilado, que vivía en el segundo primera, la cual volvía de la compra arrastrando con dificultad un carrito de lona verde, lleno a rebosar. Miró de arriba abajo a Fede y a su ramo y, sin decir palabra, abrió el portal con su llave. Fede se escurrió detrás de ella. La señora Minguell no lo había reconocido, era buena señal. Subieron juntos en el ascensor. A Fede le dio la impresión de que su vecina contemplaba con envidia las gloriosas flores que no eran para ella.

Respiró hondo tres veces antes de llamar al timbre. Al igual que hizo en el taxi, disimuló la cara con las flores. Oyó unos pasos leves que se acercaban por el corredor del piso en dirección a la puerta, luego una tos repetida, un carraspeo seco y, a continuación, el chirrido casi inaudible del ojo de la mirilla al ser descubierto. Él sabía que su madre iba a observar por la mirilla antes de abrir, lo hacía siempre desde el día que irrumpió en su casa el camello yonqui. Lo que verían sus ojos no sería la figura conocida de su hijo Fede, sino un inmenso ramo en manos de una mujer gorda. Una vez verificada la inspección, su madre, todavía recelosa, inquirió a gritos desde el otro lado de la puerta:

—¿Quién es?

Fede impostó la voz y le salió muy chillona, como cuando imitaba el habla de Anzulia para burlarse de ella.

—¡Traigo un ramo para la zeñora Cuezta! —contestó, adoptando un acento andaluz, como el de la gitana de esa mañana.

Al fin, su madre abrió la puerta. Fede no pudo distinguir su rostro por culpa del ramo, que se lo ocultaba.

—¿Flores para mí? ¡Qué raro! —dijo su madre y había ilusión en su voz—. Pase —añadió— pase, por favor —y se hizo a un lado para facilitarle la entrada. Fede entró en su casa un año y medio después de haber salido de ella.

Su madre no tenía ojos más que para las flores. Tomó en sus brazos el ramo que le tendió Fede y hundió la nariz en su seno, aspirando su aroma.

—¿No trae tarjeta? —preguntó, sin levantar la cabeza.

¡No había pensado en ello!

—Ze laz manda doña Natalia del Valle, de Zantandé, Cantabria —le informó Fede. Al oírlo, su madre alzó la barbilla, asombrada, y por fin reparó en él. Abrió la boca de par en par, no daba crédito.

—¡Pero... pero...! —empezó a decir—. ¡Fede! ¿Cómo se te ha ocurrido...? ¡Estás como una cabra! Pareces... ¡pareces una mujer embarazada! —afirmó y se echó a reír con ganas. Él también, él se rió feliz, con ella. De pronto, las carcajadas musicales de su madre se trocaron en tos; rompió a toser con una tos seca, la misma que Fede había oído desde detrás de la puerta. No podía parar, los espasmos se sucedían con violencia. Devolvió a Fede el ramo precipitadamente y se llevó una mano a la boca y la otra al pecho, como si le doliera. Seguía tosiendo, encorvada, vencida por las sacudidas de ese acceso que parecía que iba a ahogarla. Por fin pasó. Más calmada, si bien con el rostro aún crispado y la respiración anhelante, lo miró de nuevo. Fede percibió angustia y miedo en su mirada. Sólo entonces se percató de lo mucho que había envejecido su madre durante ese tiempo que habían vivido separados. Siempre había sido delgada, pero ahora... Tenía los pómulos chupados y los ojos, sus grandes ojos marrones, estaban hundidos en dos simas oscuras, desde donde sus pupilas refulgían con un brillo febril. Su boca se cerraba en un rictus amargo que él nunca le había visto y una arruga profunda marcaba cada comisura. Iba despeinada, con el pelo sucio y sin brillo. Se le habían enflaquecido tanto los brazos que recordaban las patas de un pollo. Vestía una descolorida camiseta rosa, que le venía grande, y unas mallas negras que habían sido ajustadas, pero ahora le marcaban bolsas en los muslos y en las caderas. Él sabía que estaba enferma con una depresión, pero no imaginó que la encontraría tan desmejorada. Su aspecto le impresionó de tal modo que no se atrevió a mirarle a los ojos; resbaló la vista hacia las baldosas del suelo del pasillo, el ramo estorbándole las manos. En esa postura le oyó decir a su madre que esa mañana, después de que Fede llamara por el interfono, había bajado a la calle para encontrarse con él, pero ya no estaba. No la creyó, aunque le agradeció que se sintiera obligada a contarle esa mentira. También le dijo que su abuelo y su padre lo buscaban, «han avisado a la policía. Están muy preocupados».

—¿Por qué te has escapado, Fede? —le preguntó su madre con esa mirada triste y vacía que le revolvía las tripas—. No te puedes quedar conmigo, has de volver a Santander, con tu padre. No tenías que haber venido.

Los brazos cruzados sobre el pecho, su madre movía la cabeza a uno y otro lado con aire abatido. Fede sintió deseos de golpearla. En vez de eso, dejó el ramo de flores sobre la rinconera del pasillo, se acercó a ella en silencio y, sin necesidad de levantar la cara (había crecido en ese año y medio, ya era casi tan alto como ella), le dio un beso en la mejilla.

—Hola, mamá —la saludó; luego se quitó el pañuelo de la cabeza, porque le molestaba.

Arreglé las cosas de manera que quedé con Solange a las seis de la tarde del sábado en el bar del hotel Omm (ella eligió el sitio, a mí nunca se me hubiera ocurrido) y, a las diez de la noche del mismo día, en el restaurante Amaya de las Ramblas, con el juez, para cenar. De un plumazo iba a resolver dos asuntos importantes en mi vida: mi soledad y mi precariedad económica, o en eso confiaba. Y, por una extraña paradoja, cuando me desperté el sábado por la mañana, en lugar de sentirme nerviosa y excitada, me noté abúlica. No tenía ganas de hacer nada, de haber seguido mis impulsos hubiera llamado a la viuda de Maristany y a Juan para cancelar mis compromisos con ellos, alegando un fuerte dolor de cabeza o algo similar. Llevaba una semana esperanzada con la perspectiva de que, a partir del sábado, mi vida iba a mejorar, pero ahora que ese día había llegado, creo que lo que temía era que, a fin de cuentas, esas expectativas se diluyeran, quedaran en nada, y al día siguiente, domingo, tuviera que combatir el desánimo y procurar inventarme una nueva ilusión, como en tantas otras ocasiones. Se nos desmorona el castillo de naipes que llevamos horas armando con paciencia y, pasado el primer disgusto, después de soltar tres o cuatro juramentos y propinar un golpe furioso a la mesa, que no tiene culpa de nada, nos agachamos a recoger las cartas del suelo y las depositamos, una a una, sobre el tablero, dispuestos a volver a levantar la precaria estructura de cartón, hasta que el primer golpe de aire la tire al suelo, así veía yo la vida, la mía al menos.

De modo que acudí recelosa a mi cita con Solange en ese hotel de lujo y diseño, como se jacta su publicidad. Llegué diez minutos tarde, a propósito, pero Solange me ganó la mano; ella aún no había llegado. Quien sí estaba era Turpin, el marchante de arte. Cuando entré en el *lobby*, no lo vi; yo buscaba a Solange y, al no encontrarla, me dirigí a la barra del bar, dispuesta a esperarla, pero él se irguió en toda su estatura de gigante desde una mesa situada en un rincón y me llamó. Me reuní con Turpin sorprendida, no contaba con él. Me recibió con la cortesía untuosa y anticuada que estilaba, vestido con un traje distinto del que llevaba el día que lo conocí, en el MACBA, pero igualmente exquisito. Disculpó a Solange por su retraso y me preguntó qué quería tomar. Le dije que un té y él inquirió, «¿qué clase de té?». «No sé, cualquiera, todos me gustan», contesté, irritada conmigo misma por mi falta de cosmopolitismo; en Valladolid, cuando pides un té te sirven el que tienen, no hay nada que decidir. Turpin me recomendó un té negro de Ceylán, «es delicioso, para mí el mejor». (Cuando lo probé, advertí que no todos los té me gustan; el negro de Ceylán me repugna). Él bebía un *whisky* largo con hielo. Nos pusimos a charlar, matando el tiempo, y descubrí que bajo su apariiencia de dandi relamido, Turpin era un hombre agradable. Hablamos de pintura, nuestra mutua pasión. Turpin dejó caer, como al descuido, tres nombres de artistas españoles y uno portugués, patrocinados suyos, que me impresionaron: pertenecían a *la crème de la crème* de la última ola de pintura europea. Me preguntó por mi obra, ¿qué estaba haciendo? ¿Dónde había

expuesto? Comprendí que aquello que llevaba años soñando que sucediera, sin creer de verdad que pudiera llegar a pasar, estaba ocurriendo: un marchante de prestigio mostraba interés por mi trabajo. Si yo no metía la pata, Turpin podría acceder a representarme y ese futuro de gloria y dinero que me parecía imposible, se haría realidad. Elegí con mucho cuidado mis palabras. Le hablé de mi preferencia por la pintura figurativa («lo otro no es pintura», afirmé tajante) y le expliqué que mis cuadros requerían muchas horas de esfuerzo y por ello mi obra era escasa. Le informé de que hacía un par de años había expuesto en Valladolid y lo vendí todo (no le dije que el comprador fue mi padre, no me pareció un detalle relevante). A continuación, me embarqué en una disquisición sobre la técnica y el oficio, valores inexplicablemente descuidados por ciertos artistas contemporáneos, que yo cultivaba a ultranza; le mencioné mi afición a copiar cuadros de Velázquez («copiando a Velázquez he aprendido mucho», manifesté con cierta falta de rigor, dando por concluida una tarea que proyectaba, pero que no había emprendido todavía). Me halagaba tanto la atención de ese hombre elegante, que casi me fastidió la aparición intempestiva de Solange.

Llegó acalorada, excusando su tardanza en un tono tan enojado, que me hizo sentir culpable de haber sido demasiado puntual. Solange era un manojo de nervios, una de esas personas que dan la impresión de estar siempre muy atareadas y escasas de tiempo; cada dos por tres miran el reloj, constantemente reciben mensajes o llamadas por el móvil, que no pueden desatender porque son muy urgentes, y se sientan muy erguidas en el borde de la silla, listas para salir disparadas a la primera oportunidad. La atención que te dedican (y que aprecias como un favor inmerecido) es distraída e impaciente, pues tienen que pensar en muchas otras cosas a la vez; consiguen irradiar tanta ansiedad, que una conversación con ellas es siempre tensa. Así que al poco de sentarse Solange con nosotros, estábamos los tres muy nerviosos. No mejoró el ambiente que, al hacer amago Solange de encender un cigarrillo, se acercara a nuestra mesa un camarero para indicarnos, con mucha educación, que estaba prohibido fumar en el bar.

—¡Lo que faltaba! —explotó Solange—. Ya no se puede fumar en ninguna parte, no sé cómo vamos a acabar —y, guardando en el bolso el paquete de tabaco, añadió—: Mientras me esperabais supongo que habréis hablado del asunto, ¿no?

Supuso mal, Turpin se lo hizo saber. Eso hizo soltar a Solange un bufido de impaciencia, como diciendo: «¡Siempre me tengo que ocupar yo de todo!». Seguidamente, en un tono de irritación contenida que fue suavizando progresivamente, me explicó que la colaboración de su difunto marido con Héctor, el último asistente del maestro y mi sucesor, había dejado mucho que desear. Héctor no daba la talla. Era premioso y chapucero, no terminaba bien los cuadros, su trabajo no alcanzaba ni de lejos las altas cotas de calidad artística que cabía esperar de una obra de Maristany. Eso había sido causa de desazón para el pintor, me informó su viuda, el ínfimo nivel de sus postreros lienzos amargó los últimos meses de vida del gran

hombre. «No puedo decir que Héctor lo matara, pero...», insinuó. ¡Menuda jeta! Era ella quien había impuesto a ese tal Héctor un ritmo de producción salvaje, incompatible con la excelencia artística, porque lo único que le importaba a Solange era el dinero. ¡Y ahora le echaba la culpa a Héctor! Era, sin duda, una mujer peligrosa. Tras poner verde a Héctor, se dedicó a lanzarme elogios sin ningún pudor. ¡Yo sí que trabajaba bien! ¡Yo sí que era una profesional! La obra que Maristany realizó conmigo era la que más se cotizaba de su última época. Críticos y expertos coincidían en señalar que esos diez años suponían «el renacer del ave fénix en la pintura de Maristany», pues los cuadros de ese período tenían la misma fuerza e idéntico rigor formal que los de la década de los setenta, la que lo consagró como gran maestro. «¡Qué lástima que nos dejaras! Paco lo pasó muy mal cuando te fuiste, se deprimió, se le fueron las ganas de pintar», me dijo esa mujer, con todos sus cojones, como si yo me hubiera ido por mi voluntad del taller de Maristany y no porque ella se hubiera desembarazado de mí de malos modos, al considerarme lenta y poco productiva. Lo grave era que lo expresaba con tal candor, que me hizo dudar a mí misma de lo sucedido y casi consiguió que le pidiera disculpas por haber abandonado a su marido de forma ignominiosa. Me sentí desconcertada. ¿Para eso había propiciado esa entrevista conmigo? ¿Para reprocharme la pésima factura de los lienzos pintados por mi sucesor? No, por supuesto que no; Solange valoraba demasiado su tiempo; si me lo prestaba, era porque pensaba sacarle un provecho.

Guardó silencio durante unos segundos con aire recogido, se alisó la falda de marca sobre las rodillas, que tenía juntas e inclinadas hacia la izquierda, en una postura muy femenina, y me informó de que, al fallecer, su marido había dejado unos cuantos bocetos para futuras obras que su muerte malogró. Me aseguró que era voluntad expresa de Maristany retomar la colaboración conmigo y confiarme el desarrollo en lienzo de esos bocetos. «Estábamos a punto de llamarte», me dijo, mirándome con ojos brillantes, «cuando Paco enfermó. Y luego fue todo tan rápido...». Dejó la frase sin concluir, bajó los ojos con recato y lanzó un hondo suspiro. ¿Pretendía que yo creyera que era de pena? Sospecho que lo que yo pensara le daba lo mismo. Yo empezaba a intuir el propósito de nuestra entrevista y lo que me dijo a continuación lo corroboró. Solange quería cumplir el último deseo de su marido. Lo que más le importaba a Paco en su vida era su obra y ella sabía que a él le hubiera gustado ver esos bocetos transformados en cuadros.

—Creo que se lo debo —me dijo con vehemencia—; debo a su memoria la ejecución de esos esbozos. Y puesto que él hubiera querido que los pintaras tú, quiero encargártelos a ti, no a Héctor. ¿Qué te parece el proyecto?

Así, a bote pronto, no supe qué decirle.

—No sé —respondí—, tengo que pensarlo. Primero que todo, me gustaría ver los bocetos, y... Yo pintaba los cuadros, pero él los firmaba —añadí abruptamente, para poner sobre la mesa la cuestión más delicada: pintar un cuadro póstumo de Maristany era falsificarlo.

—Por eso no te preocupes —se apresuró a decir Solange, quitándole importancia al asunto con un gesto desdeñoso de la mano—, es algo de lo que nos ocuparemos Turpin y yo. Como viuda suya, soy la única persona legitimada para certificar la obra de Paco. Tú sólo has de hacer tu trabajo, como siempre, como cuando él vivía, ni más ni menos.

Por fin mencionaba a Turpin. Hasta entonces, éste había asistido en silencio a la conversación, como un convidado de piedra, y yo no dejaba de preguntarme a qué obedecía su presencia. Solange me lo explicó enseguida. Ahora era Turpin quien se ocupaba de la comercialización de la obra de Maristany. «He roto con Robert», me comunicó Solange, «entre tú y yo: es un ladrón. ¡Si supieras lo que ha llegado a hacer...! No te lo cuento, porque soy discreta, pero es de cárcel», afirmó, contundente.

Robert Feixó-Llopart era el galerista y marchante de Maristany de toda la vida, así como íntimo amigo del maestro. Tenía muy buena relación con María Antonia, la primera mujer de Maristany, y cabía suponer que los manejos y trapacerías de Solange le disgustaran. Al morir su marido, la viuda se había liberado de él como en su momento me despachó a mí; mostraba una gran habilidad para sortear todos los obstáculos que se le pusieran por delante. ¿Qué hubiera opinado Feixó-Llopart de ese proyecto de los cuadros póstumos? Dudo que lo hubiera aprobado; era un hombre íntegro y celoso de su prestigio profesional. Solange, que no era tonta, se había buscado un marchante más complaciente.

—Además —me explicó—, Turpin tiene muy buenos contactos en Shangai, Tokio y Nueva York. A mí siempre me ha dado rabia que la obra de Paco tenga tan poca difusión fuera de Europa. La culpa es de Robert, que es un marchante a la antigua y aún no ha comprendido que el mercado moderno del arte es global. Le cuesta mucho mover el culo y coger un avión. A Turpin no.

En ese momento, el culo viajero de Turpin se alzó de su asiento y su cortés propietario se apoderó de la tetera para rellenar mi taza con el repulsivo té negro de Ceilán, que me obligó a beber por segunda vez.

—He echado un vistazo a esos bocetos —me informó Turpin con voz engolada cuando me hubo servido la infusión— y son interesantes. Tienen vigor. De ahí pueden salir unos lienzos muy buenos. Creo que compartirás mi opinión cuando los estudies.

Ése era mi punto débil: la vanidad. Muy a mi pesar, me halagaba que Solange reconociera que los cuadros que yo había pintado para su marido eran mejores que los perpetrados por mi sucesor, y a mi también me complacía que un marchante como Turpin mostrara estima y deferencia hacia mi criterio. Me daba la impresión de que por fin alguien me empezaba a tratar como merecía, como una profesional que contaba, una buena artista. Me habían ido a buscar; por primera vez en mi vida no era yo quien intentaba vender mis cuadros o mis servicios, sino que me los requerían. ¿Cómo no iba a sentirme satisfecha? Podía y debía hacerme valer, así que saqué a

relucir la cuestión del dinero.

Solange era mezquina, eso yo ya lo sabía. Tuvo la desfachatez de ofrecer por mi trabajo lo mismo que me pagaba su marido. Le hice notar que las circunstancias eran distintas, pues mi relación contractual con Maristany tenía carácter indefinido; en cambio, lo que me proponía ella era ejecutar una obra puntual.

—¿Cuántos bocetos dejó el maestro? —le pregunté.

Solange me contestó que diez. Hice como que reflexionaba, la mano en la barbilla, los ojos entornados en actitud pensativa y, al cabo, lancé una cifra. Solange se escandalizó al oírla, me preguntó que si estaba loca, que qué me creía. Me habían llamado a mí para hacerme un favor, pero por una cuarta parte de lo que yo exigía, podían encontrar a otra persona... La dejé perorar. Yo era consciente de que Solange estaba en mis manos. Sacar al mercado diez cuadros desconocidos de Maristany, un año después de muerto, era arriesgado. Ya no estaba el maestro con su pulso temblón para defenderlos. Hasta entonces, incluso los bodrios pergeñados por Héctor habían obtenido el visto bueno de los expertos, porque Maristany en persona los respaldaba, pero sin él, esos lienzos nuevos los iban a examinar con lupa, despertarían todo tipo de recelos. Los compararía con otra obra incontestada del maestro de su última época, es decir, con mis cuadros, con los que yo pinté cuando trabajé para él, y la única posibilidad que tenían Solange y Turpin de que esas pinturas espurias pasaran la inspección era que yo fuera su autora. Por eso negociaba muy tranquila; me necesitaban; sin mí, ese proyecto fracasaría. Yo era la única artista en el mundo capaz de hacer Maristanys auténticos.

Un lienzo de tamaño mediano de Maristany podía venderse por más de 40.000 euros; uno grande, por unos 80.000 o incluso 100.000. De manera que pedir 3.000 euros por cada cuadro no me parecía exagerado. Turpin lo comprendió enseguida y, con paciencia y buenas palabras, consiguió que Solange entrara en razón. Diez cuadros, por un precio de 3.000 euros cada uno, suponían 30.000 euros. ¡Con eso dinero yo podía vivir mucho tiempo! Me fui del hotel Omm crecida, orgullosa de mí, ¡qué hábil negociadora!

Pero cuando ya estaba en el autobús que descendía por Paseo de Gracia, camino de mi casa, me percaté de que, al fijar un precio por mi trabajo, a todos los efectos lo había aceptado. Y de pronto me acometió el vértigo. ¿De verdad me había comprometido en firme a falsificar diez cuadros?

Llegué a mi estudio a las ocho y media de la tarde. Me tumbé sobre la cama, vestida y con los zapatos puestos; me sentía exhausta. La larga discusión con Solange me había agotado. Lo único que deseaba era dormir, aunque todavía no fuera de noche (ya estábamos a mediados de mayo y los días se alargaban) y pese a que mi obligación era mudarme de ropa y ponerme guapa para la cena con el magistrado. Si Juan hubiera tenido móvil, le habría llamado para anular la cita, pero era un ser original que se negaba a utilizar ese aparato. Nada me apetecía menos que volver a salir a la calle y hacer vida social hasta la madrugada. En nuestras relaciones con los

demás, siempre representamos un papel, aunque sea de forma inconsciente. No nos mostramos tal y como somos, sino como deseábamos ser vistos, disimulando los defectos o las debilidades de que nos avergonzamos, extremando la cortesía y la educación de modo forzado; cuanto más desconocida es la persona a la que deseamos cautivar, mayor el disfraz y el esmero que ponemos en la representación. Y ese sábado yo ya había actuado bastante y con mucho éxito, no precisaba seducir a nadie más. De hecho, me percaté de que, en realidad, no me hacía ninguna falta un novio. Empezaba a cogerle gusto a la soltería. Obraba como me venía en gana, no tenía que pactar mi ocio con nadie, ni realizar concesiones de ningún tipo. Se había acabado lo de trasnochar a la fuerza, arrastrándome a regañadientes de tugurio en tugurio hasta el amanecer en compañía de mi novio juerguista. ¡Ya no tenía que acudir a más estrenos de soporíferas películas españolas de vanguardia! Sólo ahora me daba cuenta de que mi nueva situación era estupenda y no tenía ningún deseo de cambiarla, retomando la servidumbre de un noviazgo. Había aprendido a estar sola. Ésa era una gran noticia. Y mi nueva perspectiva me permitía ver con toda claridad que el juez y yo no hubiéramos hecho buena pareja; pertenecíamos a mundos divergentes, con él yo hubiera tenido que fingir demasiado. Por ejemplo, no podría discutir con Juan la proposición de Solange, porque era delictiva y él era juez. Tendría que ocultarle una parte importante de mi vida, empezar con mentiras y enredos, lo cual no puede ser la base de ninguna relación duradera. Una canción que de niña nunca me cansaba de escuchar decía *«tres cosas hay en la vida / salud, dinero y amor / y el que tenga esas tres cosas / que le dé gracias a Dios»*. Yo de salud andaba muy bien, el dinero estaba al caer y, de pronto, el amor me estorbaba; con dinero, no lo necesitaba, o, dicho de otro modo, sin apuros económicos, la soledad era más llevadera.

Como había renunciado a seducirle, no me esforcé lo más mínimo en actuar esa noche ante Juan; me permití mostrarle mis peores rasgos. Estaba resentida con él porque, al no tener móvil, no había podido cancelar la cena. Y también me molestaba cómo iba vestido. Al igual que la mayoría de hombres que suelen vestir traje y corbata, cuando se ponía un atuendo que él consideraba informal, parecía disfrazado, como si llevara ropa prestada. Asimismo me irritó que no hubiera reservado mesa en el Amaya; tuvimos que esperar más de veinte minutos en la barra. Esa noche todo me ponía de mal humor, porque yo no quería estar ahí, en ese restaurante ruidoso y atestado de gente, sino en mi casa, en mi cama, durmiendo. Había decidido que en cuanto se acabara la cena, regresaría, sola, a mi estudio; no pensaba enseñarle a Juan mis cuadros (inexistentes, por otro lado), la excusa o el motivo de ese encuentro. Quería dormir y que, durante el sueño, mi cerebro resolviera qué hacer con la oferta de Solange, si aceptarla o no; era un debate interior que tenía pendiente. Me mantuve huraña y silenciosa toda la velada, jugueteando con el pan, contestando con monosílabos a las preguntas de Juan y mirándole impasible, sin reírme, cada vez que el pobre chico se arriesgaba a decir una gracia. Debo admitirlo: estuve borde, pero eso a él no pareció desalentarle. Como si no le hiciera mella mi manifiesto desinterés,

me narró en tono jocoso varias anécdotas de su experiencia profesional; cómo, en una ocasión, una mujer de un pueblo de la provincia de Sevilla, agradecida de que Juan hubiera dejado partir a su díscolo retoño con tan sólo una reprimenda, apareció en el juzgado con un cerdo vivo, con la pretensión de regalárselo, o cómo, en otra circunstancia harto más sórdida, una aristócrata andaluza se ofreció a acostarse con él si era clemente con su perverso vástago, el cual, en compañía de otros jovenzuelos de buena familia, casi había matado de una paliza a un mendigo. Ni siquiera eso me impresionó; yo lo miraba aburrida, como si me estuviera recitando la guía telefónica.

Para mi sorpresa, Juan pidió una botella de tinto, un Ribera del Duero; lo suponía abstemio. Quizá lo hizo porque creyó que la ocasión lo requería o para hacerme notar que no reparaba en gastos con tal de agasajarme, pues él apenas probó el vino; en cambio yo, que nunca bebo, esa noche decidí aventurarme y me cepillé cuatro copas, una detrás de otra.

Es una imprudencia que cometo con cierta regularidad. De repente, decido que no está demostrado que el alcohol me siente mal, o presumo que mi metabolismo ha cambiado y ya puede tolerarlo. Y bebo. Y me pongo fatal, indefectiblemente. Esa noche quería celebrar mi cambio de fortuna; si mi conciencia me lo permitía (ya la tenía medio convencida), iba a desempeñar el encargo de Solange y durante muchos meses no tendría que preocuparme por el dinero. También confiaba en que el vino cambiara mi humor, pero éste no se modificó, me mantuve sobria y taciturna hasta el final, lo que me hizo pensar que el alcohol ya no me afectaba, ni para bien ni para mal. Cuando el juez pagó la cuenta y me levanté de la silla, me percaté de inmediato de que, contra lo que creía, esa vez el vino tampoco había sido inocuo; tuve que volverme a sentar y agarrarme a la mesa, porque el suelo del restaurante se movía como si fuera de gelatina. Estaba mareadísima.

No me tenía en pie. Juan me acompañó a casa. Tuve que hacer verdaderos esfuerzos para no vomitar en su coche, pero en cuanto abrí la portezuela al llegar, lo solté todo sobre la acera. Me sentía tan enferma, que creí morir; mi cabeza daba vueltas como una peonza y había perdido el control de mis extremidades, me había convertido en una muñeca inerte, desmadejada. El magistrado se sorprendió al descubrir mi estado. «Pues no has bebido tanto, dos o tres copas de vino», decía, con perplejidad. Ante mi incapacidad de valerme por mí misma, se me echó al hombro, como si yo fuera un saco, y me subió hasta el estudio por la estrecha y tortuosa escalera de mi edificio. Si no me hubiera encontrado tan mal, me habría sentido avergonzada. ¡Qué manera más humillante de terminar la noche! Juan no podía mostrarse más encantador y eso me provocaba remordimientos. Cuando llegamos al rellano del quinto piso, fue él quien rebuscó en mi bolsa de lona, encontró la llave de la puerta de mi estudio, la abrió y me llevó en brazos hasta la cama. Con gran delicadeza, me quitó los zapatos, me despojó de la cazadora tejana, me ayudó a quitarme el collar y los pendientes, me puso en los labios un vaso de agua y me preguntó, solícito, «¿quieres algo más?»; yo, la cabeza hundida en la almohada, los

ojos cerrados, susurré que no. Entonces me violó.

Sí, Juan me violó, no puedo calificar de otro modo lo que me hizo. Cuando terminé de beber el agua que me había servido, él recogió el vaso y lo llevó a la cocina. A continuación, apagó la luz del estudio y quedamos a oscuras. Creí que se iba a marchar para dejarme dormir, pero de pronto noté todo el peso de su cuerpo sobre el mío (no sentí sus pasos, se movió con el sigilo de un gato). Era mucho más grande que yo; quedé inmovilizada, mis piernas trabadas bajo las suyas. Estaba tan sorprendida y, a la vez, asustada, que no atiné a protestar. Él no decía nada, sólo jadeaba. Yo no lo rechacé, es cierto, carecía de energía para ello, me dejé hacer, pero me sentía aterrada. He de admitir que fue casi tierno, si una violación puede ser delicada. Sin aligerar la presión que me impedía escapar, con mano impaciente, pero diestra, abrió la cremallera de mi falda (me había puesto femenina para la cena) y me desprendió de ella; luego, suave, cautelosamente me bajó las medias, después me quitó las bragas... Y me dio muchos besos; en el cuello, en la boca, en los pezones... (¿Suelen hacer eso, los violadores, ser cariñosos?). Ni siquiera me hizo daño al follarme. Yo no me atreví a quejarme, pero me daba miedo hasta temblar, por si se enfadaba. Pese al comedimiento de sus gestos, la tensión contenida de sus músculos, su respiración anhelante y sus gruñidos de bestia o fiera salvaje, me hacían temer una explosión de violencia al menor contratiempo. Sólo deseaba que se corriera y me dejara en paz. Gimió un poco al terminar y, todavía sin decir palabra, me dio un beso en la mejilla, como un marido afectuoso, se apartó de mí y se echó a dormir, con un suspiro de satisfacción, en el otro lado de la cama.

Cuando desperté, a la mañana siguiente, pasadas las once de la mañana, Juan ya no estaba. ¿Había sucedido de verdad, o era una pesadilla? La luz se colaba a raudales por los intersticios de la persiana enrollable que cubría el ventanal del estudio; pude ver, sólo con incorporarme, mi falda, mis medias y mis bragas, hechas un rebujo, en el suelo, junto a la cama. Tenía un tremendo dolor de cabeza, una tempestad completa, con rayos y truenos, desatada en mi cerebro: la resaca. Me sentía sucia y también culpable. Si no hubiera bebido vino la noche anterior... ¿Cómo se me había ocurrido hacerlo? De haber estado sobria, el juez no me habría violado. A mí no me sucedían esas cosas, yo nunca perdía el control. Cuando mis amigas me contaban que se habían acostado con un desconocido, cuyo nombre no conseguían recordar y quien para colmo no les atraía en absoluto, pero ellas estaban tan borrachas que no lo habían podido evitar, yo me escandalizaba. Me parecía increíble. En realidad, no las creía. Me costaba imaginar que una pudiera hallarse en tal estado de postración y desvalimiento que, sin quererlo, se viera encamada con un indeseable. Sospechaba que se avergonzaban de lo sucedido y por eso echaban la culpa al alcohol. Cuando yo follaba con un hombre, era muy consciente de lo que estaba haciendo, y si el *partenaire* en cuestión me hubiera intentado violentar, me habría resistido. Pero la noche anterior no me resistí, sino que me sometí con total sometimiento, de modo que si yo hubiera pretendido denunciar a Juan por violación, no habría conseguido

demostrarlo, no había rastro de oposición, ni pugna, en mi cuerpo, ni un rasguño, ni un leve araño... Sin embargo, él tenía que saber que me había violado, no podía engañarse al respecto. ¿O sí, tal vez creía que quien calla, otorga?

Estaba avergonzada y confusa. También, decepcionada. Ese juez que me parecía un hombre tan bueno y honrado, casi ingenuo... Era igual que todos, o peor, porque era un hipócrita. Su supuesto interés en ver mis cuadros, su invitación a cenar, sus entrañables anécdotas judiciales, no habían sido sino una añagaza; en cuanto se percató de que yo estaba completamente intoxicada, abusó de mí. Me folló contra mi voluntad, durmió en mi cama sin mi permiso y se fue a escondidas al amanecer, como un ladrón, sin siquiera dejar una nota de despedida. (¿Pero acaso dejan notas los violadores?). Más que furiosa con él, me sentí triste, peor, despreciada. Me había utilizado como un pañuelo de usar y tirar. Si eso lo hacía un juez, ¿qué podía esperarse de la naturaleza humana? ¡Y yo que padecía escrúpulos de conciencia por la oferta de Solange! Comparado con lo que me había hecho el magistrado, falsificar cuadros era una travesura. Ese domingo no bajé a las Ramblas, a retratar guiris; sólo me levanté de la cama para llamar a Solange por el móvil y decirle que estaba dispuesta a examinar los bocetos de Maristany cuando quisiera.

Decidí olvidar el desagradable incidente de la noche del sábado y a su autor, resuelta a aprender de esa experiencia, de una vez para siempre, que yo no puedo beber alcohol bajo ninguna circunstancia. Pero no conseguí olvidarme de Juan; el lunes por la mañana, mientras me hallaba inmersa en la limpieza de mi pequeña casa (estaba atacando el váter con la escobilla, lo que más me disgusta), llamaron al timbre. Era un mensajero que me traía un paquete enorme. Primero pensé que se trataba de un error, yo no esperaba nada y así se lo dije al chico, pero éste me mostró el albarán: allí figuraban en letras mayúsculas mi nombre y mi dirección. ¿Contendría ese paquete los bocetos de Maristany? Lo dudaba; había quedado en verlos el viernes siguiente en la torre de la Avenida del Tibidabo, donde Solange seguía viviendo. En cuanto se fue el mensajero, me apresuré a abrir el misterioso paquete. Dentro encontré un bastidor con un lienzo, un bloc de dibujo, una caja de óleos, una paleta, pinceles, papeles de acuarela... Útiles de pintor, todos de marca. ¿Quién sería mi desconocido benefactor (o benefactora)? Estaba perpleja. De pronto reparé en un sobre blanco, pequeño, sobre un baldosín del suelo, debajo de mi mesa de dibujo; debía de haberse caído cuando desenvolví el paquete. ¡Por fin iba a desvelar el enigma! El sobre contenía una tarjeta de visita, que decía: «*¡Ya no valen excusas!*». La firmaba Juan. Entonces recordé que durante la cena del sábado, al preguntarme el juez por la obra que supuestamente le iba a mostrar esa misma noche, le informé de mal talante que no tenía nada que enseñarle, pues era pobre y carecía de dinero para pinturas, papel o lienzos. Una mentira estúpida (si que era pobre, aunque si no pintaba no era por eso), pero no quise molestarme en urdir una más airosa. ¡Y he aquí que el juez violador me regalaba un impresionante surtido de material! ¿Era una manera de pedirme perdón? ¿O debía interpretar ese obsequio como una

remuneración por mis servicios físicos? En vez de dinero, lo que hubiera sido ofensivo, me pagaba con lienzos... Si el chico de la mensajería no se hubiera ido, le habría devuelto el paquete con su contenido íntegro. Pasada la sorpresa, me sobrevino la indignación. ¿Qué pretendía ese hombre: «te regalo estas cosas y pelillos a la mar»? ¿Así acallaba los remordimientos, si los tenía? Lo llamé por teléfono para insultarle, pero me salió el contestador y sólo acerté a dejar recado de que había recibido el paquete y le daba las gracias; no era en absoluto lo que quería decir, pero soy incapaz de insultar a una máquina. Después de eso, no tenía más remedio que quedarme con el regalo (lo cual, si soy sincera, no me importó).

Esa noche, Juan me llamó al móvil. No sé por qué, me sorprendió. Había decidido que su obsequio era un acto mudo de contrición y que ya nunca más volvería a verlo ni a saber de él. Quizá porque su llamada me confundió, no atiné a ser desabrida, ni le reproché su comportamiento del sábado. No sólo eso, sino que le volví a agradecer su regalo (la educación es un hábito instintivo del que no es tan fácil desprenderse; puedo imaginar al reo dando las gracias a su verdugo por ajustarle en el cuello el nudo del lazo con el que va a ahorcarle). Tanto como el hecho de que el juez me llamara, me perturbó su cordialidad. Juan hablaba como si entre nosotros no hubiera pasado nada; sólo mencionó lo bien que cenamos en el Amaya y luego me invitó al teatro. Tenía dos entradas para una representación de *Macbeth*, el jueves siguiente por la noche, a cargo de un afamado director de vanguardia. ¿Por qué le dije que sí? No me hubiera costado nada rechazar su ofrecimiento, sin más explicación, o con alguna excusa, si prefería seguir siendo educada. Creo que ya entonces sabía muy bien por qué accedí a acompañarle a esa obra de teatro que no me interesaba, pero no quería reconocerlo.

Al día siguiente, martes, cuando regresé de dar clase a mis piadosas alumnas del Opus Dei (algunas no tan piadosas, o en absoluto; éstas eran mis preferidas), se me ocurrió una idea: dejarlo plantado: no acudir a la cita, replicar su agresión con una grosería. Pero el jueves comprendí que sería un error. Juan difícilmente asociaría mi mala educación a su conducta del sábado, sino que llegaría a la conclusión de que yo era una desconsiderada y quizá hasta se le borrara de la conciencia cualquier atisbo de culpa. «Es una cretina», pensaría, «se lo merecía». Lo que yo tenía que hacer era ir al teatro con él y, al terminar la representación, en tono calmado pero firme, recriminarle su comportamiento del sábado, para que comprendiera que lo que me había hecho no era baladí y yo ni había perdonado, ni había olvidado. Con ese propósito me reuní con Juan a las nueve menos cuarto de la noche en la puerta del teatro. Le saludé sin acritud, le sonreí, incluso le di dos besos, pero quería pensar que algo en mi actitud revelaba mi desaprobación, mi larvado rencor. Él parecía cansado y un poco ausente.

La obra era insoportable y la culpa no era de Shakespeare. La puesta en escena era absurda; después de su encuentro con las tres brujas, Macbeth declamaba su famoso monólogo sobre una especie de andamio elevado, pero era imposible

entenderle porque, debajo, en el escenario, un grupo de actores disfrazados de turistas domingueros cantaban, gritaban, escuchaban la radio y armaban tal escándalo, que no se le oía. ¿Cuál era el objeto de ese caos? Me irrité; me molestaban los chillidos y los actores competían entre sí por ver quién vociferaba más. No le veía el sentido a esa representación pretenciosa que pretendía mejorar a Shakespeare enmudeciéndolo. Lo peor era que no había entre actos; me esperaban dos horas seguidas de ruido y alaridos gratuitos. Juan, sentado a mi lado, en la tercera fila de platea, parecía absorto en la obra. De pronto, se volvió hacia mí y me susurró: «¿Nos vamos?». Desde luego, yo quería irme, pero no concebía cómo hacerlo de forma discreta, sin molestar a los otros espectadores, ni llamar la atención de los actores. La sala era pequeña y estaba atestada; era el día del estreno, había gente hasta en los pasillos. Juan echó un vistazo en derredor; se hizo cargo de la situación, se puso en pie y me dijo en voz baja: «Tú sígueme». Salimos de la sala saltando por encima de los respaldos de las sillas; dadas las circunstancias, era la vía más expedita. Nunca hubiera supuesto que un juez fuera capaz de conducirse de ese modo, pero empezaba a asimilar que Juan era un magistrado muy especial. Esa huida por las alturas me puso de buen humor; me recordó las travesuras de mi infancia. Cuando nos encontramos por fin en la calle, a la salida del teatro, recordé que ésa era la ocasión que yo había elegido para reprochar a Juan que me hubiera violado. Pero emergimos del teatro muertos de risa, unidos por la complicidad de los gamberros, de manera que cuando me propuso que fuéramos a algún sitio a picar algo, en lugar de decirle, como tenía previsto: «Juan, quiero hablarte de lo que me hiciste la otra noche», le contesté: «Vale, ¿dónde podemos ir?».

Fuimos en su Golf de color gris (¡pero yo me había jurado a mí misma que jamás volvería a subirme a ese coche!) a la Barceloneta, a comernos unos pescaditos fritos. Estuvimos dando vueltas por las calles durante algunos minutos, buscando un sitio en el que aparcar, pero no había ninguno. Finalmente, y contraviniendo todas las normas de circulación, Juan dejó el coche en un aparcamiento reservado a minusválidos. No daba crédito cuando lo vi salir cojeando.

El bar de tapas al que Juan quería llevarme estaba cerrado. Acabamos en el Port Vell, en el Merendero de la Mari, que estaba lleno de turistas sonrosados, aunque conseguimos una mesa en la terraza. Juan siguió haciendo payasadas. (Sospeché que era una estratagema para evitar que yo sacara a la conversación asuntos graves). Cuando el *maître* se acercó a nuestra mesa a pedirnos la comanda, Juan se dirigió a él en inglés o, mejor dicho, en una jerga ininteligible que recordaba el sonido de la lengua inglesa.

—*Do you speak English?* —preguntó el juez, muy serio, al *maître*, quien lo miró extrañado, pues, por nuestro aspecto inequívocamente latino, sin duda había supuesto que éramos españoles.

—*Yes, I do, a little bit. What do you want to drink?* —inquirió el hombre en un inglés pasable.

—*Well* —contestó Juan—, *I want a splitifiskwithrocksandplosters, and the lady*

wants a mausandgogelsontheclisters, without ice.

El *maître* se quedó estupefacto.

—Sorry —se excusó el hombre, muy apurado—. *I don't understand. Can you please repeat?*

No sé cómo se las apañó Juan para repetir, imperturbable, la misma jeringonza absurda. A continuación, se desarrolló una escena de sainete; el *maître* acudió al interior del restaurante, en busca de refuerzos, y apareció acompañado de una rubia muy peripuesta, treintañera, que no iba uniformada (debía de ser la dueña), quien se aproximó a nosotros con mucho aplomo, como diciendo «yo sí que sé inglés, ya verás cómo lo entiendo todo», pero también se tuvo que dar por vencida. Juan pronunciaba sus largas parrafadas en su lengua inventada con un aire tan inocente y, a la vez, preocupado, que ni el *maître* ni la rubia se atrevían a dudar de su seriedad. En un momento particularmente difícil de ese desencuentro, como para facilitar las cosas o aclarar algo, Juan les dijo, en un inglés súbitamente comprensible:

—*I'm from Glasgow, you see? And the lady here is from Tipperary* —añadió señalándome a mí.

Yo me llevé la servilleta a la boca para disimular la risa. Juan terminó por apiadarse del personal del restaurante y se pasó al catalán, que hablaba con un acento espantoso, volviéndome a asombrar. (Era de Calatayud y acababa de instalarse en Barcelona, procedente de Sevilla, ¿dónde había aprendido el catalán?). No obstante, el *maître* y la rubia agradecieron profusamente su esfuerzo por desempeñarse en la lengua local y por fin pude pedir un agua con gas, en un catalán todavía más infame que el de Juan.

Su pantomima nos obligó a seguir actuando mientras cenábamos. Los camareros pasaban de continuo por nuestro lado y la escena que habíamos protagonizado había sido tan notoria, que a esas alturas ningún empleado del restaurante desconocía que éramos dos ingleses incomprensibles, que chapurreaban el catalán. Así que hablábamos entre nosotros en castellano, a media voz, y, cuando se acercaba algún camarero, nos callábamos o nos dedicábamos a intercambiar sinsentidos en ese galimatías indescifrable que yo procuraba imitar. Me estaba divirtiendo muy a mi pesar. Quería mostrarme enfadada con Juan, reivindicativa y dolida, pero en esas circunstancias me sentí incapaz. Una planifica hasta el menor detalle el desarrollo de una conversación en la intimidad de su cuarto: «le diré esto, aquello y lo de más allá, entonces él me replicará, pero yo le contestaré, y él se quedará con la boca abierta, sin saber qué decir...», y de ese modo una resuelve la difícil entrevista en su cabeza, pero a la hora de la verdad, la imprevisible realidad se interpone y es una la que se queda muda, sin saber qué decir y con la boca abierta. No obstante, cuando ya habíamos dado cuenta del segundo plato, en un momento en que Juan pareció recuperar el aire abstraído con que me había recibido esa noche, la vista fija en algún punto del paseo que daba al muelle —que yo no podía ver, porque mi silla estaba encarada al interior del restaurante—, me sobrepuse y empecé a decir, con cierta timidez:

—Juan, quiero hablar contigo de lo que pasó el sába... —No pude terminar mi frase porque el juez no se quedó a escucharla. Se levantó de la silla, dejó la servilleta sobre la mesa y se dirigió al muelle a grandes zancadas.

Me quedé estupefacta. «¡Qué hijo de puta!», pensé. «¿Tendrá valor...?». Se me ocurría sacar a colación aquel espinoso incidente y el tío se iba, así, sin más... Pero no fue lejos. Los bajos de la fachada del Palau de Mar, que está orientada al puerto deportivo del Port Vell, se hallan ocupados en su integridad por varios restaurantes, con amplias terrazas, alineados a lo largo del muelle uno junto al otro y separados entre sí sólo por vallas o setos de arbustos. Nosotros estábamos cenando en el último restaurante, bajando por el muelle, a mano derecha. Juan se había detenido frente al restaurante continuo, el penúltimo, del que nos separaba el arco de un soportal del palacio. Allí se estaba desarrollando un altercado. Pese a que era de noche, las luces de las terrazas de los restaurantes y las farolas del paseo marítimo permitían distinguir con suficiente claridad la escena. Tres camareros del restaurante de al lado se habían enzarzado en una discusión con dos niños mendigos. En realidad, no estaban discutiendo nada; tenían cogidos a los niños por el cuello de sus camisetas y les estaban increpando. Yo no podía ver la cara de los niños, que me daban la espalda, aunque por su aspecto presumí que serían dos gitanillos rumanos, de esos que proliferan por la ciudad desde hace unos años. Los camareros gritaban encolerizados. Hasta mi mesa llegaban sus amenazas. «¿Será cabrón el capullo este? ¡Dice que no se ha llevado nada! ¡Como no me des lo que has cogido de la mesa, te parto la cara, fíjate lo que te digo!», le advertía a uno de los niños el camarero que lo tenía prisionero, un hombre rechoncho y calvo, con unas gafas que, de la furia y la indignación, se le habían descabalgado hasta la punta de la nariz. El niño respondió algo, se defendió con una voz aguda y quejosa, parecía a punto de llorar. Fue entonces cuando Juan, que se había detenido a muy poca distancia, observándolos, decidió intervenir. En pocos segundos su voz calmosa y autoritaria se impuso a las demás. No pude entender lo que decía porque él, a diferencia de los hombres, no gritaba. Uno de los camareros de nuestro restaurante, quien, las piernas abiertas y los brazos en jarras, se había plantado cerca de mi mesa para contemplar el rifirrafe, exclamó sorprendido:

—¿Pero ese hombre no era inglés?

Volví la cara, avergonzada, y hundí la vista en el mantel; no la alcé hasta que regresó Juan. Venía de un humor sombrío. Infundía respeto, pese a que en el forcejeo con los camareros se le había salido la camisa del pantalón y traía el pelo revuelto, un mechón oscuro cayéndole sobre la frente. Con sus casi dos metros de estatura, tenía un aspecto tan imponente, que el camarero, al traernos la cuenta, no se atrevió a mencionar la bromita del inglés. Pagamos (bueno, pagó Juan: siempre pagaba él) y nos fuimos. Bajamos caminando por el Passeig Joan de Borbó, bordeando el muelle. Ya no me acordaba de la seria conversación que teníamos pendiente, sólo quería saber lo que había sucedido en el alboroto del restaurante. Juan me lo contó casi a

regañadientes (no tenía ganas de hablar, volvía a estar taciturno, pero yo puedo ser muy insistente). Al parecer, los niños mendigos (que en efecto, eran rumanos, como yo había presumido) se habían apoderado de las propinas que habían dejado al marcharse los clientes sobre las mesas del restaurante, o de eso los acusaban los camareros, que estaban —comprensiblemente— furiosos con ellos. «Si hubieran podido, los habrían linchado», me dijo Juan, «¡qué energúmenos!». Los niños negaban haberse apropiado de ningún dinero y los camareros les exigían la devolución de las propinas, so pena de darles una tunda o de avisar a los Mossos d'Esquadra (tuvieron el detalle de dejar elegir a los niños). Juan apaciguó los ánimos, consiguió que los camareros liberaran a los chavales y resolvió el incidente, ofreciendo veinte euros a cada niño a cambio de que devolvieran las propinas, cosa que ellos se apresuraron a hacer (el monto de las propinas que accedieron retornar era muy inferior al soborno de Juan). Los camareros se dieron por satisfechos y dejaron ir a los dos chicos. Fin de la historia. Yo me indigné.

—¿Pero cómo se te ha ocurrido darles dinero a los niños, después de lo que han hecho? —recriminé a Juan. Me parecía escandaloso que un juez de menores obrara de una forma tan poco edificante con esos raterillos.

Juan me sonrió y me pasó un brazo por el hombro, pero enseguida lo retiró, como si se hubiera percatado de que no tenía derecho a eso o de que no era procedente. Me sugirió que nos sentáramos sobre una de las gradas del paseo que se abren al mar y, así acomodados, me dijo:

—Ha sido para quitarme trabajo y no tener que verme con esos chavales mañana por la mañana en el juzgado.

Fue tal mi estupor ante su respuesta, que se apresuró a tranquilizarme.

—Lo digo en broma, no es por eso —me aseguró, todavía sonriente—. Para empezar, esos niños aún no tienen catorce años, carezco de jurisdicción sobre ellos.

Entonces me expuso una teoría muy peculiar sobre la justicia, la pobreza y los mendigos rumanos. Me explicó que esos niños, aunque faltos de educación en el sentido tradicional del término, porque sus padres no los escolarizaban y, si las autoridades los obligaban a ello, no duraban ni dos días en el colegio, sí tenían un oficio: el pillaje y la mendicidad. Sus padres y, en general, los adultos de su comunidad los adiestraban para ello casi desde que empezaban a caminar. A la edad de los chavales del restaurante, de unos once o doce años, ya tenían que ser autosuficientes, es decir: se debían alimentar por sus propios medios y, por la noche, al regresar a su casa (si tenían una), debían contribuir a la economía familiar con sus ingresos del día, casi siempre procedentes del hurto en el caso de los varones, pues por alguna razón, la gente está más dispuesta a dar dinero a una niña mendiga que a un niño. Si volvían a sus casas de vacío, los chicos se exponían a una paliza de manos de los adultos, a no cenar, o a tener que salir a la calle de nuevo y reanudar su vagabundeo hasta conseguir algún botín.

Razonó que, en un mundo ideal, el estado debería de integrar en la sociedad a esa

comunidad marginada, así como de transformar a sus miembros en hombres y mujeres de provecho, apartándolos de la mendicidad, la delincuencia y la vida nómada, pero eso que, en principio, parecía factible, era muy difícil: la comunidad romaní no carecía de normas o ética, simplemente, tenía unas distintas, e imponerles nuestra moral y nuestras leyes contra su voluntad, era poco menos que imposible.

—Lo más que pueden hacer el estado y sus instituciones para resolver ese problema, es complicarle tanto la vida a esta gente con multas, desalojos y detenciones, que terminen por decidir cambiar de aires y seguir en otra ciudad europea su vida nómada. Se trata de sacárnoslos de encima, como el perro que se rasca las pulgas, así están las cosas —dijo con pesimismo—. No está en mi mano cambiarles la vida, pero sí puedo conseguir que esta noche esos chicos no vuelvan a casa con un ojo morado, por un puñetazo de un camarero, e impedir que se los lleven en su camioneta los Mossos d'Esquadra. Estoy contento de lo que he hecho, no me arrepiento, pero si se enterara un colega de profesión, me cortaría el cuello —confesó el juez, sonriéndome de nuevo.

Yo lo escuchaba y pensé, «¡qué hombre más bueno, cómo se preocupa por esos pobres niños!», pero a continuación recordé que me había violado.

Se había levantado una leve brisa y sentí frío. Ya era tarde, debían de ser por lo menos las doce de la noche. Decidí que era hora de retirarme, al día siguiente tenía que madrugar para ir a dar mis clases. Me opuse a que Juan me acompañara a casa, pero él era incluso más tozudo que yo. Yo no quería que me llevara en su coche al estudio, por si se le ocurría violarme de nuevo, aunque no me atreví a manifestarlo, me pareció que hubiera resultado muy grosero. (Ahora que lo recuerdo, se me antoja increíble que yo anduviera con tantos miramientos después de lo que él me había hecho). De modo que, recelosa y con miedo, permití que me condujera hasta casa. No me violó esa vez, ni siquiera lo intentó; detuvo el coche delante del edificio de mi estudio, en la calle Joaquín Costa, y se despidió de mí con un casto beso en la mejilla, eso fue todo.

Aunque no había tomado café después de cenar, la charla al aire fresco me había desvelado. Me metí en la cama por disciplina, a sabiendas de que me iba a costar coger el sueño. No sabía qué pensar de Juan, era un hombre sorprendente. De un lado, era un violador; de otro, un benefactor de niños desamparados. Al juzgar a los demás, quizá por comodidad, tendemos a los juicios absolutos. «Ése es un cabrón», «aquélla es buenaza», «Toni es un envidioso», «Soledad es una amargada», cuando lo cierto es que la naturaleza humana es harto más compleja y se resiste a las simplificaciones. Probablemente, sería mucho más cercano a la verdad decir: «Toni es un envidioso y un pedazo de egoísta; sin embargo, quiere mucho a sus hijos, daría por ellos la vida. Te engaña a la que puede, aunque, si se tercia, empeñará por ti hasta la camisa», pero la ética cristiana nos ha acostumbrado al maniqueísmo, a las clasificaciones duales: blanco o negro, bueno o malo, cuando la realidad es más bien gris, las personas alternativamente obran (obramos) bien, mal o regular, son (somos)

capaces de actos excelsos, de sacrificio o desinterés extremados y también, en según qué circunstancias, de los crímenes más atroces, pero esa ambigüedad nos desconcierta, no sabemos a qué atenernos. «Pero bueno», protestamos con irritación, «¿ese tal Toni es un hijoputa o un buen tío, en qué quedamos?», lo cual viene a significar, «¿cómo debo comportarme con él, con el recelo y la desconfianza que merece un depravado, o con la franqueza y la amistad a que es acreedor el hombre generoso?». Esa incertidumbre nos paraliza. Quizá sea un atavismo, el reflejo heredado del hombre cazador, quien debía decidir de una ojeada si el animal que se le aproximaba era o no peligroso, no se podía permitir dilaciones o disquisiciones sutiles del tipo: «El león es una fiera que suele ser agresiva, ahora bien, si está recién follado y bien comido, puede resultar inofensivo e incluso cariñoso»; no, el cazador prehistórico que avizoraba un león en un altozano, echaba a correr hacia su poblado sin pararse a pensar de qué humor estaría esa mañana el rey de las bestias. (Es sólo una conjetura mía). Por eso Juan me tenía perpleja. ¿Era bueno o malo? ¿Se puede ser a la vez bueno y malo? ¿Por qué me había violado la noche del sábado y, en cambio, esa noche se había comportado conmigo con el respeto exquisito de un novio a la antigua? Me sentía perpleja y confundida, tumbada sobre la cama con los ojos abiertos, esa misma cama en la que él me había forzado, incapaz de resolver ese dilema, reacia a admitir que, muy a mi pesar y contra todos mis principios, Juan me intrigaba y me atraía y quería volver a verlo.

Su madre se asustó al ver su cabeza calva.

—¿Por qué no tienes pelo? —le preguntó—. ¿Qué te ha pasado?

—Me lo rapé, así no voy nunca despeinado —contestó Fede—. ¿Puedo quedarme en casa sólo por hoy? Mañana me iré, te lo prometo. ¡Estoy muerto de sueño! Llevo dos días viajando.

—¡Pobrecito! —susurró su madre y le acarició el cráneo pelado, pero al rozarle la mejilla, retiró la mano, como si se hubiera quemado—. Puedes quedarte hasta la mañana, sí —concedió, no sin vacilación—. Échate a dormir en tu cama, si quieres, aunque no tiene sábanas... Si le esperas cinco minutos, te la hago.

Pero a Fede le daba lo mismo dormir sobre el colchón desnudo. Su habitación estaba como él la había dejado, con todas sus cosas, como si estuviera esperándolo. Se tumbó sobre su cama, que le pareció muy estrecha y se cubrió con la vieja colcha india, obsequio de Marilis. Cuando se despertó, no sabía si había dormido cinco minutos o cinco horas. La alcoba no tenía ventana y él carecía de reloj. El piso estaba en silencio. Tal vez fuera de noche y su madre estuviera durmiendo. Le complacía hallarse de nuevo en su casa, en su cuarto, le infundía una tranquilidad que no había sentido en mucho tiempo. Echó una ojeada a sus cuentos de niño y a su colección de cómics, decenas de ejemplares de *El Víbora* y *Makoki*, apilados sobre un estante, los libros de Mortadelo y Filemón, Lucky Luke y el Teniente Blueberry... Sus casetes, ¡sus discos! Casi los había olvidado. Discos de los Sex Pistols, The Clash, The Ramones, los Dead Kennedys, con las fundas llenas de polvo. Recorrió las paredes con la mirada y sólo entonces se percató de que faltaba algo. Donde antes estaba su gran *collage* de fotos de Sid Vicious, ahora se veía un rectángulo de pared blanco.

Salió al pasillo en calzoncillos y de allí al salón. No era tan tarde, la luz del sol todavía iluminaba la sala, aunque había menguado con respecto a la mañana. Con satisfacción vio su ramo en lugar destacado, sobre la mesa grande del comedor, dentro de un jarrón de cerámica vitrificada, en forma de pez, que un mal día se le cayó de las manos, perdiendo parte de la cola, que había quedado mutilada. Su madre no estaba. La buscó en la cocina, en el balcón trasero, en su cuarto... Nada había cambiado en la habitación conyugal, el mismo armario ropero de madera oscura, con dos espejos largos en las puertas; las dos sillas desaparejas, una de madera, a juego con el armario, la otra de tijera, metálica; los gastados kilims de los lados de la cama; la pesada cortina de terciopelo verde; las dos mesillas que el Chino salvó de la hoguera de la Plaza Artós, una noche de San Juan, porque estaban en bastante buen estado, y que Marilis restauró con entusiasmo, pero enseguida criaron carcinoma... Ahí seguían, como aguardando al Chino, desconocedoras de que éste ahora tenía otra familia y se llamaba Gabriel. Sobre la mesilla de noche de la izquierda, la más cercana a la puerta, vio un libro, una novela de Harold Robbins, titulada *Descenso a Xanadu*, y una caja de pastillas. La cogió. Era Valium. Le llegó el chasquido de la puerta de la calle al

cerrarse. Su madre había regresado. Dejó la caja de pastillas en su sitio, abandonó a toda prisa la habitación y salió a su encuentro. Carmen venía cargada con un par de bolsas del supermercado. Tenía mejor aspecto. Se había peinado y cambiado de ropa, lucía unos tejanos y una camisa blanca, de manga larga, que Fede recordaba. Su madre nunca salía a la calle en manga corta por calor que hiciera, se avergonzaba de las marcas de sus brazos, latigazos oscuros que recorrían sus venas.

—He bajado al súper a comprar algo de comida —le dijo Carmen—, porque tendrás hambre, ¿no?

Por descontado, él siempre tenía hambre.

—¿Qué hora es? —preguntó.

Su madre le informó de que eran las siete y diez de la tarde. Había dormido mucho. Le angustió la idea de que había consumido en la cama unas horas preciosas que habría podido compartir con ella. Ya era casi de noche, quedaba poco tiempo.

—A la hora de comer he entrado en tu cuarto, pero me ha dado pena despertarte y te he dejado seguir durmiendo —le informó su madre. Le alegró eso, que hubiera ido a verle dormir, a velar su sueño.

—¿Qué ha pasado con mi póster de Sid Vicious? —inquirió Fede—. Ya no está en la pared.

—Lo arranqué yo —le contestó su madre—. Me daba mal rollo.

No le preguntó por qué: lo adivinaba. Era esa foto en la que Sid Vicious se estaba metiendo un pico. ¿Le provocaba envidia a su madre, tal vez? Se había fijado en sus pupilas, las tenía normales.

—Pero tú no tienes por qué verlo —protestó—, está en mi cuarto.

—A veces entro en tu habitación —le dijo su madre—, para limpiarla y sacarle el polvo y... ¡No sé! Me gusta ver tus cosas.

Esa confesión le hizo sentirse inmensamente contento, ¡se acordaba de él!, ¡lo echaba de menos! Entonces, ¿por qué no lo había llamado por teléfono en todo ese tiempo? ¿Y por qué no le había abierto la puerta de su casa esa mañana? No se lo preguntó, porque se dio cuenta de que a su madre le temblaba el labio inferior. Temió que se echara a llorar de nuevo. Carmen le dio la espalda bruscamente, recogió del suelo las bolsas con la compra y se encaminó a la cocina.

Mientras Fede dormía, su madre había puesto a lavar en la lavadora la ropa que había encontrado en su bolsa del Corte Inglés, porque, según le dijo, olía mal estaba sucia. Le prestó un viejo batín de su padre para que se cubriera con él. A Fede le sorprendió que su madre conservara prendas del Chino. Se acordaba de ese batín de seda, con un estampado vagamente oriental, que hacía visos, regalo de santo de esa abuela tan piadosa que él no conocía; el Chino se lo ponía sobre el pijama todas las mañanas, y en más de una ocasión, no se lo quitó en todo el día. A Fede le venía grande, pero no demasiado. Se miró al espejo con él; parecía un príncipe.

Su madre le sirvió macarrones con tomate, gratinados con queso, y salchichas de cerdo, su comida favorita. Los devoró. A Carmen le divirtió su voracidad.

—¿Están buenos los macarrones? —le preguntó—. Tenía miedo de que no me salieran bien, ¡hace tanto que no cocino!

—¿Y qué comes? —le preguntó él; le alarmaba su aspecto demacrado. Sospechaba que su madre no comía nada, que se estaba dejando morir de consunción, como la nuera de la vieja del tren. No había querido cenar, alegando que mientras cocinaba había picado algo, y ahora estaba sentada a la mesa, junto a él, bebiéndose un *gin tonic*, fumando un cigarrillo detrás de otro y tosiendo a cada poco.

—De todo —respondió su madre—, Marilis me cuida mucho, me trata como a una marquesa. Viene todas las tardes a hacerme una visita y me trae guisos en un *tupper*, unos guisos riquísimos. Se dedica a cebarme, está empeñada en que engorde. Bueno, cuéntame —le apremió, buscando cambiar de conversación—; ¿qué ha sido de ti todo este tiempo que no nos hemos visto?

Él le contó sus desventuras (no todas, algunas) y, mientras lo hacía, reparó en que no había hablado de eso con nadie; no había tenido a quién hacerle confidencias, ni había conocido a ninguna persona a quien su vida pudiera importarle. A su madre le importaba, de eso no cabía duda; prestaba suma atención a sus palabras, le hacía preguntas.

—¿Y Natalia cómo es? ¿Es guapa? —quiso saber.

Era una pregunta embarazosa.

—No, no es nada guapa —le aseguró Fede—. Es una pija, es rubia y va muy maqueada y es... parece de plástico, como una muñeca Barbie, igual. A ti no te gustaría nada.

—Pero al Chino sí —observó su madre, con amargura—. ¡Se ha casado con ella! Y... ¿cómo está tu padre? No sé nada de él desde hace más de un año.

A Fede le molestó que se interesara por el Chino. ¿Estaba todavía enamorada de él? Probablemente. No entendía qué atractivo veía Carmen en ese individuo que la había dejado en la estacada. Pensó que si hubiera sido el Chino quien hubiera llamado por el interfono esa mañana, su madre no le habría colgado, como a él sino que le hubiera abierto la puerta de lo más sonriente y feliz, ¡con el Chino sí que se le habría pasado la depresión volando! Estuvo a punto de contarle que su padre era tan jiñado, que había huido cuando él le puso una navaja en el cuello, pero no lo hizo porque sabía que a su madre ese incidente la iba a entristecer.

—Sigue igual —contestó—, sólo que ahora se pone traje y corbata y va a trabajar a la tienda de coches del padre de Natalia. Pero se pelea todo el rato con Natalia, tienen muchas broncas —se apresuró a añadir, para tranquilizarla.

—Y... ¿a mí cómo me ves, Fede? ¿Me has encontrado muy vieja? —le soltó su madre, volviendo la cara, como avergonzada de la ansiedad que traslucía esa pregunta.

—No —mintió Fede, sin pensarlo dos veces—. Tú también estás como antes, sólo que... un poco más flaca. Tienes que comer mucho para ponerte cachas. ¡Qué putada que yo no te pueda regalar diez o doce kilos! Así ya no tendría que hacer

régimen.

Le explicó que Natalia detestaba su gordura y le imponía una dieta alimenticia muy estricta, lo que indignó a su madre («¿quién es esa mujer para decir nada?»). Carmen se rió mucho cuando él le contó el robo de las bragas, pero torció el gesto cuando le explicó que también le había quitado dinero a su madrastra. Por alguna extraña razón, robar bragas era permisible, pero pasta no, como si las bragas no costaran dinero. Su madre hizo un esfuerzo por adoptar una expresión seria, como antes, cuando regresaba de una reunión en el colegio de los Escolapios con el tutor de Fede, quien había convocado a sus padres con urgencia para exponerles lo conflictivo que era su hijo. El Chino se negaba a acudir a esas citas, alegando su odio incontrolable a los sacerdotes, «prefiero no ir, porque si voy, no me podré contener y le diré cuatro cosas a ese cura hijoputa» (fobia que, al parecer, había superado muy bien: se había casado por la Iglesia y en Santander acudía a misa todos los domingos del brazo de su mujer). De modo que siempre era Carmen quien tenía que cumplir con esa penosa obligación. Lo pasaba mal, los curas la cohibían. Temía que la despreciaran, por ser madre soltera y estar amancebada. También temía no estar al nivel que la ocasión requería, ser demasiado paleta para esos curas ricos y siempre se emperifollaba con esmero antes de ir al colegio para hablar con el tutor de su hijo. Como decía el Chino con crueldad, cuando Carmen quería ponerse elegante, parecía una puta, no sabía vestirse. «¿Pero dónde te piensas que vas, a una boda? ¿Te quieres ligar al cura? ¿Es que no sabes que son todos moñas?», se mofaba de ella, tirado sobre el sofá de cuero marrón, ataviado con ese batín de lujo que ahora llevaba Fede, bebiendo cerveza y fumándose un porro mientras miraba la tele.

—Pues entonces será mejor que vayas tú, Chino, le caerás más en gracia —replicaba su madre, picada, y ante ese desafío, su padre, siempre tan cagueta, callaba.

Carmen regresaba visiblemente alterada de esas entrevistas. Traía las mejillas arreboladas, como si fuera ella a quien hubieran cogido en falta. Se iba directa al cuarto de Fede —quien en esas ocasiones prefería desaparecer y se sentaba a la mesa abatible de su habitación fingiendo estar ocupado con sus deberes—, se sentaba frente a él, en la cama, y le regañaba. Lo hacía con poco convencimiento y voz insegura, como quien recita una lección aprendida, «tienes que estudiar, Fede», «has de atender en clase y hacer los deberes», «no te puedes burlar de los profesores», «no pegues a los otros niños, no me gusta que seas el matón de la clase»..., etcétera. Ahora también lo estaba aleccionando. Le enojaba que lo hubieran expulsado del colegio de Izarra. Comprendía que a Fede no le apeteciera estar internado en un colegio en Suiza, pero era por su bien. Aunque él creyera que no, su padre se preocupaba por él y por eso ponía empeño en que Fede cambiara y dejara de ser un ignorante. Ella estaba de acuerdo con el Chino y con su abuelo en todo. «No quiero que acabes como yo», le dijo, «no tengo estudios, ni oficio, ni nada», se quejó, «y por eso es muy importante para mí que tú estudies una carrera y seas alguien en la vida, que ganes un dinero y te respete la gente. Que no dependas de nadie, Fede». Con esas palabras

concluyó su sermón y se quedó pensativa, los codos apoyados sobre la mesa, las manos sujetándose la cara, un cigarrillo encendido entre los dedos índice y corazón de la mano derecha.

A él le irritó esa reprimenda. No había venido desde Santander para que su madre le soltara las mismas sandeces que Natalia. ¿Le pagaba su abuelo para que le dijera esas cosas? ¿Era parte del trato? Alargó una mano sobre la mesa y cogió el paquete de Lola de su madre. Extrajo un pitillo y se lo puso en la boca. Su madre se lo quitó con una rapidez de reflejos inesperada.

—Mientras yo sea tu madre no te dejaré fumar en esta casa —le advirtió, absurdamente, como si cupiera la posibilidad de que en algún momento él cambiara de madre, como quien se cambia de camiseta.

—Pero tú fumas todo el rato y eso que tienes mucha tos, yo no toso —se defendió él.

—Yo soy una persona mayor y tú eres un niño —replicó su madre—. Mañana llamaré a tu abuelo para que mande alguien a recogerte. Has de volver a Santander.

¿Cómo podía ser tan cruel? Ahora era él quien estaba al borde del llanto. ¿Tan poco le quería, que no podía esperar a perderlo de vista?

—No puedo volver a Santander —afirmó—. Natalia quiere meterme en un reformatorio; me odia. No te preocupes, que mañana me abro. Puedo buscarme la vida solo, no necesito a nadie.

—¿Y dónde piensas ir? —le preguntó su madre, asombrada. Él le habló de su proyecto londinense. Su madre lo escuchaba boquiabierta. Le dijo que estaba completamente loco, ¿cómo se le había ocurrido irse a Londres, solo? ¿Qué iba a hacer en Londres? ¿Dónde viviría? El dinero se le acabaría pronto y entonces, ¿cómo se las arreglaría?

—No tienes más que doce años, no sabes inglés... Es una estupidez sin pies ni cabeza, podría pasarte cualquier cosa, no voy a permitir de ninguna manera que te vayas a Londres —afirmó su madre—. En cualquier caso, no tienes pasaporte.

Él le informó, con calma, de que había cumplido trece años hacía dos días, sin dejar traslucir la decepción que le causaba que ella no se hubiera acordado de eso. También le dijo que tenía pasaporte, el Chino se lo había mandado hacer para enviarlo al internado de Suiza y lo llevaba consigo.

—No quiero ir a un reformatorio. Si me encierran en uno, me escaparé —amenazó en tono sombrío.

—Nadie te va a encerrar —le aseguró su madre—. Yo hablaré con tu abuelo, me ocuparé de eso. Ahora no tengo cuarenta y cinco mil pesetas, pero recibo algo de dinero todos los meses y puedo ahorrar. Le devolveré a Natalia lo que le has quitado, hasta la última peseta. Ya sé que no te gusta Santander, ni vivir con tu padre y esa... su mujer, pero... No puedes quedarte conmigo, yo no puedo cuidar de ti —reconoció de pronto y entonces, sí, se echó a llorar.

Lloraba flojito, con un llanto tenue y desconsolado, como el de un niño, la cabeza

vencida sobre la mesa, oculta entre los brazos. Él la observó consternado. Le pasó una mano tentativa por el pelo, la acarició apenas, temía el rechazo.

—Yo cuidaré de ti —le dijo en voz baja, acercando la boca a su oído, como si quisiera hipnotizarla—. Ya soy mayor. Tú no te tendrás que ocupar de nada. Iré al colegio todos los días y estudiaré y sacaré excelentes, no me pegaré con nadie y haré los deberes y también el desayuno y la comida y la cena, para que engordes. Yo haré que no estés triste, te pondré otra vez contenta, ya lo verás. Por favor, no me eches de casa —le imploró—, no lllames al abuelo. Si me llevan a Santander otra vez..., me mataré —añadió y, asustado por la enormidad de sus palabras, retiró la mano del pelo de su madre. Ésta levantó la cabeza y lo miró aterrada.

—¿Qué has dicho?

—Nada —dijo Fede. Se levantó de la mesa y llevó su plato sucio con los cubiertos a la cocina. Lavó los platos y los cacharros que había empleado su madre para cocinar, poniendo en práctica sus buenos propósitos, para demostrarle a Carmen que tenía un hijo hacendoso, que no le iba a dar trabajo, todo lo contrario. Mientras estaba en ello, apareció su madre, la mirada turbia, más pálida que su elegante camisa. Llenó un vaso con agua del grifo y, aprovechando una pausa de su insistente tos, se tragó unas pastillas que llevaba en la mano.

—Me voy a dormir —le dijo—, mañana hablaremos.

Inclinó la cabeza como para darle un beso, pero cambió de opinión y se limitó a acariciarle levemente el hombro. La vio agarrarse al marco de la puerta de la cocina y adentrarse en el salón con paso inseguro. Parecía colocada, ese *gin tonic* le había pegado fuerte. Se le antojó muy frágil, como si su delicada osamenta fuera de cristal y pudiera quebrarse al menor tropiezo, quebrarse y desaparecer, como un fantasma. Sí, su madre desaparecería pronto si él no lo evitaba.

Le agradó descubrir que Carmen le había hecho la cama. Debió de ser mientras él se duchaba, pues esa tarde se había duchado, su madre se lo había exigido y él le concedía todos los caprichos. Aunque aún era temprano, estaba tan cansado que se quedó dormido con la luz encendida, leyendo una historieta de los *Freak Brothers*. Se despertó en algún momento de la noche. Se levantó de la cama para apagar la luz y, al acercarse al interruptor, situado junto a la puerta, que había dejado entornada, le llegó su llanto. Su madre lloraba. Otra vez. Como la nuera de la vieja del tren. Era esa jodida depresión que estaba acabando con ella. No sabía cómo, pero esta vez iba a consolarla.

Tal como estaba, descalzo y desnudo, avanzó por el pasillo en penumbra y se aproximó con cautela al cuarto de su madre. No se atrevió a entrar. Permaneció fuera, en el pasillo, el oído pegado a la hoja de madera. Ahora su madre ya no lloraba, pero tosía con una tos amarga. Al cabo de un poco, se hizo el silencio. Con muchísimo cuidado y sin hacer ningún ruido, abrió la puerta y penetró en la habitación. Las cortinas de la ventana, que no estaban corridas del todo, permitían que se colara débilmente la luz azulada de las farolas de la calle. Distinguió el bulto oscuro del

cuerpo de su madre sobre la cama de matrimonio. Yacía boca abajo y parecía dormida. Caminando de puntillas, rodeó la cama matrimonial y se tendió en el lado derecho, donde solía dormir su padre. El corazón le latía con tal fuerza, que temió que su madre lo oyera y se despertara. Se echó sobre un costado, el cuerpo inclinado hacia su madre y con las yemas de dos dedos recorrió despacio, una y otra vez, su brazo escuálido. Su madre respiraba tranquila, acompasadamente. De repente, se sobresaltó, Fede notó la sacudida de su brazo.

—¿Chino? —preguntó su madre, soñolienta.

Se incorporó y dio la luz de su mesilla.

—¡Fede! —exclamó asombrada y, en un gesto instintivo de pudor, se tapó los pechos con el embozo de la sábana—. ¿Qué haces aquí? Vete a tu cuarto.

Su madre estaba desnuda y él también; los dos desnudos sobre la cama matrimonial, como en sus fantasías. Se fue a regañadientes. Lamentó que su madre hubiera encendido la luz, le avergonzaba que viera su pubis liso, su pene de niño. «Si yo ya fuera un hombre», pensó, «como el Chino, me habría dejado pasar con ella toda la noche».

Se despertó antes que su madre. Mientras esperaba a que ésta se levantara, se dedicó a registrar el armario y la cómoda de su cuarto. Entre otras cosas, descubrió en un cajón una lata de Cola-Cao que contenía su vieja colección de monedas. La examinó, por si rescataba alguna de curso legal o que tuviera algún valor, pero no encontró más que tres billetes de un dólar, uno de veinte pesos y otro de cien liras, así como algunas monedas de países exóticos (sobre todo, rupias de la India, proporcionadas por Marilis) y algunas europeas: francos, peniques, céntimos, reales, pesetas (pocas)... Ni un duro siquiera. ¡Vaya colección de mierda! Cerró el cajón de una patada, decepcionado, e investigó el fondo del armario. Allí estaba su loro, ¡qué alegría! Su viejo loro, regalo de Navidad, la última antes de la desgracia. Recordó que Carmen se mosqueó porque sospechaba que el Chino había pillado un loro robado de alguno de sus contactos de los bajos fondos. Su padre protestó su inocencia («¡te juro por mi madre que lo he comprado en el Corte Inglés de la Plaza Cataluña!»), alegando que no le podía mostrar el tique de su adquisición, porque sin darse cuenta, lo había tirado. Para Fede, su sospechoso origen hacía doblemente valioso el radiocasete. Le quitó un poco el polvo de la superficie con la palma de la mano, lo enchufó, comprobó que la lucecita se encendía y lo probó con una cinta de los Sex Pistols.

Puso el volumen al máximo. Guitarras atronadoras rasgaron el silencio. «*God save Queen*», rugía Johnny Rotten, desafinando a lo bestia. «*She ain't no human being / There is no future / in England's dreaming / When there's no future / how can there be sin / we're the flowers / in the dustbin / God save the Queen...*». Unos golpes airados en la puerta y una voz que exigía a gritos «¡baja la música!», le hicieron recordar que su madre no compartía sus gustos. Apagó el loro con pena. Reflexionó que Carmen estaría cabreada; la había despertado con los Sex Pistols. Había sido un

grave error táctico, si quería congraciarse con la idea de su presencia. Por si acaso, no osó salir de su habitación. Se entretuvo probándose su ropa vieja, que seguía apilada en los estantes y colgada en su armario, pues Carmen no había tirado nada. Todo le venía pequeño. No sólo había crecido durante ese año y medio; comprobó satisfecho que también, pese a los denodados esfuerzos de su madrastra en contra, había engordado y mucho, no le cerraba la cremallera de ningún pantalón.

Cuando al fin se aventuró a abandonar su cuarto, advirtió que la casa permanecía a oscuras y en silencio; su madre se había vuelto a meter en la cama. Levantó hasta el tope las persianas del salón, quería que la luz del sol inundara la sala. Hacía un día magnífico. Se le ocurrió bajar a la calle a comprar el desayuno para su madre y así hacerse perdonar la imprudencia de la música. Además, tenía hambre. Fue al balcón trasero, que daba al patio interior de manzana, donde estaban la lavadora y las cuerdas de tender y recogió su ropa limpia, que ya se había secado. Pero mientras se ponía los vaqueros, recordó que lo perseguía la policía. ¿Y si al ir por la calle lo detenían? Y lo internaban en un reformatorio, sin darle siquiera tiempo de avisar a Carmen. Era peligroso para él exhibirse en público, se había convertido en un hombre buscado, un fugitivo, aunque... Tenía un disfraz estupendo: vestido de mujer los maderos jamás lo reconocerían. Complacido por su astucia, volvió a engalanarse con la falda negra de estampado floral y el corpiño amarillo. Se miró en el espejo del baño, subido al váter, para poder verse de cuerpo entero. La carencia de tetas era demasiado notoria, sin ellas nunca parecería una mujer auténtica. Urdió un apaño, era un tío con recursos. Confeccionó dos bolas macizas con papel higiénico apelmazado y las adhirió con esparadrapo (no encontró *cello*) al interior del corpiño. Tuvo que despegarlas y volverlas a pegar tres veces hasta que les dio la ubicación adecuada: dos tetas perfectas, redondas y simétricas. A continuación, se encasquetó el pañuelo de Hermés en la cabeza, a modo de turbante esta vez, con las puntas metidas en los pliegues, se volvió a contemplar en el espejo y se dio el visto bueno. Secretamente, le divertía exhibirse así. Cogió las llaves de casa que su madre tenía en una cremallera del bolso, que la noche anterior había abandonado sobre el sofá (seguía guardando las llaves en el mismo sitio y el bolso continuaba siendo su viejo bolso de cuero negro con tachuelas), se metió otra vez la pasta en el calzoncillo, aunque dejó el pasaporte sobre la mesa de su cuarto, por miedo a perderlo, y, contra su costumbre, bajó al portal en ascensor, moverse con esa falda era un tormento. Ya en la calle, descubrió que la falda en verano tiene sus ventajas; una brisa muy agradable le corría por entre los muslos, refrescándolos. Caminando bajo un sol ardiente, que le abrasaba la coronilla y le empapaba el pañuelo de sudor, descendió hasta la Granja La Catalana de la calle Capitán Arenas. A medida que se acostumbraba a su indumentaria, iba contoneándose más y más. Sin hacerlo aposta, como movido de su propia inercia, el culo se le bandeaba a uno y otro lado a cada paso que daba. Era muy curioso. En la Granja se compró un paquete de Marlboro y, después de desayunar en abundancia, fumó un pitillo con fruición, aprovechando que no lo veía su madre y que no parecía

un niño, sino una señorita con turbante que podía fumar cuando le viniera en gana. Mientras, reflexionaba. Su madre le había anunciado la noche anterior que ese día hablarían, lo cual abría un resquicio a la esperanza; de alguna forma, había descartado que él se fuera hoy mismo a Santander, su larga conversación en el comedor había dado frutos, ahora sólo tenía que terminar de persuadirla de que le dejara quedarse a vivir con ella. Era lo mejor para todos. Por más que dijera Carmen, él al Chino le importaba un huevo y su padre estaría encantado de perderlo de vista. En cuanto a Natalia, sería una mujer feliz si se libraba para siempre de su insufrible hijastro. Su abuelo... Hacía más de un año que no lo veía. Lo último que le dijo fue «procura no dar problemas», recomendación que no había seguido en absoluto. Lo que tenía que hacer ese viejo era seguir soltando la pasta hasta que él fuera mayor y se ganara la vida. Estaba meditando la idea de hacerse piloto de avión, se sacaban una guita... Había dos mundos: en uno estaban su abuelo, su padre, Natalia, Anzulia y el pequeño Gabi; era un mundo bonito, pulcro y decente, de gente rubia y bien vestida, que celebraba bautizos e iba a misa; al otro mundo, mucho más modesto y hasta un poco sórdido, pertenecían él, su madre y, por ejemplo, Marilis. No ambicionaban ser admitidos en el mundo privilegiado de los ricos pijos, sólo pedían que los dejaran en paz, ¡no era tanto pedir! El viaje a Londres lo posponía para más adelante, no podía abandonar a su madre en ese trance. Se sintió animado, incluso elocuente: la convencería. ¿Qué podía llevarle para el desayuno? ¿Un cruasán? ¿Una ensaimada? Recordó que a Carmen no le interesaba lo dulce. Antes de estar deprimida, solía desayunar un buen bocata de chorizo o de jamón serrano, aunque lo que más le gustaba en este mundo, según decía, era media docena de ostras con champán. En su casa no comían ostras nunca; él sabía cómo eran por la televisión. Y tampoco bebían champán, sino cerveza, vino, *whisky*, ginebra, vodka... El Chino despreciaba el champán, decía que era bebida de mujeres y moñas.

El camarero de la Granja le indicó que tal vez encontraría ostras en la pescadería de Maestro Falla. Guardó el dinero en la mano, para evitarse el embarazo que había pasado en la Granja en el momento de pagar la cuenta; se había tenido que pegar a la barra para que el camarero no se percatara de que extraía los billetes de sus genitales. ¿Cómo se las apañaban las mujeres para vivir sin bolsillos? ¡Un bolso, eso era lo que precisaba! Tendría que agenciarse uno. Le había dado la impresión de que el camarero de la Granja lo miraba raro. Y algunas personas con las que se cruzó por la calle también le dirigieron miradas asombradas, como si fuera un ser exótico o no supieran de qué modo clasificarlo. Aunque tal vez lo observaran porque ahora era una mujer y los hombres se fijan en las tías buenas. ¿Era él una tía buena? Por si acaso, no miraba a nadie.

En la pescadería tenían en venta un par de docenas de ostras. Decidió comprarlas todas, pero cuando se enteró de su precio, se conformó con seis, que, de todas formas, no eran baratas. La pescadera le dirigió una mirada recelosa. Quizá fuera el turbante... Por lo menos le llamaba de usted; vestido de mujer, la gente le trataba con

respeto. La mujer le ponderó las ostras. «Son las últimas que me quedan. Han llegado esta mañana. Más frescas, imposible». Para demostrárselo, abrió una y la roció con unas gotas procedentes de una rodaja de limón, diciendo: «¡Mire cómo se mueve la puñetera! Parece que vaya a saltar». Se la comió con cara de satisfacción. Él la observó con horror. ¡Qué bestia! ¿Se comería también vivas las merluzas? Que las ostras no estuvieran muertas era una contrariedad. A su madre no le iba a gustar. Era muy sensible, se compadecía siempre de los animales, le preocupaba la extinción de las focas y estaba en contra de las corridas de toros y esas cosas.

—¿No las tiene muertas? —preguntó a la pescadera.

—¿Está de broma? —se ofendió la mujer—. ¡Por supuesto que no! Aquí sólo vendemos ostras vivas.

Se las llevó tal cual. Tendría que ocuparse él de matarlas. Hizo el mismo recorrido que la mañana anterior y bajó por Capitán Arenas hasta el Corte Inglés de la Diagonal, en cuyo supermercado compró una botella de champán Freixenet (le sonaba la marca por los anuncios y era el más barato). Al pasar por la sección de discos, en la planta baja, tuvo una inspiración y adquirió un LP de villancicos. Salió muy ufano con sus compras de los grandes almacenes; se había paseado tranquilamente por varias secciones con el pañuelo robado en la cabeza y no le habían pillado. Ese tipo de riesgos o de desafíos personales le insuflaban confianza en sí mismo. Lamentaba no haberse topado con ningún madero, ni un triste guardia urbano, durante el trayecto, para poder exhibirse ante sus narices con toda impunidad, él, uno de los delincuentes más buscados por la policía española... Se empezaba a sentir como el héroe de una teleserie. Los protagonistas de las teleseries suelen tener coche, pero Fede regresó a su casa en taxi. Tenía prisa, quería llegar a tiempo de sorprender a su madre.

Todo salió como había planeado; su madre todavía dormía y eso que, según el reloj de la cocina, eran las doce del mediodía pasadas. Dispuso artísticamente, en forma de círculo, las conchas abiertas, sobre una bandeja de la vajilla buena (las ostras lo merecían) y acuchilló las ostras a conciencia. Era un acto cruel, las ostras se retorcían cada vez que les clavaba la navaja. Vistió la mesa del comedor con un hule a cuadros (los manteles buenos se guardaban en el armario ropero del cuarto de Carmen), puso un servicio, plato, cubiertos y copa alta, para su madre, colocó delante la bandeja con las ostras y la botella de champán, y a un lado, el jarrón desportillado con su vistoso ramo: era una mesa muy fina, de foto de calendario. Luego puso el disco de villancicos en el tocadiscos, que afortunadamente no estaba estropeado, como la tele (la había encendido antes y sólo se veían rayas). Ya era hora de que su madre se levantara.

«¡Navidad! ¡Navidad! ¡Feliz Navidaad...!», entonaba pletórico un coro de voces infantiles, acompañado de panderetas y bandurrias. «¡Navidad, alegría, campanas de la Navidaad...! ¡Navidad! / Decidle a ese niño que no llore maás»....

—¿Qué coño es eso? —tronó su madre, que al sonido de la música apareció en el

salón como por ensalmo, arrebuja en un albornoz blanco—. ¡Quítalo ahora mismo! —exigió.

—¿No te gusta? —le preguntó Fede, afligido.

—Prefiero los Sex Pistols —replicó su madre.

Parecía de mal humor. Quizá lo de los villancicos no funcionara con todos los depresivos.

—¡Menuda vara me estás dando con la música esta mañana! —empezó a rezongar Carmen, pero se quedó callada cuando vio la mesa del comedor—. ¿Qué es esto? ¿Un banquete?

Se acercó a la mesa, excitada, y juntó las manos de puro deleite.

—¡Ostras! —exclamó—. ¡Lo mejor del mundo! ¡Ostras y champán!

Estaba entusiasmada. Abrió los brazos y lo estrechó en ellos. Lo abrazó muy fuerte, como si quisiera fundirse con Fede, eso que él llevaba un día entero esperando en vano.

—Mi niño —musitaba su madre, mientras le daba besos desordenados en la frente, las mejillas, las orejas, el cuello—. ¡Cuánto me quieres! ¡Cuánto te quiero!

Se estaba excediendo, tanta efusividad le dio vergüenza ajena. Nunca había visto a su madre así de tierna. ¡Y todo por unas ostras! De pronto lo soltó, como si hubiera hecho algo malo, y cayó en la cuenta de que iba vestido de mujer.

—¡Pero bueno! ¿Otra vez? ¿Por qué te ha dado por disfrazarte de putón? —quiso saber, entre divertida y escandalizada.

Él le explicó que era para despistar a la policía y su madre se rió.

—¿Qué te crees? ¿Que todos los policías de España llevan tu foto encima? —se mofó. Ya no estaba nada deprimida. Las ostras eran milagrosas y, puede que de alguna forma indirecta o sesgada, los villancicos también hubieran contribuido a mejorar su ánimo. Cuando su madre advirtió que las ostras estaban despanzurradas, a punto estuvo de no comérselas, pero Fede le informó de que él personalmente las había matado para ella y, por alguna razón, eso también le pareció muy gracioso. Se comió las ostras muertas un poco a desgana, abrió con estruendo la botella de champán (el tapón impactó en el techo con un golpe seco), se sirvió una copa, le sirvió a él otra y brindaron.

—¡Mírame a los ojos! —le ordenó—. No vale si no me miras mientras hacemos el brindis.

Y él la observó y se volvió a encontrar con la mirada franca, despierta y un punto desafiante que recordaba en su madre antes de que todo empezara. ¡La estaba recuperando! No le gustaba el champán, porque él no era maricón, pero se sentía tan contento, que se lo bebió. A su madre se le metió en la cabeza mejorar su disfraz.

—Así pareces un travestor —sentenció.

Fue a su cuarto y regresó al poco con una peluca negra, larga y ondulada, que se había comprado en una ocasión para una fiesta de carnaval. Despojó a Fede de su turbante y colocó en su lugar la peluca, que le dio mucho calor, pero no osó quejarse,

le encantaba que su madre se ocupara de él. Carmen le centró la peluca en la cabeza y le peinó los cabellos sintéticos con los dedos, desenredando los nudos a tirones impacientes que no le hicieron ningún daño.

—¡Estás fantástico! —le aseguró—. Pareces una folclórica. Pero sigues teniendo cara de niño, te faltan años... Mmm... ¡Vamos a arreglarlo! —propuso, y entre risas, lo condujo a empujones hasta el cuarto de baño. Sacó del armario blanco, de debajo del espejo, su ajada bolsa de lona plastificada con cremallera, que contenía sus pinturas, y rebosante de entusiasmo, se dispuso a maquillarlo. Estaban los dos bastante achispados. El proceso fue largo, porque cada dos por tres su madre tenía que interrumpir su labor por culpa de la risa, o la tos, o de ambas a la vez, y, además, su mano no era muy firme, se le torció peligrosamente la raya del ojo izquierdo, la cual, en vez de contornearlo, trazó una diagonal errática que se perdía en la sien de Fede y que su madre se apresuró a borrar con papel higiénico humedecido. A él le sofocaba la estrechez del recinto, el peso de la peluca, el foco de luz que su madre había dirigido hacia su cara, la proximidad del cuerpo de Carmen, de su olor, su sudor, sus manos que no paraban de toquetearlo, la presión de su pecho contra su espalda... Confiaba en que ella no se diera cuenta de que estaba empalmado. Se sentía en la gloria mientras su madre reía y lo maquillaba. Pensó que era como cuando el Chino y Carmen se preparaban para salir de fiesta y ella le pintaba a su padre la raya de los ojos, porque él era un manazas que le rompía la punta de todos los lápices.

Cuando terminó, su madre se apartó de él y retrocedió un poco, para contemplarlo con suficiente perspectiva en el espejo del baño.

—¡Ahora sí que pareces una tía! —afirmó con satisfacción—. ¿Sabes a quién me recuerdas? A esas gitanas que van por la calle vendiendo flores, ¿eres una morenaza!

Hasta ese momento, él había evitado mirarse; además, había estado distraído con los vislumbres ocasionales de los pechos de su madre que le proporcionaba su albornoz entreabierto, y se reflejaban fugazmente en el espejo cada vez que Carmen se inclinaba sobre él para pintarle las pestañas con el pincel del rímel, o aplicar color a sus mofletes, pero al fin lo hizo, se enfrentó a su nueva imagen y no se reconoció. Vio a una chica, una chavala pizpireta, con una desbordante cabellera negra, largas y curvadas pestañas, boca encarnada de labios reventones... Sí, llevaba razón su madre, ahora ya no era un niño disfrazado, se había convertido en una zorra. Su primer impulso fue lavarse la cara y quitarse toda esa mierda, pero Carmen propuso, eufórica:

—¡Vamos al Mokay a tomar el vermú!

Y él la vio tan radiante, que fue incapaz de decirle que no. Se fumó un pitillo a escondidas en el balcón de la lavadora, mientras su madre se vestía. Carmen apareció al cabo de un cuarto de hora, muy mudada, con una minifalda negra de cuero que le caía a la cadera, lo cual provocaba que enseñara el ombligo (podía hacerlo, seguíateniéndolo bonito) y una torerilla de color verde casi fosforescente, rezagos de su

época de joven marchosa. Pese al calor, se había puesto medias (¿también tendría marcas en las piernas?) y calzaba unos zapatos negros de tacón de aguja, estilo salón, que la elevaban varios centímetros por encima de Fede. Pero la ropa no conseguía disimular su depauperación. Le emocionó que se hubiera arreglado para salir con él, le hizo ilusión que quisiera estar guapa, su madre siempre había sido presumida, su reciente dejadez era insólita. Cuando emergieron los dos del portal, Carmen de excelente humor, con ojos chispeantes, él con un pequeño bolso indio confeccionado con retales cosidos, que ella le había prestado, colgando de su hombro derecho, le pareció que todo estaba arreglado.

En el Mokay se sentaron a la única mesa libre que había en la terraza. A Fede le molestaba el sol, le daba en la cara. Su madre pidió champán, pero le dijeron que no lo tenían en frío, de manera que se conformó con una Estrella Dorada. Él pidió una Coca-Cola y una bolsa de patatas fritas. Carmen seguía eufórica. No cesaba de parlotear, mientras bebía, tosía y fumaba, aunque a la luz del día su tos sonaba menos ominosa. Le dijo que hacía tiempo que no disfrutaba tanto como esa mañana. Llena de animación, le explicó que en cuanto se recuperara, se iba a poner a trabajar. El abuelo de Fede le iba a facilitar un empleo de vendedora de pisos en una empresa inmobiliaria de un amigo suyo. «Creo que no se me dará mal», le confió. «Tengo labia y me gusta la gente y moverme de acá para allá. Lo que no podría hacer es estar todo el día metida en una tienda, como Marilis». Le prestarían un coche de la empresa para sus desplazamientos y le pagarían la gasolina. «Cobraré a comisión, un tanto por ciento del precio. Se puede ganar un buen dinero vendiendo pisos, mucho más que de dependienta», conjeturó. Él la escuchaba, taciturno, alarmado por su volubilidad. Su instinto le decía que el optimismo desmedido que mostraba de repente su madre era artificial, tan enfermizo como su tristeza. Era como si estuviera representando un papel para Fede, diciéndole lo que suponía que él quería oír, mintiéndole a conciencia. Pese a lo que le había manifestado la noche anterior, no habían hablado de él, ni de su futuro, y eso, en vez de tranquilizarlo, le preocupaba. Ahora que su madre se sentía alegre, él se dejaba invadir por oscuros presagios. Estaban sentados el uno junto al otro, de espaldas al bar, ante la mesa de plástico rojo; enfrente de ellos se extendía una modesta plaza de arena y pavimento, la Plaza Artós, con un tobogán y un rectángulo de tierra sucia donde jugaban los niños del barrio de Sarrià. Se acordó de los domingos de antaño, cuando él era pequeño y acudían los tres, el Chino, Carmen y él, a tomar el aperitivo al Mokay antes de comer y, mientras sus padres, resacosos de la juerga de la noche anterior, sus ojeras ocultas tras sendas gafas de sol, bebían cerveza, o Bloody Mary, a sorbos perezosos y conversaban entre sí con monosílabos, él se dedicaba a dar de comer a las palomas las migas de las patatas fritas, después de haber dado buena cuenta del contenido de la bolsa. Le invadió una tremenda nostalgia. ¡Qué felices eran entonces! Su madre quería otra cerveza, pero él le indicó que ya era hora de comer, deseaba impedir que siguiera bebiendo, ya la empezaba a notar un poco ebria.

—No sé qué te puedo hacer para comer —reflexionó en voz alta Carmen—. No me acuerdo de lo que tengo en la despensa... Puede que quede algo de arroz o... puré de patatas Maggi...

—Vamos a un restaurante —le sugirió Fede—. A la pizzería, me muero de ganas de comer una *pizza*.

—Es que... No llevo dinero encima. Y es fin de mes, no cobro la paga hasta la semana que viene —se excusó su madre, con apuro—. Quedan macarrones de ayer, ¿te apetecen?

Pero Fede se mantuvo firme; irían a la pizzería, él invitaba. Su madre se escandalizó. ¡Cómo iba a invitarla él, si no era más que un niño!

—En realidad —le aclaró Fede—, no te invitaré yo: te va a invitar Natalia.

Inesperadamente, eso la convenció. En la pizzería Il Trovatore, de la calle Benedicto Mateo, los dejaron sentar de mala gana; ya eran más de las tres de la tarde y estaban a punto de cerrar la cocina. Fede pidió una *pizza* Margarita, su preferida. Su madre no acababa de decidirse y terminó por pedir una ensalada y una copa de vino. Se sintió exasperado, ¡no podía vivir sólo de alcohol!

—Tienes que comer, si quieres ponerte bien —le dijo—. Y... ¡tanto vino!, con esa tos...

Era la primera vez en su vida que regañaba a su madre, le impresionó su propia osadía. Pero Carmen no se molestó.

—No bebo tanto —protestó con humildad—. Un par de copas de la botella de champán que tú me has regalado, una cervecita en el Mokay... Últimamente no bebo nada, Fede, no me va bien con las pastillas. Es sólo ayer y hoy, porque has llegado tú. Y la tos me viene de fumar, no tiene nada que ver con el vino. Además, haga lo que haga... —dejó la frase sin terminar, la mirada perdida en el mantel—. ¡Mierda! —exclamó de repente, llevándose una mano a la cabeza—. Con todo el lío de las ostras y el champán, esta mañana me he olvidado de tomar las pastillas.

Se quedó en silencio, con expresión angustiada, lo que hacía que aún se le marcaran más los pómulos huesudos, las arrugas de la frente y del contorno de los labios. Súbitamente se levantó.

—Voy tirando para casa —le dijo—. Tengo que tomarme las pastillas.

Y lo dejó solo en la pizzería.

Fede le había devuelto a su madre las llaves, de modo que cuando regresó al piso de Río de Oro tuvo que llamar por el interfono. Su madre no le oyó, o tal vez hubiera salido. Cuando se hartó de pulsar el timbre inútilmente, se resignó a merodear por las calles hasta que Carmen diera señales de vida. Ya no le parecía divertido ir vestido de mujer, esa falda estrecha era un engorro y la maldita peluca hacía que le cayera el sudor por los ojos. Regresó a la Plaza Artós y se metió en el billar contiguo al bar Mokay. Solía frecuentarlo antes de su exilio a Santander. Era colega de Ciscu, el dueño, y se pasaba las horas jugando al fútbolín (o viendo jugar a otros, cuando no tenía dinero), a las máquinas y, en alguna rara ocasión, al billar americano, aunque no

tenía paciencia ni habilidad con el taco. Esa tarde, Ciscu no estaba, de manera que no pudo comprobar la eficacia de su disfraz, aunque por la forma en que le miraron los cuatro chavales que se hallaban en el interior del garito, enzarzados en una partida de fútbolín, comprendió que su aspecto era explosivo. Las mujeres no solían hollar ese recinto de la masculinidad. De cuando en cuando, hacia una tímida incursión alguna niña, acompañando a su hermano, o una chavalita con su novio, a quien observaba batallar con los mandos del millón en un discreto segundo plano, pero alguien tan despampanante como Fede no se recordaba en ese garito. Recibió con inquietud varias miradas lascivas. Que su madre se hubiera olvidado de él, dejándolo en la calle, le había puesto de mal humor y esa admiración indeseada acrecentó su hostilidad. Se enfrascó en su millón preferido, aquél cuya pantalla vertical representaba un salón del lejano oeste, con unas tías impresionantes, ataviadas con corsé y pistola, que lo enseñaban casi todo. Era bueno con el millón y con esa misma máquina había batido varios récords en otros tiempos. Estaba un poco desentrenado, pero a la tercera partida ya le había cogido el tranquillo. Era tal su pasión, que no tardó en perder conciencia de dónde estaba y, sobre todo, de cómo iba vestido; los chavales del fútbolín lanzaban de continuo miradas desconcertadas a esa morena exuberante que escupía entre juramentos («¡Cojones! ¡Me cago en su puta madre!»), fumaba como un camionero, el pitillo pendiente del labio inferior, mientras aporreaba los mandos y, de cuando en cuando, le propinaba a la máquina contundentes golpes de cadera para que se desencallara la bola.

Sobre las seis de la tarde abandonó el local, los dedos agarrotados de tanto pulsar los botones de las máquinas. Esa vez su madre contestó al interfono. Se excusó por haberse dormido tan profundamente que no había oído su llamada. «Es que con las pastillas me quedo frita». «Y colgada», pensó Fede. Volvía a tener la mirada ausente del día anterior y se movía con torpeza, como si le fallara el equilibrio o estuviera sonámbula. De nuevo vestía la camiseta vieja y las mallas, en los pies unas bailarinas negras, peladas y mugrientas. Le informó de que se iba a casa de Marilis, a recoger unos guisos que ésta había cocinado para ella. Cuando Fede le pidió que le dejara acompañarla, su madre se negó: no quería que Marilis se enterara de que él estaba en Barcelona, por eso se desplazaba ella a su casa. Él alegó que Marilis era su amiga y nunca los traicionaría.

—Marilis es una cotilla, no sabe guardar un secreto y yo no quiero problemas —dijo su madre, zanjando la discusión.

Temía que su abuelo le cortara el grifo de la pasta o la echara del piso, si llegaba a saber que lo estaba cobijando a sus espaldas, pensó Fede con amargura; eso, el piso gratis, la pasta de su abuelo, era más importante que él para su madre. ¿Cómo había podido imaginar que Carmen iba a permitir que viviera con ella, arriesgándose a perder esos chollos? ¡El puto piso! ¡La puta pasta! ¡Con lo bien que había empezado esa mañana...! Todo se había ido al carajo y ahora ella volvía a estar ciega de pastillas. Decidió que se marcharía antes de que su madre volviera, para evitar que se

sintiera tentada a traicionarlo por culpa de ese viejo cabrón, quien a distancia pretendía controlar su vida. Había gastado el dinero a manos llenas, sólo le quedaban quince mil pesetas. Huiría a Londres en autostop. Se liberó al fin de esas ridículas prendas de mujer y se lavó la cara con jabón cuatro veces hasta que consiguió borrar todo rastro de maquillaje.

El pasaporte no estaba donde lo había dejado. No estaba en ningún sitio. Ni sobre los estantes, ni guardado en los cajones de la cómoda o en su armario. Tampoco en el bolsillo de sus vaqueros, que su madre había colocado junto con la camiseta, primorosamente doblados, sobre el respaldo de la silla de su habitación. ¿Dónde coño habría metido Carmen su pasaporte?

Lo buscó en el salón, en la cocina, en el baño, en el balcón de la lavadora..., por todas partes. No registró la habitación de su madre hasta el final, le avergonzaba volver a entrar en ella después de la lamentable escena de la noche anterior. La cama estaba deshecha, la ropa que Carmen había llevado por la mañana se amontonaba en desorden sobre una silla. Registró los cajones de las dos mesillas de noche. El de la mesilla del Chino, situada a la derecha de la cama, estaba vacío. En el de su madre había un montón de porquerías: un par de mecheros sin gas, un puñado de horquillas, calendarios de bolsillo de años pasados, un paquete empezado de *kleenex*, una goma para el pelo, con varios pelos enredados, un recordatorio del funeral de una tal Montserrat Torres Peña (¿quién sería?), una caja de condones Durex, sin abrir, dos paquetes de Lola, tres cajas (¡tres!) de Valium, unos pendientes de fantasía, un collar roto y múltiples cuentas sueltas, así como un sobre que contenía fotos. Lo abrió; en una de ellas se veía a su madre y al Chino, abrazados y contentos, entre un grupo de amigos, con los ojos rojos por efecto del *flash* y aspecto de estar muy pedos (el Chino tenía la camisa desabrochada, una copa en la mano y una guirnalda amarilla de papel colgándole del cuello). Otra era un retrato de Carmen; le costó reconocerla, porque su madre estaba muy joven, no debía de tener ni veinte años. Llevaba el pelo recogido y tenía una expresión inocente, casi asustada. Había un par de fotos en blanco y negro del Chino; en una, éste entornaba los ojos y expelía el humo de su cigarrillo con aire interesante, como un actor de cine, en la otra, miraba a la cámara desde arriba, con desplante de chulo. Y en la última fotografía, la que más le llamó la atención, estaban Fede y su madre, solos. Se les veía de medio cuerpo, los dos con el torso desnudo y el pelo mojado; su madre lo rodeaba con sus brazos. Sonreían a la cámara y guiñaban los ojos, sin duda por efecto de la luz del sol. Sus figuras se recortaban contra un impresionante cielo azul. Él ya estaba gordo en esa foto, debía de tener diez u once años. Se la sacó el Chino en una playa de Menorca, aquel verano. Sintió deseos de robarla, pero no lo hizo, porque no quiso dejar a su madre sin ningún recuerdo suyo.

Deprisa, pues se había entretenido demasiado con las fotos, inspeccionó los estantes y cajones del gran armario ropero del cuarto de sus padres, donde de pequeño jugaba a esconderse y su madre indefectiblemente le encontraba (no era difícil, siempre se escondía en el mismo sitio). Le sorprendió comprobar que debajo

de las bragas (sólo tenía seis, sencillas, sin encajes ni nada y bastante gastadas), su madre no ocultaba dinero, ni ninguna otra cosa; tampoco el pasaporte de Fede.

Acabó por comprender que Carmen había escondido su pasaporte para que no pudiera irse a Londres. Eso le enfureció. Su madre había burlado su confianza. Había sido imprudente por su parte mencionarle el plan de su viaje a Londres o el hecho de que tenía pasaporte. Las madres se creen con derecho a disponer de las cosas de uno como si fueran suyas. ¿Acaso le cogía él sus pastillas? Ésas sí que eran malas y no su pasaporte. Estaba convencido de que el Valium era el culpable de la depresión de Carmen. No había más que comparar el excelente estado de ánimo de su madre por la mañana, cuando aún no había tomado las pastillas, con su aspecto de zombi por la tarde, cuando ya se las había metido. El cambio era radical, de ser ella misma, pasaba a convertirse en una especie de muerta en vida. Se apoderó de las tres cajas de tranquilizantes que había en el cajón de la mesilla, así como de la caja empezada que reposaba sobre la novela de Harold Robbins. Como sospechaba, en el interior del armario del cuarto de baño encontró más provisiones de Valium, otras cinco cajas. Nueve en total. ¡Menudo arsenal! Las lanzó al solar de enfrente desde el balcón de la lavadora. Cayeron trazando una elegante curva y se perdieron entre la impenetrable maleza, las latas y los cascotes del descampado, rodeado de unas tapias tan altas que era inaccesible. De niño, él se entretenía tirando pinzas a ese solar y su madre montaba en cólera cuando iba a tender la ropa y no encontraba ninguna. No tenía más que hacer que esperar a su madre. Decidió releer un libro del Teniente Blueberry, con los cascos puestos, para evitar las quejas de Carmen por el volumen de la música. Cuando se terminó la cinta de The Clash que estaba escuchando, se quitó los auriculares porque le presionaban las orejas. Oyó la voz de su madre; había regresado y estaba hablando con alguien. ¿Sería Marilis? ¿La habría traído a casa para que él pudiera saludarla? Se cubrió rápidamente con el batín de su padre y salió de la habitación. Se detuvo a mitad del pasillo. Su madre estaba hablando por teléfono, pero no con Marilis. No era una conversación cordial.

—Señor Durán, le repito que no sé dónde está Federico —decía su madre con voz tensa—. No lo he visto. Dudo que esté en Barcelona, ni siquiera sé si sigue en España. Sólo he hablado con él una vez por teléfono y...

—¿Que por qué he hablado con él? Porque es mi hijo y estoy muy preocupada. ¡No sé dónde está! Tengo dere...

—...

—¡Tengo derecho a hablar con mi hijo y ni usted ni nadie puede prohibírmelo! —insistía su madre a gritos—. Ya sé que tenemos un acuerdo, que estoy en deuda y que, si no fuera por usted, viviría en la calle, pero, si no recuerdo mal, también habíamos convenido que Gabriel se ocuparía del niño y... ¡mire cómo se ha ocupado!

—...

—No le estoy engañando y sé muy bien lo que me juego, no hace falta que me lo recuerde. Le repito que Fede no está conmigo. Hace más de un año que no lo veo —

mintió su madre con todo descaro—. Pero si usted me promete que no lo llevarán a un reformatorio, ni lo internarán en ese colegio de Suiza, creo que lo puedo convencer para que vuelva con su padre.

—...

—¿Que yo no estoy en condiciones de qué? Yo aún no me he muerto y, mientras siga viva, continúo siendo la madre de Fede. Lo que haga mi hijo desde luego que es asunto mío, mío y de su padre. Yo no tengo por qué discutir esto con usted. Dígle a Gabriel que me llame —bramó su madre y colgó el auricular de un golpe.

Él se apresuró a regresar a su cuarto. Estaba temblando y le costaba respirar. No podía pensar en claro. Su madre y su abuelo habían hablado sobre él, decidiendo su futuro a sus espaldas, como siempre, y ella había engañado al señor Durán, su abuelo, para encubrirlo, había osado enfrentarse a ese hombre poderoso... ¡Se había arriesgado a perderlo todo por él! Estaba asombrado. Su madre abrió de par en par la puerta de su habitación.

—¿Has cogido tú mis pastillas? —le preguntó.

—¿Qué? —le preguntó él a su vez, para ganar tiempo, como hacía de pequeño cuando lo cogían en falta.

—Que-si-has-co-gi-do-mis-pas-ti-llas-Fe-de-ri-co. Las nueve o diez cajas de Valium que tenía en mi mesa de noche y en el armario del baño. Ya no están. Han desaparecido. Todas. Y esta tarde, antes de irme a casa de Marilis, estaban en su sitio. ¿Me puedes decir qué has hecho con ellas, por favor? —A su madre le temblaba la voz de pura ira, pero intentaba contenerse y no gritar.

Él bajó la cabeza y no dijo nada.

—¿Fede? —su madre imploraba.

—Las he tirado —admitió.

—¿Que las has tirado?

—Por el balcón, al solar de enfrente —repuso él—. Te ponen chungo y eso no me gusta.

Su madre tardó en reaccionar. Estaba atónita, lo miró con desesperación.

—No tienes idea de lo que has hecho —le dijo—. No entiendes nada. ¡La que has armado! Primero te escapas de casa de tu padre y te presentas aquí, sin más. Ahora, esto... ¿Y yo qué hago?

Se sentó en el borde de la cama de Fede, retorciéndose las manos con expresión angustiada.

—No puedo vivir sin esas pastillas —gimió. Gruesos lagrimones le brotaban de los ojos, pero no se molestó en enjugarlos—. Las necesito. Sin ellas no duermo ni... ¡No son las pastillas lo que me pone triste! ¿Comprendes? Si no es atiborrada de Valium, no puedo soportarlo, eso es lo que me pasa, pero... ¡Qué te voy a decir! Sólo eres un niño. Me voy a emborrachar —anunció, solemne, y abandonó el cuarto arrastrando los pies.

No osó seguirla. La había cagado. Era un gilipollas. Él sólo quería que ella se

pusiera bien, pero resultaba evidente que lo único que había conseguido era que se sintiera peor. Un estruendo de cristales rotos lo sobresaltó. Acudió corriendo a la cocina. A su madre se le había caído un vaso al suelo y se había herido en la mano derecha, que le sangraba. Estaba de pie, frente al fregadero, la mano extendida para que la sangre cayera sobre la pila. Lo miró aturdida.

—Me he cortado en un dedo al recoger los cristales del suelo —le dijo, llorosa—. ¡Mira que soy torpe!

Él se dirigió al cuarto de baño, a por algodón y alcohol, pero no halló ninguna de las dos cosas. Regresó a la cocina, descolgó un trapo de su gancho y se aproximó a su madre para cubrir el dedo cortado con el paño, pero Carmen lo espantó con un grito.

—¡No me toques! No te acerques a mí. Tengo sangre.

—Ya lo veo —dijo él—. No me importa mancharme, quiero curarte. —Y sin darle tiempo a protestar, sujetó con la mano izquierda el antebrazo de su madre y con la derecha le envolvió el dedo herido con el paño.

—¡Déjame! —chilló su madre, que dio un salto atrás al contacto de la mano de Fede, de manera que ahora la sangre goteaba sobre el enlosado—. ¡Ni se te ocurra tocar mi sangre! Puedes contagiarte.

Estaba histérica. Su reacción le pareció exagerada. ¡Ponerse así por un poco de sangre! Quería ayudarla de todos modos. Se agachó para recoger los pedazos de vidrio roto esparcidos sobre el suelo, pero tampoco eso le fue permitido.

—Para ya, Fede, por favor —le pidió su madre en tono cansado—. Hazme caso, vete a tu cuarto. Yo me apaño.

Regresó a su habitación cabizbajo, con una aguda sensación de fracaso, le dolía más que nunca no ser un adulto. Estaba en lo cierto su madre, era peor sin las pastillas, se había puesto como loca. A él no le hubiera importado que le contagiara su depresión. Con lo mal que se estaban poniendo las cosas, ¡qué más daba! Se imaginó a su madre y a sí mismo, los dos deprimidos, tirados sobre el sofá del salón en penumbra, cabeza contra cabeza, llorando sin parar durante horas. Casi le apetecía la idea. Por lo menos, así dejaría de preocuparse por discurrir la manera de mejorar la situación y seguir adelante. Había cierta voluptuosidad muy tentadora en esa perspectiva de dejarse morir de pena en compañía de su madre. Pero no quiso proponérselo, porque ella estaba de un humor muy irritable. Se había sumado todo: la discusión con su abuelo, la pérdida de las pastillas, el vaso roto, la sangre... ¿Qué podía hacer él para paliar ese cúmulo de desastres, del que en gran medida era culpable?

Se vistió con sus ropas de chico, que ya no olían a tren, sino a jabón y a suavizante. Recuperó su dinero del bolso indio y lo volvió a introducir en un bolsillo del pantalón vaquero. Se dirigió al salón y se quedó a la puerta de la cocina, donde seguía su madre, sentada en un taburete, mirando a la pared, el suelo sembrado de vidrios rotos.

—Me voy a la farmacia a comprar Valium —le anunció.

—No vayas. No te lo darán sin receta —le advirtió Carmen.

Pero él no hizo caso y salió a la calle.

La farmacia más cercana, situada en la esquina de Río de Oro con Cardenal Vives y Tutó, ya estaba cerrada. Subió a pie hasta la farmacia de guardia, en la calle Mayor de Sarrià, casi tocando a la plaza. Como había predicho Carmen, se negaron a expenderle Valium sin receta médica, por más que él les juró y rejuró que al día siguiente les entregaría una; se la había olvidado en casa y su anciana abuela no podía dormir sin su somnífero... Sólo por esa vez, ¿no podían adelantarle una caja de Valium? No hubo manera, era gente insensible. ¡Si hubieran visto la expresión desolada del rostro de Carmen! Se sintió incapaz de regresar a casa con las manos vacías. Como fuere, tenía que obtener esas pastillas. Sabía de un lugar donde tal vez podría conseguirlas. Ya no estaba disfrazado; corría peligro de que lo trancara un madero y se lo llevara para adentro, pero allá donde iba no era recomendable parecer una zorra, era un antro para hombres curtidos. Le llevaría el Valium a su madre, le pediría su pasaporte y desaparecería de su vida. Empezaba a intuir que él era uno de esos héroes malditos, condenados a vagar solos por el mundo, como el Teniente Blueberry.

El viernes, a la hora señalada, Solange me recibió con efusividad en el gran salón de la casa de la Avenida del Tibidabo, al que yo, en vida de su marido, nunca había sido invitada (jamás pasé de la planta baja o de servicio; el salón se hallaba en la planta noble, el segundo piso). Me otorgaba el tratamiento de visita importante, lo cual me agradó. Ella, como siempre, iba hecha un cromo, pero muy caro y muy moderno. Llevaba varias capas de prendas superpuestas: un blusón estilo *hippy*, que recubría un vestido estampado, debajo del cual asomaban unos pantalones a rayas, como si hubieran dado aviso de huir y se hubiera propuesto escapar con todo su vestuario. Esa cálida tarde de mayo, con tanta ropa encima, debía de pasar un calor espantoso. Me invitó a una especie de merendola, que ella calificó de «tentempié», y nos fue servido por una criada uniformada, con manos enguantadas y cofia blanca en la cabeza. Eso me hizo sentir incómoda (no en vano he crecido en una familia de izquierdas), me subleva que todavía exista esa forma de esclavitud atenuada. Me entraron ganas de decirle a aquella infortunada mujer sudamericana, a la que Solange obligaba a disfrazarse de criada, que no se molestara, que yo me podía echar azúcar en el café sin su ayuda. Solange estaba nerviosa, lo cual no era raro en ella, pero esa tarde se mostraba especialmente inquieta y eso hubiera debido ponerme en guardias.

Pese a su agitación, la viuda de Maristany no parecía tener premura, al revés; daba la impresión de que estuviera empeñada en demorar la exhibición de los bocetos de Maristany, el supuesto motivo de mí premura, de tal modo que al cabo de más de tres cuarto de hora de cháchara inane, me pregunté sí no estaría equivocada y no habríamos quedado simplemente para tomar café y cotorrear como viejas amigas, porque aquella tarde Solange me hizo confidencias de las que me sentí indigna, «¿Y a mí por qué me cuentas esto?», pensaba para mis adentros, mientras ella, fumando un cigarrillo perfumado con boquilla (así de cursi era) se me quejaba amargamente de lo injusto (o quizá dijo «ingrato») que había sido su marido al hacer testamento.

—Por ejemplo —me informó, con aire escandalizado—, esta casa, nuestro hogar, donde Paco vivió conmigo los últimos años de su vida, ¡no es mía! Es de los hijos de Paco, yo sólo tengo el usufructo, no puedo vender ni una maceta, para que te hagas cargo. ¿Qué te parece?

Imagino que Solange esperaba que me hiciera eco de su ira, pero prudentemente decliné opinar; me limité a murmurar un poco comprometido «¡vaya!» y a mordisquear una galletita de color rosa, para evitar tener que hablar más.

Según me contó, los dos hijos varones que Maristany tuvo en su primer matrimonio, habían heredado más que ella, lo cual la soliviantaba. Solange había apechugado con el viejo para convertirse en propietaria de su fortuna, no en mera usufructuaria. El carcamal no había cumplido su parte del trato. Supongo que se sentía estafada. Me dijo que había puesto un pleito a sus hijastros por la herencia, «¡se van a enterar!». Mientras la cuestión se dilucidaba en el juzgado, ella estaba en

una posición muy delicada; seguir viviendo en Barcelona de prestado, en esa casa que no era suya, sino de sus enemigos, se le hacía intolerable. Necesitaba irse a París urgentemente. Tenía que respirar, ver caras nuevas, el provincianismo mezquino y maldiciente de Barcelona la asfixiaba.

—¡No te imaginas lo que van diciendo de mí los hijos de Paco! Me tildan de p... para arriba. Que si soy una bruja y una arribista y sólo me casé con su padre por su dinero, cuando todo el mundo sabe que yo me casé con Paco enamoradísima. Yo tenía otros pretendientes... Dejé mi trabajo y mi futuro profesional por él, ¡lo dejé todo! Paco ha sido el amor de mi vida —declaró con voz desgarrada, golpeando el canto de la mesa con la punta de la boquilla para mayor énfasis. «¡Qué jeta tienes!», le espeté en mi pensamiento, «¿a qué renunciaste por Paco? ¿A tener que trabajar y pagar el alquiler de un estudio como el mío? ¿Ése fue tu gran sacrificio? ¿Salir de la estrechez, para vivir como una millonaria? ¿Esperas que yo te compadezca? ¿Por qué te tengo que compadecer, por la criada uniformada o por el vestido de Jean-Paul Gaultier?». La necedad sin límites de esa mujer me irritaba. Me complacía saber que el maestro no era un viejo verde tan ingenuo como yo había supuesto; era un viejo verde, sí, pero taimado; había dejado a su flamante viuda a merced de sus hijos, quienes la detestaban, le estaba bien empleado.

Cuando Solange se lamentó de no poder vender esa mansión que tan tristes recuerdos le traía («todo en esta casa me habla de Paco»), para adquirir un apartamento en París («los precios de la vivienda en París están por las nubes, por menos de dos millones de euros no te puedes comprar nada»), exploté.

—Me gustaría ver los bocetos —le interrumpí—. Llevo un poco de prisa, tengo una reunión con un galerista a las ocho.

No sé por qué me inventé eso, tuve que hacerme la misteriosa para no revelar de qué galerista se trataba, Solange era tanto o más cotilla que los barceloneses provincianos que tanto despreciaba. Me condujo a su despachito particular (así lo llamaba ella, en diminutivo, pero resultó ser una estancia de dimensiones considerables, decorada con muebles modernos de impecable factura italiana y un cuadro de Maristany, pintado por mí, lo que no dejó de halagarme). Allí, sobre una amplia mesa de madera clara, junto a un cubilete con bolígrafos y lápices, y un sobrio pisapapeles de mármol negro, reposaba, cerrado, un bloc de dibujo. En un principio no me fijé en el bloc, porque otro objeto distrajo mi atención: las gafas de Turpin, las inconfundibles y llamativas gafas de montura blanca y forma estrambótica del atildado galerista. ¿Qué hacían allí? Descansaban en un extremo de la mesa, sobre un rimero de papeles muy bien apilados, con aspecto de facturas y extractos de banco, cerca de la lámpara articulada de metal plateado, que no hizo falta encender, pues aunque era cerca de las ocho de la tarde, entraba suficiente luz por el doble ventanal del despacho. Las vi, pero no dije nada, si bien pensé que Turpin las debía de estar echando en falta, a no ser que las llevara por pura coquetería, era tan presumido que no me hubiera extrañado. Solange tampoco hizo mención de ellas. Se sentó en la

butaca giratoria de piel negra situada a un lado de la mesa, y a mí me indicó que tomara asiento en una de las dos inconfortables sillas de depurado diseño nórdico, que flanqueaban el lado opuesto. Puso la mano derecha (¡qué manicura más fina!, ¡qué uñas más bien limadas!) sobre la tapa del bloc y entonces reparé en que no era un bloc de esbozo Clairefontaine, de doble espiral, el tipo de cuaderno que el maestro empleaba siempre para sus bocetos (blocs que, además, numeraba), sino un bloc Enri, de papel de acuarela. ¿Habría pintado Maristany esos croquis en acuarela? Lo dudaba, en sus últimos años el maestro era incapaz de pintar nada, por eso recurrió a mí, en un principio y, más tarde, a Héctor.

Cuando Solange, en un golpe de efecto, abrió la tapa del bloc y me mostró el primer esbozo, descubrí que estaba dibujado a lápiz, como los antiguos bocetos de Maristany, pero a eso se reducía la semejanza. Con un trazo pueril, incluso torpe, alguien había bosquejado tres planos rectangulares de distintos tamaños sobre el papel, que recordaban por la simplicidad de la composición, y la chapucería de la línea, esos dibujos que garabateamos sin mirar, de forma automática, sobre el revés de un sobre mientras hablamos por teléfono. Me vino a la memoria el comentario del niño del MACBA, que tanto me había enfurecido y pensé que, en ese caso, llevaba razón: ese apunte bien podía haberlo pergeñado cualquier niño y uno medianamente dotado, sin duda lo habría hecho mejor. Por lo demás, aquel torpe esquema estaba huero de indicaciones sobre colores, medidas, volúmenes, sombras y el sinfín de notas, de un pormenor exhaustivo, con que Maristany solía aderezar los márgenes de sus proyectos. (A menudo, las anotaciones se extendían tanto, que seguían por el dorso del papel. Con su diminuta e insegura letra corrida, el maestro no sólo me señalaba los tonos, el brillo o la textura del óleo; para facilitarme las cosas y por su innato perfeccionismo, me sugería con precisión qué gama de colores y qué tonos concretos debía emplear y en qué proporciones los tenía que mezclar sobre la paleta para obtener el matiz deseado).

Fruncí el ceño, pero seguí callada. Me apoderé del bloc sin pedir permiso a Solange y empecé a pasar con rapidez las páginas. El resto de esbozos era de la misma ralea. Intenté expresarlo con el mayor tacto posible, pero, por descontado, lo dije, no tenía otro remedio:

—Estos bocetos no son de mano del maestro.

Solange se puso pálida.

—¿Cómo? Eh... Bueno, mmm... —farfulló, muy alterada, observándose las uñas porque no se atrevía a mirarme a los ojos—. Digamos que... en cierto modo es así, en sentido estricto no son de su mano, los he hecho yo, pero...

—¿Cómo que los has hecho tú? —le interrumpí—. ¿Desde cuándo eres pintora?

—¡Déjame terminar! —me exigió, enojada—. Los hice yo, porque Paco ya estaba tan débil que no podía ni sostener el lápiz, ¿comprendes?, pero seguí fielmente sus indicaciones. Él se recostaba en la cama, con la cabeza apoyada en dos almohadas, y yo me sentaba a un lado, con el bloc de dibujo sobre las rodillas. Paco me indicaba lo

que tenía que dibujar y, al terminar, yo se lo enseñaba y, si no le gustaba, rompíamos el papel y volvíamos a empezar. ¿Me entiendes? ¿O quieres que te lo vuelva a explicar?

No podía evitar ser impertinente, aun en circunstancias en que le convenía mostrar al menos un ápice de humildad. Me ofrecía profusas y confusas explicaciones, como la niña castigada a su madre o a su profesora y, a semejanza de la niña cogida en falta, mentía sin parar. Me pareció insultante que me supusiera tan ingenua, o ignorante, o falta de escrúpulos como para tragarme sus embustes.

—¿Y los tonos? ¿Y los volúmenes? ¿El relieve, el brillo, la pincelada? —le pregunté, para humillarla.

—¿Qué? —me preguntó ella a su vez, anonadada, y por unos instantes se quedó sin palabras—. No sé a qué te refieres —añadió, dolida.

—Tu marido siempre me daba instrucciones sobre esos aspectos —condescendí a informarle—. Son elementos esenciales de una obra, no los dejaba a mi criterio, yo no ponía los colores que me daba la gana, ni decidía las dimensiones de las figuras o el tamaño del lienzo. Si me hubiera atrevido a hacer eso, me habría dado luna buena patada en el culo.

Era consciente de estar hablándole poco menos que en sánscrito. Me parecía increíble que Solange hubiera podido frecuentar durante tantos años el mundo de la pintura sin adquirir ningún conocimiento. Como el niño bobo del MACBA, la viuda parecía creer que la abstracción geométrica consiste en trazar rayas, más o menos rectas, sin ton ni son, y luego ponerles un precio con muchos ceros. Al igual que a todos los necios, a Solange le ponía fuera de sí que la pillaran en acto de lesa ignorancia, de manera que decidió adoptar una digna actitud de virtud ofendida.

—En cuanto a esos detalles, resuélvelos como te parezca —me concedió, magnánima, levantando la nariz—. Yo, en ese sentido, soy más liberal que Paco, creo que hay que dar un poco de rienda suelta a los discípulos.

Entre otros trucos del oficio, mi madre, profesora de instituto muy bregada, me había enseñado que, ante una salida de tono o una insolencia de un alumno, en vez de reaccionar de inmediato, me convenía morderme la lengua y meditar bien mi respuesta. En el despachito de Solange me mordí la lengua hasta hacerme daño. Me puse en pie, le agradecí el café y la compañía y le informé de que yo no trabajaba en esas condiciones. Se trastornó. Perdió la compostura. Casi me imploró. Invocó una y otra vez la memoria del maestro y la deuda que ambas teníamos contraída con ella. «¡No lo hagas por mí!», decía. «¡Hazlo por Paco!». Le dije que precisamente por no dañar la reputación del maestro era por lo que declinaba su oferta.

—No pongo en duda que Maristany te dictara los bocetos, si es que un boceto se puede dictar —le dije—, pero es evidente que no se hallaba en plenitud de facultades cuando lo hizo. Estos borradores desmerecen su obra, es mejor que se queden donde están, mi consejo es que no se los enseñes a nadie.

Era dura de pelar. Me replicó con lisonjas. Me dijo que yo era tan buena artista,

que no le cabía duda de que podría perfeccionar los bocetos y ejecutar sobre su base («o sobre la base que tú quieras») unos lienzos «maravillosos», como los que pinté en vida del maestro. Se ofreció a aumentar mi remuneración, incluso prometió pagarme los taxis de los desplazamientos de mi estudio a su casa, y viceversa, los días que durara mi trabajo. Como una niña malcriada, que no está acostumbrada a que se opongan a sus caprichos, se resistió a aceptar una negativa. Me pidió que lo meditara bien y volviéramos a discutirlo pasados unos días.

Era obvio que Solange necesitaba dinero. Yo también; yo, más que ella, andaba escasa de fondos, pero tenía mis principios. ¿Cuáles eran mis principios? Una buena pregunta, porque solían variar.

Cuando, a los doce años, me desperté una mañana de primavera y comprendí que Dios no existía, sentí una liberación indescriptible, como si me hubieran soltado de la cárcel, porque el Dios de los católicos había convertido en una prisión mi propia mente. Eso de que Dios pudiera verlo todo y hasta leer mis pensamientos me tenía agobiada. Sometía mi cerebro a la autocensura más estricta, no me atrevía a pensar con libertad por miedo a la cólera de Dios, a su castigo. De manera que esa mañana, cuando advertí que el viejo mirón de barba blanca y expresión sombría se había jubilado, mejor aún, ¡estaba muerto!, y ya no me vigilaba, me vinieron ganas de salir a la calle y propagar la buena nueva a los cuatro vientos. «¡Dios ha muerto! ¡Podemos hacer lo que nos venga en gana!». Pero no fue así. En realidad, no cambió nada. Acudí al colegio, como todos los días y, a su término, a clase de gimnasia, porque en aquel entonces era incapaz de valorar si, dado que Dios no existía, tenía o no sentido continuar practicando gimnasia rítmica.

El inconveniente de no tener Dios, es que has de decidir por ti misma lo que está bien y lo que está mal. De niña, cuando cometía una travesura, mis cristianos padres no me castigaban, sino que, con loable espíritu pedagógico, me obligaban a juzgarme, a reflexionar sobre mis tropelías.

«¿A ti te parece bien quitarle los cromos del *Libro de la selva* a tu amiga Azucena? ¿Cómo te sentirías si ella te hiciera eso?», me preguntaban y yo tenía que admitir, con la cabeza gacha, que lo que había hecho estaba mal y no, no me habría gustado nada que mi amiga me hubiera robado mis cromos, ni siquiera los que yo le había levantado a ella.

No he perdido esa costumbre de analizar por delante y por detrás todas las implicaciones y efectos de mis actos, sólo que ahora lo hago con arreglo a mi propia ética particular. Me puse en el lugar del difunto Maristany. Al maestro, los desdichados bocetos perpetrados por su mujer, usurpando su nombre, le habrían horrorizado, no me cabía la menor duda. No creo que hubiera tenido inconveniente en que yo desarrollara en lienzo —con la precisión y pulcritud que me caracterizan— unos croquis auténticos, pero esos engendros apócrifos, cuya exhibición pública sólo podía redundar en descrédito de su prestigio, jamás los hubiera aprobado. Y aunque Maristany no se portó bien conmigo, al expulsarme de su taller sin previo aviso y por

persona interpuesta, yo no quería ser cómplice de un crimen estético, mi conciencia de artista me lo reprocharía hasta la muerte. Aparte de eso, me parecía temerario poner en circulación esos bodrios, como obra póstuma de Maristany, sabiendo que los hijos de éste, en litigio con su viuda, se iban a lanzar a degüello sobre cualesquiera cuadros putativos que aparecieran en el mercado. Ese tipo de falsedades está penado con la cárcel. Yo no estaba dispuesta a arriesgar mi libertad para que Solange pudiera comprarse un piso en París, ni en ninguna otra parte. (Lo curioso del asunto era que, a los ojos de la ley, tan delictivo era estampar una firma falsa de Maristany en un cuadro de calidad, realizado con base en un esquema legítimo del difunto, como hacerlo en un lienzo espantoso, completamente inventado; a la justicia ese tipo de valoraciones estéticas le traen al paio, pero las normas de la ley estatal y las de mi moral privada rara vez coinciden).

Tenía previsto regresar a casa en taxi tras mi reunión con Solange, para conmemorar con un dispendio excepcional mi rentable encargo, pero volví en los Ferrocarrils de la Generalitat, porque, pese a la insistencia de Solange, había resuelto rechazar su oferta de trabajo.

Al día siguiente, mi amigo Víctor celebró su cuarenta cumpleaños con una fiesta en el amplio *loft* del Born que compartía con su novia. Acudí con la secreta esperanza de encontrarme con Juan y, al no verlo, me llevé una decepción. Pero al cabo de un rato, al salir de la cocina con una bandeja de canapés que había ayudado a preparar, divisé al juez junto a la mesa de las bebidas, hablando con Cheles. Lo saludé con falsa sorpresa y me pasé el resto de la noche espiando sus movimientos con el rabillo del ojo, mientras fingía estar pasándolo en grande, bailando ostentosamente, yendo de acá para allá, revoloteando por el *loft* como una mariposa (y no como una polilla, o eso quería pensar) y hablando sin cesar con unos y con otros, desplegando mi atractivo como el pavo real su esplendorosa cola, pero Juan no me hizo ningún caso. Se sentó en un rincón, alejado del barullo y de la pista de baile, conversando en discreta intimidad con mi amiga Lidia. Parecían embebidos en su mutua compañía. Habían congeniado enseguida, ¿o quizá se conocían de antes? Lidia es una chica de maneras suaves y moderado atractivo. Todo en ella es sutil y delicado; su tono de voz, sus gestos, su forma de vestir. Jamás va maquillada, ni lleva colores vivos o ropa extravagante. Tiene una sonrisa cálida y un poco tímida, se ruboriza con suma facilidad. Es la quintaesencia de la feminidad natural y tranquila, la antítesis de la vampiresa exuberante. A los hombres alternativamente les deja fríos, por ser demasiado apocada, o les entusiasma, seducidos por el fulgor tibio de su mirada. Mi temor era que el juez perteneciera a la segunda categoría.

Sudorosa tras varios bailes particularmente enérgicos, fui al retrete a refrescarme la cara y arreglarme un poco el pelo; al salir, me topé con Lidia, que esperaba tanda junto a la puerta. La cogí por el brazo y me introduje de nuevo en el baño con ella.

—Lidia —le dije—, ten cuidado con el juez.

—¿Por qué? —me preguntó, sorprendida.

—No te lo puedo decir, pero hazme caso: no es lo que parece —le contesté y me fui, dejándola muy intrigada. No sé si mi advertencia surtió efecto o, simplemente, ya no tenían más que decirse. A mi retorno a la sala, el juez estaba de pie, con una copa de vino en la mano, charlando con Víctor y su novia. Aproveché la ocasión para acercarme a ellos y anunciar mi despedida. «¿Ya te vas? ¿Por qué te vas? ¡Pero si es muy pronto!», protestaron al unísono el anfitrión y su novia, pero yo me mantuve firme en mi decisión. Entonces Juan dijo: «Yo también me iré. Te acompaño a casa». Era lo que yo quería oír, para eso llevaba maniobrando toda la noche. Cuando llegamos a la calle Joaquín Costa, me armé de valor y lo invité a subir «para tomar la última copa», aunque no tenía ninguna botella de alcohol en mi estudio y a lo único que lo podía convidar era a una infusión de manzanilla o un vaso de agua. No quiso ninguna de las dos cosas, nos fuimos directos a la cama.

Nos hicimos amantes y empezamos a vernos casi todas las noches (en su casa, más grande y mejor situada que la mía). Nuestras relaciones sexuales eran bastante peculiares. En realidad, era como si el juez me violara cada vez, pero con mi aprobación y consentimiento. Aunque soy injusta: él no me forzaba a nada, lo que sucedía era que, de mutuo y tácito acuerdo, reproducíamos en cada ocasión las circunstancias de la primera noche. Follábamos a oscuras, él siempre tomaba la iniciativa y no la soltaba hasta el final, yo me mostraba pasiva. Repetíamos el mismo rito en cada encuentro: él me desnudaba, me tendía con suavidad sobre el colchón y me adoraba. Me besaba, acariciaba y veneraba durante horas, me follaba extasiado, como si yo fuera una diosa o la mujer más guapa del mundo, como si no fuera yo. En verdad, desde un principio sospeché que Juan hacía conmigo lo que yo había hecho en más de una ocasión con otros compañeros de cama: suplantarlos en mi mente por un hombre que prefería, pero que no había podido conseguir o pertenecía a mi pasado. Creo que no puede haber traición mayor, follar con una persona fantaseando con otra, pero la perpetramos todos, porque es un delito indetectable, que cometemos en la cómoda e inviolable intimidad de la conciencia. Una de las reglas implícitas era que yo no podía hablar. Juan sí, él me decía de todo mientras me hacía el amor (era muy cariñoso), pero yo tenía que estar silenciosa: callada y pasiva, como una muñeca. (¿Acaso el juez soñaba que yo era una muñeca?). Si alguna vez se me escapaba algún suspiro, un gemido o un comentario, él me chistaba, chistaba, molesto. Lo curioso del caso era que a mí, follar así, por raro que parezca, me gustaba. Debo de ser también un poco depravada.

Quizá lo que sucede es que, en el fondo, no era (no soy) más que una chica de Valladolid, una provinciana pacata y reprimida, que fingía ser muy desinhibida ante los moradores de la gran ciudad. Me asustaba la idea de tomar la iniciativa, prefería esperar el tiempo que hiciera falta hasta que mi *partenaire* diera el primer paso. Esa reserva o mojigatería mía era causa de constantes rencillas con Marc, mi novio el

actor. Me reprochaba mi pasividad. «¿Por qué tengo que ser siempre yo?», se quejaba. «¿Es que tú nunca tienes ganas de follar?», y yo me ponía roja y no sabía dónde meterme. Esas cosas se hacen, pero no se habla de ellas o a mí no me gusta hacerlo. Marc tenía la mala costumbre de formularme preguntas explícitas. «¿Te gusta que te coma el chocho?», inquiría con franco interés y yo, aturullada, respondía con evasivas. «¡Qué cosas tienes! Eh... Sí, claro, ¿por qué no? ¿Qué quieres para desayunar, café o zumo de naranja?». A mí me gustaba follar en penumbra y en silencio, como si fuera pecado o estuviera prohibido, con un hombre que ejerciera de tal y asumiera el mando y la autoridad en nuestros abrazos. Juan compartía mi predilección, de manera que yo estaba encantada. Fuera de la cama, a la luz del día, jamás mencionábamos lo que había sucedido entre nosotros al amparo de la oscuridad.

El juez era un hombre contradictorio (supongo que, en mayor o menor medida, todos lo somos); según y cómo, podía parecer espontáneo, impulsivo, incluso irreflexivo, pero, por otro lado, era extraordinariamente disciplinado y metódico. Madrugaba mucho, a las seis y media de la mañana saltaba de la cama (yo me expandía, feliz, ocupando todo el lecho, y me quedaba durmiendo un par de horas más) y, cada día, antes de ducharse, afeitarse y desayunar, se enfundaba en un chándal y se iba a la calle a correr, aunque lloviera o helara (de ahí su cuerpo firme y musculoso). Por la tarde, al regresar del juzgado, se metía en su despacho y pasaba horas estudiando asuntos, o redactando disposiciones y sentencias. Muy a menudo trabajaba también los fines de semana. Aunque en público solía bromear acerca de su profesión y quitarle importancia, en privado se la tomaba con toda seriedad. Vivía dedicado a su trabajo, lo cual me causaba irritación, porque en la disyuntiva de pasar un rato conmigo o encerrarse en su despacho, solía elegir lo último y eso me exasperaba.

—¿Para eso te has hecho funcionario? —le increpaba—. ¿Por qué te matas a currar, si haces lo que haces vas a cobrar lo mismo?

Él se reía de mí y seguía trabajando.

Siempre me ha parecido sospechosa la apología cristiana del altruismo; tiene trampa, pues, bajo la supuesta generosidad desinteresada de los cristianos, subyace un tremendo interés, una ambición sin límites: el premio de la eternidad. Al católico, Dios le promete vida eterna y feliz si hace puntos en vida siendo bueno. Pero si un día el Papa anunciara *urbi et orbi* que ha sido todo un inmenso error, no hay otra vida tras ésta y, señores y señoras, siento comunicarles que aquí se acaba todo, ¿qué sucedería con los catecismos? Si no hay premio ni recompensa, ¿para qué ser bueno? Así que no veía mérito alguno en el desprendimiento y la entrega al prójimo de mis piadosos progenitores; sólo el ateo puede ser de verdad altruista, pues no espera nada a cambio (eso defendía en mis años mozos, para consternación de mi pobre madre). Y era eso lo que despertaba mi admiración y, a la vez, me repelía en Juan: su generosidad, su absoluta dedicación a la causa de los niños y jóvenes delincuentes,

sin premio ni condiciones.

Se comportaba como si tuviera la certeza de que la vida, el futuro de esos chicos dependiera de sus decisiones. A veces tenía la impresión de que su empeño no era aplicar la ley, sino sustraer de sus efectos a los menores que juzgaba, protegerlos de ella. Yo percibía en su actitud un tufo a mesianismo que no me acababa de gustar, siempre he recelado de los misioneros y los iluminados, esos seres elegidos que creen que han venido al mundo con una misión: cambiarnos a los demás. Juan se devanaba los sesos buscando la solución idónea para sus asuntos y podía pasar noches en vela debatiéndolos en su cabeza (sufría de insomnio con cierta frecuencia). Recuerdo un caso que lo consumió.

Un par de jóvenes de diecisiete y dieciséis años, rateros y vándalos ocasionales, violaron a una adolescente de quince años en un descampado; primero la golpearon, luego la obligaron a practicarles una felación y la penetraron vaginal y analmente (con un palo), tras lo cual la abandonaron, sangrante y medio muerta. Todas esas vejaciones fueron filmadas con la cámara de vídeo de su móvil por otra chica, de quince años, condiscípula de la violada y novia esporádica de uno de los gamberros. Cuando Juan me lo contó, yo solté, «es peor la chica que ellos», pero él no estuvo de acuerdo. Opinaba que los chicos debían ser recluidos en un centro de internamiento, pero la chica no.

Yo sostuve que esa niña era monstruosa. Los chavales, que ciertamente no eran unos angelitos, al menos tenían la disculpa de actuar movidos por la lujuria, pero la mirona perversa que, en lugar de socorrer a la víctima o avisar a la policía, grabó fríamente en vídeo esas atrocidades para regodearse más tarde con su visión, merecía cadena perpetua. El juez se enfadó conmigo. Me acusó de ser como todos. Defendió que la mayoría de la gente, ante la transgresión o el delito, clama por el castigo, aunque no sirva para nada, ni repare el daño sufrido, espoleada por un rencor estéril, aplicando aquella regla cruel y atávica que reza: «ojo por ojo y diente por diente» y «el que la hace, la paga», que viene a ser lo mismo. Son esos mismos probos ciudadanos que, en el siglo XIX, se peleaban por el mejor puesto ante el patíbulo en las ejecuciones públicas. «¿Acaso quitarle un ojo a tu agresor te devuelve el tuyo?», me preguntó (pregunta retórica que no me molesté en contestar). Arguyó que encerrar a esa chica durante años no tendría otro efecto que el de convertirla en una delincuente de forma irremisible. Esa niña, me dijo, no sabía lo que hacía, era demasiado inmadura para asimilar la gravedad de sus actos. Estaba enamorada de uno de los energúmenos y creía que obedeciendo ciegamente a su ídolo, se aseguraría su amor. Por lo visto, procedía de una familia «disfuncional», como dicen los sociólogos: padres separados, el padre afincado en México, con su segunda mujer, la madre internada en un psiquiátrico, presa de un delirio que la llevaba a sostener que esa niña no era su hija, ya que le habían dado el cambiazco en el hospital al dar a luz, por lo que se negaba a verla. La niña vivía con su abuela materna, una buena mujer, pero anciana, a quien las circunstancias habían desbordado. El único vínculo afectivo

en la vida de la adolescente era el que había desarrollado con el adolescente violador y se aferraba a él con uñas y dientes. Me fastidió este tipo de justificación sentimental. Muchos otros niños han sobrellevado «infancias difíciles», criándose en ambientes infernales, y no por ello se dedican a grabar violaciones en vídeo. Esa niña era mala y un peligro para la sociedad, la cual tenía todo el derecho de defenderse de ella poniéndola fuera de circulación, y así se lo manifesté a Juan.

Se revolvió como un león. Argumentó que no es justo que algo que hiciste sin uso de razón, arruine para siempre tu vida, por grave que sea la falta que hayas cometido. «Un error, un mal paso, no te convierte para siempre en un diablo. El hombre cambia, ¡ya no digamos el niño!», afirmó, y yo pensé, «habla como un predicador, me está sermoneando». Me recordaba a mi padre.

Juan pretendía que la niña permaneciera en libertad, aunque vigilada. Su pena consistiría en horas de asistencia y trabajo en un centro de mujeres maltratadas, para que se hiciera cargo del daño ocasionado y, de algún modo, lo reparara. El problema era que no había medios institucionales para poner en práctica esas sanciones, resultaba más barato y expeditivo encerrar a la menor. Me confesó que había recibido presiones de todas partes, tanto de los políticos, como de la propia administración de justicia, para imponer una pena severa a la quinceañera, una condena «ejemplar» que pudiera publicarse en los periódicos, pero se resistía a ello. Yo argüí que no tenía ninguna garantía de que esa niña, gracias a su clemencia, se fuera a reformar, para transformarse en una ciudadana ejemplar.

—Al contrario, la impunidad la envalentonará y cometerá barbaridades aún peores. No vale la pena que te quemes con todo dios por esa pájara. Yo creo que no le sentará mal una temporadita en un centro de menores para enterarse de lo que vale un peine, y así su abuela tendrá unas vacaciones —dije con despreocupación, llevada de mi amor por la polémica, que en otros tiempos exasperaba a mi padre (le llevaba sistemáticamente la contraria por puro gusto del debate). A Juan no le sentó bien ese comentario mío; no dijo nada, pero me miró con aborrecimiento, lo cual me alarmó: nunca antes me había mirado de ese modo. Se fue del salón dando un portazo y al poco regresó. Estaba muy alterado.

—Con que haya una posibilidad entre cien de que esa chica enderece su vida, vale la pena mi esfuerzo —afirmó con voz ronca y, sin darme ocasión a replicar, se recluyó en su despacho.

Se relajaba escuchando música clásica. Tenía una abultada colección de discos de vinilo (despreciaba los CD y el Mp3, sostenía que distorsionan el sonido), y un tocadiscos en la sala y otro en su despacho. Se ponía los auriculares, cerraba los ojos y pasaba horas absorto en la música. Supuse que eso era lo que estaría haciendo en ese momento.

Fue nuestra primera discusión seria, ¡por un asunto de trabajo! Menuda estupidez. A mí ni me iba, ni me venía, lo que le sucediera a esa niña. ¿Por qué me había enzarzado en esa disputa absurda, que tanto había perturbado a Juan? Se lo había

tomado muy a pecho, como algo personal. Quise disculparme y con ese propósito me dirigí a su estudio, pero me quedé en la puerta. No llamé, ni entré. No osé. No sabía cómo iba a reaccionar él; pese a que dormíamos juntos todas las noches, apenas lo conocía, me di cuenta de eso con sorpresa.

Nos reconciliamos durante la cena. Un estertor me despertó a medianoche. Encendí la luz. Juan estaba de pie, fuera de la cama, boqueando, el rostro congestionado. Le faltaba aire, se ahogaba. Emitía unos gemidos estremecedores, temí que muriera allí mismo. Lo peor era no saber qué hacer, cómo ayudarlo. Salté del lecho y le puse una mano en el hombro, pero me apartó, como si fuera algo que tuviera que resolver él solo. Y así fue; al poco, recuperó la respiración y se calmó. Yo no, yo seguía muy asustada. Le propuse que fuéramos de urgencias al Hospital Clínico, cercano a su casa, pero me aseguró que no era necesario porque ya se le había pasado el ataque. Al parecer, le había sucedido otras veces. Se despertaba sin respiración, pasaba unos segundos atroces y luego se recuperaba.

—Es la ansiedad. Hay a quien los nervios le provocan una úlcera, yo me asfixio —dijo.

Se volvió a dormir enseguida, yo no pude.

Temía una llamada telefónica de Solange para persuadirme de que colaborara en su torpe estafa, pero quien me llamó fue Turpin. Eso me irritó. «Son unos cretinos», pensé, «suponen que Turpin, por ser alto y varón, tendrá éxito donde Solange falló». Le contesté con sequedad:

—¿Para qué me llamas?

Se apresuró a aclararme que no era por el asunto de los bocetos.

—Es cosa de Solange, yo no tengo nada que ver con esa historia. Te llamo por otro proyecto, completamente legal, que creo que te interesará más —me dijo, y el corazón me dio un vuelco. ¿Iba a ofrecerse a ser mi marchante? ¿De qué otra cosa podía tratarse? Me sentí muy excitada. ¡Por fin! En mi euforia, elegí no recordar que no tenía obra alguna que encomendarle. Sin nada que vender, ¿para qué quería un marchante? Desde mi punto de vista, el proceso era a la inversa; primero había que conseguir un marchante y, después, pintar los cuadros, con la esperanza de poder colocarlos, pues estaba harta de emborronar lienzos que nadie quería y se acumulaban, criando polvo, en el trastero de la casa de mis padres de Valladolid. Con un marchante contratado, me pondría las pilas y pintaría a destajo.

No obstante, el lunes por la mañana, de camino a su oficina, donde habíamos quedado citados, esa cuestión me causó no poca angustia. Resolví que si Turpin mostraba interés en ver cosas mías, el fin de semana siguiente iría a Valladolid (mi madre llevaba más de un mes reclamándome una visita) y rescataría del trastero de la casa familiar la obra de la que menos me avergonzara. La oficina de Turpin ocupaba una parte de su casa, un amplio piso modernista, ubicado en la calle Diputación, con

uno de esos inacabables pasillos con suelo de mosaico, característicos de las fincas del Eixample, que lo dividía en dos alas simétricas. La parte dedicada a oficina comprendía una espaciosa sala, con una galería de vidrio emplomado, que daba al patio de manzana. Cubría el suelo una magnífica alfombra oriental y los escasos muebles (la decoración era minimalista) eran antiguos y de muy buen gusto. En los techos, altos, resaltaba un estucado con molduras de pan de oro. Me sorprendieron las paredes desnudas; no había un solo cuadro, ni tampoco esculturas. Como si adivinara mi extrañeza, Torpin me informó de que su «modesta» colección pictórica, «muy heterogénea», se concentraba en la parte del piso dedicado a vivienda. «No quiero que nada me distraiga mientras trabajo», declaró. Llevaba puestas unas gafas distintas de las que le había visto en las otras ocasiones. A punto estuve de informarle de que sus gafas de montura blanca se las había dejado en casa de Solange, pero me contuve a tiempo. Él debía de saberlo y, en cualquier caso, no era asunto mío. Las gafas nuevas eran muy discretas, redondas, con una fina montura metálica. Le cambiaban la cara, adquiría un continente grave, intelectual. Iba vestido con una elegante camisa de seda gris de cuello Mao, que le caía por encima del pantalón. No pude evitar que me sirviera un té negro de Ceilán. «Lo he comprado para ti —me dijo—. Sé que te gusta». Él bebió agua. Era una entrevista de trabajo y, aunque en un extremo de la sala había un sofá blanco, muy invitador, con dos butacas gemelas, tomó asiento tras su enorme escritorio de caoba. Yo me senté al otro lado, en una silla sospechosamente baja, que me hizo sentir inferior, como el aspirante a un empleo frente a su presunto jefe. Tenía preparada una respuesta diplomática por si mencionaba el asunto de los bocetos de Maristany, pero Turpin no hizo ninguna alusión a eso. Me dijo que de la conversación que mantuvimos en el hotel Omm recordaba un comentario que le hice sobre mi afición a copiar cuadros de pintores clásicos. Mencionó que ésa era una disciplina insoslayable en los aprendices de pintor del siglo XIX que, por desgracia, en la actualidad se había perdido casi del todo. Eran pocos los artistas contemporáneos capaces de copiar un cuadro de Velázquez, él podía citarme nombres de artistas afamados que no sabían dibujar o pintar de manera realista.

—Para poder deconstruir, primero hay que saber construir; de lo contrario, no se deconstruye, se destruye —sentenció, evidentemente satisfecho de la sandez que acababa de proferir.

—Estoy completamente de acuerdo contigo —le aseguré—, es lo que yo digo siempre.

Abrió un cajón del escritorio y sacó un sobre blanco, de tamaño folio, del que extrajo dos fotografías de sendos cuadros. Me los mostró. Eran dos óleos de distintos pintores, o eso me pareció. Uno era un clásico bodegón, el otro un paisaje rústico con tres campesinos: una muchacha, un anciano que se apoyaba en un cayado y un mozo con una azada al hombro y tocado con una barretina. No era preciso ser muy sagaz para deducir que era obra de un pintor catalán. Por el estilo, parecían pinturas modernistas, de principios del siglo XX.

—¿Podrías hacer una copia de estos cuadros? —me preguntó Turpin.

—¿Sobre estas fotos? —inquirí.

—¡No! Con base en los originales, por descontado. El bodegón es de Isidre Nonell. El paisaje con figuras, de un contemporáneo suyo, Llimona i Bruguera, no sé si lo conoces.

Le dije que a Nonell lo conocía, al otro no. No me gustaba ninguno de los dos cuadros, pero me lo callé. Le aseguré que podría copiarlos. Pensé que la dificultad técnica que entrañaban era muy inferior a la de un cuadro de Velázquez; lo que no quise recordar era que mi destreza para copiar cuadros de Velázquez, o de cualquier otro pintor clásico, estaba por demostrar, aunque ante Turpin me hubiera jactado de lo contrario. Lo más peligroso de mentir, es que en ocasiones acabas por creerte los propios embustes, y eso me sucedió esa mañana. Copiar a Nonell, decidí, estaba chupado, podía hacerlo con los ojos cerrados.

Turpin me explicó que esos cuadros pertenecían a la pinacoteca privada de una familia de la alta burguesía barcelonesa, propietaria de una espléndida colección de pintores modernistas catalanes, proveniente del bisabuelo del actual dueño, quien en su tiempo actuó de mecenas de varios de los pintores representados en la colección y cobraba en especie. Me dijo que los óleos cuyas fotos me había mostrado adornaban los salones del palacete barcelonés del siglo xv, donde residían esos ilustres burgueses, quienes, alarmados por la reciente oleada de robos de obras de arte en domicilios privados, habían decidido encargar copias de los originales, para colgarlas en su lugar y poner éstos a buen recaudo en la caja de seguridad de un banco.

—Ni que decir tiene que esas copias han de ser perfectas, indistinguibles de sus originales salvo a los ojos de un experto —me advirtió Turpin.

Acepté el reto. Me ofreció cuatro mil euros por las dos copias, un precio modesto, pero no regateé. Hubiera realizado gratis ese trabajo; me permitiría adiestrarme en el difícil arte de la copia y prepararme para mi ambicioso asalto a Velázquez. En ocasiones, cuando atravieso una racha de contratiempos, sospecho que Dios existe y me tiene manía; esa mañana, comprendí que era una de sus elegidas.

Fede tomó un tren de los Ferrocarrils de la Generalitat en la estación de Sarrià, y se apeó en la parada de Plaza Cataluña. La Rambla de Canaletas siempre le había parecido un paseo fascinante y más a esa hora, en que las familias con niños ya se habían retirado, las farolas salpicaban el pavimento de charcos de luz anaranjada, un guirigay inquietante surgía de detrás de las puertas cerradas de los quioscos de animales y los escasos transeúntes caminaban ensimismados, no curioseando distraídos como los turistas de los domingos por la tarde. Vio hombres de aspecto feroz, marineros negros y orientales, de andares patibularios; mendigos que discutían con acritud entre ellos, un tetrabrik de vino barato en la mano; putas viejas, que parecían perdidas en ese espacio tan grande; belicosos guiris rubios, sin camiseta, que exhibían con orgullo hombros y brazos tatuados con anclas, sirenas lascivas o telas de araña... Dudaba que existiera una calle tan internacional en ninguna otra ciudad del mundo, ni siquiera en Londres. Caminaba con las piernas muy abiertas, convencido de que su calvicie y su gordura atenuaban de algún modo su bisonñez y le conferían un aire rudo, que procuró reforzar encendiendo un pitillo al internarse en la calle Hospital. Dobló en la esquina con San Jerónimo. La calleja estaba casi a oscuras, el ayuntamiento sólo derrochaba electricidad en las rutas turísticas. Era tan estrecha, que los tendederos de las casas se proyectaban sobre la calzada y topaban con los de los balcones de enfrente, configurando una especie de emparrado urbano; por encima de su cabeza, en lugar de racimos de uva, pendían hileras de pantalones, calzoncillos, camisetas, baberos y bragas, colgados a secar. Conjeturó que un jugador de baloncesto podría alcanzar la ropa tendida con sólo alargar un brazo. El cigarro entre los labios, el gesto displicente y los ojos entornados por causa del humo, que le molestaba, entró con indolencia en el Pitirítí. Se sentía asustado, pero procuró disimularlo.

El bar se le antojó más pequeño y cutre de lo que lo recordaba. También más vacío, sólo había tres parroquianos, que miraban con expresión aburrida la pequeña tele, en blanco y negro, empotrada en lo alto de la pared, a la derecha de la barra. Detrás de ésta, el dueño, un hombre fornido, de pelo muy oscuro y camisa azul arremangada, que le permitía exhibir unos gruesos antebrazos negros, tan denso le crecía el vello, terminados en dos manos peludas como garras, limpiaba vasos con semblante huraño. De pie, apoyado en la barra, junto a la pared del fondo, reconoció a quien andaba buscando, al hermafrodita, ese ser misterioso e indefinido, que tanto podía ser hombre como mujer y quien tal vez viviera allí, pues era un elemento permanente del Pitirítí, del mismo modo que las mesas de sucios hules floreados y la rala cortinilla de abalorios grasientos que separaba el bar del pasillo, en cuya pared derecha se escondía un váter infecto. El dueño le dedicó una mirada sombría y le advirtió:

—Cierro en media hora.

—Vale, jefe —le dijo Fede, imitando a su padre, quien otorgaba el rango de jefe a todos los camareros, y se encaramó a un taburete arrimado a la barra. A la pregunta sin palabras que a continuación le formuló el hombretón con la mirada, respondió:

—Una birra —así, secamente, sin por favor, no era lugar para mariconadas.

—San Miguel —le informó el dueño en tono inexpresivo.

—Guay —aprobó Fede, emulando su laconismo, secretamente aliviado de que su edad y su derecho a beber alcohol no hubieran sido cuestionados.

Mientras el hombre le servía una caña de barril con el tirador, Fede se decidió a volver la cabeza a su izquierda, hacia el andrógino, quien no era calvo del todo, pues una fina pelusa rubia recubría su cráneo rosado. El hermafrodita, los dos codos hincados sobre la barra, parecía enfrascado en la lectura de un Mundo Deportivo, lo que le hizo concluir que era más hombre que mujer. Aun sin levantar la cabeza, pareció notar la atención de Fede y le miró de refilón de modo poco amistoso. Tuvo que armarse de valor para abordarlo.

—Hola —le saludó—, no sé si se acuerda de mí. Soy el hijo del Chino.

El misterioso ser despegó de mala gana los ojos del diario y lo observó sin curiosidad.

—No pareces chino —le dijo, con una voz que para mujer era grave y aguda para hombre, también en eso ambiguo.

—Mi viejo no es chino —le aclaró Fede—, es normal, como usted..., como tú y como yo. Lo de Chino es... es... —buscó inútilmente en su memoria una palabra que no figuraba en su vocabulario y concluyó con torpeza— es como le dicen todos. Como este barrio, que es el barrio Chino, pero yo no veo chinos por ninguna parte.

El hermafrodita lo escuchó con indiferencia y volvió a sumergirse en su lectura. Fede comprendió, con sorpresa, que no sabía quién era su padre. Tenía la impresión de que el Chino era alguien que se hacía notar allí por donde pasaba, un tío popular, con carisma, y sin embargo, en el Pitirítí ni siquiera el camello, del que era cliente, le recordaba, pese a que en el pasado, cuando él había visitado el bar acompañando a su padre, ese individuo epiceno se deshacía en sonrisas y se ruborizaba con los comentarios del Chino, un encantador de serpientes pitón, según calificativo de Marilis. Con él no era tan simpático. Para ganarse su voluntad, le ofreció una caña.

El hermafrodita arrugó la nariz y movió la cabeza, la boca plegada en una mueca de repugnancia.

—No me gusta la cerveza —dijo—, me hincha la tripa.

—La señorita sólo bebe anís, anís del Mono. ¿Verdad, cariño? —intervino el dueño del bar, que aunque parecía absorto en la pantalla del televisor, no perdía comba de su conversación. El andrógino no pareció molesto por el tono burlón; se encogió de hombros en un gesto muy femenino, aleteó varias veces, con suma rapidez, sus casi invisibles pestañas, de tan claras, y le preguntó a Fede, con voz susurrante:

—¿Me invitas a un pitillo?

Fede se apresuró a sacar su paquete y tenderle un cigarro, que encendió galante con su *zippo*. Obedeciendo a un gesto suyo, el dueño del Pitirítí puso una copa de anís sobre la barra, delante del corpulento hombre-mujer, quien con su cabezón liso, lampiño rostro mofletudo y atavío consistente en una amplia camisa multicolor, de estampado de palmeras y playas californianas, cuyos faldones le colgaban sobre unas descoloridas bermudas grises, parecía cualquier cosa menos una señorita. Animado por la caña que se acababa de beber y por la nueva disposición, casi cordial, del ser ambiguo, Fede se inclinó hacia él y le preguntó al oído:

—¿Tienes Valium?

—¿Qué?

Era un poco sordo. Fede tuvo que repetirle la pregunta tres veces hasta que la entendió.

—No trabajo con eso —le informó desdeñoso el andrógino—. Lo venden en las farmacias.

Fede le explicó que ya había probado en una, pero le exigían receta, de la que carecía. El hermafrodita se frotó una ceja con un dedo gordezuelo y le dijo:

—Puedes probar donde la señora Vargas, es como un supermercado, lo que no tenga ella, es que no existe.

—¿Dónde vive? —le preguntó Fede, muy interesado.

—En el campo de la Bota.

La respuesta lo desinfló; eso quedaba en San Adrián, Por la Mina, demasiado lejos. El andrógino advirtió su desánimo.

—Mira a ver en la Plaza Real —le sugirió—. Allí pulen cualquier cosa. Pero ni se te ocurra pillarles ful, es pura gena. Yo sí tengo calidad —añadió en tono confidencial y se bebió el anís de un trago; una señorita jamás lo hubiera hecho.

A sus trece años, Fede nunca había estado en la Plaza Real, era un chico de Sarrià. Se había asomado una vez con su padre, en la Vespa, de paquete, pero eso era todo. Llegó en cinco minutos, estaba muy cerca del Pitirítí, sólo que al otro lado de la Rambla. Le pareció enorme. Un espacio rectangular, salpicado de palmeras altas y esbeltas, con una fuente en el centro y pavimento de piedra. Había soportales en los bajos de las casas, de altos ventanales y fachadas planas, pintadas de color amarillo. Todo era viejo en la Plaza Real, meterte allí era retroceder varios siglos, al igual que en el resto del barrio Gótico, ese dédalo de callejuelas oscuras, con suelo de adoquines, siempre atestadas de gente. A él le hubiera gustado tirarlo todo abajo y sustituirlo por avenidas anchas y modernas, con edificios de hormigón y acero, altísimos rascacielos de impenetrables vidrios de espejo, como las Ray-Ban de un picoletto. La iluminación era tenue en la plaza y la de los soportales procedía de los bares y garitos que los ocupaban, de donde brotaba música machacona, que se mezclaba con el murmullo de las conversaciones de los noctámbulos arracimados en torno a las mesas de las terrazas. No se podía negar que en la Plaza Real había mucho ambiente, tanto, que se sintió intimidado, pero no podía abandonar su pesquisa y

volver a casa, no sin el Valium.

Se quedó indeciso en la entrada, junto a una farola decimonónica de hierro forjado. Unos ingleses borrachos, descalzos y en pantalón corto, se disponían a introducirse en la taza de la fuente con gran alboroto. No tardaron en aparecer dos maderos, que debían de estar ocultos bajo una arcada. Al verlos, Fede se alarmó y, aprovechando que los policías se hallaban ocupados con los guiris, procurando disuadirles de su antirreglamentario baño, se refugió en el soportal más oscuro. Como si le hubiera estado esperando, un bulto escurridizo se apartó de la pared y le susurró:

—¿Quieres costo?

El camello era de su misma estatura y poco mayor que él, tendría quince o dieciséis años. En su compañía se sintió relajado. Le preguntó si tenía Valium y el chaval, un tipo nervioso y flaco, de nariz aguileña y pómulos chupados, que como un ave inquieta rastreaba la plaza con sus ojos saltones, moviendo la cabeza a derecha e izquierda, le respondió que no. A continuación, le ofreció speed y tripis, que Fede rechazó. Cuando ya se alejaba, el chico se pegó a él y le dijo:

—Sé de uno que igual tiene eso que quieres.

Con pocas esperanzas, lo siguió; no tenía nada que perder. Desanduvieron el camino que él acababa de hacer y, por un momento, temió que el camello lo condujera de nuevo al Pitirítí, pero torció en la calle San Pablo, antes de llegar a Hospital. Se metieron en la tercera bocacalle a mano izquierda, llamada San Ramón, sucia y angosta, con peste a orines, como la mayoría de los pasajes del barrio Chino.

El chaval se detuvo ante una casa que, de tan deteriorada, amenazaba ruina. El revoque de la fachada estaba negro de mugre, con numerosas desconchaduras y grietas tan pronunciadas que cabía un puño en ellas; había redes de plástico extendidas bajo los precarios balcones, reforzados con puntales. Su compañero pulsó un timbre del interfono y la puerta de entrada se abrió, accionada por un mecanismo singular: una cuerda atada al picaporte, que subía por el hueco de la escalera hasta los distintos pisos, desde donde tiraban de ella. Ascendieron por la empinada escalera, con mellados peldaños de altura imprevisible. En el rellano de la tercera planta, les salió al encuentro una niña regordeta de pelo negro, calzada con unas chanclas, en bragas y camiseta; las bragas eran rosas y la camiseta de tirantes ostentaba un estampado de corazoncitos del mismo color. El camello la saludó.

—Hey, Lorena, ¿está tu yayo en casa?

La niña, a modo de respuesta, formó un globo rosado con el chicle que tenía en la boca y se apartó de su camino. La puerta del piso que iban a visitar estaba entreabierta.

Fede no esperaba tanto lujo y confort después de los puntales en la fachada y los escalones desportillados. A otro, la decoración de ese piso le podría parecer abigarrada y hortera, él la encontró acogedora. El suelo era de parqué, nuevo y reluciente (aún se olía la cera). La sala a la que entró, precedido del camello, estaba dominada por una enorme televisión en color, con mando a distancia, de esas que él

sólo había atisbado, la nariz pegada al cristal, desde detrás del escaparate de las tiendas de electrodomésticos. Los muebles, de madera taraceada, tenían una misma línea y formaban parte de un conjunto, como los que anuncian en los folletos de las tiendas de decoración, «comedor estilo rústico», o algo similar, lo que juzgó de un gusto exquisito. En las estanterías no había libros, pero sí muchos retratos de familia con historiados marcos de plata y cachivaches de todo tipo. Una vitrina, encajada en un rincón, custodiaba una colección de pastores, pastorcitas, bailarinas flamencas y figurillas de animales de cristal pintado. Una virgen, rodeada de flores, vestida con suma elegancia, el pecho acribillado de saetas de plata, bendecía la habitación desde el interior de una hornacina abierta en una esquina. Los brazos de los sillones y del sofá que integraban el tresillo de cuero marrón, orientado a la omnipresente tele, estaban recubiertos de tapetes de ganchillo. ¡No faltaba detalle! Desde la cocina llegaba un penetrante olor a tortilla de patata, que le hizo recordar el hambre que tenía. Un niño de seis o siete años, en pijama, veía la tele echado en el suelo, en compañía de la niña llamada Lorena. Cerca de ambos gateaba un bebé vestido sólo con el pañal blanco. Le hubiera gustado sentarse con ellos a esperar la cena, contemplando la serie americana que llenaba de ruido y excitación la pantalla, en la que un poli negro, parapetado detrás de un coche atravesado en la calle, disparaba a los malos, que eran blancos, en algún suburbio de Los Ángeles o Nueva York. Pero él estaba allí para asuntos serios. Un viejo tripudo (parecía embarazado) de unos sesenta años, ataviado con una camiseta blanca y un pantalón rayado de pijama, con un fino bigote gris y el pelo rizado completamente blanco, se levantó, no sin trabajo, de uno de los dos sillones y los observó en silencio.

—Buenas noches, señor Germán. Vengo a visitarle con este colega —le dijo el camello en tono educado, pasando un brazo sobre el hombro de Fede, como si fueran amigos de siempre.

—Hola, Jero —saludó ceñudo el viejo y miró con suspicacia a Fede.

—Tú aún no tienes la mili hecha, ¿eh? —comentó socarrón. Fede se apresuró a informarle de que tenía dieciséis años, para cumplir diecisiete, aunque tal vez aparentara menos. El hombre recibió esa explicación con un gruñido y, calzándose unas pantuflas, que se pisaba con los talones al andar, se dirigió a una puerta de vidrio esmerilado, que se abría a un pasillo. Los guió hasta un cuarto sin ventanas, iluminado con la cruda luz de un fluorescente, desnudo como una celda carcelaria; no tenía más que una cama, una silla con el asiento despanzurrado y un escritorio de estudiante, hecho de conglomerado, apoyado en una pared. Sobre el tablero había una romana y también una diminuta balanza de metal dorado que concitó enseguida el interés de Fede; era una maravilla.

—¿Qué va a ser? —preguntó el viejo al camello. Éste dirigió una mirada interrogadora a Fede, quien habló procurando ahuecar la voz.

—Valium —dijo—. Cinco o seis cajas, todas las que tenga.

—¡Yo no soy boticario! —protestó el viejo—. Eso del Valium es para abuelas, es

lo que se traga mi señora para no oírme roncar. Tengo un costo culero que te chuparás los dedos. Doble cero, de la última cosecha de Ketama, a dos talegos la postura. Tirado de precio, pierdo dinero. ¡Huele! —le instó y puso bajo su nariz medio huevo oscuro de hachís que, en efecto, despedía un intenso tufo a excremento. Con cierto embarazo, pues empezaba a comprender que su petición era poco habitual, Fede insistió en que quería Valium y ninguna otra cosa. Aclaró que no era para él, sino para su hermano, quien sin esas pastillas pasaba las noches en blanco.

—¿Qué años tiene tu hermano? —le preguntó el viejo, que empezaba a mosquearse.

—Veintidós —improvisó Fede.

—¿Y por qué no viene él, en vez de mandarte a ti, que no levantas dos palmos del suelo?

Se ofendió, eso no era cierto; de hecho, él era más alto que ese viejo y que el camello, pero decidió dejar pasar la afrenta.

—Porque... mi hermano... —empezó a decir—. No se encuentra bien, no puede venir.

—¿Está de mono? —aventuró el camello joven.

Fede asintió con la cabeza, parecía una buena justificación.

—¡Haberlo dicho antes, hombre! —exclamó el viejo con simpatía, plantando una pesada manaza sobre su hombro—. Para eso sí que tengo remedio y mucho mejor que el Valium.

Se rindió. Compró un cuarto de gramo. Presenció en silencio la ceremonia del pesaje en la fascinante balanza de miniatura, se guardó la papela en el interior de los calzoncillos y tuvo que darle un talego extra al tal Jero, quien exigió su comisión de intermediario con cierta agresividad. Regresó en un metro de la línea 3 y subió a pie hasta su casa desde la parada del Corte Inglés de la Diagonal, intentando adivinar la reacción de su madre, la expresión de su rostro cuando abriera su regalo. Odiaba esa mierda más que nada en el mundo, pero no había podido evitarlo. La paradoja le desconcertaba, tenía la impresión de que desde el momento en que cerró la puerta del piso de Río de Oro para ir a la farmacia, estaba condenado, una fuerza cruel e irresistible había dirigido sus pasos.

Su madre lo recibió angustiada, pero no por la carencia de Valium, sino por su desaparición.

—¿Qué has hecho? ¿Dónde has ido? Son más de las once. ¡Tantas horas fuera de casa...! Me he puesto de los nervios. Temía que te hubiera pasado algo.

Era una madre, su madre, y a veces se le olvidaba. No parecía colocada, él había previsto que la encontraría borracha, pero sólo la notó inquieta. Le había preparado la cena, puré de patatas con un huevo que le había pedido a una vecina.

—Ahora mismo te lo frío y pongo a calentar el puré —le dijo. Tú vete a la ducha, que esta mañana te has escaqueado del agua.

Fue un choque excesivo. Él llegaba victorioso de los bajos fondos, de jugarse el

pellejo en una empresa propia de héroes intrépidos, como el Teniente Blueberry, y su madre lo acogía como a un niño pequeño.

—No traigo Valium —farfulló, conteniendo las lágrimas. Estúpidamente, se había emocionado, cuando en verdad estaba furioso, pero no sabía si con su madre o consigo mismo. Carmen hizo un gesto con la mano, como diciendo, «¡y quién se acuerda de eso!». Estaba muy contenta de que él hubiera vuelto, era a él a quien había estado esperando, no al Valium. Nunca lo hubiera sospechado. Dudó un instante. ¿Y si no lo hacía? ¿Y si no era necesario? Pero acabó por introducir dos dedos en la goma de su calzoncillo. Sacó el puño cerrado. Extendió el brazo y abrió la mano.

El tercer día de su estancia en el piso de la calle Río de Oro ya no sintió extrañeza al despertar. Estaba en su cama, en su cuarto, en su casa, ¿por qué iba a parecerle raro o poco familiar? Lo que cada vez le costaba más aceptar era que esa visita pronto terminaría. En lugar de crecer y saltar de hora en hora hacia un futuro siniestro, que lo alejaría de allí, hubiera deseado volver atrás y revivir cada día, cada minuto de los años de su vida, disminuir en tamaño y edad hasta convertirse en un bebé, babeante y feliz, y, al llegar de nuevo la mañana de su nacimiento, desaparecer sin ruido en el vientre de su madre, para nunca más salir. La mirada de Carmen la noche anterior era algo para lo que no estaba preparado.

Le había sucedido otras veces, a menudo con desconocidos; de repente, por puro azar, su mirada se enredaba en otra y sorprendía una expresión de angustia o miedo, de aborrecimiento o deseo, en el rostro del director de su colegio, o en el de Natalia, o en el del soldado de la estación de Reinosa, y esas personas extrañas, al percatarse de lo sucedido, daban un respingo, alarmadas, como si las hubiera pillado en cueros, pero era incluso peor que eso: inadvertidamente, le habían permitido hurgar más adentro, debajo de la piel, en el secreto de sus emociones y sus pensamientos, que en un descuido habían dejado expuestos. Él se sentía culpable al interceptar esas miradas desprevenidas, que no le estaban destinadas, como si las hubiera robado. La noche anterior también sintió que su madre le miró de una forma que no le correspondía, que le excedía; no como a una madre le está permitido mirar a su hijo, aunque había sido él, Fede, quien empezó rompiendo las barreras, cambiando los papeles.

Al abrir la palma de su mano derecha, dejó al descubierto, como una perla, la papelina. Su madre abrió la boca y observó estupefacta la mano de Fede; si hubiera visto un puñal, no se habría asombrado más. Alzó despacio la vista y lo miró a él. «¿Por qué?», preguntaban sus ojos, «¿y ahora qué?», querían saber también, pero Fede no tenía respuesta. Hubo un momento de vacilación, un instante en que él pensó, ilusionado, «no la va a querer», pero luego su madre cerró la boca, como si hubiera tomado una decisión.

Por descontado, no podía esperar a la mañana siguiente. Le dijo que salía a la calle un momento, a comprar aspirinas en la farmacia de guardia.

—Tú ve cenando, enseguida vuelvo.

Era un pudor innecesario; él ya no tenía seis años; era él Fede, quien le había proporcionado el jaco. Iba a por una chuta, los dos lo sabían, teniendo caballo, ¿para qué quería aspirinas? Cuando su madre rozaba con la mano el tirador de la puerta, él le advirtió:

—Me ha dicho el hombre que es muy puro, sin nada de corte, que vayas con cuidado.

Su madre se sonrió al oírlo.

—Eso dicen todos los camellos —le tranquilizó—, no te preocupes.

Pero claro que se preocupaba, ¡cómo no iba a preocuparse! Se comió el tarro de mala manera, tanto, que hasta se olvidó de cenar. (El puré se quedó toda la noche en el cazo, el huevo sobre el mármol de la cocina, su cena que no fue). Tenía miedo de que a su madre le sucediera lo que al Pils. Y si eso pasaba, la culpa sería suya, de Fede, y de nadie más. No quería verla ciega, así que la esperó en su cuarto, sin leer, ni escuchar música, sólo pensando, arrepintiéndose, dudando... Carmen regresó al cabo de una media hora. Con el corazón palpitante, la oyó meterse en el baño. Tardó en salir más rato que nunca, o eso le pareció. Horas después, de madrugada, la contempló dormir en el sofá del salón. La expresión de su rostro era plácida, relajada, no la había visto así desde su regreso. Ni siquiera tosía, pero no estaba muerta, sólo dormida, una gotita de saliva se le escurría entre los labios y le bajaba por el cuello... ¡Igual que una niña! Le quitó las bailarinas de los pies, le recogió un brazo que colgaba por fuera del sofá, la cubrió con su colcha india y apagó la luz. Ella se dejó hacer, sin despertarse, sin protestar. Él ya había empezado a cuidarla.

No podía resolver si lo que había hecho estaba bien o mal, pero al fin había comenzado a actuar y eso iba a seguir haciendo, ahora no podía parar.

La primera obligación del hombre de la casa es conseguir pasta, decidió en cuanto se levantó de la cama. A la hora de vestirse, dudó; disfrazado de mujer no lo reconocería nadie, pero no podría correr, de manera que se decantó por los pantalones, iba a necesitar libertad de movimientos. De nuevo requisó las llaves de su madre (que en algún momento de la noche había abandonado el sofá y debía de estar durmiendo en su cama) y salió a la calle. Mientras desayunaba en la bodega Antonio y fumaba un pitillo, se trazó un plan. Debía rehuir las calles concurridas y los callejones sin salida. Una vez dado el golpe, se echaría a correr. Por más que él no fuera un galgo, dado que sus víctimas serían jubilados, no lo podrían alcanzar.

Deambuló por el barrio, a la búsqueda del jubilado ideal. No hacía sol esa mañana, lo que le pareció un buen presagio, los delincuentes medran en la sombra. Subió por Capitán Arenas hasta la calle Santa Amelia y de ahí se adentró en la Plaza Artós; había demasiada gente por todas partes y menos viejos de lo que esperaba, tal vez porque en verano los ancianos evitan las horas de calor y sólo salen a la puesta de sol. Se metió en el Paseo de San Juan Bosco, en pos de una anciana prometidora. Caminaba muy encorvada, como hundida bajo el peso de su joroba. Era menuda y

seca, poquita cosa, un golpe de aire la tiraría al suelo. Le fascinó la maraña de su pelo blanco, con reflejos grises y azulados, como si una nube se hubiera posado sobre su cabeza. Con la mano derecha aferraba un pequeño bolso negro. Iba vestida con un traje de chaqueta de mezclilla, de manga larga, y llevaba medias, pese al calor, quizás los viejos terminaran por cansarse de tanto cambio de estación y optaran por ir siempre vestidos de la misma manera. Avanzaba con pasos temerosos, como si las baldosas de la acera pudieran esconder arenas movedizas que fueran a tragársela. ¡Qué despacio vivían los viejos! Se impacientó, a ese ritmo no llegarían nunca a ninguna parte. Le saldría al paso con cualquier excusa (preguntaría la hora, le pediría fuego), pondría la punta de la navaja en su papada temblona y le reclamaría el monedero. Pero ¿llevaría guita encima esa señora? No tenía pinta de pastosa. No acababa de entender por qué Sid Vicious asaltaba a jubilados; quizá en Londres fueran ricos los pensionistas, en España solían ir apurados. En cualquier caso, no podía seguir a esa mujer indefinidamente, despertaría sospechas. Tenía que moverse ya. Pero en el momento en que se decidió a apretar el paso, le asaltó una duda. ¿Y si esa vieja era su abuela? La madre del Chino, la mujer de su abuelo... No la conocía, no la había visto ni en foto, no tenía noción de cuál era su aspecto. Se estremeció bajo la impresión de que estaba a punto de atracar a su propia abuela. Y no pudo hacerlo. Resolvió que era más varonil robar a un viejo.

Sabía de uno que era millonario.

A pesar del cielo nublado, a la luz del día, la calle San Ramón resultaba menos opresiva. Reconoció a la niña Lorena jugando a las gomas, con dos amigas, en mitad de la calle. Junto a la entrada del edificio donde vivía el señor Germán, tuvo que esquivar un cochecito de niño. El bebé que lo ocupaba dormía. Estaba de suerte, a esa hora de la mañana, la familia del camello se había ido de casa. No tuvo que llamar al interfono, porque el portal estaba abierto, aunque sí encontró cerrada la puerta del piso del señor Germán. Pulsó el timbre con el secreto deseo de que la vivienda estuviera vacía, pero al cabo de un poco el gozne chirrió y la puerta se abrió un par de palmos, el espacio que permitía la cadena de hierro de seguridad, y el viejo camello asomó por la rendija un ojo suspicaz. Se sorprendió al ver a Fede, aunque no agradablemente.

—¿Qué coño haces aquí? —le espetó con su voz áspera cuando quitó la cadena y abrió por completo la puerta—. ¿No viniste anoche con el Jero? ¿Ahora qué quieres?

Era el momento de sacar la navaja del bolsillo trasero y pincharle la tripa con ella, pero el agrio recibimiento lo acobardó.

—Es que... —improvisó— vengo a por más jaco.

—¡Chsst! —le conminó a callar, furibundo, el camello—. ¡Que las puertas oyen! Entra —le invitó al fin, de mal talante. En la intimidad de esa casa hospitalaria se atrevería a darle el palo, pensó esperanzado. Volvió a admirar la decoración, había un pastón enterrado en aquel piso. Ese hombre era rico, pronto averiguaría cuánto. Lo siguió por el pasillo de parqué resplandeciente hacia el cuartucho de las balanzas,

oyéndole rezongar. «¿Y a ti quién te ha dicho que puedes venir sin el Jero? ¡Que sea la última vez! Esto no es el Corte Inglés, para entrar y salir cuando te pase por los cojones», le advirtió el camello, al tiempo que daba la luz del cubículo. Fede ya tenía la mano en el bolsillo, las yemas de sus dedos acariciaban el resorte de la navaja, cuando se oyó, atronador, el sonido de la cisterna de un váter al vaciarse. No estaban solos. Ese descubrimiento lo paralizó, afortunadamente, Pues a los pocos segundos entró en el cuarto el quinqui más quinqui del barrio Chino. Venía subiéndose la bragueta. Era un gitano alto y bien plantado, con una abundante melena negra, llena de caracolillos que le caían sobre los hombros desnudos, como a las vírgenes de los cuadros renacentistas. Vestía una escueta camiseta amarilla que hacía resaltar sus pectorales y sus bíceps prominentes y unos pantalones negros ajustados, marcando paquete. En el antebrazo derecho lucía un tatuaje azul con la leyenda «amor de madre». Llevaba un crucifijo de oro colgando del cuello y un arete, también dorado, en el lóbulo de la oreja izquierda, que combinaban de forma siniestra con los dos colmillos de oro que dejó al descubierto al abrir la boca en una sonrisa aviesa. Tenía una nariz larga y ganchuda, y las cejas, negras y frondosas, se juntaban sobre el puente de la nariz, enmarcando su mirada oscura con una orla fúnebre. Daba miedo.

—¿Es tu nieto? —preguntó el recién llegado al señor Germán, señalando a Fede.

—¡Qué va! —contestó el camello—. Mis nietos no son tan feos. Éste ni sé cómo se llama. Vino ayer con uno del barrio que le dicen el Jero y ya está aquí otra vez. Dice que es para su hermano. ¿O era para el Papá Noel? —preguntó sarcástico a Fede—. Tú lo que tienes que hacer es ir a la escuela y no andar trapicheando. No te quiero ver nunca más por aquí. Quien con niños se acuesta, meao se levanta —añadió, con un guiño al matón, que le rió complacido la gracia.

Le resultó humillante que ese camello le reprendiera en público con la misma cantinela que su abuelo. No mejoró su humor la bromita que a continuación le soltó el gitano:

—¿Te parieron así, o es que te han tomado el pelo? —A él no le hizo reír, pero al propio quinqui le pareció hilarante.

—Tengo piojos —le respondió. El desplante surtió efecto; al gitano se le congeló la risa en la boca, dio un salto atrás, bien lejos de Fede y se tocó preocupado la melena.

Pagó al señor Germán otro cuarto de gramo y salió a escape del piso, con la desoladora convicción de que era un cagao. La jugada no había podido salirle peor, no sólo no había desplumado al camello, sino que se había gastado en caballo la poca pasta que tenía, ¡había hecho aún más rico al cabrón del viejo! Sintió crecer en su pecho un rencor súbito y feroz contra ese hombre. Por su culpa, le había comprado heroína a su madre. Por su culpa, se había arruinado. Todos los camellos eran unos hijos de puta, era lo que siempre afirmaba el Chino, «son como vampiros», decía, «te chupan la sangre». Por culpa de los camellos de Barcelona, en general, se había ido a la mierda su familia. Hubiera deseado matarlos a todos. ¿Y qué iba a hacer con el

cuarto de gramo que llevaba oculto entre la piel y el calzoncillo? Su primer impulso fue tirarlo a una boca de alcantarilla, pero...

Pero podría utilizarlo para sobornar a su madre. Eso era lo que lo exasperaba, lo que lo enloquecía, que él pudiera alentar tal propósito. Al salir a la calle del portal en penumbra, se tropezó con el jodido cochecito de niño, que seguía allí, pegado a la fachada, debajo de la red que envolvía al balcón del primer piso, como esperando a que se desprendiera un fragmento de ménsula o de balaustre y fulminara al bebé, que ya no dormía, sino que parloteaba solo, feliz en su sillita, y volvió la cabeza para observar a Fede con curiosidad cuando éste soltó un juramento al golpear el calcañar con una barra del soporte del coche. Miró al bebé con furia, pues éste, de alguna forma, no dejaba de ser también culpable de su desgracia, como nieto de un camello. Ya se iba, cuando recordó el comentario del viejo y retrocedió para examinar al niño pequeño. ¿Quién era más guapo de los dos? El bebé era casi tan gordo como él y pelón, no llegaría al año, de piel morena y ojos negros vivarachos, con un buen par de mofletes, de esos que parecen exigir un pellizco, y un hoyuelo en la barbilla pringosa de babas. Ahora le sonreía con deleite, como agradeciendo su inesperada atención, mientras se llevaba a la boca el dedo gordo del pie derecho, los bebés son tan flexibles como los monos. Y en ese momento supo lo que iba a hacer. Fue como un *flash*, una iluminación. Echó un vistazo en derredor. La calle estaba vacía, no había rastro de las niñas que jugaban en la calzada. ¡Había que ver cómo cuidaba la tal Lorena de su hermanito! Tenía que darse prisa.

Fue al Pitirrití a escribir el mensaje, quedaba a un tiro de piedra, justo al doblar la esquina. Esa mañana, detrás de la barra, en lugar del dueño, se afanaba una mujer de pelo gris, entrada en carnes, vestida con una bata floreada. Tampoco vio al hermafrodita, quien, como ave nocturna, debía de estar durmiendo. El único cliente del tugurio era un viejales de pelo amarillo que se tomaba un cortado sentado a una mesa. En la pantalla de la tele, ignorada por todos, la cantante Alaska, esa impostora punk, se desgañitaba cantando en *playback* la canción del verano, «*Dónde está nuestro error sin solución / fuiste tú el culpable o lo fui yo / qué difícil es pedir perdón / ni tú ni nadie puede cambiarme...*». Pidió una Coca-Cola (no habiendo hombres presentes —el viejo no contaba—, no era preciso hacer ostentación de su masculinidad), una hoja de papel y un bolígrafo. La mujer le prestó un *bic* negro, pero no disponía de cuartillas, de manera que Fede se tuvo que conformar con una servilleta de papel tan fino, que tenía que escribir como patinando sobre la hoja, para evitar que la rasgara la mina del bolígrafo. Se aplicó a su tarea con suma concentración, sacando la lengua sin darse cuenta, tic del que Natalia abominaba. Pronto empezó a sudar, escribir le costaba un esfuerzo ímprobo, lo que más temía del colegio era que lo obligaran a improvisar una redacción y la labor que tenía por delante era similar, pero más comprometida. Lo más jodido era la ortografía. Se le embarullaban en la mente el castellano y el catalán, y se hacía un lío tremendo. Sin embargo, era esencial no cometer faltas en ese texto, para transmitir una impresión de

profesionalidad y auténtico peligro, aunque el señor Germán tampoco debía de ser ningún experto en lengua castellana. Recabó la ayuda de la camarera para disipar una duda acezante.

—¿Volver va con b baja primero y b alta después, o todo con b alta? —le preguntó.

La mujer lo miró perpleja.

—No sé —contestó, levantando las manos en señal de impotencia—. ¡A mí que me registren!

El anciano de pelo amarillo dejó oír su débil vocecita desde la mesa del rincón donde se aposentaba.

—Volver se escribe con dos uves —dijo con seguridad—. ¿Es para un crucigrama?

—Algo así —le respondió Fede—. Estoy escribiendo una carta a mi abuela.

Decidió aprovechar la buena disposición de ese experto.

—¿Y vida? —le preguntó—. ¿Es con b alta o b baja?

—¡Vida se escribe con uve! —afirmó el viejo—. Pero bueno, tú eres un ignorante, muchacho, ¿acaso no vas al colegio?

Ese comentario le tocó el orgullo; no preguntó más. Pese apremio de tiempo, gastó tres servilletas en otros tantos borradores, hasta que quedó satisfecho del texto definitivo:

SI QUIERES VOLVER A VER A TU BEVE NIETO CON VIDA AS DE METER DOS MIYONES I MEDIO DE PESETAS EN UNA BVOLSA ADENTRO DEL AUGERO DE LA ROCA GRANDE ATRAS DEL BANCO DEL JARDIN DE LA KINTA AMELIA EN SARRIA. EL SECUESTRADOR.

Tras una segunda lectura, añadió:

NO YAMES A LA POLICIA PORQUE LO MATARE.

Sonaba contundente. Devolvió el *bic* a la mujer, pagó su Coca-Cola, se fue sin saludar al anciano, que lo había insultado, y a paso ligero (no procedía correr, llamaría la atención) regresó a la casa del camello.

Resultó asquerosamente fácil, casi demasiado. La calle continuaba desierta, las niñas desaparecidas. Introdujo la servilleta, doblada, en el buzón de la portería que tenía un letrero negro, en letras doradas, que rezaba: «*Germán Valiente Moreno / Charito Díaz García*» (el único con rótulo, por otro lado, los demás buzones eran anónimos), salió a la calle y empujó el cochecito con el niño, que dormitaba, pero el vehículo no se movió del sitio. Pasó unos instantes de nerviosismo hasta que descubrió que tenía puesto el freno. Lo soltó y echó a correr, ahora sí. No se detuvo hasta que llegó a la boca del metro, azuzado por la lluvia torrencial que de golpe descargaron las nubes. Al bebé no le molestó la lluvia, pese a que acabó empapado; al contrario, la alocada carrera por la Rambla le hizo soltar carcajadas. Se lo estaba pasando en grande, para alivio de Fede; su temor era que rompiera a llorar, extrañado de hallarse con un desconocido. Pensó en coger un taxi, aún le quedaban seiscientas

veintidós pesetas, pero recordó que todos los taxistas son chivatos de la policía. Con las dos manos levantó en vilo el cochecito y, cargado con él, descendió los escalones del metro. Volvió a montarse en un tren de los ferrocarriles, en dirección a Sarrià. Echó el freno al cochecito y lo aparcó en el espacio reservado para ello; él se sentó en el asiento más cercano. Antes de que el tren se pusiera en marcha, el bebé empezó a gimotear. Era crucial pasar desapercibido, de modo que liberó al niño de sus correas, lo sacó del cochecito y lo sentó sobre sus rodillas. Como no se calmaba, se puso a mover las rodillas, arriba y abajo, jugando al caballito, al paso, al paso, al trote, al trote, ¡al galope, al galope...! A cada bote, el niño palmoteaba, extasiado, y Fede, de repente, se sintió feliz: todo se iba a solucionar, lo presentía. Ofrecería a su madre la guita del rescate. Con tanto dinero, Carmen ya no sería esclava de su abuelo. Accedería a irse con él, con Fede, el dueño de la fortuna; el que tuviera pasta se llevaba a su madre, así eran las cosas, lo había comprendido. Había elegido bien a su víctima; el señor Germán no avisaría a la policía, los camellos no hacen esas cosas, temen a los maderos y más si tienen en su asa un cargamento de drogas, como ese viejo. En cualquier caso, su madre y él huirían al Brasil, para librarse de todos ellos, de los picoletos, del señor Germán, del Chino, de Natalia, de su abuelo...

En Brasil no había extradición, lo sabía gracias a Ronnie Biggs. Natalia sostenía que la tele embrutecía, «te volverás tonto de tanto mirarla», solía advertirle, pero estaba muy equivocada; gracias a la tele, precisamente, él había adquirido conocimientos muy útiles, como, por ejemplo, que en Brasil, los chorizos y los delincuentes viven tranquilos. Ronnie Biggs no era un cualquiera, sino un héroe a quien admiraba el Chino. «¡Ése sí que sabe! Este cabronazo sí que se lo ha montado bien», había dicho su padre con envidia la tarde en que vieron juntos en la tele un documental sobre el gran robo del tren. Hacía ya bastantes años, antes de que él naciera, el célebre Ronnie Biggs asaltó un tren en Inglaterra. Obtuvo un botín de dos millones y medio de libras esterlinas (de ahí el precio que Fede había puesto a su secuestro). La policía lo metió en la cárcel, pero Ronnie escapó trepando el muro de la prisión con ayuda de una escala de cuerda. Se refugió en París, luego voló a Australia y de allí al Brasil, donde se quedó a vivir. Los detectives de Scotland Yard lo localizaron y fueron en su busca hasta Río de Janeiro, pero no pudieron detenerlo, porque en Brasil no había extradición. En qué consistía eso, era algo que el locutor de la tele no se molestó en explicar, pero a él le bastaba con conocer su efecto: donde no había extradición, a los criminales ni los tocaban, por eso guardó en la memoria ese término exótico, como un talismán.

Con la pasta del rescate, Carmen y él montarían un restaurante en Río de Janeiro. Pudiera ser conveniente que también los acompañara Marilis. Así su madre no se sentiría sola. Fede temía que con su única compañía, se aburriera, y Marilis era su mejor amiga y una gran cocinera. Durante el tiempo que vivió en su casa, Marilis le confió que su objetivo era ahorrar para poder dejar su trabajo de dependienta y tener su propio restaurante. ¡Todo encajaba! En Brasil se acabarían el caballo, el Valium y

demás mierdas. A su madre se le pasaría la tristeza, ganaría unos kilos y se pondría morena, ya que irían cada día a la playa de Copacabana, como, en general, hacen los brasileños, afortunados habitantes de ese país donde siempre hace sol y la gente bebe *caipirinhas*.

Podía imaginarse a los dos, a Carmen y a él (Marilis no entraba en ese fotograma), frente a un mar turquesa, ataviados con falditas de paja, vistosas guirnalda de flores rojas adornándoles el cuello, cogidos de la cintura, sonrientes y muy bronceados, meciendo las caderas al ritmo de una música inaudible para todos, salvo para ellos, felices de estar vivos.

En su ensoñación, se había olvidado de mover la pierna. El niño protestó, haciendo un puchero. Volvió a levantar maquinalmente la rodilla, empezaba a notar el cansancio de la tensa jornada, el peso de la rolliza criatura sobre sus muslos... Ya llegaban a la estación de Muntaner, sólo faltaban tres paradas. Le molestaba la camiseta mojada, que se le pegaba a la piel con su tacto frío. El bebé también tenía la ropa húmeda, quizá por eso se quejaba. Le acarició la cara, distraído, y se sorprendió al detectar un orificio en el lóbulo de la oreja derecha. Comprobó que también tenía agujereado el lóbulo izquierdo. Le observó el rostro con atención extrema. Él hubiera jurado que era un varón, pero esos agujeros... Y en las dos orejas; los hombres, como mucho se ponían un pendiente, jamás dos, excepto los travestís. No sabía qué pensar. El bebé no tenía pelo y no llevaba falda ni vestido, sino una camiseta roja con la leyenda Coimbra, y un pantalón con peto azul marino. Iba descalzo. Parecía un niño. Él jamás secuestraría a una niña. Los hombres no maltratan a las mujeres, sino que las protegen. Pero ese niño (si lo era), tenía las orejas agujereadas... Sólo saldría de dudas desnudándole. La siguiente parada era Sarrià. ¿Qué iba a decir su madre cuando lo viera llegar con el bebé?

Antes de liarme con Juan, yo ya había tenido varios novios, y aunque de dos o tres de ellos había estado (o me había sentido) enamorada, siempre supe que esas relaciones no iban a durar. Quizá porque soy insegura, y por tanto, celosa, y temía que me dejaran por otra (lo que sucedió más de una vez, pero no todas). Pero una causa adicional determinaba la brevedad de mis *affaires* sentimentales: para mantenerlos, yo hacía un esfuerzo que no estaba dispuesta a prolongar por mucho tiempo. Disimulaba y, como el actor que sólo se deja fotografiar por el perfil bueno, procuraba que mis enamorado únicamente vieran mis virtudes y mis atractivos y ponía mucho cuidado en que ni sospecharan mis defectos (no siempre lo conseguía, por supuesto). Eso significaba que al levantarme de la cama junto al novio de turno, no sólo corría a mirarme al espejo del baño para arreglarme el pelo y quitarme las legañas, sino además fingía poseer cualidades que, en verdad, no tenía, o muy ocasionalmente. Así, intentaba mostrarme más desinteresada, entusiasta, paciente, ordenada y alegre de lo que era y no dejaba aflorar mis sentimientos de envidia, rencor, despecho o irritación, pues temía que, de hacerlo, se desencantaran de mí. Suponía que si llegaban a conocerme tal y como era, no podrían quererme, de ahí que pretendiera ser otra, pero ese engaño conllevaba tensión y un gran desgaste, no podía sostenerlo indefinidamente, por ello, después de pasar todo un fin de semana representando a la mujer soñada, el lunes me refugiaba en mi estudio y me negaba a ver a mi amante, pues necesitaba descansar, no se puede estar actuando siempre.

Con Juan fue distinto, quizá porque con él no era celosa y no por falta de motivo: era un hombre atractivo, un magistrado soltero, muchas mujeres me lo envidiaban y hubieran deseado arrebátarmelo, o eso sospechaba, pero junto a él me sentía segura, tenía la convicción de que sólo le atraía yo y ninguna otra. Era una impresión sin justificación racional, pero tuvo el efecto de que a su lado me relajé y me permití exhibir mis aspectos más vulnerables, aquellos de los que me avergonzaba y nunca había descubierto a nadie. Soy obsesivo compulsiva. La mayoría de la gente asocia esa afección con la maniática de la limpieza, que se niega a leer un periódico que antes haya manoseado otro y se lava las manos más de cien veces al día (yo, como máximo, me las lavo treinta: las he contado). Mis síntomas son variados: si considero que una falda me trae mala suerte, porque el día que la llevé sufrí algún contratiempo, por más que me guste y por nueva que esté, no vuelvo a ponérmela, es una falda gafe. Jamás paso por debajo de un andamio un jueves por la tarde (por la mañana puedo) y, aunque atea convencida, siempre me persigno al subir a un avión, así como cada vez que supero un peligro imprevisto (han estado a punto de atropellarme al cruzar un semáforo en rojo, se me ha caído de la mano un cuchillo que me ha rozado el pie). Antes de salir de casa, he de comprobar que todos los fuegos de la cocina estén apagados, las ventanas y los grifos cerrados; ya en la calle, a menudo he subido de nuevo los cinco pisos de escaleras para cerciorarme de que he dado doble vuelta a la

llave de la entrada, aunque recuerde perfectamente haberlo hecho. Después de fumar un cigarrillo, lo apago con agua, pero no contenta con eso, tras tirar la colilla a la basura, puedo pasarme cinco minutos seguidos observando ansiosamente el contenido del cubo, por si la colilla resucita y prende fuego a mi estudio. Es un temor absurdo e irracional, pero soy esclava de ese ritual: miro una vez, la nariz pegada al borde del cubo, soportando su hedor, cierro la basura, me voy al estudio. Ya estoy a punto de sentarme en mi silla giratoria, dispuesta a trabajar, cuando me yergo, regreso a la cocina, vuelvo a examinar la basura..., etcétera. Sólo me libro de esa aprensión al depositar la bolsa de la basura en el contenedor; si las colillas resucitan entonces, ya no es asunto mío. Estas fobias y manías me complican la vida y, si estoy en pareja, me obligan a auténticas acrobacias del fingimiento.

Al lado de Juan no fue preciso. Con una paciencia y una comprensión que nunca le agradecí (me azoraba mencionar o hacer la menor alusión a mis manías), se tomaba la molestia de comprobar conmigo que todo los pestillos de la casa estuvieran corridos y los cigarros definitivamente muertos, antes de dejar el estudio; si me veía indecisa, me calmaba y me ponía una mano en el hombro, diciéndome, «no mires más, todo está bien, me he asegurado, nos podemos ir». Hizo suyas mis manías, sin reproche, crítica o burla, y junto a él me sentí protegida. Creo que ha sido el único hombre que me ha querido pese a mis defectos (aunque, si lo pienso bien, en realidad no me quería a mí, pero de eso sólo me enteré luego).

Su cama era más amplia y tenía mejor colchón que la mía, ésa era una de las razones por las que dormíamos en su casa y no en mi estudio. (La otra, me temo, es más egoísta: prefiero ser yo quien se desplace a terreno ajeno, que podré abandonar cuando me convenga para refugiarme en mi guarida, mientras que si mi amante pernocta en mi casa, tendré que soportar su presencia hasta que decida irse). El alquiler del piso de Juan incluía los muebles, escasos, incómodos y feos (los cuadros, en particular, eran nauseabundos), pero eso a él no parecía molestarle. Era un piso anónimo y no había intentado hacerlo suyo con ningún detalle personal, ni una foto, ni un recuerdo, ni siquiera un calendario. Todo en él decía a las claras que era una vivienda provisional, que Juan estaba allí de paso, quizá por eso no llegué a estar a gusto en ella, la encontraba inhóspita.

Un mediodía fuimos a comer a un restaurante con un grupo de amigos suyos y me llevé una sorpresa. Eran compañeros de trabajo: dos magistrados, una secretaria de juzgado, un abogado y una fiscal. Pese a su oficio, me pareció gente simpática, de trato agradable, sin afectación ni ínfulas. (Antes de conocer a Juan, presumía que todos los jueces eran unos individuos solemnes y engolados, y los fiscales, seres malignos empeñados en encarcelar a todo quisqui). Ya estábamos en el postre, cuando la fiscal, una aragonesa llamada Pilar, aludió como de pasada a una experiencia común que habían tenido ella y Juan en Sevilla. Yo, inocentemente, le pregunté si había estado destinada como fiscal en Sevilla, y me respondió que no, ella tenía plaza en Murcia, pero todos los fines de semana se desplazaba a la ciudad

andaluza para estar con Juan, su marido. Y así fue como me enteré de que Juan había estado casado cinco años con aquella fiscal, él no me había dicho nada. Cuando nos quedamos solos, después de la comida, le recriminé que no me hubiera informado de su pasado matrimonio. Él murmuró una torpe excusa, del tipo «creí que te lo había comentado» e intentó dar por zanjado el asunto, pero yo continué mi interrogatorio y conseguí sonsacarle que Pilar era una vieja amiga de la facultad, con quien había preparado sus oposiciones y de la que fue novio varios años antes de casarse. El motivo de que hubiera pedido el traslado de Sevilla, donde se encontraba muy a gusto, era obtener un puesto en la misma ciudad que su mujer. Su destino preferido era Madrid y, en segundo lugar, Palma de Mallorca, pero se resignaron a vivir en Barcelona, porque fue la única localidad donde les ofrecieron trabajo a ambos. Lo irónico del caso era que, a seis meses de la fecha de traslado, se separaron (cuando lo conocí, ya estaba divorciado). Intenté averiguar quién había dejado a quién, pero se escabulló; siempre caballeroso, me aseguró que había sido una decisión conjunta, provocada por haber vivido tanto tiempo separados; no obstante, me maliciaba que fue Juan quien tomó la decisión y también intuía que Pilar accedió a desgana y seguía enamorada de mi novio. Mantenían una estupenda relación de amistad y se veían a menudo, pero eso no me inquietaba, quizá porque Pilar no me parecía peligrosa, era menos agraciada que yo y, a mi juicio, demasiado seria; en realidad, no entendía por qué se había casado Juan con ella. Conmigo Pilar no era antipática, pero me trataba con una cortesía distante como la que empleamos con personas que no nos caen bien, pero nos vemos obligados a soportar. A menudo la sorprendía observándome de forma furtiva, con una mirada interrogadora, como si se estuviera preguntando, ¿qué habrá visto en ella que no tenga yo?

Juan daba la impresión de ser un hombre previsible, de una pieza, pero era desconcertante y no sólo por los secretos que guardaba. Yo no sabía leer en sus gestos o en sus palabras y, a menudo, metí la pata. Era muy comprensivo con las faltas y los delitos de los menores que juzgaba; a mí, en cambio, no me pasaba ni una. Cuando cometí la imprudencia de confesarle que tenía trucado el contador de la electricidad, se indignó: «es un fraude, está penado, prométeme que mañana mismo lo pondrás en orden» (se lo prometí, pero no cumplí mi promesa; él podía indignarse, pero las facturas las pagaba yo). También le comenté, sin darle mayor importancia, la proposición de Solange y se escandalizó. Me aseguró que había hecho bien rechazándola, pero eso no bastaba: tenía que denunciarla a la policía o al juzgado de guardia. Mi celo de ciudadana no llegaba a tanto, detesto ser chivata; comprendí mi error y decidí callar la boca en adelante. El encargo de Turpin, que era absolutamente legal e impecable, sí se lo mencioné. No compartió mi entusiasmo, Como la mayoría de personas sin formación ni aficiones artísticas, sobrestimaba la originalidad. Sostenía que copiando cuadros ajenos malgastaba mi talento, que haría mejor en emplear creando obra propia.

Turpin me proporcionó dos reproducciones fotográficas, en alta definición y de

tamaño natural, de los cuadros que me encargó copiar. La idea era que yo empezara a perfilar el fondo y las figuras de las telas y, posteriormente, acudiera a su despacho a examinar y cotejar lienzos con los originales y les diera los toques finales. Disfrutaba con mi trabajo; no me acuciaban las dudas que me impedían avanzar cuando trataba de crear algo nuevo o «propio», como decía Juan. Las horas se me pasaban volando, pese al calor creciente (ya estábamos en junio), que se multiplicaba en mi estudio por efecto de la cristalera que recorría la pared que daba a la calle; sudaba a gusto, aplicada a mi labor. Empecé con el cuadro de Llimona i Bruguera. A medida que lo estudiaba, me fui percatando de sus deficiencias. La mano izquierda de la muchacha era un desastre. Estaba mal trazada, resuelta de cualquier manera, parecía la mano de un títere o de una muerta. Como copista fiel, yo estaba obligada a reproducir en mi tela los defectos del original; sin embargo, esa mano me soliviantaba, iba a estropear irremisiblemente mi trabajo. Y decidí enmendarla; ya que no podía hacerlo en el original (si me lo hubieran permitido, no lo hubiera dudado), resolví corregir en mi copia la mano de la campesina. Era consciente de que me estaba extralimitando en mi cometido, de que iba a perpetrar una copia infiel, pero trabajaba sobre la teoría psicológica del cuadro torcido, en virtud de la cual, si al entrar en una habitación vemos colgando de la pared un cuadro sesgado, no dejamos de fijarnos, pero si unos días después regresamos a la misma sala y el cuadro ha sido enderezado, ni reparamos en ello. Dicho de otro modo: nuestro ojo detecta la asimetría, lo anómalo y no al revés. De manera que mi esperanza era que, al ver mi copia (que sería excelente), ni Turpin ni sus dueños se percataran de que había alterado esa mano. Es más, cabía la posibilidad de que, al cabo de los años, al comparar mi lienzo con el original y observar la mayor calidad pictórica de mi obra, llegaran a la conclusión de que se habían equivocado y era mi cuadro el auténtico y el de Llimona i Bruguera, una torpe copia. ¿No es ése el sueño de todo imitador?

Turpin dio al traste con mis ambiciones; un lunes, cuando ya terminaba mi jornada de trabajo y me disponía a dejar mi estudio, para ir a casa de Juan, donde cenaría y pasaría la noche, recibí un correo electrónico del marchante, en el que me conminaba a dejar en suspenso mi encargo «por el momento». Me cogí un buen cabreo. ¿Qué quería decir eso? ¿Es que nunca iba a prosperar ninguno de mis proyectos? Esa noche me quejé de mi desventura a Juan, quien se limitó a escucharme, mientras me acariciaba solidariamente el brazo, pero al día siguiente, a la hora de cenar, me propuso un trabajo. Quería que pintara para él mi autorretrato. Me pagaría, por descontado. Me negué; pintar el propio retrato me parecía un acto de narcisismo intolerable, salvo en el caso de un genio, como Rembrandt. Además, me humillaba que se sacara de la manga un encargo para tener una excusa de darme dinero, era como un soborno. Pero persistió en su empeño; quería un cuadro mío muy en serio, no por hacerme un favor; convenía en que los cuadros de su casa eran espantosos y deseaba sustituirlos. Me hice rogar, pero terminé por acceder a pintar su retrato (ésa fue la condición), no por el dinero (pensaba regalárselo), sino por tener

algo que hacer, me horrorizaba la idea de pasarme el día mirando por la ventana del estudio, sin ninguna tarea en perspectiva, ni capacidad de inventarme o imponerme una.

Juan posó para mí un par de tardes, pero era un modelo incómodo. No paraba de moverse, gesticular y hacer bromas. Terminé por tomarle unas cuantas fotografías y trabajé sobre ellas. Con su retrato me sucedió algo curioso; aunque los rasgos del rostro los capté bien, la expresión se me escapaba. Juan tenía una mirada intensa, franca, llena de fuerza; sin embargo, en mi retrato sus ojos reflejaban desesperanza, desolación, una mirada huidiza y angustiada que no se correspondía en absoluto con la del modelo. Advertí que empezaba a fallar y a encallarme donde siempre, en aquellos aspectos de la obra donde debía asomar la vida, más allá de la destreza técnica que requiere la mera imitación. Por eso me alegré cuando una noche Turpin me llamó al móvil y me dijo que los problemillas que entorpecían el asunto se habían resuelto, encareciéndome que me pusiera de nuevo a la tarea de copiar los cuadros, pues necesitaban las reproducciones con urgencia. Dejé de lado ese retrato que se me resistía y me dediqué a mi afición favorita.

Por una extraña casualidad, la tarde del mismo día en que me llamó Turpin, recibí una llamada de Solange (¿o quizá no fue mera coincidencia?). La viuda de Maristany se apresuró a asegurarme que no me llamaba por «aquello», sino por otra cuestión. Preparaba un catálogo de la obra de su marido para una exposición en Lisboa y no estaba segura de la fecha y los títulos de un par de óleos, ¿podría hacerle el favor de acudir a su casa a verlos y sacarle de dudas?

Fui de mala gana; me hallaba tan atareada, que ya no le reprochaba a Juan que pasara las tardes trabajando, yo hacía otro tanto. En la mansión de la viuda de Maristany se repitió el rito del tentempié, aunque esta vez me lo sirvió ella misma (la criada tenía el día libre), pero la conversación no fue tan fluida como en la anterior ocasión, Solange se mostró casi reticente. Me enseñó los lienzos que le suscitaban dudas y que, en efecto, había pintado yo y recordaba muy bien. Le proporcioné los datos que precisaba, pero bajo la impresión de que estaba participando en una farsa; Solange no podía desconocer esa información, eran unos cuadros muy expuestos, que habían sido recogidos en varios catálogos de Maristany; su supuesta vacilación no era más que una excusa o añagaza para recabar mi presencia. Pronto supe para qué quería verme, Solange no pudo contener la lengua por más tiempo. Me dijo, meliflua, que deseaba hacerme una advertencia, porque me tenía aprecio y no quería verme metida en problemas. Me habló de Turpin (cuando pronunció su nombre había tensión en su voz). Me dijo que éste últimamente frecuentaba a gente poco recomendable, «a mañosos, hablando en plata» y se estaba involucrando en asuntos turbios.

—Sé que anda buscando a alguien para que realice copias de unos cuadros. Ignoro qué razón da, pero me consta que lo que pretende hacer con esas reproducciones es estafar a Hacienda —afirmó, tajante, y me alarmé, claro.

Según me explicó, Turpin actuaba en connivencia con un abogado que

representaba a una acaudalada familia barcelonesa, la cual estaba negociando una deuda considerable con la administración. Pretendían ofrecer en pago una serie de cuadros de pintores catalanes de renombre, pertenecientes a su pinacoteca privada. Hasta allí no había nada inusual o ilegal, pero la guinda que iba a poner Turpin consistiría en que los cuadros entregados al tesoro público no serían los auténticos, sino sus reproducciones. Es decir, ¡mis copias!

—Como comprenderás, lo que te he contado es confidencial y secreto, no debe saberlo nadie —me exhortó Solange—, pero creo que te conviene estar al corriente por si a Turpin se le ocurre ponerse en contacto contigo. Me han dicho que ya ha tirado el anzuelo a un par de copistas profesionales, quienes han rechazado el encargo. No es de extrañar, ¡es un asunto de cárcel!

Esa mujer cizañera no me permitió marchar sin haberme reiterado su inicial propuesta, pero en mejores condiciones. Iríamos a medias, nos repartiríamos el precio de venta de los falsos Maristany, deducidos gastos y comisiones. Tras honda reflexión, Solange concordaba conmigo en que los bocetos póstumos de Paco eran indignos de su firma («hay que tener en cuenta que los hizo estando muy enfermo y medicado»), de modo que sugería que yo misma decidiera el contenido de los cuadros. «Lo dejo a tu criterio, estás más que preparada para volar por ti sola» (¡ella siempre tan generosa!). Insistió en que su oferta no entrañaba riesgo alguno para mí, puesto que ella tenía legitimación para certificar la autenticidad de la obra de Paco, «y con sus chicos las cosas van mejor. Los abogados están hablando, creo que llegaremos a un acuerdo antes de que termine el juicio».

Fui a casa de Solange a disiparle unas dudas y salí cargada de incertidumbres. ¿Qué veían los demás en mí, para hacerme siempre proposiciones delictivas? Primero Maristany, ahora su viuda y también Turpin... ¿Tenía yo cara de tonta o de pilla? ¿Debía creer el chisme de Solange sobre Turpin? Algo me decía que Solange había actuado movida por el resentimiento, como una mujer despechada. ¿Había sido la amante de Turpin (lo que explicaría las gafas del marchante sobre la mesa de su despacho), quien la habría abandonado, de ahí que ella se vengara propagando calumnias para desacreditarlo? Era una posibilidad y no descabellada. No obstante, ese cuento sobre Turpin tenía el timbre de la verdad. Era como si, en el fondo, desde un principio yo me hubiera oído que en el insólito encargo de Turpin había gato encerrado, pero puesto que me convenía aceptarlo, no hubiera querido indagar, ni ahondar sobre ello. A la luz de la revelación de Solange, se entendía mejor el errático desarrollo del asunto; el desconcertante *email* de Turpin paralizando el proyecto, su llamada posterior instándome a terminar las reproducciones... Aunque, bien pensado, el destino final de esas copias hubiera debido tenerme sin cuidado. En ningún caso sería yo cómplice de la estafa, si ésta llegaba a cometerse; la ejecución de las reproducciones era absolutamente legal, la razón que me habían dado para el encargo, defendible. Si investigaban, podría alegar mi inocencia. De modo que mi posición era inatacable: las copias de los cuadros, en sí, no eran delictivas, su uso (o mal uso)

ulterior, en todo caso, lo sería, pero eso no dependía de mí. Y yo quería terminar ese proyecto, no sólo por el dinero, sino porque disfrutaba y aprendía realizándolo. Desde un aspecto legal, me creía cubierta, pero... ¿y la moral, mi propia ética particular? No podía negar que yo era una decidida practicante del fraude impositivo. Me negaba a contratar a ningún fontanero o electricista que pretendiera facturarme su chapuza con IVA y nunca en mi vida había presentado una declaración de renta. Tenía mil argumentos para justificar mi conducta: el despilfarro que hacen los políticos del dinero público, la guerra de Irak, a la que no quería contribuir (esa excusa duró poco), la subvención estatal de la iglesia católica, que, como atea, me repelía... Pero en verdad, la razón por la que me perdonaba a mí misma esos pequeños fraudes era precisamente su escasa cuantía; yo defraudaba a Hacienda, pero tan poco dinero, que no debía serme tenido en cuenta. Sin embargo, la estafa que maquinaba Turpin (si tenían fundamento las afirmaciones de Solange) era de muchos miles de euros... Y eso me asustaba. No sé por qué; en puridad, si un acto es reprochable desde una perspectiva moral, su repercusión económica es irrelevante; es tan condenable robar quince, como quince mil euros, merece el mismo reproche matar a una persona que a tres. Pero...

Tenía que consultar ese dilema con alguien. Con Juan, la persona a la que entonces me sentía más unida, era impensable: se hubiera llevado las manos a la cabeza, hubiera sido capaz de denunciarme él mismo, hay vacilaciones que no es prudente someter a un juez. Pensé en mi amiga Cheles, mujer práctica y resolutiva, con pocos escrúpulos o, mejor dicho, sólo los necesarios. Es castellana, como yo, procede de Soria, «el culo del mundo», según ella misma admite. La conocí al poco de instalarme en Barcelona para cursar Bellas Artes. Vivíamos en la misma residencia de estudiantes, congeniamos y pronto nos mudamos a un piso compartido. Cheles es una mujer con carácter y tiene tres años más que yo; en broma, suelo decir que es mi hermana mayor, porque ejerce de tal; se preocupa de mí y actúa de mentora mía. Es tal su ascendiente, que cada vez que me echo novio, recabo su aprobación. Al principio de mi relación con Juan, no las tenía todas conmigo, hasta que Cheles dictaminó, «no importa que sea juez, este tío mola», dándome su permiso. Cheles no llegó a terminar la carrera de económicas, pues estaba demasiado ocupada ligando y yendo de fiesta en fiesta, pero, insospechadamente, esa vida disoluta le dio sus réditos. Es muy sociable, una excelente relaciones públicas; hizo buenos contactos en la noche de Barcelona y consiguió trabajo en una empresa organizadora de conciertos, de eso hace más de diez años. En la actualidad, es la mano derecha del dueño de la principal promotora de eventos musicales en la ciudad, trabaja mucho, conoce a gente glamurosa y gana un montón de pasta. Cuando la llamé, se quejó de que la tuviera desatendida y no le faltaba razón, desde que me había ennoviado con Juan, apenas veía a los amigos.

La convoqué para comer conmigo el sábado siguiente (Juan tenía un partido de fútbol: jueces contra abogados) y, como el día salió soleado, le propuse quedar en la

zona de la Barceloneta, para dar un paseo por la orilla del mar después de la comida. Era un mediodía asfixiante, con ese calor pegajoso y húmedo de Barcelona que hace sudar a chorros y a mí me encorajina. Todos los restaurantes del Port Vell y del Passeig Joan de Borbó estaban llenos; cuando hace sol, tanto turistas como barceloneses se lanzan a la playa en manada. Nos pusimos a merodear por las callejuelas interiores, en el triángulo definido entre la playa y el paseo, donde muchos restaurantes conservan el color local y son más baratos que los costeros, pero tampoco tuvimos suerte. Nos dieron las tres y media de la tarde y yo ya empezaba a sentirme irritada, soporto muy mal el hambre. Le iba a proponer que cambiáramos de barrio, cuando Cheles se detuvo ante un local de cortinas anaranjadas que tenía un letrero antiguo, La Innovación, en unos bajos de la calle Comte de Santa Clara. Mi amiga, que es fisgona, ya había metido la nariz entre los barrotes de las ventanas para atisbar el interior.

—Vamos, Cheles, que aquí no nos van a dar de comer. ¿No ves que es una tienda?
—le apremié.

—No, es un restaurante. Veo mesas libres.

Era un tugurio curioso. Me dio la sensación de haberme introducido en un cuadro surrealista, de un surrealismo *kitsch*. El local estaba tan atestado de muebles y objetos, que apenas se podía circular entre las mesas. No había dos sillas iguales; en la amplia muestra representada, se alternaban todos los estilos, desde sillería de madera lacada años veinte, hasta sillas pop de plástico rojo, pasando por butacas de despacho y silloncitos de múltiples formas y tapizados. Las mesas eran igualmente heterogéneas. En un aparador, en vez de platos y vasos, se podía ver una colección completa de muñecas Barbie, luciendo diversos modelitos, en todas las poses imaginables. La alacena contigua exhibía trofeos deportivos, viejos retratos de futbolistas, un balón de bronce, un banderín del Deportivo de la Coruña... Anuncios antiguos de Cola-Cao, de Colón, del Monte de Piedad, y otros de la misma época, decoraban las paredes, así como fotos amarillentas de toreros y niños comulgantes de la posguerra. Desde un rincón nos vigilaba una alarmante pantera negra de cartón piedra. Un biombo chino acotaba la zona de las mesas, a continuación de la cual se extendía la barra, amplia, curva y de madera, presidida por un gran espejo donde se reflejaban cientos de botellines y botellas de licores. Junto a la cocina, que cerraba una cortina de tiras, divisé una aparatosa nevera roja de Coca-Cola, de los años cincuenta, que emitía un zumbido constante y, sobre ésta, una cornamenta de algún animal silvestre (¿un ciervo?, ¿un alce?) y un calendario obsceno, con una morenaza de tetas como globos y un tanga mínimo. La luz del sol, tamizada por las cortinas de las ventanas, adquiría una misteriosa y cálida tonalidad sepia. Cheles se quedó embobada contemplando la sala, tenía debilidad por lo extravagante. Yo la imité y casi me había olvidado del motivo de nuestra incursión en ese extraño lugar, cuando una voz de mujer me recordó dónde estaba.

—¿Queréis algo?

La mujer, de unos cincuenta y pico años (o cuarenta mal llevados, fue mi primera impresión), lucía una despeinada melena entrecana, que sujetaba con una sucia goma de pelo, que en el siglo pasado debió de ser blanca. Un holgado delantal a rayas le cubría los vaqueros, calzaba chancas con pompones rojos. Estaba de pie ante nosotras, con los brazos cruzados, esperando nuestra respuesta o, mejor dicho, mi respuesta, pues sólo me miraba a mí, con una intensidad que me incomodó.

—¿Tienes una mesa libre para dos? —le pregunté, azorada.

Pareció vacilar.

—Sí —dijo, al cabo de unos segundos muy largos—. Ya está cerrada la cocina, pero algo haremos. Sentaos donde más rabia os dé.

Le pedimos la carta, pero no tenía.

—Hay arroz con bogavante —nos informó.

—¿Y qué más? —le preguntó Cheles, que es vegetariana.

—Nada más —contestó la mujer—. Tenía ensalada, pero se me ha acabado.

Cheles dudó, en consideración a sus principios vegetarianos, que son bastante flexibles, pues yo la he visto comer morcilla y jamón serrano. A mí me apetecía mucho el arroz con bogavante, de modo que le sugerí que se comiera el arroz de su plato y me cediera el bicho. Nos quedamos.

Mi amiga estaba entusiasmada con el local. Me confesó que toda su vida había soñado con regentar un sitio así, personal y distinto, para recibir a los amigos, ponerles unas copas y hacerles sentir a gusto, como en su casa. Mi apreciación era más cauta. Comparto con otros artistas una predilección por la sobriedad, los espacios desnudos, la decoración mínima, inapreciable; siento el abigarramiento como una agresión física; no se lo dije a Cheles, pero ese lugar tan lleno de cosas me provocaba claustrofobia. El arroz estaba exquisito. Cheles, contraviniendo el prontuario de la vegetariana modelo, se negó a darme su bogavante y devoró hasta los ojos de su espécimen. Según ella, los animales con branquias son menos sensibles que los que tienen pulmones; no sufren cuando los matan.

—¿Cómo puedes estar tan segura de que los pollos tienen alma, pero los lenguados no? —le pregunté, artera.

—Lo dicen los científicos —me contestó y siguió chupando la cabeza del bogavante.

No conseguí exponerle mis dudas sobre el proyecto de Turpin. Cheles, que puede ser torrencial cuando algo le obsesiona, se dedicó a comentar con prolijidad las recientes desventuras de nuestra común amiga, Mireia, la madre de mi ahijada Laia, recién separada de un villano, Miquel, quien en tiempos también fue amigo nuestro, cuando lo considerábamos un hombre amable, si bien gris y algo apocado, porque desconocíamos su infinita capacidad de perfidia, que nos fue desvelada por Mireia, después de que su ex la abandonara, de la noche a la mañana, por una compañera de trabajo. A tenor de lo que nos contaba Mireia, no había acto ruin o mezquino en que Miquel no pudiera incurrir. «¿Pero cómo has podido estar casada seis años con esa

bestia?», le preguntábamos cuando nos ponía al tanto de su última iniquidad y ella confesaba, compungida, «yo tampoco lo entiendo». De ordinario, yo era la primera en meter cuchara en las sustanciosas discusiones en que solíamos enzarzarnos las amigas y que podían durar horas. No me cortaba a la hora de darle consejos a Mireia. «La próxima vez que él vaya a tu casa a recoger a la niña, no le abras. Le dices, si quieres ver a Laia, págame la pensión». «¡Ni se te ocurra devolverle el coche a ese cabrón, diga lo que diga la jueza! Antes lo estampas contra un muro y lo dejas en siniestro total». (Rara vez me hizo caso, por fortuna). Pero ese día yo quería hablar de mis problemas y los ajenos me impacientaban. Decidí sacar a colación el tema cuando llegara el postre, que consistió en una indigesta tarta de Santiago, regada con orujo, que me negué a probar, pero que Cheles aceptó con alegría.

Ya eran más de las cinco de la tarde, todas las mesas del restaurante, salvo la nuestra, estaban vacías. Cuando la mujer (que era la dueña y se llamaba María, ya habíamos averiguado eso) le trajo a Cheles su trozo de tarta en un plato (distinto de los demás; no había dos platos iguales en ese restaurante), mi amiga le alabó la decoración del local.

—Es un sitio fantástico y superoriginal, tiene algo... ¡Encanto! Y hemos comido de putísima madre —le dijo, dándole jabón, ella sabe cómo ganarse a la gente. Animada por esos requiebros, la tal María se sentó a nuestra mesa, dando al traste con mi propósito de mantener una charla confidencial con mi amiga. María destapó la botella de orujo, sirvió una copita a Cheles, hizo ademán de ponerme otra a mí, cosa que impedí, se encogió de hombros y se vertió una a sí misma.

—He estado a punto de no dejaros comer —nos informó—. Habéis llegado muy tarde, nunca cojo a nadie pasadas las tres, pero tú te pareces mucho a una amiga mía —me dijo—. Tienes la misma cara, el mismo pelo, idéntica expresión... Cuando has entrado, te he confundido con ella y ha estado a punto de darme algo, mi amiga murió hace más de veinte años. Pero en cuanto has abierto la boca, he sabido que no eres su fantasma, ella tenía la voz grave. Y tú eres más menuda, no es que ella fuera grande, pero... Tenía otro tamaño —declaró, con lo que me pareció un velado reproche en la voz—. Además, ella nunca me habría rechazado un orujo —concluyó, ahora sí en tono claramente censor.

—Era mi mejor amiga —añadió—. Todavía la echo de menos.

El codo sobre la mesa, la cabeza apoyada en la palma de la mano y la mirada extraviada en el mantel de papel, lleno de manchas y migas, María se ponía melancólica, pero Cheles no lo permitió. Le preguntó por el nombre del restaurante, La Innovación, que le parecía «genial»; yo lo encontraba sarcástico, no había nada en ese lugar que tuviera menos de un cuarto de siglo y la dueña —que vista de cerca tenía el rostro plagado de arrugas y la boca muy deteriorada, los dientes amarillos, con manchas negras, y una cavidad ominosa donde hubiera debido estar un incisivo —, debía de rondar los sesenta, ahora me percataba. La curiosidad de Cheles reanimó a nuestra anfitriona. Nos explicó que a finales del siglo XIX, cuando fue fundado, ese

local había sido una tienda de tejidos, la más moderna de Barcelona, de ahí su denominación. Más tarde, sirvió de almacén y de fonda para pescadores. Cuando ella lo arrendó, hacía ocho años, llevaba un tiempo cerrado. Conservó el nombre y el letrero de origen, porque le gustaban. El actual dueño, bisnieto del fundador, vivía en Igualada, donde regentaba una granja avícola, «ese hombre sólo entiende de pollos, no le hables de nada más, es un paleta. Cada vez que ha de venir a Barcelona, se pone el traje de boda y se va al barbero a cortarse el pelo», nos informó, con evidente desprecio. El local, además del espacio destinado a restaurante, comprendía un patio interior, tras el cual se hallaba una vivienda, donde María residía en compañía de sus gatos y sus perros. Entonces nos dijo que el restaurante estaba en traspaso. La artrosis la obligaba a jubilarse. Nos enseñó las manos.

Las tenía hinchadas y deformadas por la enfermedad, parecía increíble que con esos dedos tan desfigurados pudiera cocinar. Nos aclaró que hacía un año que no cocinaba (tenía contratada a una cocinera marroquí), ella sólo servía las mesas, pero la afección había avanzado tanto, que ya ni eso podía.

—Sufro dolores tan fuertes que no puedo dormir por las noches —nos confesó—. En cuanto consiga traspasar esto, me iré a la aldea, a Coruña, a la casa que me dejaron mis padres, con mis quince gatos y mis siete perros, a ser la loca del pueblo.

Tenía un humor cáustico que me divertía, aunque Cheles, que es muy humanitaria, se escandalizó.

—¡No digas eso! ¿Loca, por qué? ¿Qué tiene de malo que te gusten los animales? A mí también me apasionan —se apresuró a matizar. Pero enseguida sacó a relucir su espíritu de negociante. Preguntó por el precio del traspaso y del alquiler del local.

María le informó que de traspaso pedía quince mil euros y el alquiler del local y la vivienda no llegaba a quinientos euros al mes. Eso sí; quedaban sólo cinco años de contrato. A Cheles le brillaron los ojos.

—¡Es un chollo! Podría interesarme —anunció.

Salimos de La Innovación pasadas las siete de la tarde; durante dos horas debatimos con la dueña su posible adquisición. Cheles estaba arrebatada.

—Yo no creo en la casualidad —decía—. Hay algo mágico en esto. Nada más entrar, he notado muy buenas vibraciones. Ayer me dijo la maestra que me encontraba receptiva, con unas energías muy magnéticas, ¡y fíjate...! Es exactamente el tipo de local que tenía en la cabeza desde hace un montón de tiempo. Es superkitsch, me chifla. Lo dejaremos tal cual está, no tocaremos nada, salvo el baño y la cocina.

Hablaba en plural, porque había decidido implicarme en el proyecto, sin mi voluntad ni mi consentimiento. Como una verdadera hermana mayor, me había explicado que yo necesitaba una ocupación seria, con un horario y unas responsabilidades. Lo de ser artista estaba bien, sí, pero en los ratos libres. Ella pondría el dinero, yo mi trabajo; desempeñaría la gerencia del restaurante y ella llevaría la contabilidad y las relaciones públicas.

—Puedo traer un montón de gente —se jactó y yo sabía que era cierto—. Si corre la voz de que Bruce Springsteen y Joaquín Sabina han ido a La Innovación, se pondrá de moda echando leches —ella hablaba así, odiaba la mojigatería (con un odio excesivo, a mi juicio).

En realidad, fue María quien decidió desde un principio que yo participaría en el negocio. Cuando Cheles le manifestó su interés, la mujer me informó a mí (no a Cheles) de que había otro candidato al traspaso del restaurante, un negociante libanés; no obstante, en igualdad de condiciones, me lo concedería a mí, porque le recordaba a su amiga, asociación que me causaba una cierta inquietud, no me gustaba parecerme a una muerta, ni ser la responsable de que Cheles consiguiera La Innovación. María nos avisó de que el dueño, «el de los pollos», era un hueso duro de roer. No quería saber nada de traspasos, se empeñaba en que a ella le quedaban por cumplir cinco años de contrato y se negaba a hablar con nadie más.

—Pero tú tienes derecho a un traspaso —le dijo Cheles, que sabe de esas cosas.

—¡Precisamente! Pero ese hombre es un ignorante.

Cheles se ofreció a hablar con él y proporcionarle todo tipo de garantías y referencias, así como, a ser posible, sacarle más años de contrato. María nos dijo que se pondría en contacto con «el de Igualada», para poner en marcha el proceso. Antes de que nos fuéramos del restaurante, apareció un personaje siniestro, que trataba a la dueña de doña María, con deferencia y respeto, y a quien ésta sirvió una copa de coñac, que el individuo se echó al colete en un suspiro. Luego María le dio cinco euros y lo despidió con cordialidad, pero con firmeza.

—Es el chorizo del barrio —nos explicó cuando se reunió de nuevo con nosotras—. Viene por aquí todas las semanas y siempre le doy algo, para que me deje en paz y me proteja. Como ésta es su zona, no permite que nadie más la trabaje. Una noche entraron y me reventaron la caja. Al día siguiente, hablé con éste y me dijo: «Doña María, usted no pase pena, que yo me encargo de todo». Al otro viernes me trajo, no sólo los trescientos euros que me habían robado, sino otros doscientos de propina, todo lo que llevaba el ladrón cuando lo cogió por banda. Es de fiar —concluyó—, un tipo honrado.

El código ético de María era aún más peculiar que el mío. Cheles me lanzó una mirada significativa, que traducida, decía: «las relaciones diplomáticas con el chorizo del barrio formarán parte de tu cometido cuando seas la gerente del restaurante».

Me contrarió que Juan fuera de la opinión de Cheles cuando le expliqué lo sucedido, esa noche, mientras cenábamos. Me dijo que yo pasaba demasiadas horas sola, encerrada en el estudio. Me convenía un trabajo en un restaurante, que me permitiera relacionarme con el público («eso no quiere decir que tengas que dejar la pintura; puedes seguir pintando los fines de semana»), así como independizarme de una vez por todas de mis padres (me reprochaba que a mi edad siguiera pidiéndoles dinero cuando andaba apurada) y lograr la cobertura del paro y la seguridad social. Alegué que apenas sabía cocinar, pero rechazó mi objeción con desdén. «Eso se

aprende», afirmó, con el convencimiento del *self-made man*, de que toda habilidad está a nuestro alcance si uno pone el suficiente empeño. Quizá porque su vida había sido poco convencional, era un hombre que valoraba por encima de todo la estabilidad de un entorno familiar, la tranquilidad de un empleo. Me reñía porque no contestaba las llamadas de mi madre (me llamaba todas las noches desde que contrató la tarifa plana, esa mujer no tenía medida) y me hacía la remolona para no ir a verla a Valladolid, pese a que ella me lo pedía con insistencia. Incluso se ofreció a acompañarme; por lo visto, le hacía ilusión conocer a mis padres. Ningún novio anterior me había dicho nada parecido.

Yo achacaba a su infancia de huérfano desamparado esa idealización sentimental de las relaciones paterno-filiales, uno siempre anhela lo que no tiene o no ha conocido. La madre de Juan murió de enfermedad cuando él era niño. Su padre se volvió a casar un par de veces. Él se crió en Calatayud, con una tía lejana (de la que nunca hablaba, no debía tener buen recuerdo de ella) y pasó la adolescencia metido en internados. Juan me consideraba muy afortunada por tener dos padres vivos, que se preocupaban por mí y me querían tanto (demasiado, a mi juicio; ambos estaban jubilados y no tenían nada mejor que hacer que sufrir por mí, para mi desventura). Por lo que le saqué —él nunca hablaba sobre sí mismo de buen grado, excepto en cuanto concernía a su trabajo—, su padre era una calamidad. Andaba siempre metido en chanchullos tirando a opacos y se enredaba en dificultades de las que invariablemente tenía que sacarle su hijo. En esa época, residía temporalmente en el puerto deportivo de Premià de Mar, donde tenía anclado su pequeño velero, en el que vivía con su última novia, una holandesa que, según Juan, era ex prostituta. El buen hombre se dedicaba a la compraventa de embarcaciones (de dudoso origen, con demasiada frecuencia) y a alquilarse como patrón para la navegación de recreo y el traslado de barcos de un puerto a otro. «Es un viva la virgen», decía de él su hijo, «pero muy simpático, estoy seguro de que te caerá bien cuando lo conozcas». Lo cual no llegó a suceder, porque el día en que su padre tenía que cenar con nosotros en casa de Juan (que había cocinado para la ocasión un besugo al horno, era mejor cocinero que yo), llamó a su hijo pasadas las once de la noche, cuando ya llevábamos una hora esperándolo, para comunicarle que tenía problemas, pues le habían embargado el barco. Luego resultó que el problema no era el embargo, sino que lo había quebrantado. Pese a que le habían prohibido moverlo del puerto, al que debía un montón de mensualidades de alquiler del amarre, el padre de Juan se había llevado el velero embargado a Peñíscola. A su llegada lo recibió la policía marítima; no fue una recepción cordial. Juan, con una paciencia digna de mejor causa, perdonó a su padre el plantón y le dio dinero para saldar sus deudas. Era él quien velaba por su padre y no al revés, imagino que por eso valoraba tanto a mis progenitores.

No me resolví a renunciar al trabajo de Turpin. Me aferraba a ese proyecto, contra mi conciencia y mi sentido común. La copia me estaba saliendo muy bien y me dolía no concluirla (y aún más no poder mostrarla). A todos nos complace sentirnos

satisfechos del resultado de nuestro esfuerzo y yo llevaba una larga temporada sin poder congratularme por nada. Ese trabajo metódico y detallista, que requería una enorme paciencia, convenía a mi talante obsesivo. Día a día, el fondo del cuadro iba tomando forma y yo me estaba enamorando del resultado (y eso que el cuadro original me parecía mediocre). Tenía la convicción de que iba a lograr una reproducción indistinguible del original, aunque sólo para el mero observador; un experto que examinara mi lienzo no dejaría de detectar que los materiales y pigmentos empleados eran actuales y, en la supuesta fecha del cuadro, 1917, ni siquiera existían. Podía dar el pego a simple vista, pero nada más, aunque no quería pensar en eso. Yo seguía metódicamente con mi labor y, en su momento, decidiría qué hacer con el óleo. Tal vez confrontaría a Turpin con el chisme de Solange, y en función de lo que éste me dijera, le entregaría o no mi obra. Por otro lado, la idea de convertirme en restauradora no me seducía en absoluto; era Cheles la que soñaba con regentar un restaurante, no yo; no veía por qué tenía que meterme en su sueño, que se buscara a otra.

Un jueves por la noche me llamó mi amiga Mireia, la mal separada, para pedirme un favor. Al día siguiente operaban a su madre en la clínica Dexeus y quería acompañarla, pero le había fallado la canguro de su hija Laia, ¿podría yo ocuparme de la niña unas horas?

No podía negarme, pero el plan me horrorizaba. No estaba acostumbrada a tratar con niños, no tenía hijos ni sobrinos, ¿cómo podría entretener a mi ahijada? ¿Qué le interesa a una niña de cinco años? Recordé lo que me gustaba a mí de pequeña: visitar el zoo, ver a los animales enjaulados. Hallarme a pocos metros de un león, protegida de él por una valla metálica y un foso, sabedora de que de no mediar esas defensas, se me comería en dos bocados, me proporcionaba una emoción especial, un estremecimiento único. Cada vez que iba con mis padres a Madrid, exigía que me llevaran al zoo, no me cansaba nunca de esa experiencia. Puesto que Barcelona también tenía zoo, decidí acudir allí con la niña, la alternativa que me proponía su madre, una película infantil de princesas, me ponía los pelos de punta.

Para mi sorpresa, Juan quiso acompañarnos.

Lo que me exaspera de los niños es que son egocéntricos y caprichosos; no piensan más que en sí mismos, se sienten el centro del mundo y actúan como si los demás debiéramos compartir esa noción. Según Cheles, lo que no soporto de los niños es, precisamente, que sean niños. Puede. Llevábamos más de dos horas pateando ese inmundo recinto, que huele a caca de camello y a sudor de tigre; habíamos visto y reconocido, con grandes aspavientos de mi ahijada, los monos, los elefantes, los rinocerontes, las serpientes, las focas, los lobos, los leopardos, los loros, los osos hormigueros... Me dolía una ampolla que me había salido en el empeine, por culpa de unas sandalias nuevas que estrenaba ese día (me arrepentí demasiado tarde de mi ocurrencia), tenía sed, hambre, cansancio y ganas de hacer pis, pero nuestra pequeña déspota, que nos tenía bien agarrados de las manos a Juan y a mí, para que

no nos escapáramos, insistía en que aún teníamos que ver a Bambi. Era inclemente, no tuvo ninguna lástima de mis ruegos ni de mis pies doloridos. Juan se llevaba muy bien con ella. Era obvio que le gustaban los niños; jugaba con Laia a las carreras se la subía a los hombros, le contestaba todas las preguntas (¡y fueron miles!), sin perder el buen humor ni su radiante sonrisa. Sin hacer caso de las quejas, ni de los pucheros de Laia, anuncié tajante que nos íbamos a sentar a la mesa de un bar, para tomar algo y descansar; lo de Bambi, ya lo decidiríamos. Juan desertó de mi compañía y se fue a ver a la maldita bestia con la niña.

Al dejarla en su casa, una hora y media después, mi ahijada no se quería separar de Juan, se le colgaba del cuello y se negaba a soltarse. Su relación conmigo era distinta. Instigada por su madre, acabó por acceder a ofrecerme una mejilla para que se la besara, tras lo cual se apresuró a secársela con el dorso de la mano, mientras me miraba con rencor. Pensé que era una niña malcriada. Iba a mencionárselo a Juan, ya en el coche (me acompañaba a la Barceloneta, yo tenía una cita en La Innovación, con Cheles y María), cuando él soltó:

—Me gustaría tener una hija, una niña tan guapa y simpática como Laia.

Era lo último que me esperaba; no obstante, quise creer que enunciaba ese deseo de forma inconcreta, como un proyecto indeterminado de futuro, no como una posibilidad inminente y real. Me equivoqué. Tomando mi silencio por aquiescencia muda, sin mirarme (miraba al frente para que no nos estrelláramos, estaba conduciendo), Juan me dijo:

—Quiero un hijo tuyo más que nada en el mundo. ¿Te casarás conmigo?

Al regresar a su casa, su madre aún no daba señales de vida. Seguía durmiendo, se pasaba el día en la cama, antes no lo hacía. El bebé también dormía. ¿Qué haría con él? Decidió esconderlo por el momento. Procurando hacer el menor ruido posible (las ruedas del cochecito chirriaban al rozar las baldosas del suelo), condujo el vehículo infantil al balcón de la lavadora, donde lo apoyó contra la pila de fregar. Cerró la puerta de vidrio al salir, si el bebé lloraba, no despertaría a Carmen. El reloj de la cocina indicaba que eran las doce menos cuarto del mediodía. Se sentó a esperar en el sofá del salón. ¿Cuánto tiempo tardaría el señor Germán en percatarse del secuestro, leer su mensaje, reunir el dinero y depositarlo en el boquete de la piedra grande de la Quinta Amelia? Quizá ya lo había hecho. Él se había desplazado en metro desde la Rambla hasta Sarrià, y luego había bajado a pie, el paso entorpecido por el cochecito, pero el camello sin duda disponía de coche propio (puede que un Porsche o un Ferrari, los narcotraficantes conducían buenos carros), y la guita la debía de guardar en casa, dentro de un colchón u oculta debajo de una baldosa. Decidió que, por prudencia, esperaría un poco más antes de ir a recoger el rescate. Lo tenía todo previsto y su plan era infalible.

Conocía el parque de la Quinta Amelia como la palma de su mano, lo había explorado muchas veces con su amigo Uri Moreno, antes de que éste se cambiara de barrio, y en dos gloriosas ocasiones habían sido expulsados; una, por pisar el césped (en realidad, arrancarlo; querían cavar un pozo, por si encontraban petróleo), la otra, por tirar petardos a los perros. Él creía que ése era el único parque de Barcelona, hasta que se enteró de que junto al zoo había otro más grande, el de la Ciudadela (nunca lo habían llevado allí, sus padres preferían los bares a los parques). En el centro del jardín de la Quinta Amelia se hallaba la escultura del niño encantador de serpientes, de un bronce verdoso; un chaval tan delgado que daba grima verlo (alguien le había cortado la cabeza a la serpiente, que parecía una cuerda que se enroscaba sola). Detrás de la estatua se abría el pequeño estanque, donde más de una vez a Uri y a él se les había caído el balón con el que estaban jugando; daba coraje ver la pelota dando vueltas y más vueltas sobre el agua, como un pato, y no poder recuperarla, pues estaba prohibido vadear la alberca y, si lo hacías, las viejas sentadas en los bancos que la circundaban se chivaban al guarda. Pero era al otro lado del parque, cruzado el estanque, donde se erguía el gran pedrusco rojizo, que tenía una barandilla, a modo de mirador, en la parte superior, y una cavidad en la cara frontal, más larga que la boca de un buzón, donde Uri y él solían dejarse mensajes y escondían los cigarrillos. La abertura era tan amplia, que podía meterse el brazo hasta el codo, incluso una mano gorda, como la del señor Germán, cabría sin problemas.

Él acudiría a buscar la pasta vestido de tío, con la ropa que llevaba (no tenía otra), y una bolsa de plástico en la mano, que contenía su disfraz de zorra. Era consciente de que, con toda probabilidad, el señor Germán, o el quinquí de los colmillos de oro,

estarían vigilando, ocultos entre los setos o detrás de un árbol; no había visto tanta televisión en vano. Cuando él retirara el botín, lo perseguirían con disimulo. Lo tenía previsto y no le preocupaba; era su barrio y les llevaba ventaja. Saldría del parque por la puerta norte, cruzaría la calle Santa Amelia y saltaría el muro de piedra de la villa Cecilia, por el extremo donde la valla se había desmoronado. Se internaría en la maleza del jardín de esa casa en ruinas, como había hecho tantas veces con su amigo Uri (sobre todo de noche, cuando daba más cague). Tapado por los tres cipreses que formaban un semicírculo cerrado en torno a la valla, tras el que ellos solían ocultarse para fumar sus primeros pitis y hacían concursos de a ver quién meaba más alto, se despojaría de su atuendo viril y se vestiría con la falda negra y el corpiño amarillo. Se encasquetaría la peluca, como remate, y volvería a parecer una chica. Metería la ropa desechada en la bolsa de plástico y saldría de la villa trepando la cerca de madera que daba a la Plaza de los Capuchinos (para eso tendría que subirse la falda más arriba de las rodillas). Sus perseguidores descubrirían asombrados que el niño gordo y calvo al que seguían los pasos se había esfumado. Jamás lo relacionarían con la zorra melenuda que caminaría despacio, meneando el culo y la bolsa de plástico. ¿Tenía, o no, todo calculado? Era un proyecto de huida propio de un gran cerebro. Si careciera de la experiencia de tantas horas de persecuciones televisivas, nunca se le habría ocurrido. Viendo la tele se aprenden muchas cosas, más que en la escuela.

El timbre del teléfono lo sobresaltó. Se levantó para cogerlo, pero un chillido lo detuvo.

—¡Ni se te ocurra!

Su madre, que venía apresurada por el pasillo, vestida con una chaqueta de pijama herencia del Chino (¿llevaba, o no, bragas debajo?), se precipitó a coger el auricular.

—¿Dígame?

—¡Ah! Eres tú... ¿Cómo estás, Marilis?

Era perceptible el desencanto en su voz. En ese instante supo que su madre se había hecho la ilusión de que la telefoneaba el Chino. ¿Cuándo comprendería que no la iba a llamar más?

—Me acabo de levantar —le dijo su madre a su amiga—, no me encuentro nada bien, me estalla la cabeza, creo que tengo fiebre...

—¡No, no vengas! —se alarmó su madre—. De verdad, Marilis, te lo agradezco, pero no es necesario. Ya me cuida... Ya me cuido sola, quiero decir. No hace falta llamar al médico, sé muy bien lo que me pasa, es la jodida bronquitis, que no se quiere ir. Me quedan antibióticos de la otra vez. Volveré a tomarlos y en un par de días estaré mejor, no te molestes por nada. Ya te llamaré yo. Un beso.

Y colgó. Luego le dirigió una mirada extrañada, como si no supiera quién era él o no lograra recordarlo. Se pasó el dorso de la mano por los ojos, como si con ese gesto pudiera borrarlo, y bajó la vista. Entonces, las manos cogidas a la espalda, como una niña castigada, le habló con la mirada perdida en sus zapatillas deportivas:

—He estado pensando... —empezó a decir, pero era falso, había estado

durmiendo, aunque Fede no creyó oportuno remarcarlo—. He estado pensando y creo que te tienes que ir ya, inmediatamente. Lo de ayer noche no puede repetirse, ¿entiendes? Eres un niño, no puedes... Eso son cosas de mayores, por eso quiero que vuelvas a Santander, a mí no me respetas. Voy a llamar a tu abuelo. Le diré la verdad, no hay otro remedio. Ayer hablé con él; me ha prometido que no irás a ningún reformatorio, ni al internado suizo. Te llevarán a un colegio de Santander, sin curas, ni uniformes, como tú quieres. También le comenté lo de Natalia...

Siguió perorando, mintiendo con todo descaro. Él había oído la conversación telefónica de su madre con su abuelo la tarde anterior y nada de lo que le estaba diciendo era cierto. ¡Se lo quería sacar de encima con patrañas! Largarlo de casa sin contemplaciones. Ya estaba harta de él. Se ponía seria, para que comprendiera que su regalo del jaco no había cambiado nada, al contrario. Se sintió tan indignado, que notó cómo le subía el rubor al rostro, en una inyección súbita de calor. Estaba a punto de explotar y decir barbaridades, cuando un alarido hizo callar a su madre en mitad de una frase. El vagido se reprodujo, varios tonos más elevado. Sonaba muy cerca, justo detrás de ellos, o al lado. ¿Cómo podía ser? ¡Él había cerrado la puerta de la terraza!

—Parece un bebé —dijo su madre con asombro.

Lo era. Había menospreciado la potencia de su llanto. Miró a su madre sin hablar y salió disparado hacia el balcón trasero. Regresó al salón con el cochecito; el bebé Seguía berreando. Su madre los contempló boquiabierta.

—¿De dónde sale este niño? —preguntó, aunque era obvio: del balcón de la lavadora.

—Es una niña —le corrigió Fede—, es la hija de Ciscu, el del billar. He estado allí esta mañana, jugando unas partidas, y el Ciscu me ha pedido que le haga de canguro a su hija, porque él... Ha tenido que ir al médico.

No era una explicación muy satisfactoria, pero no se le ocurrió otra. Su madre lo escuchó con suspicacia.

—Me parece muy raro —dijo—. No me entra en la cabeza que ese amigo tuyo se lleve a su hija al billar y luego se vaya al médico y te pida a ti, que eres un niño, que la cuides, no tiene ningún sentido.

Fede se enfadó; le reprochó que fuera una desconfiada y nunca le creyera. Medio lloriqueando, para convencerla, le juró que ese bebé era del Ciscu, el encargado de la bolera, un tío mayor, de treinta o treinta y cinco años. Esa mañana había ido al curro con su hija, porque su mujer tenía la pierna rota y no podía ocuparse de ella. Nada más llegar, con una mala folla que te cagas, al Ciscu le había entrado un dolor de barriga del copón. Se tuvo que ir al hospital a toda hostia y él se quedó con la niña, porque no había nadie más en el billar.

—No me gusta que emplees ese lenguaje, se puede hablar sin decir tantos tacos —le riñó su madre, que seguía en su vena pudorosa—, y todavía no entiendo por qué ese amigo tuyo no se ha llevado a su hija consigo. ¿Cuánto tiempo vas a tener que

cuidar de ella?

Fede se encogió de hombros.

—No sé, no me lo ha dicho. Hasta la tarde, me imagino.

¡Hasta la tarde! Su madre estaba escandalizada.

—¿Cómo se te ocurre hacer algo así? ¿Tú crees que es buen momento para que traigas un bebé a casa? Yo estoy con fiebre, tú tienes que irte a Santander... A veces pienso que no tienes más cerebro que un mosquito.

Él la dejó desahogarse; en verdad, la transacción era transparente: yo finjo creerme tus embustes si tú te tragas los míos. Su madre iba a decir algo más, cuando sucumbió a un acceso de tos. Fue la ocasión que esperaba la niña, que había estado callada mientras discutían, para volver a llorar. Sin dejar de toser, su madre sacó a la niña del cochecito, la cogió en brazos y, por un segundo, Fede temió que fuera a tirarla por el balcón, tanta furia reprimida había en sus gestos, pero en lugar de eso, levantó al bebé a la altura de su rostro y le olisqueó el pañal.

—Está sucia, por eso llora —dijo Carmen—. A esta niña hay que cambiarla. ¿Te ha dado alguna muda tu amigo?

Fede negó con la cabeza. ¡Qué falta de cálculo! No había pensado en ello. Su madre le endosó el bebé, que apestaba a caca, y se puso a registrar el cochecito. Abrió la cremallera de una bolsa trasera y extrajo, triunfante, un pañal. Él no podía dejar de admirarla; cuando estaba serena, era una mujer llena de recursos. Lo deseable hubiera sido compartir su secreto con ella y contar con su complicidad, pero temía su reacción si llegaba a enterarse de que había raptado al bebé; las mujeres eran unas sentimentales y todo les asustaba. Con una eficacia asombrosa, su madre tendió al bebé sobre su espalda en la mesa del comedor, alzó sus piernas y le agarró los dos pies con una mano, como si fuera un conejo, mientras con la otra le quitaba el pañal sucio —dejando sus genitales al descubierto; él pudo comprobar con alivio que era una niña, no se había equivocado—, sustituyéndolo por el limpio. La niña, que ya no lloraba, se dejó hacer, reconocía la mano experta. Él las miraba embobado.

—¡Hace siglos que no cambiaba un pañal! Desde que tú eras bebé... —recordó su madre—. ¿Y qué le vas a dar de comer? —le preguntó cuando hubo concluido su tarea y la niña, sentada en la mesa, a falta de pan, mordisqueaba el brazo con el que Carmen la sujetaba, llenándolo de babas.

Fede bajó al súper antes de que cerraran. Llevaba una lista que le había dictado Carmen: potitos y pañales. Pese a sus protestas, se había empeñado en darle dinero para sus compras. ¡Se ponía a hacerle de madre ahora que él tenía que irse! Pero no, no se dejaría arrastrar a Santander; volaría al Brasil, con ella y con el botín del secuestro, ésa era la agradable sorpresa que le tenía reservada. Cuando lo viera aparecer en casa con un mogollón de pasta, lo miraría con otros ojos.

Al salir del supermercado, se acercó al parque; había pasado mucho rato, tal vez el dinero estuviera esperándolo. Avanzó despacio por el camino de grava, resistiendo a la tentación de mirar atrás y a los lados; tenía que aparentar calma e indiferencia,

era un niño dando un paseo, no un secuestrador a la caza del rescate. El sol apretaba; la calva se le llenó de gotitas de sudor que le bajaban en pequeños regueros por la cara y se le colaban entre los labios; tenían un sabor salado, como las lágrimas. Eran más de las dos del mediodía, hora de que los viejos estén en casa, pero las dos abuelas que dormitaban, cabeza contra cabeza, en el banco en sombra que flanqueaba la roca, no parecían darse por enteradas. Se vio obligado a despertarlas y pedirles que se apartaran. Para registrar el hueco de la piedra tenía que subirse al banco, si no, no alcanzaba. Las mujeres tenían mal despertar, protestaron, le costó convencerlas de que le hicieran caso. Les dijo que quería recuperar su reloj, que había metido en el boquete. Accedieron de mala gana y él se encaramó al asiento del banco e introdujo el brazo en la abertura, barriendo el interior con la mano abierta. Las yemas de sus dedos reconocieron al tacto una pelota de tenis y otra de *ping pong*, varios petardos, chicles mascados, duros como piedras, lo que probablemente eran palos de helado y un papel hecho una bola; ningún sobre abultado, ninguna bolsa repleta de billetes de cinco mil pesetas... ¡Mierda! Ya iba a sacar la mano vacía, cuando recapacitó y apresó el papel con los dedos: podía ser un mensaje del camello.

—¿Has encontrado el reloj? —le preguntó una de las viejas cuando él saltó del banco a la hierba.

—No —contestó—. Algún chaval me lo habrá quitado.

La vieja meneó la cabeza con una sonrisa complacida y los ojillos entrecerrados, como diciendo, «¡te está bien empleado!».

Era tal su decepción, que no tuvo que hacer ningún esfuerzo para no atisbar a los costados, ni se acordó de que seguramente alguien lo estaba observando. Desarrugó el papel cuando cruzó la verja del parque. Era una cuartilla rayada, procedente de un cuaderno escolar. Reconoció la letra. ¿De quién era? Una mano infantil había escrito en desvaída tinta azul:

A las siete en la plaça Artos.

F. D. Cuesta.

Trae los petardos.

¡Ése era él! Federico Durán Cuesta. Así firmaba, con esa rubrica tan elaborada. Nunca escribía completo su primer apellido, Durán, pues si su abuelo se avergonzaba de él, él renegaba de su apellido. Era un mensaje que había escondido en la roca hacía muchos años (tres o cuatro), para su amigo Uri, quien, por lo que fuere, no lo llegó a recoger. No lo recordaba en absoluto. Sintió la misma perplejidad que el náufrago de la isla que, al cabo del tiempo, recupera del mar la botella que él mismo lanzara, en SOS desesperado. Pero esa viñeta que en las páginas de un tebeo le hubiera parecido ocurrente, en su propia experiencia resultaba cruel. El pasado venía a visitarle, aquellos años en que sus únicos problemas eran el miedo a quedarse solo en casa, los suspensos del colé o que no le gustara la cena que le había preparado su madre...

¡Qué despreocupado vivía entonces! Hizo trizas su mensaje y regresó contrariado a la calle Río de Oro. Era demasiado impaciente, reflexionó, el señor Germán y su familia vivían sin prisas. Tal vez no habían reparado en la desaparición del bebé hasta la hora de comer, al fin y al cabo, lo dejaban abandonado junto a la puerta de la calle durante horas.

Se fumó un pitillo rápido junto al portal de su casa, antes de subir al piso, donde se encontró con una inesperada escena hogareña. La persiana del ventanal del salón estaba medio bajada, para atenuar la embestida del sol, que a esa hora daba de lleno en la fachada. La niña, vestida sólo con el pañal, aposentada en la colcha india —que su madre había sacado de la cama de Fede, para emplearla de alfombra para el bebé—, se divertía arrancando las hojas de una revista, emitiendo grititos de deleite y formando pompas de saliva con los labios. Carmen estaba acurrucada en el sofá, descalza, mirándola jugar. Eso creyó al verla de espaldas; al acercarse, se percató de que su madre no vigilaba nada, pues tenía los ojos cerrados. Los abrió despacio al oír sus pasos.

—¿Ya estás de vuelta? —le preguntó su madre con afabilidad, desperezándose en el sofá como una gata satisfecha. El suave ronroneo de su voz le provocó un estremecimiento. Le inquietó que evitara mirarle a los ojos.

—He traído todo lo que me has pedido —le contestó él—. ¿Qué tal se ha portado ésta?

—Bien... Es buena niña... —dijo su madre, con esa languidez que le daba escalofríos—. Lloraba un poco, de hambre, y he probado a darle gazpacho. Se lo ha tragado muy a gusto. Se ha puesto perdida la camiseta, se la he tenido que quitar... ¿Y tú? —le preguntó—. ¿No quieres comer nada? En la nevera hay un tupper, con un guiso de arroz con pollo que me dio ayer Marilis.

Procuraba disimular, pero no le engañaba, le conocía las mañas.

—¿No vas a comer conmigo? —le preguntó él y, así interpelada, su madre se vio forzada a dirigirle la mirada. ¡Qué ciega estaba!

Hubiera debido preverlo, pero le sentó fatal. Aprovechando su ausencia, se había metido otro pico. Recordó su digna compostura hacía sólo una hora, cómo le había conminado a que no le trajera más caballo... ¡Y allí la tenía, más puesta que un general, las pupilas de sus ojos contraídas hasta casi desaparecer en el iris!

—He comido algo mientras le daba el gazpacho a la niña —mintió su madre, rascándose los brazos con ese tic de yonqui que le ponía tan nervioso—. Por cierto, ¿cómo se llama?

—Lorena —mintió él a su vez.

—¡Qué nombre más absurdo! —musitó su madre, cuyos párpados cedían bajo el dulce sopor de la heroína.

Se sintió traicionado, aunque no podía reprocharle nada; era él quien le había proporcionado el caballo. Para no verla, se fue a la cocina y, de pie frente al mármol, devoró a furiosas cucharadas el íntegro contenido del *tupper* de arroz con pollo, que

estaba frío y no sabía a nada, pero cuando se ponía nervioso, comer le tranquilizaba. Un gemido le hizo volver la mirada hacia el salón. El bebé lloraba, tendido de costado. Se había dado un golpe contra el soporte de la televisión, en el otro extremo de la sala, que había ido a investigar; gateaba con una agilidad asombrosa. Corrió a socorrerlo, pero su madre se le adelantó. Con semblante plácido y la falsa serenidad que le infundía la heroína, de rodillas sobre las baldosas del suelo, Carmen apretaba a la niña contra su pecho, al tiempo que la acunaba, diciéndole tonterías con la vocecilla infantil que las mujeres suelen emplear con los bebés. Se preguntó si cuando él era pequeño también lo acariciaba así y le murmuraba bobadas. Le quitó al bebé de los brazos, por si se le caía (cuando estaba ciega, no controlaba), y, durante un lapso, que tanto pudo durar cinco minutos como dos horas, apretujados el uno contra el otro sobre la colcha india, los tres fueron una familia. Él tenía a la niña sujeta entre las piernas y jugaba con ella a hacerle cosquillas, a asustarla con sus muecas, a soplarle en la barriga; su madre apoyaba el peso leve de su hombro contra el de Fede, mientras con la mano derecha le acariciaba la nuca y el cuello, olvidado todo miedo al contagio, en la boca una sonrisa extática. «Es una locura que hayas venido», le susurró su madre al oído (¿o se lo imaginó?), «pero estoy muy contenta de que estés conmigo». También antes, cuando se colocaba, buscaba hacerse perdonar poniéndose cariñosa, manoseándole y diciéndole cuánto lo quería una y otra vez, porque se repetía. (Sólo le hablaba de ese modo cuando estaba ciega, sobria era incapaz). Él huía de su madre como de la peste cuando se ponía así de empalagosa. Le molestaban sus arrumacos, porque no eran sinceros, no era a él a quien quería, sino al placer inigualable que le proporcionaba la heroína, y como no podía besar el polvo blanco, que ya se había fundido con su sangre, lo besaba a él. Pero esa tarde se dejó engatusar, no quiso acordarse de que todo era mentira. Disfrutó del momento: la niña feliz, riendo a carcajadas entre las piernas protectoras y fuertes de su padre, Fede; su madre, su mujer, viéndolos jugar conmovida. Un sol tibio bañaba el salón y salpicaba de puntos de luz la melena de Carmen... El encanto se rompió cuando su madre se levantó y dijo que sentía frío. Tenía los labios amoratados y le castañeteaban los dientes, el rostro mortecino. Se fue a su cuarto y él se quedó a cargo del bebé, que ya no era su hija, sino su víctima. Para guardar las distancias, la consignó al cochecito y, pese a sus protestas, la ató, como cuando encerraba al hámster en su jaula después de acariciarlo un rato. Para que se entretuviera, puso en las manos de la niña la vieja revista con la que había estado jugando y que el bebé se aplicó a despanzurrar hasta que se durmió.

Regresó al parque. De ordinario, a la caída de la tarde, el jardín de la Quinta Amelia era un hervidero de niños, canguros y madres, pero los colegios no empezaban hasta el quince de septiembre y las familias del barrio seguían de vacaciones, por eso el parque estaba tranquilo, casi desierto. En una punta del banco que flanqueaba la roca, se sentaba una filipina uniformada; a sus pies, una niña rubia de unos dos años jugaba con un rastrillo de plástico a remover la arena, las piernas

abiertas, enseñando unas bragas muy blancas con lacitos azules. La mujer oriental ni se inmutó cuando él se subió al banco y volvió a investigar el hueco de la roca. No le sorprendió hallarlo vacío; de algún modo, lo había sentido, algo le decía que su plan perfecto se había estropeado. Emprendió con desánimo el camino de vuelta, la bolsa que contenía el disfraz de putón entreabierto, cogida de un asa. Le sorprendió ver un coche de la policía nacional bajando por la calle Río de Oro. Le pareció que circulaba demasiado despacio. ¿Qué, o a quién, estarían buscando? Se escondió detrás de un contenedor hasta que pasó. Entró en su casa con el corazón acelerado. Su madre lo esperaba despierta.

—¿Cómo te has ido, dejándome sola con la niña? —le riñó con acritud—. Me ha despertado con sus gritos. La has dejado atada y te has marchado, eso no se hace. Haz el favor de llevársela ahora mismo a su padre, ya es hora de que se vaya.

Se le había pasado el ciego demasiado pronto, eso fue lo que él pensó. El señor Germán le había timado, ese caballo no colocaba nada... Cuando estaba de bajada, su madre se ponía irascible y de mal humor. La niña, ajena al problema que suponía su presencia, se afanaba en sacar discos del estante inferior del mueble del tocadiscos, que extraía de sus fundas y desperdigaba por el suelo.

—Fede, ¿no me has oído? —le preguntó su madre en tono irritado—. Vete con la niña al billar y devuélvesela a tu amigo. Yo telefonearé a tu abuelo. Mañana por la mañana te irás. Estoy enferma y necesito quedarme sola, sin problemas.

—No puedo llevarme a la niña a la bolera —admitió Fede—. No es hija del Ciscu.

Y se lo contó todo.

Si se hubiera enfadado con él, si le hubiera gritado o se hubiera echado a llorar, no le hubiera transmitido mejor la enormidad de su crimen. Se puso mortalmente pálida y lo miró con horror.

—¿Cómo has sido capaz...? —susurró. No dijo nada más.

Se sentó en el sofá, tapándose la boca con la mano, los ojos clavados en la colcha india.

—Ahora mismo vamos a ir tú y yo a devolver a esta niña a su familia. No me fío de mandarte solo.

—Si hacemos eso, nos matarán —le advirtió él—. Son quinquis, tienen cuchillos y también pistolas. El señor Germán es un camello, un cabrón de mucho cuidado...

—¿Y tú? —le espetó su madre—. Has secuestrado a una niña, tú eres peor.

—Pero yo no le haré daño al bebé —protestó él—. ¡Yo nunca le haré nada! Sólo quiero la pasta de ese viejo, para dártela a ti y que puedas mandar a la mierda a mi abuelo. Es un hijo de puta el señor Germán, es un camello —repitió, como si eso lo justificara todo. No entendía que a su madre le pareciera bien meterse un pico, pero mal secuestrar a una niña, para él todo era lo mismo. Le suplicó que esperara hasta el día siguiente. Estaba convencido de que esa noche le dejarían el dinero del rescate en el sitio convenido. No lo habían hecho durante el día, porque alguien podía verlos,

ahora lo comprendía.

—Está podrido de pasta ese puto camello, le sale por los bolsillos —afirmó—. Para él, dos kilos y medio no son nada, pero con esa guita nos iremos tú y yo al Brasil, porque allí no hay extradición...

—¿Qué vamos a hacer en Brasil con dos y medio millones de pesetas? ¿Y qué coño es eso de la extradición?

—Eso... lo sabe el Chino, él me lo contó. Dice que en Brasil los ladrones viven tranquilos, los respetan, ¿sabes? No los meten en el talego.

—¡El Chino miente más que habla! Fede, yo no te he educado así. He hecho... Hemos hecho muchas cosas mal tu padre y yo, pero raptar a una niña... ¿Tú sabes lo que debe estar sufriendo su madre? —Carmen lo miraba con incredulidad, como si no lo reconociera.

—Es la nieta de un camello, no es como si fuera una niña normal —se defendió Fede y recibió una bofetada en la mejilla. Que él recordara, nunca antes le había pegado su madre. El Chino sí, muchas veces, pero ella, jamás.

—Voy a llevar a este bebé con sus padres y tú me vas a dar su dirección. Si no quieres venir, no vengas —anunció su madre. A él no se le ocurrió nada mejor que sacar la papela de heroína que guardaba en el bolsillo trasero del vaquero y tentarla con ella. Carmen lo miró airada, pero cogió la papelina. Se dirigió a la cocina a grandes zancadas, abrió la papela sobre la pila, derramando su contenido, y dejó correr un potente chorro de agua que limpió el fregadero de todo residuo. Se dio vuelta y lo encaró.

—¿Pero quién te has creído que soy?

El zumbido del interfono los sobresaltó.

—¡Lo que faltaba! —bufó su madre—. Debe de ser Marilis. Siempre tan oportuna. ¡Qué querrá ahora esa pesada! —Y se dirigió veloz a la puerta de entrada. Ya no arrastraba las bailarinas al andar, sino que se movía con agilidad, como electrizada. No parecía enferma, ni frágil, ni siquiera tosía; la crisis le había conferido una renovada energía.

—¿Marilis? —preguntó al descolgar el interfono.

—¿Vive ahí doña Carmen Cuesta? —inquirió desde el aparato una voz grave y masculina.

—Soy yo —respondió su madre—. ¿Quién llama?

—De la policía nacional, señora. Venimos a hacerle unas preguntas. ¿Nos puede abrir, por favor?

De joven, en mis discusiones domésticas con mi madre, por causa de mi habitación desordenada o mi tardío despertar, ella siempre zanjaba la trifulca advirtiéndome: «cuando te cases, harás lo que te dé la gana, pero mientras vivas en mi casa has de seguir mis normas»; nunca me dijo, «cuando te independices» o, «cuando te vayas a vivir por tu cuenta», daba por sentado que la convivencia familiar sólo terminaría con mi matrimonio, no concebía otra posibilidad. Mis estudios universitarios en Barcelona anticiparon mi independencia y la predicción de mi madre no se cumplió, me quedé soltera. Sin embargo, yo estaba convencida de que algún día habría de casarme. Lo veía como una fatalidad, la inevitable conclusión de la vida humana; me casaría y tendría hijos, como todo el mundo, si no quería ser una fracasada. Distinguía tres etapas de la existencia: la infancia, la adolescencia y la primera juventud, y la vida adulta de mujer casada; ese período sería el más largo (si yo me casaba, sería para siempre, el divorcio o la separación no entraban en mis planes, como tampoco les dieron cabida mis padres) y, me temía, el más gris y previsible, caracterizado por el trabajo y las responsabilidades, de modo que no me disgustaba postergarlo, aunque tampoco quería demorarlo demasiado.

Quizá por ello, cuando Juan me formuló su peculiar petición de matrimonio, lo primero que pensé fue «ya era hora»; en alguna parte de mi inconsciente (hay ciertas cosas que una mujer con ínfulas de bohemia no se atreve a pensar a sabiendas), me sentía inquieta, porque ya había alcanzado la proveya edad de treinta y cinco años y ningún hombre me había hecho proposiciones. Sentí a la vez miedo y alivio, lo mismo que experimenté con mi primera menstruación: eso que tenía que suceder, por fin había llegado; a partir de entonces, mi vida se iba a transformar. Comprendí, por ejemplo, por qué me resistía a angustiarme por mis dudosas perspectivas económicas de futuro (a diferencia de mi madre, que nunca dejó de insistirme para que hiciera oposiciones a profesora de instituto); me gustaba decir que, por contraposición al común de los mortales, diligentes soldados de los ejércitos de hormigas que integran la sociedad, siempre bullendo, atareados, en torno al hormiguero, yo era una alegre cigarra, que vivía al día, comprometida sólo con mi arte. Era una pose; lo que yo sabía, y no decía a nadie, era que algún día me casaría y mi marido se ocuparía de velar por mi porvenir y asegurar mi bienestar económico. Me lo callaba, porque la dependencia económica de la mujer y su tradicional sumisión al hombre, a principios del siglo XXI, estaba (está), mal vista, era un reprochable atavismo del pasado, que no encajaba con mi pretendida modernidad, pero a mí me parecía que mi destino era obvio: pasaría de la tutela y cuidados de mis padres a los de mi marido; desconocía cuándo, pero eso iba a suceder, yo no me iba a quedar para vestir santos, como dicen las comadres de Valladolid.

Y he aquí que mi previsión se cumplía: un hombre quería casarse conmigo.

Un buen partido: juez de profesión, con un sueldo digno y una categoría social estimable, inteligente, atractivo, bien plantado... El novio soñado por todas las criadas de las novelas de Corín Tellado que devoraba en mi adolescencia (en Valladolid, las niñas todavía leíamos novelas rosas). A mi madre, mi boda con Juan la haría feliz; nunca me hablaba de eso, era tan respetuosa de mi intimidad, que jamás me preguntaba si tenía novio, pero me constaba que lo estaba esperando: ver a su hija casada, darle la papilla al primer nieto... Logrado lo cual, podría morir en paz. Sin embargo, yo ni le había mencionado a Juan, para que no se hiciera ilusiones, ni me presionara. Mis anteriores parejas, jóvenes estudiantes o artistas de vida disoluta, no contaban con su beneplácito, ni los quería para yernos, pero Juan le iba a entusiasmar y a mí eso no me interesaba. Quería plena libertad para aquilatar los pros y los contras de ese importante paso, el matrimonio. Aunque a Juan tenía que darle alguna respuesta, antes de que me dejara con su coche en una esquina del Passeig Joan de Borbó, desde la cual me dirigiría a pie a La Innovación, donde Cheles ya me debía de estar aguardando. Con el asunto del zoo, nos habíamos retrasado y, como todas las personas impuntuales, mi amiga Cheles detestaba esperar, no tenía costumbre. Me veía apremiada a tomar una decisión, cosa que odio.

Cuando Juan me pidió que me casara con él, mi primera reacción fue decir:

—¡Pero si apenas hace un mes que nos conocemos!

—Un mes y diecisiete días —me corrigió él.

—Ni siquiera vivimos juntos...

—Eso tiene fácil remedio —repuso—. Mañana mismo, que es sábado y no tengo que ir al juzgado, te ayudo a hacer la mudanza y te instalas en mi casa. Limpiaremos de trastos el cuarto de invitados y será tu estudio.

¡Tenía respuesta para todo!

—No sé... Así, de sopetón... —me defendí—. ¿No te parece un poco precipitado?

—¡No! ¿Por qué? Es muy sencillo: sólo tienes que decir sí o no.

Y me miró con esa sonrisa candorosa, directa y franca, que me desarmaba. Puesto que ya había parado el coche y podía hablar sin impedimentos, era la ocasión adecuada para que me confesara que estaba enamorado de mí, que yo era la mujer de su vida y, desde el día que me conoció, supo que ya no podría querer a ninguna otra... ¡Esas cosas! Yo le habría escuchado con sereno y emocionado recogimiento, no me habría burlado de su sentimentalismo, si era lo que él temía, una comprende que hay situaciones en que la cursilería es disculpable e incluso obligada. Pero no me dijo nada de eso, se limitó a esperar mi respuesta en silencio, la vista fija en el parabrisas, los dedos de la mano derecha tamborileando sobre el salpicadero de una forma que me ponía nerviosa. Si él se hubiera comportado con más romanticismo, mi contestación habría sido cálida, sin embargo, dadas las circunstancias, me limité a decir:

—En principio, sí, pero ya lo hablaremos.

Al salir del coche, reparé en que era una respuesta propia de una transacción de negocios. Cuando le otorgué mi reacio consentimiento, a Juan se le iluminó la cara, me estrechó entre sus brazos y me dio un beso largo y húmedo en la boca, como manda el protocolo; sin embargo, al ser besada, yo sabía que la verdadera destinataria de su efusión amorosa no era yo, sino la otra, esa mujer que su fantasía proyectaba sobre mí en nuestras noches oscuras y también entonces, en la burbuja soleada del interior del coche. ¡Qué sensación más rara! Aunque en ese momento todavía no me importaba.

¿Estaba enamorada de Juan? Tenía mis dudas, a veces creía que sí, otras que en absoluto... Es lo habitual, imagino. Estaba a gusto con él, la convivencia me resultaba cómoda y, lo más importante, me sentía protegida, segura. Otros hombres me habían obsesionado más, habían ocupado mis pensamientos y mis actos de un modo enfermizo, siempre atenazada por el fantasma de los celos; ese tipo de amor era un sinvivir; en cambio, mi relación con Juan era tranquila, no me hacía sufrir. Supuse que de eso se trataba, de una especie de pacto amistoso: nos llevamos bien, tenemos aficiones parecidas, en la cama nos compenetrarnos... ¡Podemos casarnos y tener hijos!

Hablé de ello con Mireia (no quise ni mencionárselo a Cheles, acérrima enemiga del matrimonio, quizá porque ningún hombre había querido nunca casarse con ella, o eso me maliciaba). Mireia trabaja de *controller* en una fábrica de cosméticos y, como tal, aplicó criterios analíticos al examen del asunto. Me hizo notar que el hecho de que fuera funcionario y tuviera una nómina, era un punto a favor de Juan; si nos separábamos, estaba pillado, no podría ocultarme sus ingresos ni evitar un embargo judicial de su sueldo en caso de impago. Ella padecía la amarga experiencia de un ex marido abogado, que le escamoteaba más de la mitad de sus ganancias, que facturaba a nombre de otros compañeros de despacho. En otro orden de cosas, Mireia no dejó de alabar lo cariñoso que era Juan con los niños (había hecho muy buenas migas con su hija Laia), pero puso el acento en lo que juzgaba fundamental: Juan era un buen ex marido, como lo demostraba su magnífica relación con su ex mujer, Pilar. Me chocó que lo único que valoraba en Juan era su previsible comportamiento en caso de divorcio.

—Sería una cínica si me casara con él pensando en eso —aduje.

Me replicó que era lo primero que había que considerar antes de casarse; de haberlo hecho en su día, ella no estaría sufriendo las tristes consecuencias de un grave error de cálculo. No quiero ser injusta con mi amiga, su estimación no fue sólo económica; también me ponderó el cuerpazo de Juan, sus pestañas curvadas, sus grandes ojos negros...

—Está muy bueno —me dijo— y eso también cuenta.

A raíz de nuestro compromiso, mi relación con Juan cambió, se volvió más posesiva, pero no hacia él (continuaba segura de su afecto y su fidelidad), sino hacia sus pertenencias. Fue una metamorfosis curiosa: de pronto, la sordidez del piso de

Juan me resultó intolerable; le informé de que no me iría a vivir con él (aunque seguía durmiendo en su cama todas las noches), hasta que hiciera reformas en su casa. Di por sentado que yo me ocuparía de la nueva decoración; él no entendía de muebles, y la estética, en general, le importaba un rábano. Me sorprendí a mí misma arrugando la nariz ante sus calzoncillos baratos (y para nada sexis), así como su forma de vestir, impersonal y levemente anticuada, como si sus modelos de referencia a la hora de elegir vestuario fueran los maniquís de Cortefiel; mi marido habría de ir, si no elegante, sí bien vestido y con un toque de bohemia, me negaba a pasear del brazo de un individuo con pinta de cajero de banco. No me contenté con eso, sin embargo; mis reivindicaciones fueron más allá. Su gran amigo Sebas, un magistrado andaluz, me había confiado en más de una ocasión que Juan era un profesional brillante, con una enorme capacidad de trabajo, y que su destino obvio era un ascenso a la Audiencia, pero Juan se negaba a dejar el juzgado, no le interesaban la promoción profesional ni los honores que conlleva y, lo más grave del caso, tampoco ambicionaba un aumento de sueldo. «Con lo que gano tengo bastante», decía. «¿Para qué quiero más?». Él jamás empleaba palabras malsonantes, era muy escrupuloso con el lenguaje, pero cuando salía a relucir el tema del dinero, se irritaba, afirmaba que «la puta pasta» era la culpable de todos los males. Hasta que me pidió que me casara con él, su desinterés me pareció encomiable, pero desde que decidimos convertirnos en una unidad económica, mi criterio cambió: si lo nombraban magistrado de la Audiencia y obtenía una mejora de salario, viviríamos mejor, era muy egoísta por su parte conformarse con el mísero sueldo del juzgado (ahora que tendría que alcanzar para los dos, lo veía menguado).

Juan me urgía a poner fecha a nuestra boda, quería casarse lo antes posible, en cuanto tuviéramos listos los papeles y, lo que más me desasosegaba, me rogó que me quitara de inmediato el dispositivo intrauterino que yo utilizaba como método anticonceptivo. Según él, la punta de la espiral le rozaba el pene al follar (le costó confesármelo, hablar de sexo era tabú entre nosotros), pero mi ginecóloga (tengo fe ciega en esa mujer) me aseguró que era imposible y yo sospechaba que no era sino un ardid para dejarme preñada a las primeras de cambio. Y eso me aterraba. Experimentaba esa contradicción: de una parte, quería tener hijos; por otro lado, disfrutaba de mi independencia, de mi cómoda existencia centrada en mí misma, en la que no tenía que renunciar a nada por nadie, y ser madre era justamente eso: supeditar tu vida a la de tus hijos hasta que estén criados, e incluso después. La verdad, creía que ese momento para mí aún no había llegado, todavía era joven, ¿no podíamos posponer el asunto de la perpetuación de la especie un par de años? Pero Juan se moría de ganas de ser padre, «tener una niña que se parezca a ti», como le gustaba repetir, supuse que para halagarme. Le pregunté por qué no había tenido hijos con Pilar y me dijo que su ex mujer había sufrido una histerectomía en su juventud, que la había dejado estéril. Y me asaltó el pensamiento mezquino de que Juan la había repudiado precisamente por eso, por su incapacidad reproductiva.

Había otro proyecto de Juan con el que no comulgaba: él deseaba abandonar Barcelona en cuanto pudiera pedir el traslado, para irse (es decir: irnos) a Melilla, ni más ni menos. Me pareció horripilante. ¿Qué se le había perdido en Melilla? Yo no había dejado Valladolid para pudrirme en un agujero de África. Me veía a mí misma, embarazadísima, en la cabeza un sombrero de ala ancha, espantando los mosquitos con la mano y matando las horas en la terraza de un bar melillense con mis nuevas amigas, las mujeres de los militares españoles destacados en la colonia. Juan quería trasladarse a Melilla, porque desde una perspectiva profesional era un lugar con muchas posibilidades, es decir: estaba infestado de menores delincuentes, marroquíes y españoles, a los que redimir y salvar de las garras de la justicia, en su heroico papel de impenitente defensor de la infancia. Pero había algo más; por alguna razón que se me escapaba, a Juan no le gustaba Barcelona y ése era un punto de conflicto: yo no quería ni pensar en irme a Melilla, sería como enterrarme en vida.

Mi padre suele decir que el noventa y nueve por ciento de los problemas se solucionan solos, únicamente hay que tener paciencia, y así fue cómo se me resolvió el dilema moral que me provocaba el encargo de Turpin. Una noche éste me llamó, para exigirme la entrega de la primera copia. Protesté que aún no había podido acabarla, ni siquiera había cotejado mi bosquejo con el cuadro original, como habíamos convenido. Su petición era intempestiva y no podía complacerle de ninguna de las maneras; la obra no estaba terminada, ni lo estaría en varias semanas. Entonces me canceló el trabajo. Me dijo que no podía esperar. Se disculpó por lo sucedido y ofreció pagarme mil euros, en compensación a mis desvelos. Me preguntó, como al descuido, si Solange había hablado conmigo y, no sé por qué, le mentí y lo negué: resultaba meridiano que el chisme de Solange no era ningún infundio, la prisa de Turpin por disponer de la copia sólo se entendía en el marco de la negociación de la supuesta deuda de sus clientes con la Hacienda Pública, que debía de estar sujeta a un plazo. Me libré de un compromiso incómodo sin tener que hacer ningún esfuerzo y, de paso, gané mil euros. Turpin me pareció un caballero.

Empezaba a ver con otros ojos el asunto del restaurante. Ahora que me iba a casar, mis ambiciones artísticas se diluían. El dinero había dejado de ser un problema, mi marido me mantendría. Y durante unos años, estaría demasiado ocupada pariendo y criando niños (Juan y yo estábamos de acuerdo en que tendríamos por lo menos tres), como para poder dedicar tiempo a la pintura, de modo que, inevitablemente, mi carrera pictórica habría de sufrir un parón: volvería a ella cuando mis hijos fueran mayorcitos. Esa decisión, de forma inesperada, me alivió; me percaté de que mi vocación estaba menos arraigada de lo que creía, la idea de la pintura como un mero *hobby* o pasatiempo, sin necesidad de demostrar nada ni competir con nadie, me satisfacía. Y, por el momento, aparqué los pinceles. Puesto que era período de vacaciones escolares y no tenía que dar clase a mis alumnas del Opus, acudía con regularidad a La Innovación, comisionada por Cheles, para ponerme al corriente de los entresijos del negocio que en un futuro próximo yo habría de regentar, así como

para dar ímpetu a la negociación del traspaso, que se hallaba en un punto muerto: en dos ocasiones, Cheles y yo habíamos quedado citadas con el dueño del local, por intermediación de María (nunca llegamos a hablar con el hombre de los pollos de forma directa), y en ambas ocasiones, el misterioso igualadino nos dejó plantadas, pero eso no amilanó a Cheles, quien, como los verdaderos emprendedores, se crece ante las dificultades. La misión subrepticia que mi amiga me había encomendado era hacerme con el teléfono y la dirección del elusivo dueño, para ponernos en contacto con él, puenteando a María, de quien sospechábamos jugaba a un doble juego o nos hacía una labor de zapa.

Yo me divertía. María era todo un personaje. Abría el restaurante cuando le daba la gana; se permitía el lujo de cerrar sábados y domingos, los días de más trabajo; más de una vez, con el restaurante vacío, la vi negar la entrada a posibles clientes, con la excusa de que todas las mesas estaban reservadas. Las cuentas las calculaba a voleo, según el capricho del día o la estima que le merecieran los clientes (si no le habían caído bien, porque habían sido antipáticos o demasiado exigentes, les pegaba unos palos que los dejaban temblando; de ordinario, era barata). El menú era siempre el mismo: arroz con algún tipo de pescado, que dependía de lo que le hubieran vendido esa mañana sus amigos, los pescadores de la Barceloneta. No llevaba ninguna contabilidad ni control de caja; metía y sacaba el dinero sin ni mirar. Nos aseguró a Cheles y a mí que tenía en orden todas las licencias municipales y los preceptivos permisos sanitarios del restaurante, pero nunca nos lo llegó a acreditar. Padecía una especie de alergia o fobia a todo lo que fuera papeleo o burocracia; a ella lo que le gustaba era sentarse conmigo a una mesa de su restaurante, con una botella de orujo delante (ella), y una de agua (yo), darme consejos (que yo no le pedía) y contarme su vida.

Tuvo un pasado esplendoroso. Durante veinte años fue la encargada de una lujosa tienda de regalos, ubicada en la Plaza Calvo Sotelo (ahora llamada Francesc Macià, pero María siempre empleaba la denominación antigua). Me narró un sinfín de anécdotas picantes o escabrosas sobre sus clientes, empresarios de postín y, sobre todo, políticos (municipales y autonómicos). No tenía ningún reparo en mencionar nombres, al contrario, era todo menos discreta. Disfrutaba escandalizándose con sus recuerdos, como aquella ocasión en que un insigne alcalde cometió el error de enviar a su mujer la costosa escultura que había comprado para su amante, con cargo al erario municipal, o las veces en que ilustres receptores de regalos oficiales adquiridos en su tienda, acudían a verla, de tapadillo, para intentar revenderle los obsequios recibidos. Su vida social en aquella época era incesante —siempre según ella— y no faltaba a fiesta o evento social de relumbré, codeándose con ricos y famosos barceloneses y de otras partes de España, muchos de los cuales aparecen regularmente en las fotos con halo de las revistas del corazón (si había que creerla, todos ellos eran íntimos amigos suyos). Yo la escuchaba, entre fascinada e incrédula; contemplaba su rostro ajado, su boca desdentada, sus greñas sin teñir y no podía

evitar poner en cuestión sus pasadas hazañas: con esa pinta de *hippy* caída en desgracia, ¿cómo iban a admitirla en los palcos del Liceo o en los salones de la alta burguesía catalana? Sospechaba que sus delirios de grandeza eran eso, meras fantasías. Una tarde me vendió por veinte euros unas zapatillas deportivas marca Reebok (con enormes plataformas y adornos dorados: las más horteras del mercado). Cuando dudé de su autenticidad, se ofendió:

—Puedes estar segura de que son legítimas —me dijo—. Proceden de la camioneta de reparto de Reebok, conozco al chorizo.

Cheles me azuzaba para que obtuviera documentación y acelerara el proceso del traspaso, antes de que llegaran las vacaciones de agosto, pero María se las apañaba para darme largas. Yo barruntaba que se lo pasaba demasiado bien en nuestras inacabables conversaciones, como para darles término de forma abrupta; debía de estar más sola de lo que dejaba entrever. Me confió que prefería tratar conmigo, «tu amiga Cheles me estresa, se toma la vida demasiado en serio». Yo también me estaba tomando en serio lo del restaurante. Si me entregaba a ese proyecto, tendría una excusa impecable para no quedarme embarazada, ni irme a vivir con Juan a Melilla: estaría poniendo en marcha un negocio, no podría dejar en la estacada a Cheles... Habría que esperar un poco, le encarecería a Juan, uno o dos años. (Todos los cambios importantes y los compromisos serios los postergaba «uno o dos años», me daba la impresión de que, transcurrido ese plazo, ya no me darían pánico).

A Juan le irritaba la forma que tenía Cheles de mangonearme.

—Hace contigo lo que le da la gana —se quejaba—. Vas a golpe de pito.

En parte, la culpa era mía: yo usaba a Cheles de coartada cuando quería excusarme de alguna comida con los amigos magistrados de Juan (con el fin de evitar a su ex, Pilar, quien me intimidaba); «no podré ir», alegaba, «tengo una reunión con Cheles para el asunto del restaurante». Una noche, Juan me propuso que fuera socia capitalista, a medias con Cheles, en el negocio de La Innovación, para evitar ser subordinada de mi amiga y tener idéntico poder de decisión. Él me prestaría el dinero. Si no hubiéramos estado comprometidos, habría rechazado su ofrecimiento, pero puesto que íbamos a casarnos, su dinero era (o iba a ser) también mío, de modo que acepté. Me hacía ilusión ser codueña del negocio y tener argumentos económicos para no dejarme pisar por Cheles. Me rondaba la idea de modificar por completo la decoración del local, una vez fuera nuestro, y sustituir su abigarramiento *kitsch* por un entorno minimalista y exquisito, con paredes blancas, donde mis amigos pintores (y yo, ¿por qué no?), expondrían su obra, convirtiendo el restaurante en una especie de galería improvisada de las últimas tendencias barcelonesas. En mi imaginación, podía ver a Bruce Springsteen, súbitamente encaprichado de un óleo mío («¡quiero comprarlo a cualquier precio!»), y ése sería el principio de mi meteórica proyección internacional, porque unos días me resignaba a mi decoroso y burgués futuro de ama de casa y madre de familia, pero otros recuperaba mis ínfulas artísticas.

Un sábado llevé a Juan a La Innovación. Había eludido hacerlo antes, porque

temía que la indudable ilegalidad de muchas de las actividades de María provocaría su rechazo y su alarma; puesto que iba a poner dinero suyo en el negocio, era necesario que, al menos, lo viera. Advertí a María de que mi novio era juez, para que el día de su visita ahuyentara del local a los vendedores ambulantes de mercancías robadas que lo solían frecuentar. Me di cuenta de que la profesión de mi novio le impresionaba. «¡Un juez!», exclamó admirativamente, alzando las cejas. (Algo me dijo que María jamás había tratado con un magistrado, o sólo como interrogada, en el mejor de los casos). Quedamos tarde para comer, a las tres y media, pues Juan, como casi todos los sábados, jugaba un partido de fútbol esa mañana. Cuando él llegó, yo ya llevaba un rato sentada a una mesa, comiendo olivas negras y departiendo amistosamente con María, quien, en honor a mi novio, había decidido no admitir a ningún otro cliente en el restaurante (yo lo había pasado en grande espantando a los posibles comensales que entraban a pedir mesa, declarando, pomposa, que no les podíamos atender, porque teníamos el local reservado por el consulado americano. «Cuidado al salir», les advertía, «la calle está llena de espías y miembros del FBI»).

Juan iba vestido con una camisa azul de manga corta y unos pantalones largos de verano, de lino, a rayas azules y blancas, de Toni Miró, que yo le había comprado en las rebajas (con su dinero, *of course*), poniendo en marcha mi inquebrantable propósito de renovar su vestuario. Llevaba en una mano la bolsa de deporte, el pelo oscuro, mojado con agua, peinado hacia atrás; con su estatura y su porte, parecía un actor de Hollywood, o eso pensé, orgullosa de mi apuesto novio. Se detuvo en el umbral y, como todo aquel que se aventuraba en La Innovación por vez primera, observó las paredes con curiosidad. Luego reparó en nosotras y se nos acercó. A medida que lo hacía, su característica sonrisa de niño bueno se trocó en expresión de asombro. No me miraba a mí, sino a María.

—¡Marilis! —exclamó, cuando ésta se levantó para saludarle. María lo miró con desconcierto y yo pensé, «Juan se equivoca de persona, ha metido la pata», pero él insistió—: Marilis, ¿no me reconoces? Soy Fede, Fede Durán, el hijo de Carmen Cuesta.

María soltó un grito y le echó los brazos al cuello.

Juan la abrazó con una intensidad que me hizo sentir la picazón de los celos; a mí nunca me había abrazado con tal desesperación. Me pareció que ese abrazo duraba demasiado. Cuando al fin se separaron, María se secó los ojos con la punta del delantal. El semblante de Juan también estaba alterado. ¿Habrían sido amantes?, recelé. ¡Ella era demasiado vieja y parecía un espantajo! Las manos apoyadas en los hombros de mi novio, María contemplaba con fijeza a Juan.

—¡Fede! —dijo—. ¡Después de tanto tiempo...! ¡Cómo has cambiado! Estás hecho un tiarrón. ¡Y tan alto! ¡Qué pena que tu madre no pueda ver lo guapo que eres!

Esa reflexión le hizo restregarse de nuevo los ojos con el dorso de la mano.

—¿Pero tú no me habías dicho que tu novio se llamaba José, o Juan? —me

preguntó, volviéndose a mí.

—Es que mi nombre es Juan —contestó él en mi lugar—. Es el que figura en mi carné de identidad. Fede era como me llamaban en casa, de chaval, hace mucho que nadie me llama así...

—¡Claro, ya me acuerdo! —dijo María, dándose una palmada en la frente—. Lo de Fede era por aquel gato castrado que tenía Carmen... El cabrón del Chino le hizo tragarse una Dexedrina y el pobre animal se trastornó tanto que saltó a la calle desde el balcón. ¿Qué bruto era el Chino? ¿Qué ha sido de él? ¿Vive? ¿Lo ves? ¿Sabes que te pareces mucho a él?

María disparaba las preguntas, sin dar tiempo a Juan a responder. Me hice cargo de que estaba presenciando un encuentro histórico, que hubiera debido inspirarme simpatía y ternura, pero me sentí desplazada y eso me dolió. María insistió en sentar a Juan a su lado (yo tuve que apartar mi silla), lo cogió de las manos (¡pero su novia era yo!) y, mientras yo comía en silencio mi plato de arroz a la marinera, que estaba demasiado hecho, Juan y la dueña del restaurante no cesaron de hablar, excitados, quitándose la palabra el uno al otro, poniéndose al día de sus respectivas historias y recordando con añoranza tiempos pasados. Nunca había visto a mi novio así de conmovido, tan animado. Incluso me pareció que hablaba de otra forma, con otro acento u otra cadencia, usando palabras distintas de las habituales, con un léxico más informal. Estaba descubriendo una nueva faceta de Juan, el hombre de los misterios... ¿Quién era aquel chino que salía una y otra vez a relucir en su conversación con María? Él nunca me había hablado de ningún oriental. En algún momento, María hizo alusión a las comilonas de los domingos en los chiringos de la playa de la Barceloneta, antes de que los tiraran abajo por lo de las Olimpiadas y yo agucé el oído, como un perro cazador. ¿De qué hablaban?

—¿Pero tú estuviste de niño en Barcelona? —le pregunté a Juan, interrumpiendo su conversación.

—Yo nací en Barcelona —me respondió él, azorado— y viví aquí hasta los doce años, cuando me fui a Santander, con mi padre y su nueva mujer.

¡Primera noticia! Sí que me había tenido engañada... No de forma explícita, era cierto, Juan nunca me dijo con palabras que él era nativo de Calatayud, pero me lo dio a entender, o no disipó mi equívoco cuando yo lo presumí... ¡Y yo que ejercía de guía de la ciudad, como una marisabidilla! «El parque Güell fue diseñado por el famoso arquitecto Gaudí, así como la Pedrera y la Casa Batlló». «El Raval era conocido como el barrio Chino». «Toda la zona del Port Vell es nueva, antes Barcelona vivía de espaldas al mar». Él siempre me escuchaba con atento interés, ¡y sabía todo eso mejor que yo! Aprendí más novedades: Juan tenía un hermano, llamado Gabi, quien, según informó a María, estudiaba Medicina en Estados Unidos y al que sólo veía de tarde en tarde, en compañía de aquel enigmático y recurrente chino... ¡A mí me había dicho que era hijo único! Hablaron también de una tal Natalia, que había muerto de cáncer de páncreas, de su hija Anzulia, que tenía una

agencia de modelos, y del abuelo de mi novio, que se llamaba como él, Juan Durán, quien hizo suspensión de pagos y se arruinó durante la crisis económica de los noventa.

—¡Cómo me alegré cuando leí en el periódico que los obreros habían ocupado su fábrica! Ese abuelo tuyo era un hijoputa, le hizo la vida imposible a la pobre Carmen —dijo María, con inesperado rencor y yo volví a asombrarme: tenía entendido que Juan procedía de una familia de modestos campesinos y ahora se sacaba de la manga un rico abuelo empresario, «podrido de pasta», en plástica expresión de María.

Yo iba asimilando esas revelaciones con creciente estupor. Me sentía como la mujer que después de pasar cuarenta años casada con un hombre, se entera de que éste tiene otra familia, con otra pareja, que le ha dado otros hijos. De pronto, descubría que Juan tenía otro nombre, Fede, y una doble vida, de la que hasta entonces me había tenido excluida. ¿Por qué nunca me había hablado de eso? ¡Iba a casarse conmigo! Y me percaté de que mi futuro marido era para mí un perfecto desconocido. María le dijo a Juan que guardaba «unas cosas, recuerdos» de su madre, que habían ido a parar a ella cuando Carmen murió.

—Los he ido trasegando allí donde he ido todos estos años. No me decidía a tirarlos... Carmen era mi amiga del alma, más mía que si hubiera sido mi hermana —declaró con énfasis y voz temblorosa; temí que fuera a echarse a llorar. Yo la tenía por una mujer sin escrúpulos, una intrigante fantasiosa, pero era una sentimental.

—Acompáñame —le indicó a Juan—, te los voy a dar, debes tenerlos tú, que eres su hijo.

Mi novio se levantó de la mesa para seguirla. Se internaron por la puerta que daba a la parte destinada a vivienda (que a mí María aún no me había enseñado) y me dejaron sola en el comedor. Juan no me había dirigido la palabra, ni siquiera una mirada, desde que había llegado. Me sentía molesta. No mejoró mi ánimo que, sin que nadie le diera permiso, irrumpiera en el restaurante uno de los mercachifles amigos de María, quien en una ocasión me había intentado colocar una cazadora de piel «auténtica, viene con la etiqueta, para que veas que no te engaño. Te la dejo por cincuenta euros. ¡Tirada de precio, es un chollo!». Aquella vez conseguí sacármelo de encima porque la cazadora me venía grande, pero ahora el hombre, que era obstinado, regresaba expresamente para mostrarme un par de prendas de mi talla. Me sublevó la sospecha de que las hubiera robado pensando en mí. ¡Qué gentuza! ¿De verdad quería pasarme los próximos cuatro años de mi vida lidiando con los chorizos, los yonquis y las putas de la Barceloneta? El muy pesado me obligó a probármelas. Yo estaba apurada. Si Juan me sorprendía negociando la compra de una cazadora robada, iba a tener serios problemas. Me probé una y la verdad es que me quedaba que ni hecha a medida. Me contemplé con ella puesta en el oxidado espejo del diminuto aseo del local. Acabé por comprarla, más que nada para que ese individuo se fuera antes de que Juan regresara (y porque la cazadora me favorecía, todo hay que decirlo), y escondí la prenda debajo del asiento de una butaca, para que mi novio no

la viera.

Pero si hubiera llevado la cazadora puesta cuando Juan volvió, acompañado de la dueña del restaurante, no habría reparado en ella (y eso que era amarilla). Seguía sin prestarme la menor atención, las manos ocupadas con una caja rectangular de cartón, ceñida por una goma, donde debían de hallarse las pertenencias de su madre. Eludía mi mirada y pronto comprendí la razón: tenía los párpados enrojecidos, había llorado. Me enternecí. Casi le perdoné todos sus secretos, sentí el impulso de imitar a María y echarle los brazos al cuello, pero no me atreví: ¡me iba a casar con él y no tenía la suficiente confianza para eso! No se sentó a la mesa; murmuró que tenía trabajo y nos dejó. Se despidió de mí con un beso distraído en la mejilla y de María con otro fuerte abrazo, lo que me irritó. ¡Y yo que creía tener superado los celos!

María sí que se acomodó de nuevo junto a mí. Lo primero que hizo fue servirse una copa de orujo. Estuve a punto de observar que no le iba a sentar bien con el estómago vacío —ni ella ni Juan habían comido, sus platos seguían intactos—, pero me abstuve; ya era mayorcita, ella sabría lo que hacía.

La mujer seguía muy turbada, el inesperado reencuentro con Juan la había impresionado.

—¡Qué cambiazco ha pegado este chico! —me dijo—. Lo conozco desde el día que nació, porque su padre estaba tan borracho celebrando su nacimiento con los amigos, que la que acompañó a su madre en el parto y pasó la noche con ella en el hospital fui yo. Fede era un niño precioso, pero luego engordó, se puso inmenso. Adoraba a su madre. ¡Tenía un edipazo! Con su padre se llevaba a matar. Lo pasó muy mal de chico, tuvo una infancia muy complicada... Yo quería mucho a sus padres, pero... no estaban por la labor, no eran los mejores padres del mundo. ¡Lo último que hubiera dicho era que Fede acabaría de juez! Más bien hubiera apostado porque se iba a pasar la vida entrando y saliendo de la Modelo, pero no de invitado, tú ya me entiendes... Era un gamberro. Tú eres igual que Carmen, su madre. A veces, cuando te veo hacer según qué gestos, cómo te apartas el pelo de la cara, o sonrías así, de medio lado y como pidiendo permiso, me da la impresión de que eres ella, ¡y me entra un yuyu! ¿No te ha dicho él que eres el vivo retrato de su madre?

No, no me lo había dicho, ¡pero eran tantas las cosas que Juan me había ocultado!

Marilis se llenó de nuevo la copa (bebía a una velocidad extraordinaria) y me contó la historia de su amistad con Carmen, la madre de Juan (o Fede).

Se conocieron de jovencitas, a finales de los sesenta, cuando Carmen tenía dieciséis años y María tres más. Ambas acababan de aterrizar en Barcelona procedentes de sus respectivos villorrios; Carmen era aragonesa y María, gallega. Trabajaban de dependientas en Servicio Estación, ese enorme bazar donde venden de todo, situado en la calle Aragón, que todavía existe. Estaban asignadas en la misma sección. Se hicieron amigas. María llevaba delantera, hacía dos temporadas que había recalado en Barcelona y tomó a Carmen bajo su protección. Le consiguió una habitación barata en una fonda limpia, en la calle Escudellers, y los domingos la

sacaba a pasear. Según María, Carmen era una chica tímida, ignorante, «y muy primitiva. Nunca había salido de Los Monegros, con eso está todo dicho». Barcelona le sorprendía y la intimidaba. Cuando descubrió las escaleras mecánicas del Corte Inglés, se pasó una tarde entera subiendo y bajando por ellas. Le daba miedo ir sola en el metro. Hasta los ascensores la cohibían. María la ayudó a desbravarse. «Estábamos las dos más solas que la una, no teníamos a nadie en Barcelona, éramos dos charnegas buscándonos la vida». El jefe de su común departamento se encaprichó de Carmen. A ésta, aquel hombre, un tipo cuarentón de mirada lasciva, le repugnaba, pero no se atrevía a mostrarse seca o antipática con él, por si perdía su puesto de trabajo. Un día, el jefe le arrancó una cita para cenar. Carmen puso como condición que María los acompañara. «Me tocó hacer de *espelma*, como dicen aquí. Yo no quería, pero Carmen me lo pidió de rodillas». Para impresionarlas, después de cenar en la Brasserie Flo, el jefe las llevó a bailar a Zacarías, «un antro que estaba por Calvo Sotelo, luego cambió de nombre, se llamaba La Boîte, no sé si te suena», (No, no me sonaba). «Carmen y yo nos pusimos moradas de cuba-libres a costa de aquel cretino. Fue la primera vez que vi a Carmen digamos que alegre, cuando la conocí apenas bebía un dedito de vino con las comidas, luego se lanzó y acabó como acabó». Mientras el jefe se dedicaba a tirarle los trastos a su amiga, María, animada por los cubatas, se puso a bailar sola en la pista y a vacilar con un grupito de niños pijos, que iban muy pasados de vueltas. Uno de ellos le tenía echado el ojo a Carmen y no paró hasta que María se la presentó; era el Chino.

—¿Pero quién es ese chino del que no paráis de hablar? —le pregunté, escamada.

—¿No lo sabes? —se asombró María—. Es el padre de Fede. Chino es su apodo, él se llamaba, se llama... Gabriel, creo, pero nadie lo llamaba así, para todos era el Chino. En mala hora —dijo María—; si llego a saber cómo iba a terminar lo de Carmen y el Chino, ¡de qué le presento a mi amiga!

El padre de Juan (o Fede) era bien parecido. «Uno de los tíos más guapos que he visto en mi vida, estaba buenísimo y él lo sabía, claro. Era un pichaloca, tía que conocía, tía que se tiraba. Fede tiene un aire a él, pero no es ni mucho menos tan atractivo como era su padre, no tiene ese peligro. ¡Hasta yo sucumbí a los encantos del Chino! Si se llega a enterar Carmen, me corta el cuello, ella era muy celosa, aunque lo disimulaba». Desde la noche de Zacarías, Carmen y el Chino se hicieron inseparables. Carmen dejó la fonda y se fue a vivir con su flamante novio a la casa que éste ocupaba en Sarrià, en la calle Río de Oro, un piso propiedad de su padre, el viejo Durán, quien en tiempos había sido dueño de todo el edificio. A los pocos meses de vivir con el Chino, Carmen se quedó embarazada. «Era una cría, tenía diecisiete años. Estaba acojonada. Yo le dije que abortara, que la acompañaba a Londres y le dejaba la pasta, pero no quiso. No sé por qué. Yo creo que por ignorancia. Lo de coger un avión y viajar al extranjero, era demasiado para ella, una paleta de Los Monegros, que sólo había visto aeroplanos en el cine. Y luego... Ella estaba enamorada del Chino, siempre lo estuvo, hasta el final. A mí me lo negó, pero

yo sé que quería casarse con él y supongo que pensó que si tenía un hijo suyo, él haría lo debido, pero no conocía al Chino...». El hijo que Carmen no abortó y que tuvo con dieciocho años recién cumplidos era Fede (o Juan).

«A la familia del Chino, la relación de Carmen con su hijo les sentó como un tiro, ¡y ya no te digo cuando nació Fede...! La madre del Chino se subía por las paredes». Era gente bien, me dijo María, «de las buenas familias de Barcelona de toda la vida. Tenían una torre de puta madre en el Paseo de la Bonanova. Fíjate cómo eran, que la madre del Chino nunca quiso conocer a su nieto, porque era ilegítimo. Eso podía arreglarse, casándose el Chino con la madre de su hijo, pero sus padres no querían ni oír hablar del asunto. ¡Su hijito del alma casado con una dependienta de Servicio Estación, una cateta de Los Monegros!». Confiaban en que el Chino acabaría hartándose de Carmen, como se cansaba de todas, y la abandonaría.

«Al Chino la situación ya le iba bien; él había venido al mundo a divertirse, era lo único que sabía hacer, era un experto en eso. Carmen cogió la baja en cuanto se quedó preñada y ya no volvió a trabajar. Vivían de los curros que de vez en cuando le salían al Chino, pero principalmente de su padre, que les soltaba la tela. Si se ponía tonto, el Chino hacía de las suyas y el viejo les volvía a largar un puñado de billetes. Como él tenía esa carita de niño bueno, lo contrataban para hacer anuncios en la tele. El día que su padre lo vio anunciando rollos de papel de váter, tuvo un principio de angina de pecho, del disgusto. A la mañana siguiente le regaló a su hijito un millón de pelas para que dejara lo de los anuncios. Y así pasaban el tiempo, Carmen y el Chino, de fiesta en fiesta... Vivían de noche; iban al Zigzag, al Metropol, al Boira, al Estudio 54, al KGB... Se acostaban con el sol. Y el niño... La verdad es que no se acordaban mucho de Fede y ya no te cuento cuando empezaron a meterse heroína.

»Fueron unos años locos —me confió María—. Lo probamos todo: mescalinas, tripis, éxtasis, farlopa, speed, opio que robábamos de la farmacia del padre de un amigo... Era como si nuestro único objetivo en esta vida fuera intoxicarnos hasta perder la conciencia. Yo con el caballo me planté; no quise saber nada, me daba pánico. Gracias a eso y a que nunca dejé de trabajar, porque yo no provenía de una familia de pasta, como mis amigos, me salvé del descalabro. Fueron muchos los caídos en el campo de batalla... De sobredosis, de accidente, de sida... Pagamos muy cara aquella locura y Carmen la que más, Carmen especialmente...».

Los padres del Chino decidieron intervenir, temían por la vida de su hijo.

«Carmen les importaba un huevo. Según ellos, era la culpable de que su niño fuera yonqui. ¡La pobre Carmen, que no supo lo que era una jeringuilla hasta que conoció al Chino! Se metió hasta el fondo en esa mierda y se metió por él; se hubiera tirado por un barranco si el Chino se lo hubiera pedido. Él le ponía cuernos sin parar y ella lo pasaba fatal, pero tragaba, era incapaz de dejarlo, estaba tan enganchada al Chino como al caballo. Se iba con otros en sus narices para ponerlo celoso, pero eso al Chino le traía sin cuidado».

Sus padres, que habían terminado por aceptar que Carmen era la mujer natural de

su hijo, puesto que ya llevaban juntos doce años y tenían a Fede, les plantearon a ambos un ultimátum: si dejaban la heroína y se ponían en vereda, les permitirían casarse y les regalarían el piso. Carmen y el Chino se portaron bien durante unos meses; bien, relativamente, «porque aunque no se metían caballo, se emborrachaban día sí y día no y tomaban coca por un tubo...». Carmen estaba feliz, porque se iba a casar con el hombre de su vida, cuando sobrevino la desgracia. «Pasó porque tenía que pasar, porque iban en picado, en caída libre. Se armó un escándalo que no te cuento; apareció un yonqui muerto en su casa». El padre del Chino evitó que su hijo y su novia tuvieran problemas con la justicia. Pero los separó. Ésa era la condición.

«Fede vivió unos meses conmigo, en el ático que yo tenía en Sarrià y el Chino volvió a casa de sus papás, a la torre de la Bonanova, a que la chacha le hiciera la cama y le preparara la comida. Carmen se quedó en Río de Oro. Antes, los encerraron a los dos una semana en el Clínico, para desintoxicarlos. Allí fue cuando, al hacerles análisis de sangre, se enteraron de que Carmen tenía sida. El Chino no; el cabrón del Chino estaba limpio de polvo y paja, aparte del virus de la hepatitis C, no tenía nada; ése nació con una flor en el culo, yo siempre lo he dicho».

María me explicó que al principio de la epidemia del sida, «nadie sabía nada y era mortal, la enfermedad de los yonquis y los maricones. Ahora no, ahora se trata, tengo amigos que son seropositivos desde hace veinte años y están estupendos, mejor que yo, pero entonces... Si tenías el sida te convertías en un apestado». Por eso, entre otras cosas, los padres del Chino aislaron a Carmen de su novio y de su hijo, que, al fin y al cabo, era su nieto y llevaba su apellido... Para evitar que los contagiara.

«Y ella, la pobrecita, se sentía así: apestada, se daba horror a sí misma. Desde que lo supo, se negaba a darme un beso o a comer de mi tenedor. No quería tocar a nadie, por si lo infectaba... Se encerró en el piso de Río de Oro, a morir. Ése era el plan. Carmen hacía lo que podía para acelerar las cosas. Me decía: “Marilis, me desespero, esto va muy despacio”. Sin el Chino y sin su hijo, ¿para qué seguir viva? Se deprimió. Se quedó en los huesos. No comía. Pasaba semanas enteras, sola en el piso, con las persianas bajadas, sin ver a nadie, atiborrada de Valium que le recetaba el médico. Yo era la única persona con la que seguía tratándose. Los amigos de la peña, aquellos colegas que habían ido miles de veces a su casa, de farra, desaparecieron... Yo le hacía comiditas, la iba a visitar, intentaba animarla, pero ¿cómo dar ánimos a una moribunda? No supe hacerlo, la verdad. Y luego pasó lo que pasó: Carmen secuestró a una niña y la mató».

Miré a María con ojos como platos y ella se alarmó; se tapó la boca con la mano, demasiado tarde.

—¡Coño! —dijo—. Se me ha ido la lengua. No quería contártelo. Pero ¡qué más da! ¡Han pasado tantos años! Fue una historia rarísima. Carmen raptó a una niña gitana, hija de unos portugueses más pobres que las ratas. Fue un caso sonado. Salió en la tele y en la prensa. ¿No te enteraste? Debías de ser muy niña entonces... Decían que Carmen era una yonqui, que había secuestrado al bebé para conseguir dinero para

heroína. Pero Carmen no se metía nada en esa época, salvo las pastillas. Lo sé con seguridad, yo la veía casi cada día. Ella lo confesó todo. Se entregó a la policía y les dijo: «yo he matado a esta niña». Tremendo. Y para más drama, su hijo Fede estaba viviendo con ella en esa época; se había escapado de casa de su padre, en Santander. Y debió verlo todo. ¡Por lo que ha pasado ese chico! Ésa fue la gota que colmó el vaso; la familia del Chino se desentendió de Carmen, la abandonaron a su suerte. Ella nunca me quiso explicar detalles: qué pasó, por qué lo hizo; se cerraba en banda, pero yo sospecho que no estaba en su sano juicio. Un buen abogado habría podido demostrar que se le fue la olla por culpa del sida y no era responsable de sus actos. Habría muerto igual, pero no de esa forma tan espantosa.

—¿No murió de enfermedad? —le pregunté—. Es lo que me dijo Juan.

—Cuando la detuvieron, Carmen tenía neumonía, pero no murió de eso —me aclaró María—. La curaron, la llevaron al hospital, los jueces no permiten que los criminales se mueran sin ser juzgados. Pero a ella no la llegaron a juzgar, se suicidó antes.

María me contó que en la cárcel de Wad Ras, donde recluyeron a la madre de Juan, en prisión preventiva, a la espera del juicio, las demás presas le hacían el vacío y las gitanas, muy numerosas, juraron matarla: había asesinado a una de las suyas. La aislaron en una celda de castigo para protegerla de las otras internas. Una mañana, cuando abrieron la puerta, la hallaron muerta. Durante días, Carmen había escondido los ansiolíticos que le administraban por indicación médica y, cuando reunió suficientes, una noche se los tomó de golpe.

—No lo pudo aguantar —sentenció María—. Éramos tres en su entierro: dos funcionarias de prisiones y yo. Intenté localizar a alguien de su familia a través de una prima suya, Braulia, que vivía en Hospitalet. La tía y el hermano de Carmen le dijeron que no querían saber nada de esa perdida. Así que los funcionarios de la cárcel me dieron a mí las cuatro cosas que ella dejó, las que se acaba de llevar su hijo...

María lloraba sin ningún disimulo. Yo me sentía muy incómoda. La historia que me acababa de contar era terrible, pero no podía compartir su lástima por la asesina, a mí me daba más pena la víctima, la asesina sólo me inspiraba repulsión; por yonqui que fuera, por cuernos que le pusiera su novio, no tenía disculpa para matar a una niña. En aquel instante sonó mi móvil. Era un mensaje de Cheles —cuyo cerebro nunca descansa—, que me preguntaba: «¿Tienes el contrato?». Eso me recordó mi misión y me dio una excusa para orillar aquel escabroso episodio. Sin compadecerme de sus lágrimas, fingiendo no verlas, le pedí a María que me mostrara, de una vez, el contrato de alquiler de La Innovación, pues a mi socia (ahora me refería a Cheles de ese modo) le urgía examinarlo, deseaba cerrar la operación del traspaso antes de que acabara el verano. María suspiró, se sorbió los mocos y, arrastrando las chanclas (la derecha había perdido su pompón escarlata), se dirigió de nuevo a su vivienda, de donde regresó con una carpeta mugrienta llena de papeles.

Tardó en dar con él, pero acabó por encontrar el contrato, del cual me dio una fotocopia. Era el típico ejemplar impreso que venden en los estancos. Como arrendador figuraba un tal Félix Duch Campaña (el de Igualada) y, como arrendataria, ella, María Luisa Pardines Castro. La renta mensual era de 480 euros; el plazo, el que nos había manifestado; parecía en orden y me dio pereza leer, una por una, todas las cláusulas, que eran las de costumbre, en esa letra tan diminuta. Ya iba a devolverle el documento, cuando mis ojos repararon en un pacto especial, escrito a máquina, que decía:

Decimosegunda: La arrendataria, con expresa renuncia a lo dispuesto en el artículo 31 de la LAU, se obliga a no subarrendar, en todo o en parte, ni ceder ni traspasar el local arrendado. En caso de que la arrendataria incumpliera esta condición, podrá el arrendador resolver el contrato.

Al leerlo, me quedé estupefacta.

—Aquí pone que no puedes traspasar el restaurante —le dije a María.

—¡Claro que puedo! Es una cláusula de estilo, la ponen por poner, pero no vale para nada. Es nula, te lo confirmará cualquier abogado —me aseguró.

No me dejó muy convencida. No me fiaba de esa mujer y, a decir verdad, ya no me fiaba de nadie. ¡La de secretos que me había escondido Juan! Su madre había matado a una niña. ¿Hay algún crimen peor? Él apenas me había hablado de su madre, pero cuando lo hacía era con nostalgia y admiración. Su madre cocinaba los mejores macarrones del universo. Su madre y él pasaban tardes enteras armando *puzzles*. Su madre le enseñó a memorizar los nombres de las capitales de todos los países del mundo. Su madre cantaba unas jotas picantes muy graciosas... Su madre, la asesina. Comprendía su reticencia, era un secreto vergonzoso, pero él no era culpable de lo que hubiera hecho aquella mujer, por reprochable que fuera, los hijos no heredan los crímenes de los padres. Eso era lo que le quería transmitir, aunque no sabía cómo. Tenía mucho mérito que, habiendo nacido en aquella familia, él hubiera salido adelante por sus propios medios y se hubiera convertido en todo un señor magistrado... Lamentaba que no tuviera suficiente confianza en mí como para descubrirme su pasado. Deseaba tranquilizarle, hacerle saber que eso no iba a cambiar nuestra relación, yo no dejaría de casarme con él porque su madre hubiera sido una yonqui que secuestraba niños, yo era una persona abierta, sin prejuicios... Lo único que me molestaba, allá en el último rincón de la conciencia, era mi supuesto parecido con esa mujer. ¿Era ella la otra con la que Juan fantaseaba? ¿Se acostaba conmigo imaginando que se follaba a su madre? No me recreé en ese pensamiento, la mera idea me pareció repugnante.

Me subí a un autobús y en lugar de ir a encontrarme con Cheles, quien me esperaba, me dirigí a casa de Juan. Tenía que verle. Abrí con mi llave, sin llamar, como hacía siempre. Me recibió un ruido tremendo, una música infernal, a todo volumen. Entré en el salón, que estaba a oscuras, la persiana bajada, aunque aún era de día. Encendí la luz y vi a Juan, tumbado sobre el sofá con los zapatos puestos (él era muy cuidadoso, nunca hacía eso).

—¿Qué es esta música? —le pregunté a gritos, para hacerme oír sobre tantos decibelios.

—*Sivisius* —me contestó (o algo así)—. ¿Te gusta?

—¡Nada! —le dije—. Es horrible. Quítalo, por favor, no se puede ni hablar.

—Es lo mismo que hubiera dicho mi madre —comentó, divertido, y se levantó del sofá para dirigirse al tocadiscos. Se movía con torpeza, como si estuviera borracho. Eso hizo que me fijara en la mesa baja que había frente al sofá. Sobre ella se amontonaban una botella de vodka, demediada, un cenicero con varias colillas, una funda de un disco de vinilo, una fotografía, unos sobres amarillentos, con sus cartas, varias cuartillas de letra apretada, desparramadas sobre el tablero... La caja de cartón que María le había dado a Juan estaba abierta, en el suelo, junto a la mesa. Comprendí que había cometido un error acudiendo allí. Por hacer algo, eché un vistazo a la fotografía. Me tranquilizó descubrir que era una foto mía. Se me veía en la playa, relajada y sonriente, una mañana soleada... Se la tenía que haber proporcionado yo; sin embargo, no conseguía recordarla. ¿Quién era ese niño gordo que yo abrazaba? ¿Por qué estaba casi desnuda? ¿Y mi parte de arriba del bikini? ¡Yo jamás hago *topless*! Y de pronto caí en la cuenta; no era yo, no era mi foto.

—¿Verdad que era guapa? —me preguntó Juan, que se había acercado en silencio y miraba la foto sobre mi hombro, las manos en mi cintura. Me aparté; me molestaba su pestazo a vodka.

—¿El niño eres tú? —le pregunté, estúpidamente, Porque era obvio.

—Sí... —contestó—. ¡Qué gordo estaba! —y se echó a reír, con una risa obscena, beoda.

—Estás borracho —le dije.

—Todavía no, pero espero conseguirlo —me contestó, desafiante.

—Y has fumado —continué acusándolo.

—Sí, señorita. Me he fumado unos pitillos del paquete que te dejaste aquí ayer. Luego te compro otro.

—No es necesario —le dije—. Aunque es una lástima que hayas vuelto a fumar, después de tantos años.

Me di cuenta de que mis comentarios eran irritantes, cuando mi propósito era proporcionarle consuelo. Pero su arrogancia me exasperaba. El alcohol lo volvía chulo, jactancioso. Se había retrepado de nuevo en el sofá y, un cigarrillo en la boca que no acertó a encender (su pulso era tembloroso), me miraba con desdén.

—Tú también fumas y nunca te lo he echado en cara —observó (y llevaba razón).

Yo no sabía qué hacer. En ese estado, Juan me inquietaba, nunca lo había visto bebido, desconocía cómo podía comportarse. Mi intuición me decía que lo mejor sería irme, pero no podía largarme sin más, tenía que justificar o explicar mi visita de alguna manera. Eché mano del contrato. Le consulté lo de la cláusula que me tenía preocupada.

—María me ha dicho que es un pacto nulo, que no tiene importancia, pero me

gustaría saber tu opinión —le dije, buscando congraciarme con él.

Tomó la fotocopia del contrato entre las manos e hizo muecas y gestos exagerados, guiñando mucho los ojos, como si le costara enfocarlos (y le costaba, claro), pero al final lo leyó, de cabo a rabo (pese a su borrachera, tuvo la paciencia que yo no había tenido) y, al terminar la lectura, arrojó el documento sobre la mesa y rompió a reír de una forma ostentosa que me pareció ofensiva.

—¡Vete olvidando de tu restaurante! —afirmó, eufórico—. No se puede traspasar. Me molestó su alegría, estaba fuera de lugar.

—¿Quieres decir que la prohibición es válida? María me ha jurado que eso lo arregla un buen abogado...

—No hay abogado en el mundo que arregle esto —me dijo, más calmado—. Es un pacto completamente lícito.

Y se volvió a partir de risa. ¿Qué era lo que le hacía tanta gracia? Me encolericé.

—¡Esa María, o Marilis, o como se llame, es una estafadora y una hija de puta! —exploté.

—Mucho cuidado con lo que dices —me advirtió Juan—. Marilis es mi amiga.

—Pues tu amiga me ha tomado el pelo como a una imbécil, ha jugado conmigo de mala manera. Se ha hecho la simpática desde el primer día, para darme la puñalada —me quejé.

—Marilis no tiene la suerte de una señorita que yo me sé, una niña mimada con unos papás complacientes que se lo pagan todo y que no tiene ni puta idea de lo que es la vida —replicó él, la voz sibilante—. Marilis y mi madre son las dos mejores personas que he conocido nunca —concluyó solemne.

—¡Marilis! Marilis es una choriza y tu madre era... una asesina.

Se me escapó. Me había provocado. Él había querido herirme; y yo, devolverle el golpe. No pensé lo que decía; lo solté y ya está.

—¿Qué has dicho? —me preguntó, la mirada torva, poniéndose en pie con aire amenazador. Creí que me iba a pegar.

—Tu madre mató a una niña. Me lo ha dicho María —le respondí, retrocediendo uno o dos pasos, para alejarme de su alcance.

Juan bajó los hombros, relajó la postura, me miró sin verme.

—Mi madre no mató a nadie —dijo—. A la niña la maté yo. Lo hice sin querer —añadió, bajito, como un niño que acaba de romper una figura de cristal y teme el castigo.

Fue Juan quien secuestró a la niña, eso me explicó aquella tarde. Su madre no tuvo nada que ver con ello; cuando se enteró del asunto, se empeñó en llevar de inmediato a la niña con sus padres. Lo hubieran hecho, devolver a la niña, me dijo Juan, si en ese momento no hubiera llamado a la puerta la policía. Él pensó que lo habían pillado. Acordaron con su madre que él se escondería con la niña, mientras ella atendía a los policías. Se ocultó en el armario ropero del cuarto de sus padres. La oscuridad y el encierro asustaron al bebé. Éste empezó a gimoteo y él le tapó la boca

para evitar que lo oyeran. Se orinó en los pantalones de puro miedo. Al cabo de unos minutos que se le hicieron eternos, su madre lo rescató. Había conseguido echar a los maderos (así llamó Juan a los policías); les dijo que estaba sola, que no veía a su hijo desde hacía mucho tiempo y que no podían entrar en su casa sin una orden judicial de registro («No sé cómo se le ocurrió eso», comentó Juan. «Debió sacarlo de alguna película. Mi madre no tenía estudios, pero era muy lista»). Lo irónico del caso era que la policía no iba en busca de la niña, sino de Juan (o Fede); el viejo Durán les había dicho que probablemente se hallaba en casa de su madre; su abuelo paterno había denunciado a Carmen. Él emergió del armario con la niña acunada contra su pecho. No había llorado más y creyó que se había dormido, pero estaba muerta. La había asfixiado.

—Yo no quería hacerle daño. Yo no quería hacerle ningún daño a esa niñita — repitió Juan una y otra vez, con el tono lloroso que se les pone a los borrachos, como pidiéndome perdón, como si yo le pudiera perdonar.

A su madre se le demudó el rostro, pero no salió de su boca ningún reproche, ninguna acusación. Él lloraba, desesperado, no podía hacer otra cosa. Su madre tomó a la niña entre sus brazos, la envolvió en una chaqueta suya, su chaqueta azul, y se despidió de él, «No te muevas de aquí. Ahora vuelvo», le dijo. Lo último que oyó fue su tos antes de que se cerrara la puerta del ascensor. Ella no regresó. Unas horas más tarde, irrumpió de nuevo en el piso la policía. Él ya no se escondió. ¿Para qué? Los policías lo condujeron en su furgoneta a un centro de menores. Él preguntó por su madre, pero nadie le dio respuesta alguna y eso le hizo concebir la esperanza de que ella hubiera conseguido escapar. Suponía que lo iban a interrogar, a ponerle esposas o grilletes y, tal vez, una bola de plomo sujeta al pie con una argolla, como a los presidiarios en las viñetas de los tebeos, pero le dieron de cenar, lo obligaron a ducharse, le prestaron un pijama y pasó allí la noche, en un dormitorio compartido con otros chicos. Al día siguiente, acudió su padre a buscarle. Y por él supo que su madre se había entregado a la policía. Cuando ella se fue del piso, él imaginó que iba a deshacerse del cadáver (también como en las películas), pero lo que hizo fue presentarse en comisaría con la niña muerta y confesar su rapto y su asesinato.

—Se lo dije a mi padre —le dije que ella no era culpable, que a la niña la había matado yo, pero no me hizo caso. ¡No me hizo caso nadie!— gritó Juan.

Su alarido me hizo mirarle a los ojos y sorprendí en ellos la misma expresión de tristeza, desesperanza y desolación que tenía en mi retrato, ése que había empezado y no llegué a concluir.

—La gente presta más credibilidad a un adulto que a un niño. Siempre, por sistema. Estoy harto de decirlo en el juzgado. Se presume que el niño es más proclive a mentir o su memoria menos fiable, cuando suele ser al revés. Y en este caso, todos, los policías, los jueces, los periódicos, preferían creer que la asesina era la yonqui sidososa, respondía al estereotipo... ¿Qué se puede esperar de una drogadicta? Decidieron que yo me acusaba para encubirla, ¡cuando era a la inversa! No me

dejaron verla. Me protegían de ella, porque era una criminal. Se me llevaron a Suiza, a un internado. Ella me mandó cartas a la casa de mi padre, a Santander, pero a mí nunca me llegaron. Natalia, mi madrastra, las devolvió. ¡Qué grandísima hija de puta...! Hoy me he enterado por Marilis. Ella me ha dado las cartas, mi madre las guardó todas. Allí están, sobre la mesa. ¡No tengo coraje para leerlas! Cuando esté pedo del todo, cocido perdido, puede que me atreva... Una mañana, mi padre me llamó por teléfono al colegio suizo para informarme de la muerte de mi madre. No volví al aula. Subí a mi cuarto e intenté ahorcarme con una cuerda que colgué de una viga de madera. Estaba tan gordo que se rompió la cuerda.

Juan se rió, con una risa agria. A mí no me hizo ninguna gracia.

Me explicó que a raíz del intento de suicidio, su padre lo sacó de Suiza y regresó con él a España. Su madrastra, Natalia, se negaba a acogerlo en su casa y él tampoco quería vivir «con esa capulla». Lo llevaron a Calatayud, a casa de una parienta lejana, la tía Elvira, a quien su abuelo paterno pagaba un sueldo para la manutención de su nieto.

—Mi tía Elvira decidió hacerse unos ahorrillos a costa mía. Era una rata, me mataba de hambre y de frío, pero ya me fue bien, después de la escena de mi falso ahorcamiento, me propuse adelgazar. Y lo conseguí —añadió Juan, con un timbre de satisfacción que juzgué inoportuno—: Fui yo quien le pedí a mi padre que me metiera interno de nuevo, para librarme de esa bruja —continuó—. Estuve cinco años en un colegio de Zaragoza. Era prácticamente un analfabeto, no sabía nada de nada, el chaval más ignorante del internado. En el primer curso, me pusieron en clase con alumnos de once años; yo tenía trece. Pero apreté los codos, quise convertirme en un hombre del que mi madre pudiera estar orgullosa. Los dos últimos cursos fui el mejor de la clase. Las oposiciones a judicaturas las saqué con el número tres. Lo demás ya lo sabes... Lo único que me consuela es que mi madre tuvo una muerte dulce.

—¡Cómo puedes decir eso! —me indigné—. El suicidio es atroz, los suicidas sufren, tu madre tuvo que pasarlo muy mal en la cárcel.

Yo creía que él lo sabía, lo daba por descontado, pero resultó que se lo habían ocultado. Allí nadie conocía la verdad completa; María, o Marilis, tenía una versión, Juan, o Fede, otra... La única que tenía todos los datos, todas las piezas del *puzzle*, por un azar desdichado, era yo. A Juan, su padre, el famoso Chino, le contó que su madre había muerto en el hospital, de neumonía, y no llegó a pisar una celda; una noche se durmió y no volvió a despertarse. ¿Por qué lo desengañé? Creo que me irritó el tono de soberbia con que me narró sus logros estudiantiles, resolví que un asesino no tenía derecho a vanagloriarse de nada. Cuando quise retractarme, ya era tarde. No tuve más remedio que repetirle lo que me había dicho Marilis.

—Mi madre me quería; me quería mucho —declaró impresionado cuando acabé mi relato, como eso si fuera algo excepcional. Se me antojó un comentario ridículo, todas las madres quieren a sus hijos.

Sacó otro cigarrillo de mi paquete de Marlboro, lo encendió y le dio un par de

caladas, con aire reflexivo.

—Hazme un favor —me pidió—. Déjame solo.

No me lo tuvo que repetir dos veces. Ansiaba marcharme de allí cuanto antes. Sin embargo, la curiosidad me incitó a formularle una última pregunta:

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué secuestraste a la niña?

—¡Por qué va a ser! Por la pasta, la puta pasta —me respondió y se echó a reír—. Había planeado secuestrar al nieto de un camello que suponía muy rico, pero me equivoqué, y me llevé a la hija de unos jornaleros portugueses que estaban de paso. ¡Era un niñato! No ha habido un solo día desde entonces en que no me haya acordado de esa niña, su carita morena con los ojos cerrados, los puños apretados... Parecía dormida.

No me acuerdo de cómo llegué a mi estudio. No sé si descendí a pie por la Rambla de Catalunya y continué por la de Canaletes, como había hecho en otras ocasiones, o si cogí un autobús o el metro. De pronto, me encontré en casa, sentada en mi cama, con la foto de Juan y su madre en la mano, mirándola. Me la había llevado del piso del juez sin darme cuenta. Pensé, «mañana se la devuelvo», pero enseguida rechacé la idea, no quería volver a verlo. Lo supe en cuanto estuve en mi estudio, en mi territorio, salvada, como en esos juegos infantiles en los que corres peligro de ser capturado por el enemigo, hasta que logras regresar a esa zona en la que quedas libre de su alcance y, como cuando era niña y conseguía «salvarme», mi corazón dejó de palpar salvajemente y, poco a poco, volví a respirar de forma pausada. Pero tenía que hacer más cosas para estar del todo a salvo. Reuní los regalos recibidos de Juan: el bastidor; los lienzos; los cuadernos de dibujo; un colgante de plata, muy bonito, del que me encapriché al verlo en un escaparate de una tienda del Born; una minifalda que Juan me compró por sorpresa, que no era de mi talla, no me gustaba y sólo me ponía para complacerle; una plancha a vapor (Juan se apiadó de mí la noche que le notifiqué, consternada, que se me había muerto la plancha); una cafetera de café exprés, de esas modernas que funcionan con cápsulas... ¡Juan me había regalado un montón de cosas en las pocas semanas que llevábamos viéndonos! Era un hombre generoso. Yo, en cambio, no le había regalado nada. Para su cumpleaños, a finales de agosto, proyectaba tener terminado su retrato y ofrecérselo; ahora eso había cambiado. Introduje los obsequios de Juan en el carrito de la compra y lo bajé, con trabajo, por las escaleras. Abandoné los regalos junto al contenedor de la esquina. Alguien los aprovecharía, estaban casi nuevos.

A la vuelta me duché, no sólo porque el trasiego del carrito repleto me había hecho sudar: quería limpiarme a conciencia de todo residuo de Juan. Me froté el cuerpo insistentemente con un guante de crin, que me dejó la piel colorada y escocida. Veía mis pezones y pensaba: «Él los ha besado, los ha acariciado con las mismas manos con las que ahogó al bebé». Sentí náuseas, vértigo y asco, asco de mí misma; si hubiera podido prescindir de ellos, me hubiera cortado los pechos, me habría arrancado a tiras la piel del vientre que él había tocado... El contacto de un asesino contamina, ¿el crimen se contagia? Me entró esa obsesión. Al salir de la ducha, envuelta en mi albornoz, me persigné cien veces seguidas delante del espejo del baño, hasta que sentí dolor en el hombro. Era un conjuro purificador que improvisé, una especie de ceremonia de desinfección. Un psicólogo diría que incurrí en pensamientos mágicos, rituales propios de una obsesiva. Pero a mí me sirvieron. No tenían sentido ni explicación desde una perspectiva racional, pero ¿qué seguridad tenemos de que el mundo, el universo, estén regidos por la razón? Ninguna. De nuevo en el estudio, me percaté de que no había expurgado mi entorno de todo rastro de Juan: quedaba su retrato. Era un lienzo grande, que tenía apoyado contra la pared,

junto a otros cuadros inacabados. Lo saqué de su escondite, evité mirarlo, y con el cuchillo más grande que tenía en la cocina, lo rompí, lo descuarticé con saña, a grandes tajos. Sólo entonces me sentí del todo indemne.

Lo que más me sublevaba de Juan era que hubiera pretendido casarse conmigo, formar una familia, tener una niña (¿para sustituir a la que había matado? ¿Era ésa su ecuación, me llevo una pero pongo otra en su lugar y aquí no ha pasado nada, todo queda igual?), que hubiera aspirado a llevar una vida normal, a ser feliz incluso, como si tuviera derecho a ello... Y no lo tenía, no después de lo que había hecho. Así veía yo las cosas: el que la hace, la paga; el criminal ha de purgar su crimen; el asesino debe pudrirse en la cárcel y, tras cumplir su condena, ha de soportar el resto de su vida el sambenito, el baldón, el reproche público. Si vive, ha de ser con amargura, no le corresponde sonreír ni dormir tranquilo. Desde que Dios murió, no existe el perdón. Fue algo que descubrí al poco tiempo de volverme atea. Sin Dios, no hay redención posible, la culpa ya no desaparece y se borra para siempre con una confesión sincera, dos padres nuestros y tres avemarías, sino que queda, como una sombra o un poso muy negro, un residuo maloliente que te emponzoña la conciencia y se adhiere a los recuerdos. Ni siquiera las buenas intenciones sirven de descargo o atenuante de una mala acción, que ha dañado a alguien. «Yo no quise hacerlo, fue un accidente», o «no era consciente de lo que hacía, no me paré a pensarlo, fue un acto impulsivo, pero ahora me arrepiento»; el remordimiento carece de objeto si no hay un Dios para apreciarlo, es una angustia inútil: las consecuencias de nuestros desmanes nos acompañarán toda la vida, como un permanente reproche. Por eso hay que andar con pies de plomo, reflexionar bien antes del acto, preguntarse; ¿lamentaré más tarde lo que voy a hacer? ¿Podré perdonármelo?

Supuse que Juan buscaba redimirse con su trabajo, procurando evitar que cometieran sus errores y repitieran su destino los niños y niñas delincuentes que recalaban en su juzgado, haciendo el bien, como dicen los cristianos. Pero sus buenas acciones no iban a resucitar a la niña.

Al día siguiente, fui a la peluquería y me corté el pelo, la melena ondulada color caoba (eso decía mi peluquera) que me acompañaba desde que tenía recuerdo. No contenta con eso, me teñí de rubia, un rubio platino que, según Cheles, no le iba a mi cara en absoluto. «Chica, pareces un pollo. Pero no te preocupes, el pelo volverá a crecer», me dijo, siempre tan sincera, en cuanto me exhibí con mi nuevo *look*. Yo no me veía ni fea ni guapa, sólo rara, distinta, y eso era lo que buscaba, cambiar mi aspecto, mirarme al espejo y no reconocirme, para no parecerme más a la madre de Juan. Una superstición particular me había inducido el temor de que, por asemejarme a ella, iba a compartir o heredar su destino, su indudable mala suerte. Cosas mías, obsesiones, parezco un pollo pero estoy tranquila.

Lo que más me desasosegaba era que Juan intentara ponerse en contacto conmigo, que me llamara por teléfono o se presentara en mi casa. Al fin y al cabo, pese a la agria discusión, no habíamos roto formalmente. Temí que él supusiera que

nuestra relación seguía intacta y no quería verlo ni para enmendar su error. Sí volvía a encontrarme con él, no sería capaz de hablarle o mirarle a los ojos. Deseaba borrarlo para siempre de mí vida. Puede que fuera un acto de cobardía, pero me cambié de teléfono móvil y tiré el viejo, para que Juan no pudiera localizarme. Aunque eso no bastaba; tenía que poner distancia entre los dos y lo hice. Que hubiera llegado el mes de agosto facilitó las cosas; mis padres alquilaron una casita en un pueblo del valle de Hecho, en el Pirineo aragonés (a mi padre no le gustan la playa, ni el mar, sospecho que porque no sabe nadar) y fui a pasar las vacaciones con ellos. Mis padres son grandes excursionistas (o lo fueron; se han hecho mayores, se cansan, aguantan menos) y les gusta caminar por el monte, ir de pueblo en pueblo, recorrer senderos. Mi idea era acompañarles en sus paseos, pero la misma tarde del día que llegamos, me torcí el tobillo yendo al colmado, lo que me obligó a quedarme en casa, mientras mis padres salían de excursión todas las mañanas, después del desayuno, para regresar a la caída del sol.

Había llevado conmigo mis aperos de pintora, los que me había comprado con dinero que me prestó mi padre, después de tirar a la basura los que me regaló Juan. (Por primera vez en mi vida, tuve mala conciencia al darle un sablazo a mi padre; eso se lo debía a Juan, él había conseguido que me sintiera culpable por depender de mis padres). Aprovechando el entorno que me ofrecía el bajo Pirineo, proyectaba pintar paisajes, algo que nunca había hecho. Pero mi forzosa reclusión me obligó a cambiar de planes. Podía dedicarme a la lectura (mí padre había acarreado un montón de libros, no en vano había sido profesor de literatura y lengua), pero leer, al cabo de un rato, me aburre. La noche anterior a mi partida había cenado con mi amigo Juan Carlos, un artista especializado en vídeos e instalaciones. Acababa de regresar de una bienal de arte en Río de Janeiro (le invitaban a exponer en unos sitios increíbles, lo que me daba mucha envidia) y durante la cena se me quejó con amargura de la mala época que estaba atravesando el arte conceptual. El arte, como la ropa, depende de las modas, y la pintura, que durante una década había sido la cenicienta, volvía con fuerza. Ya nadie quería instalaciones. El arte contemporáneo chino hacía furor. Nombres como Liu Zheng, Weng Fen, Hon Hao o Shi Xinning eran los que se llevaban el gato al agua. Yo lo compadecí con secreto regocijo; ahora él también iba a saber lo que eran las vacas flacas. Por alguna misteriosa razón, las paredes de la sala del chalet de montaña que mis padres habían alquilado, estaban decoradas con platos y motivos chinos, lo que me hizo acordarme de la conversación con mi amigo. Y para entretenerme y pasar el rato, me puse a pintar falsos cuadros chinos o parodias chinescas, con un toque pornográfico.

El primer óleo que pinté representaba a una anciana china, la típica mujer de cara redonda, ojos como rendijas y expresión hierática, el rostro embadurnado de polvos de arroz, el pelo blanco, recogido en moño, erizado de agujas, que adorna las litografías y los cuadros *kitschs* de los restaurantes chinos de cualquier ciudad europea. En la mano derecha le puse a la vieja un vibrador en forma de pene de

plástico, de un muy logrado color carne. De fondo, un bucólico paisaje chino, con un valle, un puente y un riachuelo. El efecto era chocante. Me pareció una broma divertida y reincidente. En el siguiente lienzo, la anciana llevaba puesto un corsé negro de cuero, con toda la impedimenta sadomasoquista, e iba armada con un látigo. Perpetré otras tres chinerías libidinosas, que me cuidé mucho de mostrar a mis padres (a mi madre, que se tiene por mujer *à la page*, la habrían escandalizado), y a mi regreso a Barcelona, se las enseñé a Juan Carlos. Le entusiasmaron. Le gustaron tanto que incluso me piqué; cuando había sometido a su criterio mi otro trabajo, el artístico, el serio, su apreciación había sido más tibia, por no decir circunspecta. Decidió llevar la broma hasta sus últimas consecuencias. Ofreció mis engendros a la galería *on line* de Saatchi, el famoso mecenas londinense a quien mi amigo culpaba de sus desdichas, pues fue Saatchi quien empezó a comprar arte chino contemporáneo de forma compulsiva. Nos inventamos una artista china llamada Wu Chao, nombre de una concubina del siglo VI, una especie de Lady Macbeth china, quien, tras desembarazarse de la esposa oficial y la primera concubina del emperador (ella era la segunda), terminó sus días como emperatriz absoluta de China; el suyo fue un reinado tiránico y despiadado, sembrado de ejecuciones sumarias y asesinatos sangrientos, que duró cuarenta y cinco años. La primera sorpresa que tuvimos fue la admisión inmediata de la obra de Wu Chao en la galería virtual de Saatchi. El siguiente sobresalto fue la compra de dos cuadros de Wu Chao por un anónimo coleccionista londinense, quien quería a toda costa el tercer lienzo, pero no pude vendérselo, porque me quedaría sin obra. Para vestir nuestro montaje y como broma final, Juan Carlos había puesto un precio descabellado a las pinturas de Wu Chao. La del vibrador la valoramos en 6.000 euros; la sadomasoquista, en 7.500, porque era más elaborada. De repente, me vi nadando en la abundancia, nunca había tenido tanto dinero. Y todo por una broma, sin apenas esfuerzo... Recibí correos electrónicos de la galería reclamando más obra, tenían varios clientes muy interesados. En dos semanas dejé listos seis cuadros; por falta de imaginación (o de tiempo para desarrollarla), en los seis representé al mismo personaje, la abuela china con atuendo típico, y la situé en escenas subidas de tono, con contenido erótico o claramente pornográfico. Tuvieron mucho éxito, desaparecieron en cuestión de días. Juan Carlos aún estaba más perplejo que yo; mira por dónde, se invertían las tornas, ahora le tocaba a él pasar envidia y a mí, ser envidiada. Pero no me sentía satisfecha, sino incómoda, esos cuadros me parecían una porquería, no podía en modo alguno enorgullecerme de ser su autora. Y, a los ojos del público, no lo era. Parecía una maldición, las únicas pinturas de mi mano que eran bien recibidas, eran las firmadas por otro: Maristany, en mi período de abstracción geométrica; la inexistente Wu Chao, en mi fase figurativa china... La falta de consistencia de Wu Chao era un problema, porque a Maristany, hasta que murió, se le podía llevar a *vernissages* y exposiciones, se le podía fotografiar e incluso entrevistar, pero Wu Chao era una entealequia y eso me preocupaba. ¿Podrían acusarme de falsificación o estafa los

compradores de óleos de Wu Chao, cuando se descubriera la impostura? No sabía qué hacer; me sentí tentada de pararlo todo, matar a Wu Chao, hacerla desaparecer, pero, por otro lado, era una mina de oro, gracias a ella me estaba forrando... Juan Carlos me dijo que necesitaba un marchante; coincidí con él. Dadas las peculiaridades del asunto, tenía que buscar un marchante poco al uso o familiarizado con situaciones turbias o irregulares: Turpin era mi hombre.

Fui a visitarlo. Le conté la historia, le mostré los últimos cuadros de Wu Chao. Me contrató al instante. Me dijo que lo que estaba haciendo era revolucionario, que era la pintora china contemporánea más interesante que conocía.

—Eres un bombazo —me aseguró—. Llegarás muy lejos.

Puesto que no parecía advertir la complicación que suponía que la supuesta autora de esos cuadros, la china Wu Chao, llevara muerta mil cuatrocientos años, se lo puse de manifiesto. Se desconcertó. Abrió mucho los ojos detrás de las gafas de montura blanca, que ese día volvía a llevar (¿se habría reconciliado con Solange?), parpadeó varias veces, como si se le hubiera metido algo en el ojo y le molestara y, sin venir a cuento, dio una fuerte palmada con las manos que me hizo dar un respingo.

—Eso —dijo—, es lo mejor.

—Le da al asunto un toque posmoderno genial —aclaró a continuación.

Me expuso su plan; continuar filtrando al mercado, durante una temporada, cuadros de la misteriosa Wu Chao. Alimentar su enigma, hacer crecer la expectación, que la gente «que cuenta» en el mundo del arte se preguntara: «¿Quién es Wu Chao? ¿De dónde sale? ¿Qué cara tiene?», y, cuando la situación estuviera madura, anunciar a bombo y platillo una gran exposición inaugural de Wu Chao en Shangai.

—Pero ¿y Wu Chao? —le pregunté, todavía intranquila.

—Tú eres Wu Chao —me respondió—. Si hay españoles de raza china, no veo por qué no puede haber una china de Valladolid.

—Elaboraremos el personaje —me dijo—. Te cambiaremos la imagen. El día de la inauguración aparecerás vestida como una cortesana china del siglo XVIII, con toda la parafernalia, kimono de seda incluido o como se llame ese ropaje que llevaban las chinas de otros tiempos. Darás que hablar. Se desencadenará la polémica. ¿Puede una occidental hacer pintura china? ¿Qué determina la nacionalidad de la pintura, la identidad artística? Cuanto más ruido, mejor; más interés despertarás y más subirá tu cotización. Por supuesto, habrá que arropar todo esto con un discurso estético...

—¿Un discurso estético? —me alarmé.

—No te preocupes, yo me haré cargo de eso, tú dedícate a pintar, vamos a necesitar mucha obra. ¿Tienes problemas de dinero? ¿Precisas algún adelanto?

Empecé a comprender para qué sirven los marchantes.

De eso hace unos meses. Ya estamos en marzo del año 2007. Los cuadros de Wu Chao se siguen vendiendo bien, pero Turpin insiste en dosificarlos, no quiere saturar el mercado. De cada tres cuadros que pinto (un lienzo me lleva como mucho un par de días), me reservo dos para la exposición de Shangai, que Turpin quiere programar

para principios de 2008. Estoy tan boyante, que he podido dejar las clases de dibujo del colegio del Opus y he alquilado un piso de ochenta metros cuadrados en la calle Bailén; conservo el estudio, pero sólo como lugar de trabajo. No estoy acostumbrada a tener dinero y me cuesta gastarlo; como dice Cheles, soy de la Virgen del Puño. Hace unas semanas, mi madre me comentó que se le había estropeado la nevera y me di el gustazo de comprarle una combi fantástica por Internet, sin decirle nada. El día que se la entregaron, mi madre quiso devolverla, creyendo que era un error. Cuando le aseguré que no, aún se preocupó más. «¿Pero de dónde sacas tanto dinero? ¿Ya comes? No quiero que te prives de nada por hacerme regalos».

Le gusta sufrir, no sabe vivir de otra manera. No se acaba de creer que obtenga ingresos por la venta de mis cuadros, creo que sospecha que me estoy prostituyendo, o me dedico al narcotráfico, o algo similar. Por recomendación de Turpin (vuelven a ser buenos amigos), Solange ha comprado uno de mis últimos lienzos. Llegó a un acuerdo con los hijos del maestro en el litigio sobre su herencia y ahora que es una viuda acomodada, ha decidido dedicarse al coleccionismo. Mi óleo *Sodoma en Beijing* es una de sus primeras adquisiciones. Fiel al pacto que tiene conmigo, Turpin no le ha revelado que la autora del cuadro, Wu Chao, soy yo. Me encanta la idea de tenerla engañada.

Resulta paradójico; durante años soñaba con poder emplear todo mi tiempo en el desarrollo de mi gran afición, la pintura, y ahora que no sólo puedo, sino que debo hacerlo, me da pereza, no tengo ganas: pintar para mí se ha convertido en un trabajo, un medio de ganarme la vida, de nueve de la mañana a ocho de la tarde, de lunes a viernes, como cualquier currante.

Intenté dar un poco de variedad a la obra de Wu Chao, introducir elementos nuevos: pinté un bodegón chino, sin ninguna figura humana. Fue el cuadro que me costó más esfuerzo y del que más satisfecha me hallo (no puedes ponerle ojos rasgados a una manzana, para remarcar su origen chino; la mirada oriental sobre un objeto debe evocarse de una forma más sofisticada), pero Turpin lo rechazó: me dijo que debo hacerme una imagen de marca, que el público ha de identificar a Wu Chao con sus abuelas lascivas, del mismo modo que reconoce a Botero por sus gordas. ¡Pero a mí me horrorizan las mujeres obesas de Botero! Me parece una condena verme obligada a reproducir hasta el hastío a mí vieja china maquillada en un contexto lúbrico. ¡Qué le voy a hacer! Es trabajo; todos los trabajos acaban por volverse monótonos, supongo.

Hará un par de meses, poco después de Navidad, quedé con Cheles para ir al cine. Para mi alivio, el contratiempo de La Innovación apenas afectó a mi amiga. Profirió dos o tres interjecciones, dirigidas a María, y pronto se olvidó del asunto. Vive en el presente, como todas las personas prácticas. Está preñada, de tres meses. En mayo cumplirá treinta y nueve años y, por aquello del reloj biológico, decidió que no podía demorarlo más. Se quedó embarazada de un noviete joven, un encargado de seguridad de conciertos, que colaboraba con su empresa y al que se ligó para que le

hiciera de garañón, con esa frialdad y esa premeditación. En cuanto confirmó el embarazo, rompió toda relación con él, también la profesional, para que el chico no se maliciara que iba a ser padre. Cheles no tiene ganas de compartir la patria potestad de su futuro hijo con nadie. Yo le he reprochado su comportamiento, usar a un hombre de semental contra su voluntad, me parece, no sé si inmoral, pero si poco considerado, poco ético.

—Haberse puesto un condón si no quería que tuviera consecuencias —aduce mi amiga con su despiadado sentido común. Yo seré la madrina de su hijo. (Sospecho que mi reciente buena fortuna fea influido en mi nombramiento).

La película que íbamos a ver aquel día era *María Antonieta* de Sofia Coppola, La daban en el Boliche en versión original. Yo prefiero ver las películas dobladas, leer los subtítulos me distrae y me hace perder el hilo, pero Cheles, que es una *snob*, tiene por norma ver las versiones originales, de modo que con ella siempre acabo en pequeñas salas de arte y ensayo, con asientos estrechos e incómodos.

Era un domingo por la tarde y había mucha cola ante la taquilla. A los pocos minutos de unírnos a la muchedumbre, apareció Pilar, la ex mujer de Juan, con una amiga. Era tal la proximidad (éramos eslabones contiguos en la cola), que no tuvimos más remedio que saludarnos, aunque no nos tuviéramos gran aprecio la una a la otra. Tras intercambiar las banalidades de rigor, le pregunté, con falsa indiferencia:

—¿Y Juan? ¿Cómo está? ¿Se ha ido ya a Melilla?

Me miró con asombro.

—¿Pero no lo sabes? Juan murió este verano.

Me quedé helada. La noticia me impresionó mucho más de lo que hubiera imaginado. Las rodillas me temblaban, me entró un sudor frío. Pilar me explicó que a finales de agosto, apenas un mes después de nuestro último encuentro, Juan se estrelló con su coche contra un árbol, en una carretera secundaria de Los Monegros. Era un accidente raro, me dijo, porque había sucedido en una recta muy larga y a una hora en que no había ningún tráfico. A juicio de Pilar, Juan debió de dormirse o sufrir un desfallecimiento que le hizo perder el control del coche, el cual se salió de la carretera, con tan mala fortuna que impactó contra el único árbol que debía haber en ese trecho, aquélla era una zona muy árida, sin casi vegetación. Y había buena visibilidad, añadió Pilar, eran las doce del mediodía de un día sin nubes.

—La última vez que hablé con él, me dijo que apenas dormía —comentó Pilar—. Sufría mucho insomnio por el calor y..., bueno, los problemas. —Y por el tono que empleó y la forma en que lo dijo, comprendí que, para Pilar, el principal problema de Juan era yo. Yo era la culpable de ese insomnio que, al inducirle sopor a deshoras, llevó a Juan a la muerte, pues lo que le quitaba el sueño a su ex marido, presumía Pilar, era mi abandono. ¡Qué equivocada estaba! Juan nunca me quiso a mí, sino al remedo de su madre que veía en mi rostro; estaba enamorado de un recuerdo. Yo no le rompí el corazón, se le rompió él solito hacía muchos años, por una imprudencia cometida de niño. ¿Estaría Pilar al corriente de aquello? ¿Se lo habría contado Juan?

Lo dudaba y lo dudo. Juan sabía guardar los secretos, sobre todo ése tan comprometido. Conmigo se desahogó porque estaba borracho y, sin querer, yo lo provoqué. Por más enamorada que estuviera Pilar de su ex marido, era una mujer demasiado recta, como para compartir su vida con un asesino impune, de forma consciente. Al fin y al cabo, era una representante de la ley y el orden.

Dejé a Cheles plantada en el cine, con nuestras entradas en la mano, para su indignación.

—¿Cómo que no quieres entrar en la sala? ¡Pero si eres tú la que estaba empeñada en ver *María Antonieta*! ¿Y ahora qué hago con tu entrada?

—Regálasela a alguien —le dije y me fui, sin más explicaciones.

Estuve un rato deambulando por el antiguo barrio de Juan, caminando sin rumbo por esas calles que durante un mes y medio frecuenté por él. Los domingos por la tarde Barcelona está vacía, la gente se mete en sus casas, aprovechando las últimas horas de asueto, preparándose o mentalizándose para el caos y la vorágine del lunes. Pasé por delante del edificio donde Juan tenía su apartamento, en la calle Muntaner, entre París y Córcega. Su piso era interior, no daba a la fachada, sino al patio de manzana. ¿Tendría un nuevo ocupante? Ya habían pasado varios meses desde su muerte, era lo más probable. ¿Qué haría Juan en Los Monegros un mediodía de agosto? ¿Adónde iba? Pero ésa era una pregunta vana y yo lo sabía. No se dirigía a ninguna parte o, mejor dicho, iba buscando un árbol contra el que estrellarse. Y la culpa era mía. Pilar no andaba desencaminada. ¿Por qué le dije a Juan que su madre se había suicidado? Para hacerle daño. Porque me indignaba que no lo supiera, que se lo hubieran ahorrado. El criminal debe conocer las consecuencias de sus actos, todas, hasta las más horrendas, para hacerse cargo del daño que ha hecho, es parte intrínseca del castigo, de la condena. Eso pensaba yo entonces. No me hubiera costado nada callarme, dejarlo en la ignorancia. El que la hace la paga. Pues bien, Juan ya había pagado con su vida la muerte de la niña. ¿Y yo? ¿Cómo iba a pagar la muerte de Juan? ¿Podría, podré, perdonármela? ¡Mi maldita lengua larga! Agudiza mi mala conciencia pensar que durante esas semanas en que rumió su suicidio, Juan tal vez me buscó, quiso hablar conmigo... Yo estaba *missing* para él, a propósito. Me consideraba demasiado pura, demasiado íntegra para tratar con asesinos. Y también me sentía despechada, burlada por sus mentiras. ¡Qué estúpido y cruel puede ser el rencor! En ocasiones me digo que quizá las causantes del suicidio de Juan (porque sobre eso no me cabe la menor duda), fueron las cartas perdidas de su madre, esas que aquélla le mandó desde la cárcel y que, cuando yo lo dejé aquella tarde, él aún no había leído. Y eso me consuela, pero no por mucho tiempo. Ahora soy yo la que sufro de insomnio, se me ha contagiado (sí, el insomnio se contagia, aunque no me crean los psiquiatras). Una noche me desperté de madrugada, ahogándome. Fue muy angustioso. No podía respirar, mi garganta estaba cerrada al paso del aire. Creí que me moría, allí mismo, en el pasillo en penumbra de mi nueva casa, pues, bajo el pánico del ahogo, había saltado de la cama y había abandonado mi cuarto

despavorida. Duró apenas unos segundos, pero fue una experiencia atroz. Lo malo es que se ha repetido, tres veces más, siempre de noche, cuando estoy dormida... Por eso temo meterme en la cama, apagar la luz y me he vuelto insomne. Cheles me sugiere que haga reiki, como ella, o yoga, para relajarme.

—Es puro estrés, estás pintando sin parar, tú nunca habías currado tanto —me sermonea—. Te conviene tomarte las cosas con calma, meditar y beber mucha tila.

Pero no soy partidaria de los remedios New Age, a diferencia de mi amiga, que cree en ellos con fervor, aparte de que meditar es justo lo que no quiero; quedarme a solas con mi pensamiento, darle vueltas, especular, «si no le hubiera dicho eso», «si esa tarde, en vez de ir a verlo a él, me hubiera reunido con Cheles, que me estaba esperando», «si nunca hubiera acudido con mis amigos a la retrospectiva de Maristany, en el MACBA...».

Desde hace unas semanas me veo con Marc, mi antiguo novio. Reapareció en mi vida inesperadamente (o puede que atraído por mi flamante éxito, Barcelona es un patio de vecindad, la gente se entera de todo). Él está sin trabajo, la serie en la que actuaba se terminó. A veces nos acostamos juntos, sin ningún compromiso; tenemos una relación abierta, lo que significa que él puede liarse con quien quiera y yo también, pero no lo hago, por falta de oportunidades y porque no me apetece. Echo de menos a Juan. Un par de noches le he pedido a Marc que follemos a oscuras y qué él haga como que me viola o me fuerza un poco. Marc, que es un chico complaciente, ansioso de gustar, no puede evitar preguntarme a cada poco: «¿Te gusta esto? ¿Sigo, o prefieres que pare?». «Cállate», le digo. «Fóllame y no hables». «¿Sabes que te estás volviendo un poco viciosa?», replica él, que es incapaz de callarse. Pero yo necesito silencio, para fantasear que su cuerpo, enteco y larguirucho como el de una anguila, es el cuerpo fuerte y musculoso de Juan.

El otro día rescaté la foto de la infancia de Juan, en la que está en la playa, con su madre. Sin prestar mucha atención a lo que hacía, pues estaba trastornada, aquella tarde fatídica la guardé en el cajón de la mesa del estudio donde meto, entre otras cosas, las tarjetas de visita, las facturas y las cerillas. Fue por casualidad, se me acabó el gas del mechero y quería fumarme un cigarrillo, así que abrí el cajón en busca de cerillas y me encontré con la foto. Ahora, cuando miro ese retrato de Juan, ya no veo el rostro de un asesino, quizá porque yo también me he pasado a ese bando, al de los que tienen algo que ocultar o de qué arrepentirse, los que por la noche no pueden conciliar el sueño. Se me ha metido una idea en la cabeza: recrear esa foto, pintarla al óleo. Un cuadro hiperrealista, que no tiene nada que ver con mi pintura china, esa que me da de comer, pero que detesto de forma creciente (sospecho que mis cuadros chinos acabarán colgados de un museo, mientras que mi obra auténtica, la que firmo como Marta Valdés, será arrojada a un contenedor por mis futuros herederos, si llego a tenerlos).

Dedico los fines de semana a trabajar en esa estampa de familia.

Nunca he entendido por qué la iglesia católica y sus feligreses arman tanto

revuelo con la crucifixión de Cristo. ¿Qué mérito tiene exponerte a la muerte, cuando eres inmortal y sabes perfectamente que vas a resucitar, porque te lo ha dicho tu padre, que es Dios? El verdadero sacrificio sería inmolarse, morir por otro, a cambio de nada, pero morir de verdad y para siempre, no como Jesucristo. Y eso es lo que hizo la madre de Juan. Se sacrificó por su hijo, purgó su pena, hizo suyo su crimen, para que él pudiera vivir libre. Lo cual, según cómo, me parece admirable, pero, por otro lado, ¿para qué sirvió?

Lo que pretendo con ese retrato de Juan y su madre es muy ambicioso y temo que me excede. No sé cómo hacerlo, pero quisiera plasmar en el lienzo toda su historia. Recrear la atmósfera de esa mañana indolente y feliz en la playa; la alegría despreocupada de la madre y el hijo, de vacaciones, después del baño, pero también, en un segundo plano, insinuar su destino, la desgracia que acecha por detrás de ese cielo azul, sin nubes, un mediodía de agosto, de esos rostros que sonrían y guiñan los ojos, heridos por el sol... Quiero contar una historia en un cuadro; no sé si se puede, no sé si sabré, pero voy a intentarlo.

Antes, cuando lo que Turpin llama «el mundo del arte», se me resistía y me veía abocada a la indigencia y al eterno anonimato de los artistas frustrados, me consolaba pensar que, al cabo, nada iba a pervivir, ni el *Gernika* ni *Las Meninas*, ni *La Gioconda* (cuadro, a mi juicio, sobrevalorado, dicho sea de paso). Los astrónomos prevén con pasmosa frialdad que dentro de miles de millones de años, la Tierra será absorbida por el Sol, se fundirá con él y desaparecerá, y, con ella, todos esos libros y obras de arte que tildamos de eternos: yo no pasaré a la eternidad, pero Picasso tampoco. La aventura humana, la epopeya de tantas gloriosas civilizaciones que se han sucedido a través de los siglos, perderá realidad, se esfumará con su escenario, la Tierra, y se volverá intangible. Con suerte, subsistiremos como leyenda, al modo de Troya o la Atlántida, y así, los humanos nos convertiremos en personajes de un cuento que se transmitirán, unas a otras, las futuras generaciones de extraterrestres (si éstos existen y tienen conciencia), una narración en la que se fundirán lo real y lo imaginario, Don Quijote y Carlomagno... Y tal vez, entre otras, como una tragedia griega contemporánea (o grecocatalana, del mismo modo que yo soy una china de Valladolid), pervivirá esta historia tan triste de una madre y su hijo, en las postrimerías del siglo xx, que yo luché por incorporar a una tela, por narrar con pinceles.



CLARA USÓN nació en Barcelona en 1961. Estudió Derecho en la Universidad de Barcelona y ha trabajado como traductora de textos jurídicos y como abogada, aunque en la actualidad se dedica por completo a su carrera literaria.

Su primera novela, *Las noches de San Juan*, obtuvo el premio Femenino Lumen en 1998. Con posterioridad, publicó *Primer vuelo* (2001) y *El viaje de las palabras* (2005), sobre la que Enrique Vila-Matas escribió: «A Woody Allen le divertiría esta alegre novela conmovedora». En el año 2006 publicó su cuarta novela, *Perseguidoras*, y la crítica reconoció en su trayectoria a una escritora de primer orden que ha hecho de la creatividad su marca de estilo, «lo que, sumado a un notable afán fabulador, en el sentido legítimo de la expresión, destaca como el valor que otorga distinción a esta heredera de Chéjov».

En 2009 consolidó su trayectoria al ganar con *Corazón de napalm* el Premio Biblioteca Breve de la editorial Seix Barral, una visión contemporánea del complejo de Edipo protagonizada por un niño y su madre en dos historias paralelas que acaban confluyendo. En palabras de Usón, *Corazón de napalm* “se inscribe en la línea realista iniciada en el siglo XIX y en la tradición de Flaubert, Tolstói o Chéjov”.

Además, Usón ha ganado otros premios como el Ciudad de Barcelona y el Nacional de la Crítica 2013 por *La hija del este*.